

Archivo General de la Nación
Vol. XLI

Apuntes históricos sobre Santo Domingo



Dr. Alejandro Llenas

Andrés Blanco Díaz
Editor



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A pesar de los pocos datos biográficos que se pueden reunir del Dr. Alejandro Llenas, sabemos que nació en la entonces Inspección de Gurabo, provincia de Santiago de los Caballeros, el 14 de febrero de 1844, y que fue el único hijo del matrimonio del inmigrante catalán Juan José Llenas Baralt y María Teresa Julia Rodríguez. Su padre (nacido en Arenys del Mar, Barcelona) falleció cuando Alejandro apenas comenzaba a entrar en la adolescencia, en 1855; y su madre murió al año siguiente, o sea en 1856.

En 1862, Alejandro Llenas se trasladó a Nantes, Francia, donde comenzaría los estudios de bachillerato, los cuales culminaron con su preparación superior en la Universidad de París, al ser el primer dominicano en graduarse allí como Doctor en Medicina y Cirugía. Su llegada a Francia se debe a la protección y el apoyo de su tía Petronila Rodríguez y del abogado Enrique Maisonneuve. Allí compartió experiencias e hizo vida cotidiana con otros dominicanos que luego descollaron en nuestro país: Eliseo y Arturo Grullón, Isaías, Wenceslao y Luis Franco, quienes gozaban de las mismas condiciones de protección y respaldo de parte de las dos personas antes mencionadas.

De su vida francesa entre 1862 y comienzos de 1874, y que apenas hemos podido bosquejar en la limitada cronología que se incluye en esta recopilación, podemos colegir que el Dr. Llenas fue un personaje bastante inquieto e intrépido, si nos atenemos a su incorporación, en dos oportunidades, a las tropas de los zuavos pontificios (especie de ejército formado por extranjeros que acudían a defender con las armas al Papa). Así lo vemos formando parte de la infantería francesa que se traslada a combatir en Italia: en 1862 (recién llegado a Francia) y en 1867 (abandonando los estudios), en ambas ocasiones para defender al Papa Pío IX. Como se puede apreciar en la referida cronología, el adolescente Llenas estuvo en las tropas que derrotaron a José Garibaldi en la Batalla de Aspromonte (en Calabria), bajo las órdenes del general Lamoriciere. Pero también el dominicano estuvo en la guerra franco-prusiana (1870-1871), donde alcanzó el grado de segundo teniente del ejército francés.







Dr. Alejandro Llenas
Apuntes históricos sobre Santo Domingo





Archivo General de la Nación
Vol. XLI

Dr. Alejandro Llenas

Apuntes históricos sobre Santo Domingo

Andrés Blanco Díaz
Editor

Santo Domingo
2007



Editor: Andrés Blanco Díaz

Título original: *Dr. Alejandro Llenas*

Apuntes históricos sobre Santo Domingo

© De esta edición: Archivo General de la Nación
Calle Modesto Díaz No. 2,
Santo Domingo, Distrito Nacional
Tel. (809) 362-1111
www.agn.gov.do

Cuidado de la edición a cargo del editor
Diagramación, portada e índice onomástico: Miriam I. Veliz

Ilustración de la portada: Retrato del Dr. Alejandro Llenas.

ISBN 978-9945-020-27-4

Impresión: Editora Búho, C. por A.

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic



El Dr. Alejandro Llenas, un dominicano excepcional

I

El caso del Dr. Juan José Alejandro Llenas y Julia es un caso muy peculiar de la cultura dominicana, ya que en él tenemos a un pionero de nuestra historiografía, de las investigaciones y exploraciones antropológicas y etnográficas, así como de la información estadística y de todo aquello que pudiera ser de utilidad para el conocimiento y el progreso del país. Se trata, en tal sentido, de un dominicano de excepción dentro de nuestra cultura y en los campos a que se circunscribieron sus escritos.

Lo de excepcional, viene a cuento, entre otras cosas, por lo que dice don Sócrates Nolasco en sus *Viejas memorias*, al comentar el trabajo de Llenas sobre la Batalla del 19 de Marzo: «Con la excepción del Dr. Alejandro Llenas, observador comedido y cauteloso, los escritores halagaron la natural vanidad patriótica de la nación reiterando la conversión de aquel choque favorable de vanguardia en la Gran Batalla del 19 de Marzo, y no es patriota ni individuo honesto el que discurre, analiza y no llega a conclusión idéntica».

A pesar de los pocos datos biográficos que se pueden reunir del mismo, sabemos que nació en la entonces Inspectoría de Gurabo, provincia de Santiago de los Caballeros, el 14 de febrero de 1844, y que fue el único hijo del matrimonio del inmigrante catalán Juan José Llenas Baralt y María Teresa Julia Rodríguez. Su padre (nacido en Arenys del Mar, Barcelona)



falleció cuando Alejandro apenas comenzaba a entrar en la adolescencia, en 1855; y su madre murió al año siguiente, o sea en 1856.

En 1862, Alejandro Llenas se trasladó a Nantes, Francia, donde comenzaría los estudios de bachillerato, los cuales culminaron con su preparación superior en la Universidad de París, al ser el primer dominicano en graduarse allí como Doctor en Medicina y Cirugía. Su llegada a Francia se debe a la protección y el apoyo de su tía Petronila Rodríguez y del abogado Enrique Maisonneuve. Allí compartió experiencias e hizo vida cotidiana con otros dominicanos que luego descollaron en nuestro país: Eliseo y Arturo Grullón, Isaías, Wenceslao y Luis Franco, quienes gozaban de las mismas condiciones de protección y respaldo de parte de las dos personas antes mencionadas.

De su vida francesa entre 1862 y comienzos de 1874, y que apenas hemos podido bosquejar en la limitada cronología que se incluye en el tomo I de esta recopilación, podemos colegir que el Dr. Llenas fue un personaje bastante inquieto e intrépido, si nos atenemos a su incorporación, en dos oportunidades, a las tropas de los zuavos pontificios (especie de ejército formado por extranjeros que acudían a defender con las armas a mano al Papa). Así lo vemos formando parte de la infantería francesa que se traslada a combatir en Italia: en 1862 (recién llegado a Francia) y en 1867 (abandonando los estudios), en ambas ocasiones para defender al Papa Pío IX. Como se puede apreciar en la referida cronología, el adolescente Llenas estuvo en las tropas que derrotaron a José Garibaldi en la Batalla de Aspromonte (en Calabria), bajo las órdenes del general Lamoriciere. Pero también el dominicano estuvo en la guerra franco-prusiana (1870-1871), donde alcanzó el grado de segundo teniente del ejército francés. Y estaba en territorio francés cuando los acontecimientos que culminaron en la Comuna de París (18 de marzo a 28 de mayo de 1871).

Luego de terminar sus estudios en la Universidad de París, regresa a la República Dominicana, se establece en Santiago (donde se había casado en 1872 con Telésfora Josefa de Jesús Domínguez Gómez y con quien procrearía 8 hijos) y se integra plenamente a la vida productiva, periodística y cultural. Participa en las actividades que buscaban el progreso de su tierra



natal, a través de las sociedades Liga de la Paz y Amantes de la Luz, así como de la Junta de Fomento de Santiago. Aquella incorporación lo llevó a participar en forma activa y militante en las acciones que culminaron en uno de los movimientos políticos y democráticos más importantes que registra nuestra historia republicana: la Evolución de Enero de 1876, encabezada y dirigida por el prócer civilista Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, que contó con el apoyo de la casi totalidad de la región del Cibao, y que culminó con la destitución constitucional del presidente de la República, general Ignacio María González.

Luego, la vida de Llenas se desenvuelve entre la prensa, la diplomacia (Cabo Haitiano y Puerto Príncipe en la República de Haití) y la Santa Sede (Roma, Italia); la investigación antropológica y etnográfica, la práctica de la medicina, la docencia y la participación en los trabajos de construcción de una vía ferroviaria que uniera a Santiago con Puerto Plata.

Uno de los rasgos a destacar en el Dr. Alejandro Llenas es la cantidad de condecoraciones que le fueron conferidas por los Papas Pío IX y León XIII por su actitud como fiel militante católico, a saber: Cruz de la Victoria, Cruz de la Fe y de la Virgen, Cruz Militar Virtute et Fidei, Medalla de Bronce al Mérito y Orden de San Gregorio Magno. Además, en Francia lo distinguieron con la Medalla de Oro Enrique IV.

Su fallecimiento se produjo repentinamente en su residencia de Gurabo, el 29 de mayo de 1902.

II

La bibliografía activa del Dr. Alejandro Llenas se compone de varios folletos, además de su tesis doctoral. Los títulos de sus textos son: *Contribution a l'histoire des maladies de Saint Domingue* (*Contribución al estudio de las enfermedades de Santo Domingo*), Universidad de París, 1874, 46 páginas; *Nociones de gramática francesa*, Puerto Plata, 1890; *Decouverte d'un crane d'indien ciguayo a Saint Domingue* (*Descubrimiento del cráneo de un indio ciguayo en Santo Domingo*), Nantes, 1891; *Les tombes de Colomb* (*Las tumbas de Colón*), Nantes, 1892; *Cuestión de límites con Haití. El artículo 4to.*



del Tratado de 1874 ante el Derecho Público Internacional, Santo Domingo, 1896.

Gracias al periódico *El Diario*, de Santiago de los Caballeros, tenemos la noticia de que la centenaria y benemérita Sociedad Amantes de la Luz proyectaba recoger en un tomo gran parte de los escritos del Dr. Llenas. La información apareció en el número del referido diario correspondiente al 6 de julio de 1908, en el cual se desglosa el contenido del volumen, que sería el siguiente:

Topografía y geología. Orígenes. Idioma de los indios. Tradiciones indígenas. Antigüedades indianas. El Haití de los caciques. Descubrimiento. Colonia de la Navidad. Fortaleza de la Navidad. ¿Dónde estaba situada? Conquista. La Isabela. Primer levantamiento de los indios. Gobierno de Bartolomé Colón. Prisión de Colón. Degüello de Jaragua. El cacique Enrique. Toma de Santo Domingo por Drake. Los filibusteros. Combate de Sabana Real y primera despoblación del Guarico. Segunda despoblación del Guarico. Ocupación de Santo Domingo por Toussaint Louverture. Expedición de Dessalines contra Santo Domingo. Batalla de Palo Hincado. Sitio de Santo Domingo (1808-1809). Invasión de Boyer y anexión a Haití. La independencia en Santiago. Combate del 30 de Marzo. Campaña de 1845. Pérdida de Las Matas y Azua. Las Carreras. Combate de Talanquera. Sabana Larga y Jácuba. Batalla de Santomé. Combate de Cambronal. Notas históricas y estadísticas sobre Puerto Plata. Notas históricas y estadísticas sobre Santiago. Una calavera de indio. Una vivienda primitiva. El país de los ciguayos. Los indios del Nuevo Mundo. Las Casas y la esclavitud. La Cruz de Colón. La Boca del Indio (fantasía indígena). Mamíferos indígenas. El artículo 4to. del Tratado Dominicano-Haitiano. La cuestión de Pitobert. Sobre la fiebre amarilla. La creación y la ciencia. Antigüedad del género humano. Algo acerca de las doctrinas de Darwin. Algo más sobre las doctrinas de Darwin.

En cuanto a la recopilación que ahora se entrega a los investigadores y al público en general, y que persigue contribuir al enriquecimiento de la bibliografía nacional y del conocimiento de nuestro autor, podemos decir que en la misma se incluye



la mayor parte de los escritos proyectados como contenido del posible volumen de *Amantes de la Luz*, así como muchos otros que hemos podido localizar en las diferentes fuentes periodísticas en las cuales publicó el Dr. Llenas, o que reprodujeron sus escritos: *El Porvenir*, *El Dominicano*, *El Orden*, *La Paz*, *El Eco del Pueblo*, *El Eco de la Opinión*, *Listín Diario*, *El Teléfono* y *La Escuela*.

Una simple ojeada al material reunido, así como a diferentes traducciones que realizó Llenas, principalmente para *El Porvenir*, nos ilumina sobre las fuentes primarias de sus informaciones y de sus lecturas: los cronistas de Indias, viajeros y exploradores que en diferentes épocas anduvieron por estas tierras y que, luego, nos dejaron sus experiencias e impresiones; especialistas en la materia de que se tratara, fuentes orales, protagonistas y testigos presenciales de los acontecimientos, libros y revistas especializadas, etc. También, este simple repaso nos permite afirmar que el autor era un preocupado permanente por el conocimiento y la actualización, que estaba al tanto de las últimas noticias y novedades avances en las materias que le interesaban, y sus escritos dejan traslucir su intención de que sus conciudadanos estuvieran enterados de esos temas, los cuales eran, como ya se ha dicho: los históricos, antropológicos, religiosos, etnográficos, religiosos y los diplomáticos, principalmente.

Siguiendo en esta misma línea, en lo relativo a los escritos de Llenas, sabemos por las referencias que nos han dejado José R. Cordero Infante, Vetilio Alfau Durán, Emilio Rodríguez Demorizi y Néstor Contín Aybar, que los descendientes del médico y escritor santiaguense donaron a la Sociedad *Amantes de la Luz* todos sus papeles. Sin embargo, nuestras averiguaciones en aquella sociedad no han tenido éxito en cuanto a la localización de dichos papeles con el fin de examinarlos y poder cerciorarnos de si quedan escritos importantes todavía sin recoger. De todos modos, nuestra esperanza es que en algún momento aparezcan dichos manuscritos, y así podamos tener un conocimiento más amplio y acabado del pensamiento del Dr. Llenas y Julia.



III

La lectura de los textos recogidos en *Apuntes históricos sobre Santo Domingo y Ensayos y apuntes diversos* nos presenta a un personaje de excepción, como ya lo hemos calificado en el título que introduce estas líneas. Su prosa es ágil, de clara exposición, precisa, limpia. El suyo es un material que podemos considerar de mucho valor en cuanto a los temas históricos, antropológicos, etnográficos y de interés general, y en el cual nos encontramos con un personaje sumamente interesante, ubicado en su tiempo y en su espacio, atento y preocupado por el progreso de su país en especial, de su región, y, dentro de ésta, Santiago y Puerto Plata.

Es un material que podríamos considerar inédito para nuestra generación, si se tienen en cuenta las condiciones en que fue publicado y el riesgo que corría de perderse para siempre, y, más aún, la forma en que hemos conseguido reunir buena parte del mismo: empalmando pedazos de periódicos rotos o en mal estado, a veces con partes casi ilegibles por la mala impresión, yendo a sus fuentes originales para restablecer el texto, etc.

El material ha sido organizado, como se ha dicho, en dos tomos. El primero, que lleva el título *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*, retoma el epígrafe bajo el cual el propio Llenas fue entregando a la prensa sus lecturas, conocimientos, análisis, conversaciones con protagonistas de muchos de los hechos que narra, fuentes históricas, documentales y bibliográficas, experiencias y puntos de vista, memorias, etc. En el segundo, se recogen textos de diversa índole que también salieron de la pluma del autor, como una manera de completar el conjunto de escritos que ahora se entrega al público bajo el auspicio del Archivo General de la Nación.

Con la publicación en dos tomos de la mayor parte de los escritos del doctor Alejandro Llenas y Julia tenemos en nuestras manos muchos de los temas que este eminente y destacado médico e intelectual dominicano dejó para la posteridad.



Cronología

1844

14 DE FEBRERO. Nace en Gurabo, Santiago de los Caballeros, con el nombre de Juan José Alejandro. Hijo de Juan José Llenas Baralt y María Teresa Julia Rodríguez.

1855

Muere Juan José Alejandro Llenas Baralt.

1856

9 DE JULIO. Fallece María Teresa Julia Rodríguez.

1859

9 DE JULIO. Fallece Tomasina Rodríguez Rojas, abuela materna de Alejandro Llenas.

1862

Se traslada a Nantes, Francia, fijando su residencia en la casa de su tía Petronila Rodríguez Rojas.



El ejército defensor del Papa Pío IX derrota a las tropas de José Garibaldi en la batalla de Aspromonte. Alejandro Llenas, apenas un jovencito, participó en esta batalla como integrante de las tropas de los zuavos pontificios dirigidas por el general Christophe Léon Louis Juchault de Lamoriciere. Entre los que acompañaron a Garibaldi en esta aventura, que se hizo famosa como la Campaña de los Mil, se encontraba Stéfano, el padre del famoso escritor Luigi Pirandello.

1864

Se gradúa de bachiller en Filosofía y Letras en Nantes, Francia.

1865

Se gradúa de bachiller en Ciencias Físicas y Naturales, en Nantes, Francia.

Ingresa como estudiante de Medicina en el Hospital “Hotel Dieu”, de Nantes.

1867

Sale del Hospital “Hotel Dieu”. Se incorpora a las tropas francesas que acudieron a combatir en Italia para defender al papa Pío IX.

1870

El Dr. Cuprie, presidente de la Junta de Hospicios Civiles de Nantes, dice de él: “La administración de Hospicios se siente feliz de poder agregar que el Sr. Llenas ha desempeñado constantemente sus funciones, con un celo digno de elogio y con una inteligencia extraordinari”. Esta información la consigna el Dr. J. Rafael Cantisano Arias en *Santiago y sus servicios médicos*, Santiago, Ed. del Cibao, C. por A., 1962, p. 143.



9 DE JULIO. Francia declara la guerra a Prusia, luego de que el canciller Otto von Bismarck emitiera públicamente un comunicado en el cual se decían cosas que los franceses consideraron insultantes e inaceptables. Llenas estuvo en esta guerra, y alcanzó el grado de segundo teniente del ejército francés.

1872

1 DE AGOSTO. Se casa con Telésfora Josefa de Jesús Domínguez Gómez, con quien procreó 8 hijos.

1873

15 DE JULIO. Nace el primogénito del matrimonio Llenas-Domínguez: Juan José, en Gurabo.

1874

Presenta su tesis *Contribution a l'histoire des maladies de Saint Domingue (Contribución a la historia de las enfermedades de Santo Domingo)*, de 46 páginas, para optar por el título de Doctor en Medicina y Cirugía en la Universidad de París.

11 DE MARZO. Se gradúa en la Universidad de París.

8 DE ABRIL. Regresa al país, estableciéndose en su natal Santiago. Allí abre un consultorio en la calle de San Sebastián (hoy 30 de Marzo).

1 DE MAYO. Es elegido diputado por la provincia de Santiago.

3 DE MAYO. Una carta titulada “Correspondencia de París” y firmada por el Dr. Betances se refiere en términos elogiosos a la tesis del Dr. Llenas. Dicha carta apareció en *El Porvenir* de Puerto Plata de la fecha.



4 DE MAYO. Ofrece sus servicios profesionales, según el siguiente anuncio colocado en el periódico *El Dominicano*: “El Dr. Alejandro Llenas tiene el honor de anunciar a sus amigos su regreso de Eurupa, y al mismo tiempo el de ofrecer al público sus servicios medicales.” Además, se desempeña como médico sanitario en el Distrito de Sanidad Civil de Santiago.

15 DE MAYO. El Dr. Betances publica en *El Americano*, periódico editado en París, la noticia de la reciente graduación de Alejandro Llenas como Dr. en Medicina y Cirugía. En su reseña, el Dr. Betances lo califica como “médico ilustrado y laborioso [...] patriota conciliador y desinteresado.”

AGOSTO. Acompaña al presidente Ignacio María González durante una visita de éste a Santiago a raíz de la revuelta contra el gobierno iniciada allí el 5 de agosto. El periódico *El Orden* reseñó esta visita en su número 3, del día 23, en los siguientes términos “El martes de la semana pasada, en la tarde, el C. Presidente de la República acompañado de su Estado Mayor y del Dr. Llenas, pasó a visitar a los individuos heridos en la acción del 5 en defensa del orden y del Gobierno legítimo, y dejó a cada uno, como recuerdo de su visita, una generosa gratificación”.

30 DE AGOSTO. Aparece como colaborador del periódico *El Orden*.

7 DE DICIEMBRE. Asiste por primera vez a la sesión ordinaria de la Convención Nacional como representante de la provincia de Santiago. Ese día Llenas manifestó su posición en contra de que los diputados cobraran mensualmente 200 pesos de sueldo y a favor de que la dieta para los legisladores que hacían un viaje de venida y vuelta fuera aumentada de 1 a 2 pesos. Sus palabras fueron: “Proponemos a la Convención Nacional se fije la indemnización de viaje de los diputados de las provincias a dos pesos por legua, y los honorarios mensuales a ciento cincuenta pesos.” Fue apoyado por Juan Isidro Ortea, Pedro Valverde y Juan Ramón Fiallo.



9 DE DICIEMBRE. La Comisión encargada de elaborar el presupuesto de la Convención Nacional acepta la proposición de Llenas en cuanto a los viáticos, pero mantiene los 200 pesos como sueldo mensual. Esta comisión la integraban los diputados Gerardo Bobadilla, Pedro Prudhomme y Rafael Santana. Llenas se adhirió a la propuesta y retiró la suya. Luego de una serie de debates, fue aprobada la propuesta de la Comisión, con el voto contrario de Mariano Antonio Cestero (quien pidió que el sueldo fuera de 125 pesos mensuales), Pedro Valverde y Joaquín Montolío.

16 DE DICIEMBRE. Es nombrado miembro de una comisión que debía estudiar un decreto del Poder Ejecutivo que autorizaba al Ministro de Hacienda y Comercio para contratar empréstitos en el extranjero. Los otros miembros eran los diputados Amable Damirón y Juan Ramón Fiallo.

18 DE DICIEMBRE. Es elegido secretario de la Convención Nacional, conjuntamente con el diputado Antonio Garrido. Ese mismo día el diputado Amable Damirón, a nombre de la Comisión encargada de presentar el informe sobre el decreto del Poder Ejecutivo relativo a empréstitos, leyó el informe solicitado. Se produce la renovación del bufete directivo de la Convención Nacional. Llenas es elegido secretario, conjuntamente con Antonio Garrido. El presidente era Joaquín Montolío, y el vicepresidente, Juan Ramón Fiallo (padre del poeta Fabio Fiallo).

29 DE DICIEMBRE. Se lee nuevamente el informe sobre el Decreto relativo a los empréstitos. El diputado Cestero hizo la observación de que, desde su punto de vista, lo que debía hacer la Convención era dar un Decreto aprobando el del Ejecutivo e indicar que los fondos del empréstito serían aplicados a objetos de utilidad pública. El diputado Llenas dijo “que la Comisión no había designado objeto a la inversión de los fondos porque hallaba extemporáneo y ridículo hacerlo, sin que se hubiese adquirido todavía el dinero ni se tuviese la seguridad de adquirirlo.”



30 DE DICIEMBRE. Propone que se tome alguna medida con respecto a los diputados electos que no habían acudido a llenar su cometido ni renunciaban. Se acordó solicitar al Minsitro de lo Interior y Policía que llamase a los legisladores ausentes para que acudieran a ocupar sus curules o que enviaran sus renunciaciones.

1875

4 DE ENERO. El Congreso le acepta la renuncia a la diputación por la provincia de Santiago.

14 DE FEBRERO. Asume la dirección y administración del periódico *El Orden*. Aparecen sus escritos editoriales con el seudónimo VERAX.

18 DE FEBRERO. Los miembros de la Junta de Fomento de Santiago emprenden la exploración de la vereda abierta de Jacagua al Cupey, pasando por Pedro García. El grupo lo integran Remigio Batista, J. Joaquín Díaz, Teodoro Gómez, Máximo Grullón y Alejandro Llenas; e iban acompañados por Eduardo Domínguez, Esteban Díaz, José Espaillat y José R. de León. Como resultado de este viaje exploratorio fue rendido un informe con las observaciones de la Junta de Fomento, sobre la viabilidad de la construcción de un camino más corto entre Santiago y Puerto Plata. Uno de los que con más pasión apoyó la construcción de la proyectada vía fue Manuel de Jesús de Peña y Reinoso, quien también realizó algunos viajes exploratorios con tales fines, por el sendero de Pedro García.

21 DE FEBRERO. Es fundada en Santiago la Sociedad Política Liga de la Paz, con 46 miembros. Se elige la directiva para el trimestre marzo-mayo. Fueron escogidos Alejandro Llenas (presidente), Maximiliano C. Grullón (vicepresidente) y el Pbro. Sinencio Lafontaine (secretario). Dicha sociedad tenía como fin principal “Contribuir por todos los medios posibles al afianzamiento y estabilidad de la paz, servir de centro a todos los buenos ciudadanos que deseen cooperar al bien público y en-



sanchar el Gran Partido Nacional”. Su local estaba ubicado en la calle de San Sebastián esquina Libertad.

27 DE FEBRERO. Son elegidas varias personalidades como miembros honorarios de la Liga de la Paz, entre éstas Eliseo Grullón, Ignacio María González, José Desiderio Valverde, Ulises Francisco Espaillat, Gregorio Luperón, José María Cabral, Manuel de Jesús Galván y Máximo Grullón.

2 DE MARZO. Figura entre los firmantes del suelto “Al público”, inserto en el número 31 de *El Orden* (7 de marzo de ese año). Otros de los que firmaron fueron José Desiderio Valverde, Eugenio Valerio, Máximo Grullón, Remigio Batista, Timoteo Ogando, Ulises Francisco Espaillat, Miguel Andrés Pichardo, Eloy Valerio, José Mauricio Fernández y Domingo Miguel Pichardo.

16 DE MARZO. Recibe una carta del general Gregorio Luperón en la cual éste le dice que acepta el nombramiento como miembro honorario de la Sociedad Política “Liga de la Paz” de Santiago. Al aceptar, Luperón le dice: “Yo amo la paz de corazón; ella es la verdadera fuente de la prosperidad. Pero la paz no puede existir donde no hay libertad. Siempre trabajaré por la paz, la libertad, la justicia, la prosperidad de todos los pueblos, de todos los hombres y de todas las razas. Esto es, paz con dignidad.” Llenas era el presidente de la Liga.

4 DE ABRIL. Termina su período como presidente de la Liga de la Paz.

ABRIL. Es elegido de nuevo diputado por Santiago, conjuntamente con Carlos Bello, José Joaquín Hungría e Isaías Franco.

30 DE ABRIL. Recibe en Santiago a su amigo, el eminente médico y patriota puertorriqueño Ramón Emeterio Betances, quien viajó desde Puerto Plata.

ABRIL-MAYO. El Ayuntamiento de Santiago, de común acuerdo con los médicos y farmacéuticos de la ciudad, así como con



el gobernador, organiza los servicios de primeros auxilios para la clase pobre. Para tales fines se creó el servicio de sanidad civil. Dentro de esa organización, fue dividido el territorio en cuatro cuarteles. El Dr. Llenas quedó encargado del cuarto cuartel, que comprendía de la calle de la Cuesta Blanca, hacia el noroeste, a la de San Antonio, y del Callejón Libertad a La Victoria. La farmacia encargada de suministrar las medicinas en ese cuartel era la de Jacobo Morel.

2 DE MAYO. Participa en una serenata de bienvenida al Dr. Betances, la cual contó con la asistencia de las principales autoridades locales de Santiago, de los exiliados puertorriqueños y cubanos, así como de los músicos de la orquesta municipal, entre otros. En el acto hablaron Medardo Bonilla y Cintrón, E. Aybar, J. A. Vila y el homenajeado.

23 DE MAYO. Se encarga de consultar gratuitamente a los pacientes pobres y desvalidos del Dr. Betances, quien tenía su consultorio provisional en la famosa farmacia “Normal”, de Ulises Francisco Espaillat. Estas consultas eran en horario de 2 a 3 de la tarde. Las consultas a personas particulares y pudientes las realizaba el Dr. Betances en la casa del Dr. Llenas, de 11 de la mañana a 12 del mediodía. Al ausentarse, el Dr. Betances publicó el siguiente aviso en el periódico *El Orden*:

El Doctor R. E. Betances, al ausentarse de esta ciudad, deja encargado al Doctor Llenas de continuar las consultas gratuitas que él había establecido en favor de la clase pobre. En consecuencia, el Doctor Llenas seguirá dando tales consultas todos los días no-feriados, de las dos a las tres de la tarde, en la botica de Don Ulises F. Espaillat.

JUNIO. Participa en la campaña de vacunación para prevenir la epidemia de viruela, conjuntamente con los Dres. Santiago y Manuel Ponce de León, Rafael Díaz Márquez y Carlos Castellanos Arteaga. Esta campaña contó con el auspicio del Ayuntamiento Municipal.



19 DE JUNIO. La Cámara Legislativa le acepta la renuncia como diputado por la provincia de Santiago.

10 DE AGOSTO. Asiste a la reunión de la Sociedad Liga de la Paz convocada con el fin de tratar lo relativo a que dicha sociedad publicase un periódico que le sirviera de vocero y cuya circulación fuera semanal. En aquella reunión fueron leídos los trabajos de los consocios Máximo Grullón, Manuel de Js. de Peña y Reinoso y Alejandro Llenas, indicando los medios apropiados para tal propósito. Además, se aprobaron las bases de la Liga y la publicación del periódico, con el nombre de *La Paz*. La nueva directiva, que se juramentó el mismo día, quedó integrada por Máximo Grullón (presidente), Evaristo Aybar (vicepresidente), Pedro María Escoboza (secretario), Peña y Reinoso (censor) y Ulises Franco Bidó (tesorero).

SEPTIEMBRE. Aparece entre los firmantes de una circular de la Liga dirigida a personalidades importantes de Puerto Plata, Samaná, La Vega, Moca, San Francisco de Macorís, Santo Domingo, Azua y El Seibo, con el fin de que formen sociedades análogas en aquellos lugares. El primer párrafo de dicha circular sirve de motivación, y señala: “Cumplir y defender, y además trabajar por que sean cumplidos y defendidos respectivamente los deberes y derechos constitucionales del ciudadano entre nosotros, he aquí el pensamiento con que fue creada la ‘Liga de la Paz de Santiago’.”

14 DE SEPTIEMBRE. Aparece entre los firmantes de una carta pública dirigida al presidente González con motivo de la expulsión del país del cónsul español Leopoldo de la Barrera, hecha por el gobernador del Distrito Marítimo de Puerto Plata, Francisco Ortea, y de las presiones de los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico enviando vapores de guerra a las costas dominicanas para exigir explicaciones por ese acto de soberanía. De la Barrera realizaba actividades conspirativas y de alteración de la paz en el territorio dominicano. Entre los firmantes de dicha carta figuran también Manuel de Jesus de Peña y Reinoso, Ulises Francisco Espailat, Augusto Franco Bidó, Máximo Grullón, Eloy Valerio y Medardo Bonilla.



10 DE OCTUBRE. Es electo censor de la Liga de la Paz de Santiago. Los demás dirigentes elegidos fueron Manuel de Js. de Peña y Reinoso (presidente), Eduardo Almonte (vicepresidente), I. Pereyra (censor), Leopoldo Malagón (secretario de actas) y Francisco Sánchez (secretario de correspondencia).

17 DE OCTUBRE. Participa en la reunión de la Liga de la Paz, con la presencia del Ministro de lo Interior y Policía, Eliseo Grullón. En dicha reunión el socio Manuel de Js. de Peña y Reinoso planteó que el gobierno rebajara los sueldos y gratificaciones a todos los empleados públicos. Llenas propuso que dicha rebaja fuera sólo para los sueldos de los empleados superiores, lo cual fue aprobado.

22 DE OCTUBRE. Las sociedades Liga de la Paz y Amantes de la Luz realizan una reunión con la finalidad de hacer las siguientes sugerencias al Congreso con relación al presupuesto de 1877: 1. Dar desahogo a la administración pública, recompensa escasa pero efectiva a los servidores del país, algunos elementos más al comercio en general y más trabajo y más pan para el pueblo. 2 Multiplicar los escasos recursos de ese mismo pueblo. 3. Evitar los empréstitos forzosos y las contribuciones extraordinarias por las revueltas. 4. Iniciar la rebaja de los derechos de aforo y de arancel.

En esta reunión, Peña y Reinoso llevó la voz cantante haciendo las siguientes solicitudes: a) Rebaja del 25% de los sueldos de todos los servidores públicos; b) Fabricación de monedas de uno y 2 centavos; c) Uso de una parte del balance que resulte a favor del Gobierno al final de año para gastos extraordinarios; d) Destinar el resto del balance resultante para rebajar el aforo y el 40% al arancel vigentes.

Llenas propuso, respecto a las rebajas de los sueldos de los servidores del Estado, que fuese aplicada a los empleados superiores, pero esto fue rechazado.

31 DE OCTUBRE. Los miembros de la Junta de Fomento de Santiago: Máximo Grullón, Teodoro Gómez, Remigio Batista, Alejandro Llenas, Rafael María Leyba y Joaquín Díaz, emiten



una resolución de protesta contra el oficio del Ministro de Interior y del decreto de la Cámara Legislativa que suprime las Juntas de Fomento.

18 DE NOVIEMBRE. Publica en el periódico *La Paz* la siguiente nota: “Aleccionado por la experiencia, créome obligado a declarar ante el pueblo que soy completamente extraño a los artículos firmados por *Varios Santiagueros* y *Un patriota de buena fe*.”

22 de noviembre. Participa en la reunión conjunta de las sociedades Liga de la Paz y Amantes de la Luz, en el local de la primera. Presenta algunas consideraciones, como miembro de la Comisión encargada de estudiar una proposición del Ministro de Hacienda. Las consideraciones fueron las siguientes:

[...] que la formación de estados mensuales de ingresos y egresos públicos, tan exactos como se exigen para la publicidad, es el único medio de equilibrar las entradas con los gastos, y de establecer un presupuesto verdaderamente realizable y equitativo.

[...] que el Gobierno justificará por ese medio —en la parte de Hacienda— la legalidad y honradez de sus actos administrativos;

Que el Gobierno disponga —con el último número de La Gaceta de enero próximo— se reparta un cuaderno conteniendo un estado detalladamente comprobado del movimiento de la Hacienda Pública durante la parte transcurrida del actual período constitucional hasta el último trimestre legal;

Que disponga asimismo que de entonces en más se reparta —con el último número de la misma Gaceta de abril, julio, octubre y enero el movimiento de la Hacienda Pública durante los demás trimestres legales.



1876

25 DE ENERO. Un grupo numeroso de ciudadanos de Santiago de los Caballeros dirige una correspondencia al gobernador provincial, José Desiderio Valverde, y al Comandante de Armas, general Eugenio Valerio, en la cual protestan contra la conducta de éstos en cuanto a la intención de detener a Peña y Reinoso para remitirlo a Santo Domingo como preso político del gobierno. Llenas está entre los firmantes.

26 DE ENERO. La Liga de la Paz envía una carta de protesta al Ministro de lo Interior, Pedro Tomás Garrido, contra la disposición del gobierno para que Manuel de Jesús de Peña y Reinoso se presente a Santo Domingo para ser investigado como agitador y conspirador. El primero de los firmantes de dicha protesta es Alejandro Llenas.

ABRIL. Reside en San Fernando de Monte Cristi.

4 DE ABRIL. Es fundada en Monte Cristi una nueva Liga de la Paz. Fueron elegidos los siguientes directivos: Juan Isidro Jimenes (presidente), Manuel de J. Aybar (vicepresidente), Alejandro Llenas (censor), Domingo A. de Peña (tesorero) y John Poloney hijo (secretario de correspondencia).

1 DE MAYO. La Liga de la Paz de Monte Cristi se dirige a sus homólogas de Puerto Plata y Santiago para pedirles su opinión sobre la conveniencia y oportunidad de solicitar a los diputados la renuncia a sus cargos, para dejar al pueblo en libertad de ratificar o de rectificar su elección en nuevas elecciones generales.

1877

Nace María José Llenas Domínguez.



1879

15 DE MAYO. Es nombrado cónsul dominicano en Cabo Haitiano, durante el gobierno del general Cesáreo Guillermo. El Ministro de Relaciones Exteriores que le envió el nombramiento era Manuel de Jesús Galván.

22 DE NOVIEMBRE. Nace Enrique Alejandro Llenas Domínguez.

1880

FEBRERO. Es reemplazado de su cargo de cónsul dominicano en Cabo Haitiano por J. M. Villain.

1883

5 DE ENERO. Nace María Dolores Llenas Domínguez, en Puerto Plata.

MAYO. Envía una carta desde Cabo Haitiano, su lugar de residencia, al presidente del Ayuntamiento de Santiago, Isaías Franco, remitiéndole el prólogo para el folleto con algunos escritos de Ulises Francisco Espaillat que la corporación edilicia se proponía publicar. Esta carta y el prólogo en cuestión fueron leídos en la sesión del Ayuntamiento del 4 de mayo.

1884

Reside en Cabo Haitiano.

1888

Nacen María del Carmen y Alejandro Antonio Llenas Domínguez, en Santiago de los Caballeros.



Junio. Traduce al español, conjuntamente con Carlos Nouel, el texto del Barón H. Eggers “De Puerto Plata al pico del Valle Nuevo”, el cual fue publicado, con notas de los traductores, en *El Porvenir* de Puerto Plata, en el mismo mes.

1889

Reside en su ciudad natal de Santiago de los Caballeros. Allí participa activamente en la campaña de vacunación contra la epidemia de viruela.

15 DE MARZO. Nace Luis José Llenas Domínguez.

JULIO. Ildefonso Mella, uno de los hijos del Padre de la Patria Matías Ramón Mella, constituye en Puerto Plata un Comité Propagador de la construcción del ferrocarril entre Santiago y Puerto Plata. Este comité nombró a Alejandro Llenas como encargado de posibilitar en Santiago la formación de otro comité con los mismos fines.

27 DE JULIO. Se reúne el Comité Propagador de la construcción del ferrocarril de Santiago a Puerto Plata. Se formaron varias Comisiones Especiales para hacer gestiones en favor del proyecto. La comisión de prensa quedó integrada por Alejandro Llenas, Juan Garrido y Pichardo, Pedro Eugenio Curiel y Luna, Emiliano Martínez y José Dubeau. También se conformó una comisión con las siguientes personas: J. C. Niese, José Vines, E. Schulse, Antonio Barrera, José P. Pardo y el Dr. Llenas, encargada de las relaciones directas con el iniciador del proyecto, señor Cornelius Jean den Tex Bondt, con el fin de lograr el buen éxito de la empresa.

28 DE SEPTIEMBRE. Es instalado el Comité Pro Ferrocarril Santiago-Puerto Plata, en Santiago. El mismo estaba presidido por el gobernador provincial, José Dolores Pichardo Betancourt, y tenía como miembros, entre otros, a las siguientes personas: Augusto Espaillat, Teodoro Gómez, Eugenio Valerio, Francisco Emilio Reyes, Onofre de Lora, Alejandro Llenas, Nicolás Vega,



José Manuel Glas, Juan Antonio García, Manuel de Jesús Mercado y Ulises Franco Bidó.

2 DE OCTUBRE. Arriba a Puerto Plata el vapor francés “Ville de Bordeaux”, en el cual llegaron el señor C. J. den Tex Bondt y los ingenieros que trabajarían en la vía férrea. Estos personajes fueron recibidos por los miembros del Comité Propagador de aquella ciudad.

OCTUBRE. Realiza una excursión con miras a determinar el camino más propicio para la construcción de la vía férrea que enlazaría a Santiago y Puerto Plata. Entre los excursionistas también estaban Juan Garrido y José Manuel Glas.

DICIEMBRE. Llenas acompaña a Cornelius den Tex Bondt en una visita a la línea proyectada del Ferrocarril Santiago-Puerto Plata.

1890

14 DE MAYO. El Estado Dominicano y el señor Den Tex Bondt firman dos contratos para la construcción de la primera sección del Ferrocarril Central de Santo Domingo, partiendo desde Puerto Plata y terminando en los alrededores del cementerio de Santiago de los Caballeros. Para tales fines, el Congreso aprobó el mismo día dichos acuerdos, mediante la sanción que declaraba de utilidad pública los terrenos necesarios para construir dicho ferrocarril. También ese 14 de mayo el presidente Ulises Heureaux firmó un empréstito por 900,000 libras esterlinas con la Westendorp & Ca. para el financiamiento de la obra. El proyecto completo de esta parte del ferrocarril era: Puerto Plata siguiendo por San Marcos, Corozal, Bajabonico, Río Grande, Las Lavas, los ríos Quinigua, Jacagua y Gurabito, hasta terminar en las inmediaciones del cementerio municipal de Santiago.

OCTUBRE. El señor Den Tex Bondt llega a un acuerdo, mediante contrato, con una compañía belga, para construir el tramo de ferrocarril contratado entre el primero y el Estado Do-



minicano. Dicho contrato con los belgas era por la suma de 288,000 libras esterlinas.

7 DE NOVIEMBRE. El periódico *El Orden* da cuenta de la publicación en Puerto Plata del folleto *Nociones de gramática francesa*. El autor: Alejandro Llenas.

15 DE DICIEMBRE. Llegan a Puerto Plata los ingenieros Lebert Louis Bogaert Leunis y Adolfo Ferret, en el vapor alemán “Colonia”. Dichos ingenieros arribaron acompañados de un ingeniero de obras.

18 DE DICIEMBRE. Las autoridades de Puerto Plata y de Santiago, los representantes de la empresa encargada del proyecto ferroviario y los miembros del Comité Propagador, asisten al acto en que se da el picazo inicial de la obra. Este acto se realizó en la margen del arroyo Los Mameyes.

1891

Informa a la Sociedad Académica del Loira Inferior, de la era Miembro Correspondiente, sobre el hallazgo del cráneo de un indio ciguayo.

26 DE FEBRERO. Pide al Congreso Nacional que le sea concedida la autorización para usar la condecoración de San Gregorio Magno y la Cruz Militar “Virtute et Fidei”, con que lo había honrado Su Santidad el Papa León XIII. Hizo esta solicitud para cumplir con el artículo 105 de la Constitución Política de la República.

6 DE MARZO. El Congreso envía la solicitud del Dr. Llenas a la Comisión de Interior, para que rinda un informe sobre la misma.

9 DE MARZO. El diputado Simón Valdés presenta al Congreso Nacional el informe de la Comisión de Interior en que se pide la aprobación de la solicitud hecha por Llenas para usar las condecoraciones concedidas por el Papa León XIII. El infor-



me lo firman también los demás miembros de dicha Comisión: José M. Beras y Luis T. del Castillo.

13 DE MARZO. Es leída en el Congreso la Resolución que acuerda al Dr. Llenas el uso de las condecoraciones. La Cámara dio su aprobación.

18 DE MARZO. El Congreso Nacional resuelve, en un artículo primero, autorizar al ciudadano Alejandro Llenas para que pueda usar las condecoraciones de San Gregorio Magno y “Virtute et Fidei”. La resolución la firman los diputados Pedro M. Garrido (presidente) y José M. Beras y Luis T. Castillo (secretarios).

23 DE MARZO. El Poder Ejecutivo, en la persona del presidente Ulises Heureaux, firma y promulga la resolución del Congreso Nacional a favor del Dr. Llenas. Esta resolución fue refrendada por el Ministro de Interior y Policía, Wenceslao Figuereo.

Marzo. Llegan desde Bélgica el ingeniero Jean B. Chotteau y dos maestros constructores, para incorporarse a los trabajos del ferrocarril. Se constituyó el Comité de Dirección, encabezado por Bogaert, el propio Chotteau y Adolfo Ferret, e integrado por cuatro ingenieros, dos contables, un geómetra, tres maestros de obras y un médico para el servicio sanitario (que era el Dr. Llenas).

10 DE MAYO. Fallece Luis José Llenas Domínguez.

16 DE AGOSTO. Llenas y un grupo de personalidades puertoplateñas hacen el primer recorrido en tren, que los llevó hasta la margen del río San Marcos.

25 DE DICIEMBRE. El presidente Heureaux realiza un recorrido, acompañado del Dr. Llenas, por el tramo de vía construido hasta ese momento.



1892

15 DE ENERO. Queda instalada en Santo Domingo la Comisión Dominicana del Centenario de América, encabezada por el Ministro de Fomento y Obras Públicas.

23 DE ENERO. El Dr. Llenas es designado para que encabece las diligencias en procura de la formación de una Subcomisión de la Comisión Dominicana del Centenario del Descubrimiento de América, en Puerto Plata, donde residía.

11 DE FEBRERO. Envía una carta al Minsitro de Fomento y Obras Públicas en la cual le manifiesta que acepta formar parte de la Subcomisión de Puerto Plata, al igual que J. T. Jimenes, Manuel R. Castellanos, Manuel Cocco e Ildefonso Mella.

25 DE FEBRERO. Es creada la Subcomisión de Puerto Plata para la coordinación de los festejos del Cuarto Centenario de América. Los miembros eran: Ildefonso Mella (presidente), Alejandro Llenas, Manuel Castellanos y Manuel Cocco (vocales) y José T. Jimenes (secretario).

JUNIO. Regresa a Santiago. Reabre su consultorio en la calle de San Sebastián. Se dedica a tratar enfermedades a mujeres y niños y se hace cargo del consultorio del Dr. Pedro Pablo Dobal, quien había salido hacia Europa. Allí atiende a don José Manuel Glas, entonces enfermo.

22 DE OCTUBRE. Publica en *El Porvenir* una nota de agradecimiento a las personas que lo atendieron y alentaron durante una grave enfermedad que lo mantuvo postrado en cama y que estuvo a punto de acabar con su existencia. Esa nota dice así: “Doy público testimonio de mi gratitud a todas aquellas personas que, durante mi gravísima enfermedad, tuvieron a bien manifestarme sus simpatías; en particular a los amigos don B. R. Puyans y don L. Bogaert por sus atentos servicios; a doña Julieta de Jiménez y doña María Francisca Núñez, las que me prodigaron los más asiduos y cariñosos cuidados, y a mi estimado compañero D. C. A. Zafra, cuya esmerada cuanto hábil asistencia dio por resultado una cura que le honra.”



30 DE NOVIEMBRE. El Ayuntamiento de Santiago aprueba la creación del cuerpo de bomberos de esa ciudad. Se formó una Comisión de Bombas o de Instalación, integrada por Onofre de Lora, Arturo Díaz, Eugenio González, Alejandro Llenas, José María Benedicto, Augusto Espailat y Teodoro I. Portilla.

13 DE NOVIEMBRE. Se convoca a los voluntarios interesados en la constitución definitiva del Cuerpo de Bomberos de Santiago. Se reunieron en el Teatro Palmer, y fueron elegidos Carlos Sully Bonnelly como primer jefe; Teodoro I. Portilla, primer suplente; Teodoro Gómez y Onofre de Lora, segundos suplentes; Emilio Cordero, como tercer suplente. También fueron conformadas varias brigadas, una de las cuales era dirigida por Alejandro Llenas.

1893

Hace levantar en Gurabo una ermita a la Virgen de Lourdes, en cumplimiento de una promesa hecha cuando tuvo la grave dolencia que lo llevó al borde de la tumba en 1892.

1894

Nace Francisco Llenas Domínguez.

12 DE FEBRERO. Presenta credenciales como Encargado de Negocios y Cónsul general de la República Dominicana en Puerto Príncipe, Haití. El secretario de la Legación era José Ramón Pérez Román.

JULIO. El Gobierno dominicano lo promueve al cargo de Ministro Plenipotenciario en Haití.

19 DE ABRIL. El periódico *Las Noticias* de la fecha informa del envío de vacunas que hace el Dr. Llenas desde Puerto Príncipe, como parte de las medidas preventivas ante la amenaza de una epidemia en Santiago de los Caballeros.



1895

ENERO. Atiende exitosamente a la esposa de Ulises Franco Bidó, en compañía del Dr. Dobal. La señora estaba gravemente enferma.

15 DE FEBRERO. Se hace cargo del Consulado General de la República Dominicana en Puerto Príncipe, Haití. Luego de la llegada de Llenas, según informa el secretario de la Legación, José R. Pérez Román, “se regularizó el servicio abriéndose todos los servicios de Ley y de buena práctica administrativa, y anotándose cuidadosamente en ellos cuantas operaciones eran de la competencia consular”.

1896

Ostenta las credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en Haití. Además, era el cónsul general.

Marzo. El presidente Heuraux lo nombra como miembro de la Legación extraordinaria de la República Dominicana en Roma, que se reuniría con el Papa León XIII, para tratar sobre los problemas de delimitación fronteriza entre nuestro país y la República de Haití.

15 DE MARZO. Viaja desde Puerto Príncipe a Santo Domingo, con el fin de embarcarse hacia la Santa Sede, pero no pudo hacerlo, debido a que ese mismo día zarpaba el vapor francés y Llenas perdió tiempo arreglando asuntos personales. Quedó en espera del próximo barco que saliera hacia Roma.

24 DE MARZO. Fallece el presidente haitiano Louis Modestin Florvil Hyppolite. El 31 asume el mando Tirésias Simon-Samp. Alejandro Llenas es enviado de nuevo a Puerto Príncipe para que felicitara al nuevo gobernante y tratara de conocer el pensamiento de éste con relación a la cuestión fronteriza dominico-haitiana. Posteriormente viajaría al Vaticano para unirse a los otros dos delegados dominicanos: Emiliano Tejera (quien la encabezaba) y el Barón Justino Farensbach.



18 DE JULIO. El periódico *El Eco de la Opinión*, en su número 889 correspondiente a la fecha, trae un suelto en el que se comenta el folleto de Llenas *Cuestión de límites con Haití. El artículo 4^{to} del Tratado de 1874 ante el Derecho Público Internacional* y se dice, entre otras cosas, lo siguiente: “Es el trabajo del Doctor Llenas una exposición meditada, concisa y clara de los preceptos universalmente admitidos por las naciones cultas para interpretar las cláusulas dudosas de los tratados internacionales, preceptos que el autor aplica con evidente lógica al artículo sometido al juicio de S. S. León XIII, probando por modo indiscutible que la única interpretación que en derecho le corresponde es la que le ha dado siempre el gobierno dominicano”.

1897

A su regreso definitivo a Santiago desde El Vaticano, proyecta el establecimiento de una escuela de agricultura, según se lee en la reseña que aparece en el *Listín Diario* del 4 de junio de 1897, bajo el título “Importante proyecto”.

1901

Fallece Francisco Llenas Domínguez.

2 DE MARZO. Forma parte del grupo de médicos que constituyen en Santiago el Centro Organizador de una sección de la Cruz Roja Internacional. Esta información apareció en el periódico *El Constitucional* del 4 de marzo de dicho año, donde se publicó la circular que decía, entre otras cosas: “Los abajo firmados, Doctores en Medicina y Cirugía, por invitación del Comité de Defensa Nacional en Santiago, se constituyen en Centro Organizador de una sección de la Sociedad de la Cruz Roja, de conformidad con la Convención de 1868, cuyo objeto es atender a los heridos que resulten en los campos de batalla, en los hospitales, o en las ambulancias de campaña”. Firman el acta de constitución los Dres. A. A. Nouel, Alejandro Llenas, Raul Fonts, Octavio del Pozo y Carlos Sully Bonnelly, entre otros.



1902

29 DE MAYO. Fallece en su finca de Gurabo. Era día de Corpus Cristi. Edwin Espinal recoge, en su libro *Historia social de Santiago de los Caballeros 1863-1900* (p. 363) una carta de Julio Julia a su hijo Manuel A. Tavares Julia, de la fecha, en que se describen los últimos instantes del eminente médico: “Ese día vino como de costumbre al pueblo a oír misa, comulgó, estuvo aquí en la tienda comprando y conversando con tu papá, se fue a Gurabo como a las 10 am, conversó muy bien, comió en la mesa con su familia, y luego se fue a sembrarle flores a la Virgen de Lourdes, y de allí vino diciendo que se moría, y pidiendo al cura y al médico; cuando éstos llegaron ya era un cadáver. La pobre Jesús está muy triste y con razón, pues una muerte tan repentina impresiona mucho. Yo fui con Amalia en coche y pasamos muchos trabajos pues llovía mucho, el coche se enterraba y el caballo se cansaba sin poder tirar”.

ANDRÉS BLANCO DÍAZ





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

I HISTORIA COLONIAL



Origen y antropología de los indios del Nuevo Mundo

Constantes investigaciones dirigidas a averiguar el origen de los indios que, a tiempo del Descubrimiento, poblaban nuestra isla, nos han hecho remontar gradualmente al estudio de los demás pueblos indígenas del mundo de Colón, llevándonos a examinar su procedencia, sus artes, sus monumentos, su analogía con las otras razas humanas. El resultado de esos estudios es lo que publicamos aquí compendiado.

No está ya por demostrar la unidad del género humano. Fuera de las revelaciones de la *Biblia*, esa unidad tiene a su favor el juicio de la historia y las conclusiones de la ciencia.

También parece fuera de duda que el Antiguo continente, acaso las altiplanicies del Asia central fueron la cuna de los primeros hombres, y que de allí se dispersaron sobre la superficie del globo.

Reinó un tiempo la opinión de que el Antiguo y el Nuevo Mundo formaban primitivamente un solo continente, por el cual se extendieran las razas humanas, y que, cuando una enorme convulsión vino a separarlo en varias porciones, ya la América se hallaba poblada. Pero un estudio más científico ha demostrado que el cataclismo terráqueo que pudo ocasionar aquel rompimiento hubiera necesariamente causado la destitución del género humano, y que, por tanto, la población del Nuevo Mundo no pudo efectuarse sino después de separarse éste del Antiguo continente.



Queda, pues, reducida la cuestión a saber y determinar por dónde y cómo penetrara el hombre en América: cuestión muy debatida hoy día, y que viene a ser el objeto de congresos y de continuos estudios de sociedades especiales: Congreso de Americanistas de 1875, Sociedad Americana de Francia, & &.

Muchos documentos quedan ya reunidos; cuantiosos datos se van acumulando cada día, y ya puede formarse acerca de este asunto una opinión verosímil.

Es probable que el Nuevo Mundo ha sido descubierto y colonizado varias veces en épocas anteriores al siglo XV; sin que esta aserción pueda mermar en nada la gloria de Colón, pues aquellos sucesos sólo son para la Historia episodios curiosos, mientras que el descubrimiento de Colón fue el único que trajo consecuencias de importancia universal para la humanidad.

Los fenicios fueron los más atrevidos navegantes de la Antigüedad. Sus exploraciones los llevaron hasta Tule, que se cree fue Islandia (Monje Dicuil, *De Mensura Orbis*); sus colonias cubrían las costas de España, y en la costa occidental de África fundaron 300 ciudades. De su puerto de Gades (España) salían expediciones para todas las regiones ribereñas del Atlántico: así fue que descubrieron las Islas Afortunadas o Canarias (Estrabón, XVI, 3), el mar de Sangasas (Theophrasto, *Hist plant*, IV, 7), y las Casiterideas, que seguramente eran las Azores, pues en una de éstas, en Corvo, se encontraron en 1749 monedas fenicias. ¿Qué difícil era que de estas islas o de las colonias de África, a empuje de las tempestades, abordaran sus buques al Brasil o a Guyana, así como en 1731 una tempestad arrojó una barca de la isla de Tenerife a la de Trinidad? Diodoro de Sicilia [V. § 19] afirma que los fenicios descubrieron a muchos días de navegación de Gades una comarca extensa, fértil, regada con grandes ríos. ¿Qué otra comarca puede ser sino Costa firme? Por demás, conocemos la reputación de los fenicios como exploradores de minas y metalurgistas. Y los indios de Centroamérica declaraban a los descubridores que el arte de platería les fue enseñado por extranjeros venidos del Este. Y las tradiciones mexicanas decían que Quetzacóhalt (el hombre blanco venido del Este) les había enseñado a labrar objetos de oro. Por fin una inscripción grabada en una piedra de la montaña de Grave-Creck, al oeste de los Alleghenys cerca de Wheeling (Virginia), y otra descubierta en



1867 en el valle de Newark (Ohio), son formadas de caracteres aparentemente semíticos; y sabemos que los fenicios eran un pueblo semítico, así como los arameos, los asirios y los hebreos.

Es, pues, verosímil que los fenicios abordaron en América; pero la escasez de vestigios que allí dejaran hace creer que no llegaron a establecer en aquellas regiones colonias permanentes, como tampoco las fundaron en Gran Bretaña ni en la Galia Septentrional, en donde se sabe que también traficaban.

Un hecho mejor comprobado es el descubrimiento de Norteamérica por islandeses y escandinavos, cuyas relaciones se encuentran en las *sagas* o epopeyas nacionales de Islandia. La *Saga* de Olaf Tryggvason refiere que el islandés Eric el Rojo descubrió por los años de 980 el Gunmbjarnarsker (Groenlandia), y según la *Saga* de Thorfin, el navegador de este nombre viajó por allí en 1006. El caso es que en toda la costa occidental de aquel país estuvieron los escandinavos (monumentos de Ungortok); que en el cementerio de Kakortk se han encontrado una cruz de madera y otros objetos europeos antiguos, como también una inscripción rúnica de 1035.

En el *Landanamaback* compuesto por Aré Frodhé en 1100 se dice que el islandés Aré Marsson fue arrojado por una tempestad a la costa de Irlanda la Grande o “país de los hombres blancos” (Hvitramanaland), al oeste del Vinland. Ahora bien, de las relaciones incluidas en otras *sagas* se desprende que el Vinland es el Estado de Nueva York, y que la Grande Irlanda estaba ya poblada por irlandeses. La *Eyrbyggja saga* refiere que Bjoern Beidhviking salió fugitivo de la costa occidental de Islandia en 990 (ch. 40 y 47), y que nunca más apareció; pero que algunos años después, por los de 1030, su compatriota Gudleif, navegando al NO de Irlanda, fue llevado a una costa, en donde encontró un jefe que les habló en gaélico y que no era otro sino el mismo Bjoern, y aquella costa era la de Vinland (ch. 64).

Por los años de 1000, Leiftr Heppni salió de Groenlandia hacia el SO, y abordó primero al Helluland (Labrador), luego al Maykland y por fin al Vinland-it-Gudta (costa de Nueva York) (*Episodio de los groenlandeses*). Pocos años después, dice la *Saga* de Thorfinn, este marino salió también de Groenlandia, llegó al Vinland, en donde pasó 3 años, y a su regreso reconoció el Mar-



kland que está en frente de Hvitramanaland (costas del golfo de San Lorenzo) (*Saga* de Thorfinn Karlsefué, ch. 7). Efectivamente, en el Canadá se han descubierto tumbas y en ellas vasijas de barro semejantes a las que se extraen de los *tumuli* antiguos del Norte de Europa; en el siglo XVII el misionero Christian Leclerc encontró a orillas del río San Lorenzo tradiciones y vestigios cristianos; y por fin a orillas del Tauton river (Estado de Massachusetts) se ve el Dighton writing rock, cuya inscripción irlandesa indica que Thorfinn ocupó aquel país.

Pero ni los irlandeses que poblaron el Canadá, ni los islandeses que colonizaron el Groenlandia han dejado descendientes de su raza en aquellas comarcas. Sus establecimientos desaparecieron, destruidos por una invasión de esquimales venidos del Oeste.

Efectivamente, los esquimales arribaron al Nuevo Mundo por el estrecho de Bering; y las pruebas de ello son: sus tradiciones constantes, su tipo mongólico, su completa semejanza con las tribus de la extremidad oriental del Asia (Kamchatka), la facilidad con que cada día atraviesan en sus piraguas aquel estrecho, menos ancho aun que el de la Mancha.

Y este hecho viene a confirmar la opinión de que los hombres penetraron en el Nuevo Mundo por la extremidad del Asia; opinión robustecida por otros hechos que aquí referimos. El historiador chino Li Yen habla de un país llamado Fou Sang, situado a 40 mil *lis* al Este de China, al cual visitó un monje budista por los años de 500, pasando por el Japón; y la descripción que de él hace corresponde perfectamente a las regiones del NO de América. No ha mucho, en 1832, una barca japonesa fue traída por los vientos contrarios al NO de California.

Queda, pues, establecida la facilidad con que por aquella parte puede arribarse al Nuevo Mundo, y demostrado lo verosímil de la opinión, emitida primero por Humboldt (*Viaje de Cibola*), de que este continente fue poblado por razas asiáticas.

En qué época tuvo lugar aquella inmigración imposible es determinar. Pero es probable que las primeras inmigraciones tuvieron lugar desde la más remota antigüedad, y que otras invasiones, partiendo del Asia, como aquéllas que en varias ocasiones inundaron la Europa y cambiaron su geografía política, se sucedieron también por acá en diferentes épocas.



Los monumentos, se ha dicho, son la más importante escritura para la historia. Y a falta de otros documentos, tenemos magníficos y gigantescos restos arqueológicos para estudiar y consultar, en el Nuevo Mundo. Desde el Perú hasta el Canadá existen ruinas grandiosas: ciudades, palacios, caminos, calzadas, fortalezas, que atestiguan una civilización tan adelantada como la del antiguo Egipto y del Indostán, y también su origen asiático. Tales son: la ciudad descubierta sobre una meseta al sur del lago Titicaca, las ruinas ciclópeas de Tiahuanaco, las ciudades desiertas del interior de Venezuela, el templo de Pacha Camac, los templos de Palenque y de Uxmal en Yucatán, los templos-pirámides de Teotihuacán y Cholula en México, las fortalezas de Pecos en Tejas, los *mound* de los valles del Mississippi y del Ohio, las pirámides truncas de Cahokia (Illinois), los canales o aguadas del Memphis (Tennessee), & &.

Cuando los descubridores aportaron al Nuevo Mundo, encontraron en México y en el Perú imperios poderosos, pero cuya civilización era bastante imperfecta. Las demás tribus del continente y de las Antillas se encontraban en estado de salvajismo: las tribus del Norte se hallaban en el *Período del Bronce*; y las de las Antillas, en el *Período de la Piedra*. Y si a los indios contemporáneos del Descubrimiento se les preguntaba el origen de los monumentos que entre ellos se veían, lo atribuían a razas antiguas que sus pueblos habían suplantado; de manera que ni los aztecas de México ni los quichuas del Perú se reconocían por autores de la mayor parte de aquellos edificios. Efectivamente, las fábricas modernas de aquellos pueblos estaban formadas de *adobe* o ladrillos crudos, mientras que las ruinas se ven construidas de piedras labradas, y su arquitectura es de un estilo más asiático que el de las otras; en las ruinas se ven inscripciones geográficas, y ni los aztecas ni los quichuas sabían escribir. Cierto es, pues, que la mayor parte de los monumentos arqueológicos del Nuevo Mundo pertenecen a pueblos anteriores a aquellos imperios.

¿Quiénes fueron esos pueblos? Según las tradiciones de México, los aztecas salieron de Aztlán (?) por los años de 1300, y, bajando al Suroeste, invadieron el Anáhuac, expulsando de allí a los toltecas. Asimismo, las leyendas del Perú referían que los incas vinieron del Oeste y ocuparon los reinos de Cusco y de



Quito, a expensas de los aborígenes, llamados aymaras. Asimismo, los indios rojos de Norteamérica: algonquinos, delawareos y lenni-lempleos contaban a los europeos que sus padres, después de llegar del O, habían tenido que combatir y destruir pueblos anteriores, llamados alleghenis, a quienes pertenecían los *mound* o fortalezas gigantescas que se encuentran entre los montes Alleghenis y los montes Peñascosos.

Así, pues, dos o tres siglos antes del Descubrimiento, el Nuevo Mundo se hallaba poblado por naciones de cuya civilización son prueba palpable las ruinas de sus edificios. Estos pueblos dejaron restos de sus razas: en Norteamérica los natchez de color claro y los mandanes de cabellos castaños, cuyas costumbres y generosidad los diferenciaban de las demás tribus de piel roja; en el Arizona los indios pueblos, tribus pacíficas y semicivilizadas, tan diferentes de los salvajes apaches sus vecinos; los choroteganas de Nicaragua; los mayas del Yucatán; los indios de León; en Centroamérica los quichés, cuya capital era Utatlan y cuyo rey, Tecun Unam, fue muerto por Alvarado; en el Perú los aymaras.

Las tradiciones de México refieren que los toltecas, cuyo imperio en Anáhuac duró 4 siglos, vinieron también del Noroeste; que eran un pueblo agricultor y pacífico; que no conocían los sacrificios humanos, establecidos después por los aztecas. Los aymaras eran un pueblo análogo a los toltecas y pertenecían acaso a la misma raza, pues los monumentos de ambos pueblos son análogos: el templo de Paca Camac tiene la misma arquitectura que el de Cholula; los jeroglíficos de Palenque, de Copán, de Quirina, de Uxmal y de Ocosingo son todos idénticos; en Perú como en México las pirámides truncas son de la misma forma y estilo. Las figuras esculpidas en aquellos edificios representan escenas pacíficas y nunca batallas, lo que indica la índole benigna de aquella raza, tan diferente de los belicosos quichuas y aztecas que los sustituyeron. Un famoso manuscrito de México conocido por Codex de Dresde, es de escritura fonética, y de origen tolteco, lo que indica que este pueblo conocía la escritura. El tipo de las figuras es asiático; un busto de sacerdotisa de basalto encontrado en México lleva la calántica egipcia y recuerda perfectamente a la diosa Isis; las pirámides y templos son parecidos a los de Egipto y del Indostán; un bajo-



relieve del palacio de Palenque representa una figura que, a primera vista, es un Buda.

Las armas son las de la India Oriental; y sus instrumentos de música, de que se han encontrado muchos en Lima y en México, son flautas de 8 tubos, como la flauta de Pan; la quena del Perú es también una flauta como las del Antiguo Mundo.

No se puede, pues, dudar del origen asiático de las razas americanas anteriores al Descubrimiento. Una invasión irresistible semejante a aquéllas que dieron fin al Imperio Romano, desprendiéndose también del Asia, inundó el Nuevo Mundo hacia el siglo XIV, destruyendo las naciones toltecas y aniquilando su civilización. Parece que entonces parte de esta nación amenazada refluó al Noreste por los ríos Colorado y San Juan, hasta los valles del Missouri y del Ohio, cubriendo aquellas comarcas con inmensas fortalezas (los *mound*) para resistir a las hondas que por el Noroeste acudían constantemente a invadir las. Y cuando los europeos aportaron a aquellas costas, todavía encontraron aquella corriente de invasión dirigiéndose del Noroeste y al Sureste.

Esta circunstancia nos servirá a explicar el origen de las tribus lucayas que poblaron las Bahamas y las Antillas Mayores. Algunos restos de los alleghenis, acosados por los algonquinos hasta la extremidad de la Florida, se refugiaron en sus canoas, con las cuales pudieron llegar poco a poco a nuestras islas; el carácter pacífico de los lucayos recuerda las costumbres benignas de sus antepasados, mientras que las vicisitudes por que acaban de atravesar en aquellas migraciones, explican el estado imperfectísimo de su civilización. Y la lucha entre las dos razas siguió también en las Antillas, en donde los lucayos, apenas posesionados de estas islas, se vieron atacados por los galibis (los caribes), parte de las tribus invasoras.

Los caribes eran parte de las tribus invasoras que, después de haber bajado al Suroeste por México, Centroamérica y Colombia, siguieron la corriente del Orinoco y, por las pequeñas Antillas, intentaban ocupar todo el archipiélago.

Efectivamente los caribes pertenecían a una nación poderosa, los galibis, cuyas tribus se extendían desde las Antillas hasta el Amazonas; las principales eran los tamaques, los guarinis, los caymas y los navaus. “La lengua caribe, dice Monsieur Poirier,



obispo de Roseau en la isla Dominica, es la misma de los salvajes ribereños del Orinoco.”

Los caribes del continente se mantenían en lucha constante con otra tribu, los arauacos, y ese antagonismo no se explica sino considerando a éstos, que eran más sociables, como restos de otra nación, probablemente de la raza vencida. Y hay quien considere los arauacos de Trinidad y de Surinam como de la misma raza de los indios pacíficos de las Antillas Mayores. Pero como hemos visto, éstos que llamamos lucayos pertenecían a la familia floridiana de los alleghenis, cuyas otras tribus eran los natchez, los crihes, los chactas y los cheroquis –Norteamérica–; hay que mencionar la nación de los denné, porque forma una raza intermediaria entre los esquimales al NE y los algonquinos al SE, y porque en ella se descubren rasgos evidentes de origen asiático. Ella se extiende desde el Alaska hasta Chihuahua, formando 4 grupos: Alaska, Hudson, Oregón y Arizona. Sus tradiciones dicen que llegaron también por el estrecho de Bering; sus armas de piedra cortada o pulida son idénticas a las de la Edad de la Piedra en el Antiguo Mundo; tienen el año hebreo de 12 lunas de 30 días; su lengua es *monosilábica*, como los idiomas del Asia mongólica; y recuerdan que sus antepasados vivieron entre una poderosa nación, en que se usaban cascos y lanzas de metal (lo que no se encontraba en América).

Los algonquinos, a su turno, divididos en varias tribus, cuyas principales eran los creeks y los chippeuayos, ocupaban las orillas del lago Superior y las regiones desde el Labrador hasta Atabaska.

Los esquimales del Groenlandia, como los del América glacial, son, ya lo hemos visto, de la misma raza que los habitantes de Kamchatka en el Asia.

Queda, pues, casi completamente demostrado que las poblaciones del Nuevo Mundo llegaron del Antiguo continente por el Oeste, y que diferentes naciones del Asia, en diferentes siglos, vinieron a formarlas, empujándose o sustituyéndose unas a otras.

Estas consideraciones pueden explicar los diferentes rasgos que concurren a constituir la que se ha llamado *raza roja*. Efectivamente, querer encontrar en las tribus americanas el tipo de una de las grandes familias humanas del Antiguo Mundo



sería tarea infructuosa. Si algunos perfiles indios de nariz aguileña recuerdan las esfinges y estatuas egipcias; la preeminencia de los huesos malarios representa el tipo mongólico o escítico; mientras que el color cobrizo rojo tiene más parecido con el de los indios del Asia y de los malayos, que con el color blanco del caucásico o el amarillento del chino. Es, pues, de suponer que para la formación de esas poblaciones concurren elementos heterogéneos; y no sin razón se ha establecido para ellos una raza especial.

Uno de los principales elementos que sirven para caracterizar a un pueblo y darle su puesto en las clasificaciones etnológicas es el idioma; y en ese punto, los indios del Nuevo Mundo tienen rasgos que los asemejan a las demás razas humanas, y otros que los constituyen en una raza diferente. El estudio de las raíces de las lenguas americanas demuestra que muchas entre ellas son comunes al hebreo, al sánscrito, al vascongado, al céltico; lo que prueba la unidad original del lenguaje humano. Pero las formas gramaticales, es decir la manera de combinar las palabras para emitir conceptos, tienen un carácter particular que es común a las lenguas americanas y que hace de ellas un grupo especial. Ciertos idiomas, los indoeuropeos, reúnen sus palabras por medio de preposiciones y por las inflexiones del verbo: éstos son los idiomas más perfectos, *los de flexión*. Otros no usan más que palabras cortas; no tienen verbo variable, y las relaciones entre las partes del discurso sólo se expresan por entonaciones: éstos son los idiomas altaicos, monosilábicos, los más defectuosos. Otros expresan las relaciones entre las palabras, uniendo sus raíces al nombre, y de este modo forman el verbo, al que añaden también los complementos; de modo que sus proposiciones son cortas y se concretan en una sola palabra: éste es el tipo de las lenguas americanas, llamadas por eso *aglutinantes*. Ese carácter es también propio de algunos idiomas europeos: el finlandés y el vascongado. Como también existían en América lenguas monosilábicas semejantes al chino, que eran el mexicano, el guatemalteco, el aldeano. Otra especialidad de las lenguas americanas era su pobreza en consonantes, en lo que se asemejan a las del Asia mongólica.

Hemos, pues, constatado que las tradiciones, los monumentos y los idiomas están acordes en señalar el Asia como cuna de



los pueblos indígenas del Nuevo Mundo. De allí salieron ellos en diferentes emigraciones, acaso en expediciones marítimas por el Japón; pero la mayor parte por el estrecho de Bering; y al llegar al Nuevo Continente se fueron amalgamando, modificando sus costumbres, completando sus idiomas, hasta formar la interesante *raza roja*, la que, diezmada bárbaramente por los descubridores, viene desapareciendo poco a poco ante la absorbente invasión del elemento europeo.

Puerto Plata, mayo de 1889

El Porvenir, 11, 18 y 25 de mayo de 1889.



Idioma de los indios*

En la *Historia de la literatura haitiana* refiere el señor E. La Selve que

un día el rey Cristóbal tuvo el capricho de saber qué clase de hombre fuera su homónimo el cacique Enrique; que desde luego el barón de Vastey y los demás cortesanos se empeñaron en celebrar los hechos de aquel último defensor de la independencia indiana, y pretendieron haber descubierto entre confusas tradiciones el himno guerrero de aquel héroe, cuya estrofa era 'Igi aya bongbé', es decir 'muerto mejor que esclavo'.¹

Este parece ser el inseguro fundamento en que se apoyaron algunos historiadores nacionales para afirmar que tales palabras pertenecían a la lengua de los indios.

Por más que a tal opinión deba la literatura nacional una de las más hermosas *Fantasías indígenas* de don José Joaquín Pérez:

* Este artículo fue publicado originalmente en *El Porvenir* de Puerto, pero, debido a la imposibilidad de conseguir completo el número donde salió, lo recogemos tal como se reprodujo en la revista *La Escuela*, No. 12, del 24 de mayo del 1908. Dicha revista era el vocero de los estudiantes de la Escuela Normal de Santiago. (Nota del editor).

1. *Historia episódica de la conquista de Haití*, parte 3ª (Nota del Dr. Llenas).



*Oíd, tribus ciguayas,
yo voy en son de guerra
a defender la tierra
que Louquo protegió.*

.....
*Templad el arco rudo
del ínclito guerrero:
morir antes prefiero
que yo esclavo vivir.²*

nosotros pusimos en duda³ que tal acumulación de consonantes pudiese pertenecer a un idioma que sabemos era armonioso y rico de vocales, como lo demuestran los nombres de localidades, de ríos y de plantas, que de él heredamos, y como lo indica el mismo Colón: “su modo de hablar es suave y diferente del de los otros indios, los cuales, al hablar, parece que están amenazando”.⁴

Pues bien, entre los preciosos documentos de que viene ilustrada la *Historia de C. Colón* de don J. M. Asensio, encontramos datos que pueden ayudarnos a conocer algo de aquel idioma.

En la *Escritura de fray Román Pané*⁵ vemos citada esta frase: *aimacava quartocoel*, que significa “conozcamos este abuelo nuestro”; y en otro capítulo⁶ en que viene referida la muerte del indio Guanavariu, dice que este, que fue bautizado con el nombre de Juan Mateo, al ser martirizado por los demás indios, repetía: “¡Yo soy siervo de Dios!” *¡Dios naboria dacha!*

Luego, en la relación tomada de Las Casas⁷ que trata del hallazgo, a orillas del río Haina, del famoso grano de oro de 3,600 onzas, se dice que la india que lo encontró, llamó a su amo con estas palabras: *Ocamaguaxeri, guariquen caona yari*: “Oye, señor, ven a ver de oro un joyel”.

2. *Fantasías indígenas*. “Igi aya bongbé”. (Nota del Dr. Llenas).

3. “Crónicas dominicanas. Orígenes”. *La Prensa* del 12 de enero de 1889. (Nota del Dr. Llenas).

4. Navarrete. *Relación del primer viaje de Colón*, día 24 de diciembre de 1492. (Nota del Dr. Llenas).

5. *Cristóbal Colón*, por Asensio, aclaraciones del libro II, D. XI. (Nota del Dr. Llenas).

6. *Loc. cit.*, DXXV. (Nota del Dr. Llenas).

7. *Loc. cit.*, T. II, Lib. V, p. 144. (Nota del Dr. Llenas).



Poseemos, pues, frases auténticas del idioma lucayo, bastante completas para indicar la índole y el modo de construcción de aquella lengua; frases sin artículos, pronombres ni preposiciones, en las que la persona viene indicada por la desinencia del verbo, y en que el complemento viene unido a la parte que le rige por mera yuxtaposición. Ese es el carácter distintivo de las lenguas *aglutinantes* del Nuevo Mundo, lenguas más perfectas que las mongólicas que carecen de verbo conjugado, pero menos completas que los idiomas indoeuropeos tan ricos en flexiones y en desinencias variadas. Por este concepto las lenguas americanas tienen analogía no sólo con los antiguos idiomas eskaldunac (vascongado) y finlandés, sino también con las lenguas *semíticas*. ¿Habría acaso alguna filiación entre las tribus lucayas y los pueblos descendientes de Sem? ¿Acaso se estableció esta filiación por medio de navegantes fenicios?

El caso es que las nociones que aquí indicamos autorizan plenamente lo que escribió don José Gabriel García:⁸ “aplicadas a la generación, de las bases fundamentales de esa lengua, ellas demuestran a la par que la sonoridad, riqueza y fluidez de sus términos radicales, la sencillez del artificio de sus raíces y el fácil mecanismo de la formación de sus derivados”.

Nunca podrá lamentarse bastante que los escritores del Descubrimiento dejasen de transmitirnos algunos areítos, armoniosos cantos en que hubiésemos podido admirar el genio poético de la reina Anacaona.

8. *Memorias para la historia de Quisqueya*. L. I-CIV. (Nota del Dr. Llenas).





Antigüedades indianas

Los indígenas que poblaban nuestra isla cuando la descubrió Colón todavía se encontraban en un grado de civilización poco elevado. No por eso –y siguiendo así las inclinaciones características de la especie humana– dejaban ellos de ocupar sus largos días de ocio en labrar ciertos objetos; de cuyo arte primitivo se conservan bastantes ejemplares, y éstos ofrecen grande interés tanto para la arqueología como para los estudios etnográficos.

Las antigüedades que de los indios nos quedan son: armas de pedernal, vasijas de barro, muebles de madera, figuras de cemís e inscripciones grabadas en la peña.

Cierto es que el arte de los metales no era desconocido entre esos indios. “En todas aquellas tierras, dice el *Diario del primer viaje de Colón* (día 26 de diciembre), no había memoria de hierro ni de otro metal, salvo de oro y de cobre, aunque cobre no había visto sino poco el Almirante.” Pero el oro se encontraba por doquiera en su estado puro, estado en que se podía labrar sin mayor dificultad. “Este oro hacían en hojas muy delgadas, porque lo quieren para carátulas. Otro hacen para traer en la cabeza o para colgar en las orejas y narices, así que todavía es menester que sea delgado” (*Relación del segundo viaje de Colón* por Chanca). Reducido pues el oro a chapas finas, formaban con él diversas clases de joyas y adornos. “Envióle el cacique al Almirante un cinto que en lugar de bolsa tenía carátula que tenía dos orejas grandes de oro de martillo, y la lengua y la



nariz también.” (*Diario del primer viaje*, día 22 de diciembre). Pero esos objetos de oro fueron arrebatados todos por la codicia de los conquistadores y derretidos, sin que quede ni una sola muestra de ellos.

En cuanto a los objetos de pedernal, éstos consisten en hachas, manos de pilón y otros utensilios perfectamente pulimentados, del todo semejantes a los artefactos de la misma materia que, hallados en diversas regiones del mundo, caracterizan el período neolítico en la escala de las civilizaciones humanas.

Las hachas de pedernal llamadas vulgarmente *pedras de rayo* están formadas de *sienita* o de *serpentina*. Otras hay cuya sustancia es la diorita, el cuarzo o el esperón silíceo, y éstas son las que presentan mayores dimensiones. Sus formas pueden reducirse a 4 tipos principales. Las unas son largas con una extremidad puntiaguda y la otra convexa cortante. Otras oblongas y aplastadas con una extremidad achatada y la otra convexa y afilada. Algunas, de rarísimo modelo, tienen la forma de una hachuela, con el mango de la misma piedra. Las otras, por fin, de que poseemos varios ejemplares, tienen un doble filo convexo, y la parte mediana adelgazada y escotada para recibir un mango de madera: éstas eran especiales de las tribus ciguayas, pues en ningún otro punto se han encontrado.

Los utensilios de casa son: piedras huecas para moler, con sus manos redondeadas o labradas en forma de muñeca; y también guayos de pedernal destinados probablemente a triturar la yuca para el cazabe.

Compuestas de barro cocido se encuentran ollas, potizas y una porción de figuras que les servían de adorno. Las ollas pocas veces se hallan enteras; son de forma regular y sus bordes a menudo vienen adornados con borla de estilo griego y con cabezitas humanas. Más fácil es hallar potizas enteras: el viajero francés A. Pinart, en sus *Notas sobre los petroglifos y antigüedades de las Antillas* trae representada una muy completa y adornada con elegancia. El general Francisco Gregorio Billini posee también una vasija que representa un indio sentado y de cuyas espaldas sale el cuello de la vasija. (A. Pinart). Pero una de las antigüedades indianas más rara es una alcarraza que posee el Dr. Betances, quien la consiguió en Santiago después que la hallaron en una cueva de la loma Diego de Ocampo. Es de



barro, gris, con pinturas rojas; representa una cabeza de indio de tamaño natural, que descansa sobre el occipucio; el agua sale por un calimete corto que tiene en la boca; toda ella en perfecto estado. “Santo Domingo, dice el Sr. Pinart, es el país de las Antillas que las más hermosas muestras de alfarería suministra.”

Los muebles de casa sólo son taburetes bajos formados de una sola pieza de madera dura. El Sr. Pinart, en su opúsculo, trae dibujado uno bastante tosco. Nosotros poseemos otro muy bien labrado: tiene por todo medio metro de alto, pero el asiento no está más que a 15 centímetros del suelo. Representa un ser humano: el espaldar lo forman el busto y la cara del sujeto, el asiento es su vientre; de los 4 pies, los anteriores son sus piernas, y los traseros los pies de un asiento en que figura que viene sentado. Las orejas tienen el lóbulo inferior muy perforado, como usan tenerlo aún ciertas tribus indianas; por ejemplo los botocudos del Brasil.

También están formados de madera dura algunos ídolos, como aquéllos que se encontraron en las cuevas de La Isabela, los que desgraciadamente fueron regalados en el extranjero. Pero la mayor parte de los cemís están labrados en sienita o en serpentina. Generalmente se llevaban éstos en el cuello, como amuletos. Nicholson, en su *Ensayo de historia natural de Santo Domingo*, da la descripción y la figura de varios ídolos pequeños de esa clase: representan seres humanos agachados de 2 a 3 pulgadas de largo. En nuestro poder se encuentra uno perfectamente esculpido de sienita, en forma humana, de pie, y por detrás presenta 4 agujeros evidentemente preparados para pasar un cordón. En una cueva de Port Margot (Haití) se encontró no ha mucho, un collar hecho de piedrecitas y conchas ensartadas y en el centro una figurita de pedernal.

Mucho menos adelantado que en otras Antillas estaba aquí el arte de las inscripciones jeroglíficas. Sin embargo, en varios puntos se encuentran series de figuras que, a pesar de la manera tosca con que fueron delineadas, debían tener alguna significación religiosa, pues casi siempre se ven esculpidas en las cuevas consagradas al culto de los indios. En la caverna *Jubabá*, que era el templo central de la isla, la que hoy se llama *Voute á Mignet*, en el territorio de Dondón (y no de Monte Cristi), se



pueden distinguir todavía varias figuras humanas trazadas en la bóveda y en las paredes calcáreas. En la cueva de *Guácara*, al sur del camino que lleva de La Vega al Cotuí, también existen petroglifos. Pero los más interesantes y numerosos son los que trae dibujados el opúsculo del Sr. Pinart, con los apuntes siguientes:

Las inscripciones, dice, que aquí presentamos, provienen de la cueva dicha del Templo, que es la más oriental de todas las grutas y cavernas de la costa de los Haitís, cerca de la bahía de San Lorenzo en la bahía grande de Samaná. El llegar a esa cueva es harto difícil. Después de haber desembarcado en una pequeña playa muy estrecha a la falda de una peña, hubimos de atravesar, en una extensión de medio kilómetro, una verdadera ciénaga de mangles. La entrada de la cueva forma un portal, y las galerías son anchas, pero bastante oscuras; millares de murciélagos hacen poco agradable la entrada. Tenemos que usar hachos formados de hojas de palma, cuyo humo nos mortifica sumamente. Por doquiera en las paredes se encuentran inscripciones, que casi no están esculpidas en la peña, sino delineadas con tinta ya negra ya roja. La galería principal, después de algunos centenares de metros de extensión, se termina en una pieza bastante grande, en forma de bóveda regular; un hueco que se ha formado arriba deja penetrar la luz. En esas paredes es que se encuentran las inscripciones que representamos. Se distinguen en ellas las mismas figuras que hemos indicado en Puerto Rico, y en particular la del guabá o araña grande. Ellas son mucho más toscas que las de Puerto Rico; pero a pesar de todo, son de mucho interés. Cuál sería el significado de estos petroglíficos, es problema cuya solución arrojaría viva luz sobre las creencias y acaso sobre la historia antecolombina de aquellas tribus indianas; problema cuya solución, desgraciadamente, es difícil esperar conseguir.

Los dominicanos amigos del estudio de las cosas patrias a menudo se verán detenidos por la falta de elementos arqueológicos; mas no por esto deben desinteresarse de esa clase de



investigaciones. Por lo contrario, ya debemos empeñarnos con mayor constancia y con más asiduo concierto en coleccionar y conservar todos los vestigios que puedan contribuir a la historia retrospectiva de nuestros indios. Ya se acerca la exposición colombiana de Chicago: extraño sería que en aquel gran certamen conmemorativo del Descubrimiento no figurase Santo Domingo con una exhibición de antigüedades que represente aquella civilización primitiva. Todos aquellos que, como monseñor Meriño, don José Gabriel García, don Emiliano Tejera, el general Francisco Gregorio Billini, don Emiliano Espaillat (de Moca), &, poseen antigüedades indianas, debemos ponernos de acuerdo para formar con ellas una colección que, confiada a persona que nos garantice su retorno al país, pueda dar aún mayor interés a la sección dominicana. Y séanos lícito aquí formular una idea: es que el edificio destinado a recibir nuestros productos sea fabricado exteriormente por el modelo de la casa del Almirante o de la Torre del Homenaje, monumentos característicos de la arquitectura que presidiera a las construcciones de aquella época del Descubrimiento.

El Porvenir, 2 de enero de 1892.





El país de los ciguayos

El alto promontorio que sobresale en el mar al Nordeste de nuestra isla fue descubierto y observado por Colón desde su primer viaje. El *Diario de su navegación* refiere que “el viernes, 11 de enero (de 1493), el Almirante encontró el Cabo Francés, al este del cual hay un gran promontorio. A una legua de allí se halla el Cabo del Buen Tiempo.”

Esa parte del cacicazgo de Maguá “estaba habitada, casi desde Puerto Plata hasta Samaná inclusive, por una sola familia muy numerosa, conocida con el nombre de cigüeyanos.” (José Gabriel García, *Memorias para la historia de Quisqueya*, IV).

No tardaron los descubridores en encontrarse con aquellos indígenas.

El domingo, 13 de enero (estando en la bahía de Samaná) vieron hombres armados y cogieron uno de ellos para llevarlo a la carabela. Dice el Almirante que tenía figura más diforme que todos los que aún se habían visto: la cara tiznada, los cabellos muy largos recogidos atrás en un gorro de plumas de papagayo, y desnudo como los demás. Llevaba arco, flechas y una especie de maza de madera muy pesada ... Al llegar nuevamente a tierra los españoles, salieron de entre los árboles más de cincuenta indios que se dispusieron a acometerlos. No esperaron el



ataque los españoles; antes bien dieron sobre los indios y los pusieron en huida. (Diario del primer viaje de Colón).

Esa tribu, en que se revelaban mezclados los rasgos y la sangre de los lucayos con la sangre y los rasgos de los caribes, formaba un pueblo valiente, a cuya cabeza marchaba entonces el generoso Mayobanex. “Cuando Guarionex, rey de Maguá, vergonzoso de la afrenta que recibiera de un español, resolvió abandonar su corte, se retiró solo a la provincia de los ciguayos, cuyo príncipe le dio auxilio y protección”. (Las Casas, *Memorias de las Indias*, I, 2.)

Informados de ello, los españoles exigieron se les remitiese el fugitivo. El cacique, fiel a los deberes de la hospitalidad, contestó: “Decidles a los cristianos que Guarionex es hombre bueno y virtuoso, y por eso digno de compasión... Decidles que ni quiero la amistad de ellos, ni verlos ni oírlos; antes bien, en cuanto pudiera, con mi gente, favoreciendo a Guarionex, quiero echarlos de esta tierra.”

Atacados por los conquistadores, tuvieron que ceder a la superioridad del armamento europeo. Pero favorecidos por lo frágil y apartado de su región, ellos quedaron menos expuestos a las crueles vicisitudes por que pasaron los demás indígenas; y parece que esa tribu fue una de las últimas en extinguirse.

A la misma causa se debió que los colonos españoles nunca llegaron a establecerse por aquella parte, que permaneció desierta y casi desconocida hasta principios de este siglo. Sólo pisaban sus playas bucaneros franceses en busca de reses alzadas con que reponer sus provisiones, o piratas que, como Cofresí, venían a buscar por allí una guarida en donde escapar a los cruceros ingleses o españoles. A fines del siglo pasado, un corsario francés, llamado el Grand Bretón, venía perdiéndose por aquella costa: en el Cabo del Buen Tiempo echó tres anchas, cuyas amarras se rompieron; de allí tocó en el Cabo Viejo Francés, y vino a encallarse en una playa. Desde entonces, el primer cabo se llama Tres Amarras, el segundo Cabo Bretón, y la playa, Playa de Navío.

Los bosques, empero, se habían poblado con numerosas manadas de cerdos y con grandes partidas de reses montaces, que se multiplicaron allí con toda libertad. A principios de este siglo aquellos bosques no eran más que inmensas monterías que de nombre pertenecían a una persona de Santiago;



en realidad, a nadie. De la boca del río San Juan a la boca del río Boba, salvo dos o tres ranchos de monteros, no existía ni una sola habitación. Entonces fue que el padre de don Agustín Martínez Hernández, el venerable patriarca de aquellos lugares, vino con su hijo a establecer cerca del Cabo Bretón un primer fundo, que fue la cuna de la población actual.

Atraído por interesantes informes que de aquella localidad teníamos, y por las amistosas instancias de los principales habitantes, emprendimos viaje (en junio de este año) para visitar la sección de Tres Amarras.

En la benévola campaña de los señores Francisco y Manuel Pelegrín, concedores ya de la ruta, seguimos el camino que por la playa se dirige al Este, pasando las bocas por las que numerosos ríos, algunos caudalosos (tales como Muñoz, Camú del Norte, Yásica y Joba), desaguan en el mar; y fuimos a pernoctar en las alturas de Magante, en donde recibimos de la estimable familia Valbuena la más cordial cuanto generosa hospitalidad.

En la segunda jornada, andando por playas estrechas que las marejadas van carcomiendo –por lo que se hace indispensable abrir una vereda en el monte– y después de pasar la ancha boca del río San Juan, temible en los días de creciente tanto por lo profundo de sus aguas como por la voracidad de los tiburones que la surcan, llegamos a la punta de Gri-Gri. Allí empieza la costa a levantarse en altos peñascos que los bucaneros llamaron “Les Falaises”. Allí se nota, más que en cualquier otro punto, el estado de transformación por que viene pasando la costa: por doquiera furnias profundas en donde se oyen retumbar las olas, lagunas rodeadas de mangles, piedras madreporicas entre las que serpeñean las raíces de árboles corpulentos: por aquellas raíces, la mejor montura ha de andar al paso.

Allí principia el promontorio de que el Sr. Abad –siguiendo las indicaciones de Gabb– escribe:

Las calizas madreporicas de esta hilera de cerros manifiestan, plenamente, su reciente formación: las conchas de los mariscos se ven perfectamente conservadas en la masa de los conglomerados areniscos, dentro de los cuales se encuentran embutidos... El constante embate de las olas ha limado y socavado los peñascos contra los cuales se estre-



llan, abriendo profundos surcos y grietas interiores que dejan, proyectadas en el espacio, agudas y erizadas puntas... El tránsito por esta parte de la costa es difícil. Por eso el camino que se sigue, se interna hacia el Norte por entre espesos bosques para correr por una línea paralela a la costa, de la que sólo se aleja lo necesario para evitar los malísimos pasos del litoral... En esa costa ha habido dos distintos levantamientos del suelo: el primero ha debido formar los cerros que hoy se hallan a 20 kilómetros hacia el interior; y el segundo, en época más moderna, ha determinado la formación de los peñascos que ciñen actualmente la costa... Los cerros interiores presentan sus frentes, que en un tiempo fueron combatidos por el mar, como blancas murallas cortadas a pico, a una altura de 200 y a veces de 400 pies, con cumbres coronadas por los mismos grandes árboles de las selvas, que visten la meseta central de la cordillera de Monte Cristi... Los costados de los peñascos y las paredes de la multitud de masas rocáceas, que se levantan aisladas entre los bosques, se ven llenos de grietas y cavernas"... (Reseña de la República Dominicana, pp. 20-21).

La descripción es perfectamente exacta. El centro del promontorio, formando una meseta coronada de bosques y que llaman *La Loma*, está sostenido por los peñascos de la antigua costa. Entre esa muralla y el litoral actual corre una faja de terreno de formación más reciente, en donde están situadas las casas de habitación y las labranzas. Efectivamente, después de pasar Las Raíces, se encuentran terrenos llanos, de extraordinaria feracidad y perfectamente cultivados. Esas tierras, separadas por alturas que se prolongan en puntas en el mar, se llaman *Tutinfierno*, Mata Puercos, Papayal, Los Abreu, Bretón, y llegan hasta el poblado de Tres Amarras, por espacio de 6 leguas.

Los mil habitantes que forman la población de esas secciones son los descendientes de los Hernández, los García y los Acosta que, a principios del siglo, se establecieron allí. Todos se distinguen por sus costumbres sencillas cuanto nobles, por su laboriosidad y por el bienestar que han sabido procurarse. Las casas situadas cerca del camino, rodeadas de sabanas verdeantes, son notables por su aseo y buenas condiciones. Los *conucos* produ-



cen grandes cantidades de maíz, arroz, plátanos, frijoles, con que se abastecen, por medio de balandros, los puertos de Monte Cristi y Puerto Plata. La ganadería se ve igualmente floreciente. Se puede decir que aquellas localidades deben servir de ejemplo a todos nuestros campos, y enseñan lo que ha de dar nuestra tierra a quienes la cultiven con inteligencia y actividad.

En Los Abreu nos detuvimos en casa del general don José Hernández, el cual, por su honradez y prestigio, es el jefe natural y reconocido de aquellos lugares. En aquella casa encontramos la más franca y amplia hospitalidad: tanto el general como su señora y sus amables hijas, nos recibieron como antiguos amigos, casi como parientes, y durante los pocos días que permanecemos allí, no dejaron de colmarnos de atenciones.

A 1 legua de Los Abreu se encuentra el Cabo Bretón, antiguo Cabo Viejo Francés, cuya punta de 100 pies de elevación cae perpendicularmente en el mar. Allí cerca vive el anciano don Agustín Hernández, cuya memoria y clara inteligencia dan a su conversación el mayor interés: fundador y padre de toda aquella población, él se complace en referir todas las historias y recuerdos que se relacionan con esos lugares; y nosotros no nos cansábamos de escucharlo.

A 2 leguas más allá se llega al llano o sabana de Tres Amarras, donde se extiende el poblado de ese nombre, que posee una capilla, un edificio para comandancia y cárcel, y se compone de unas treinta casas. Todos sus pobladores forman una sola familia, unida a la de los Hernández.

Siempre siguiendo la costa —que ya por allí corre al Sureste— pasa luego el camino por el lugar de Cabeza de Muerto. Allí se levanta un enorme peñasco marítimo, dentro de cuya mole existe una cueva; y en las paredes de esa cueva fue que se encontró el cráneo indiano que poseemos y de cuyo hallazgo dimos razón en el N° 846 de *El Porvenir*.^{*} Parece que la presencia de ese u otro cráneo igual dio su nombre a aquel punto.

* El Dr. Llenas se refiere aquí al texto “Descubrimiento del cráneo de un indio ciguayo en Santo Domingo”, el cual recogió luego en un folleto publicado en francés (L. Mellinet et Cie, Nantes, 1891). La versión francesa fue traducida por Cayetano Armando Rodríguez y reproducida en *Clío*, Núm. 15, de



Esta circunstancia indica, desde luego –como lo es efectivamente– que aquellos lugares son de los que mejor conservan vestigios de los primitivos indígenas. Las cuevas que se ven por doquiera formadas en la muralla madreporica de la antigua costa, servían de habitación, de refugio o de cementerio a los ciguayos: en ellas se hallan fragmentos de ollas de arcilla, hachas de diorita, taburetes de madera dura, piedras de granito para moler los cereales y por fin osamentas. De allí hemos conseguido un gran número de curiosidades y dos o tres cráneos indios.

Así es que también por el concepto arqueológico, no menos que por sus condiciones geológicas y estadísticas, la sección de Tres Amarras es de las más interesantes y dignas de atención.

Y aprovechamos esta circunstancia para llamar la atención de nuestro gobierno sobre aquella laboriosa población, tan digna de interés: es preciso darle vida propia y facilitarle todos los medios de adelanto.

Tres Amarras con sus mil habitantes, sus labranzas que son un granero de abundancia para toda la costa del Norte y sus florecientes criaderos, ofrece condiciones más que suficientes para ser erigido en puesto cantonal independiente. No son semejantes poblaciones las que puedan ofrecer peligro a la acción administrativa: allí no se tolera la vagancia ni puede sentar pie la especulación política.

Situada a dos jornadas de camino de Samaná y de San Antonio de Yuna –parroquias las menos lejos– aquella excelente población se ve privada de toda asistencia religiosa. Pero podemos afirmar que, si la autoridad eclesiástica se dignara suministrarles un párroco, los habitantes se comprometieran a asegurarle una dotación suficiente.

Tres Amarras pertenece hoy a la común de Matanzas, de la provincia Espaillat; pero se haya separada de Moca, su cabecera, por la cordillera del Norte y por una larga distancia, un camino de dos días. Por lo contrario, sus relaciones naturales, su comunidad de intereses, la distancia menos larga, la hacen parte natural del distrito de Puerto Plata. Aquí tienen ellos sus

1947, con notas del mismo Rodríguez y de Vetilio Alfau Durán. Dicho texto está incluido en el segundo de los dos tomos que recogen la mayor parte de los escritos del médico y escritor santiaguense. (Nota del editor).



relaciones comerciales; aquí mandan a vender sus provisiones y sus ganados; aquí acuden en todos los casos de urgencia. ¿Por qué el Congreso Nacional, accediendo a los legítimos deseos de aquellos honrados habitantes, y al erigir su sección en puesto cantonal, no los agrega con todo el litoral del Norte al Distrito Marítimo de Puerto Plata?

Si tuviésemos la buena fortuna de contribuir con estos apuntes a llamar la solicitud de nuestros legisladores sobre esa parte tan interesante del país, y a conseguir para Tres Amarras las ventajas a que aspira, crearíamos haber hecho un servicio a la República y haber demostrado a esos habitantes los gratos recuerdos que de su hospitalidad, su honradez y su laboriosidad conservamos.

El Porvenir, 18 de noviembre de 1890.





El Haití de los caciques

I

Cuando convulsiones y diluvios desconocidos en la historia hubieron separado del Antiguo Continente al Nuevo Mundo, en medio de las islas que después se denominaron Antillas, se halló formada una más extensa y más montañosa que las vecinas. Sus habitantes la llamaron los unos Haití (tierra alta), los otros Bohío (casa grande), y casi todos Quisqueya (gran tierra-madre).

A fines del siglo XV vemos esparcidos en sus valles y en sus costas pueblos que su tez bronceada, su largo pelo laso, su despejada frente, nariz aguileña y estatura esbelta, denotaban ser parte de esa raza roja cuyo origen, perdido en la noche de los tiempos, parece el mismo de los egipcios y fenicios. Las tradiciones ponían su cuna en los montes Apalaches (Norteamérica), de donde una invasión los había empujado a emigrar.

El clima delicioso de su nueva patria, sin hacerlos degenerar de su agilidad y robustez (pues pocos años más tarde sus cráneos rechazaban y rompían el acero de las espadas españolas) había suavizado sus costumbres y formado de ellos una población humana, sencilla y confiada, sin pasiones violentas, un pueblo pacífico hasta la timidez. En vez de oponer a las invasiones de los caribes (sus vecinos antropófagos de las islas Caniba o Antillas orientales) las lanzas de madera dura y las hachas de piedra con que iban armados, sólo escapaban a la esclavitud y a la muerte con la fuga a los montes interiores. Las chozas de



ramos (aiupas o bohíos) que apenas los abrigaban de las intemperies de un cielo clemente, estaban dispuestas de manera que desde el interior se descubría el mar y se podían ver a tiempo las flotillas enemigas.

La pesca en los ríos o en alta mar en frágiles canoas de árboles ahuecados, y la imperfecta cultura de una tierra fecunda que les producía frutas, granos y raíces alimenticias, daban abasto al sustento de una raza al extremo frugal. Los hombres sólo se cubrían el cuerpo con pinturas de varios colores. Las niñas llevaban por único adorno anillos y chapas de oro fino pasadas en las orejas y narices; a ese tocado las casadas añadían un paño de algodón sujeto a la cintura. Las diversiones en que ocupaban la mayor parte de sus días eran los baños, los juegos, la danza y el dulce descanso en las aéreas hamacas en que la brisa mecía su indolencia bajo la sombra de algún árbol frondoso.

Los conocimientos de ese pueblo ignorante que sólo sabía contar hasta diez consistían en tradiciones genésicas transmitidas por cantos o “areítos” y quizás también por inscripciones jeroglíficas sólo entendidas de los sabios: las cuevas de Guácara (N del Cotuí) y de Jubabá (Grotte a Minguet, al SO de Dondón) dejan ver todavía figuras simbólicas esculpidas con cierta regularidad en sus paredes. Esas cuevas y otras semejantes, en que nuestros habitantes todavía no se avanzan sin cierto temor supersticioso, eran como los santuarios del culto: allí los cemís o dioses, representados por groseros ídolos de piedra y barro, eran el objeto de la adoración; allí les afluían las ofrendas; allí pronunciaban sus oráculos sea directamente por sus diformes labios, sea por el órgano de sus ministros o bohutis. Éstos, a un tiempo sacerdotes, agoreros y médicos, después de aspirar ciertos polvos encantados, se veían poseídos del espíritu de los cemís, y en medio de una horrorosa exaltación, de su pecho se escapaban voces incoherentes que los fieles recibían como palabras divinas.

Tres clases de talismanes hacían los bohutis, dispensadores de la salud y de la prosperidad: los unos favorecían los sembrados, los otros atraían lluvias y los terceros proporcionaban felices partos. Una de sus tradiciones decía que de la cueva Jubabá se habían alzado el Sol y la Luna, en el origen de los tiempos, y para ir a tomar en el firmamento sus gestos luminosos. Otra anunciaba que hombres extraordinarios llegarían un día del Oriente



para cambiar la faz de estas tierras. La creencia de la inmortalidad del alma les había inspirado la horrible costumbre, común también a los pueblos del Indostán, de sacrificar las esposas sobre las tumbas de sus esposos y la de celebrar los honores fúnebres con juegos sangrientos como los juegos de gladiadores, que de los ritos fenicios recibió Roma degenerada. Los moribundos eran sofocados, y sus cadáveres secados a la llama se conservaban como reliquias en las familias: así el culto de los abuelos se mezclaba en su religión al culto de los dioses. Este grosero fetichismo manchaba con sus infames prácticas las costumbres de gentes por otra parte bien morigeradas, pues la poligamia, indicio de inmoralidad, era únicamente permitida a los príncipes.

A pesar de aseveraciones que atribuyen a la isla cinco millones de indígenas, parece verosímil que sólo llegaban a un millón, pues la tierra mal cultivada y la sola pesca no podían mantener mayor número de habitantes; y no podían contribuir a su alimentación los escasos cuadrúpedos que allí se encontraban: los curís (o cabiaís) y las jutías (o agutís), dos géneros del orden de roedores.

Cinco reyes o grandes caciques, cuyo poder sólo lo temperaba la influencia de los bohutís, se repartían el imperio de la isla. El reino de Marién, cuya capital era Guarico (Petite-Anse) ocupaba el NO desde el actual Monte Cristi hasta el río Hatibonico (Artibonito). Guarionex, el principal de los cinco, extendía al NE desde Monte Cristi hasta Yuna y Samaná sus dominios, cuya mayor parte la formaba La Vega Real, y cuya capital, llamada Maguá, estaba situada cerca de La Vega. El cacique Bohechío, el feliz esposo de Guanahatabenechena, la más hermosa de las hijas de Haití, reinaba al SO desde el río Hatibonico hasta las orillas del Pedernales; su capital Jaragua (más al E) ocupaba el puesto del moderno Port-au-Prince. Caonabo (señor-de-la-casa-de-oro), guerrero extraño, que su valor había hecho gran cacique y esposo de la hermana de Bohechío, la poetisa Anacaona (flor de oro), dominaba desde los montes del Cibao (región de las piedras) hasta los montes de Bahoruco y la costa Sur de la isla. Maguana, su capital, dio su nombre a San Juan de la Maguana. Por fin Cayacoa, cuya capital era Higüey, ocupaba desde el Yuna hasta el Ozama la región del SE. Sus súbditos, los ciguayos, de raza caribe, se distinguían de los demás Haitís por



su aspecto horroroso, las pinturas negras de su cuerpo, por su modo de llevar los cabellos recogidos en un moño adornado con plumas, y por los arcos y flechas con que solían rechazar las piraterías de sus vecinos los caníbales. Cada reino se subdividía en tribus regidas por caciques subalternos: como Hantiguayaba, cacique de Yaquimo (Acquin), y Guatiguaná y Cotubanamá, jefes de pequeñas partidas de ciguayos.

Tal era el estado de Haití cuando se esparció por el reino de Marién el rumor de que la antigua profecía se iba a cumplir, de que hombres extraordinarios bajados del cielo sobre las alas de gigantescas aves, se acercaban de la isla.

II

Cuando los europeos aportaron a nuestras playas, tan poblada se encontraba la isla como lo puede estar hoy día. Algunos historiadores han exagerado el número de sus indígenas, hasta llevarlo a tres y a cinco millones de almas. Pero la tierra mal cultivada y la sola pesca no podían abastecer tamaña población; y, por tanto, aquella evaluación parece inverosímil.

Hemos visto ya que los habitantes pertenecían a dos razas distintas: por el centro y el oeste —en aquella parte que más especialmente se llamaba Bohío—¹ las tribus de origen floridiano o lucayo; y en el Oriente —que más especialmente se llamaba Haní—² los ciguayos, de raza caribe.

§ 1. Los caribes eran parte de la gran nación Galibí, cuyas tribus se extendían desde Quisqueya hasta el río Amazonas. Venidos del Suroeste, ellos desalojaron a los aborígenes de las islas de Barlovento, en donde se establecieron y de donde sus descendientes sólo han desaparecido en nuestros tiempos. Era esa una raza sana, activa y de mucha longevidad. Los hombres, a pesar de su pequeña estatura, daban pruebas de fuerza y vigor. Tenían la frente ancha, el ojo pequeño, la piel de color

1. *Diario del segundo viaje de Colón*, p. 425. (Nota del Dr. Llenas).

2. *Ibidem*. (Nota del Dr. Llenas).



amarillo oscuro, el cabello negro, laso y largo. En la nariz, orejas y labio inferior horadados pasaban gruesas espinas de pescado; en las mejillas ostentaban cicatrices formando figuras simétricas, y todo el cuerpo lo tenían abigarrado de pinturas negras. “Aquellos indios, dice *El diario del primer viaje de Colón*,³ hablando de los ‘ciguayo’, eran más diformes que los otros; llevaban la cara toda tiznada; andaban desnudos, y sus cabellos negros los tenían recogidos en una corona de plumas”.

Las mujeres, también de corta estatura, eran agraciadas y modestas. Usaban túnicas y mantas tejidas de algodón, collares de conchas y piedras pequeñas; una liga ancha de algodón, que llevaban apretada a la pierna desde la niñez, les hacía la pantorrilla enorme.

Los “caribes”, afables entre sí, eran temibles para los extraños: todo forastero les parecía un enemigo. Pero el principal objeto de su odio eran el arauaco, su enemigo hereditario, y el lucayo, víctima de sus constantes agresiones.

Después de escogido el jefe de la expedición, los guerreros se embarcaban en sus canoas, en alguna de las cuales cabían cien personas y, a fuerza de *pagayas*, se engolfaban hasta cien leguas en alta mar. Al llegar a las playas enemigas, desembarcaban cautelosamente y caían de sorpresa sobre las aldeas, cuyos pobladores degollaban o se llevaban cautivos. El prisionero varón era puesto sobre un brasero que llamaban buacán –de donde los bucaneros, quienes preparaban así su caza, tomaron su nombre–⁴ y así cocido, lo devoraban. Las mujeres y niñas quedaban reducidas a esclavitud.

Las aldeas de los “caribes”, llamadas *auté*, se componían de casas de madera (*tubanas*), de pequeños ranchos (*aiupes*) y de una casa común (*carbel*) que ocupaba el centro. En tiempo de paz el padre de familia era el único jefe de su casa; sólo en las expediciones se reconocían jefes nombrados para dirigirlos. El hijo adolescente, antes de ser emancipado y admitido entre los guerreros, se veía sometido a pruebas crueles.

El “caribe”, al levantarse, corría al baño. Luego se hacía peinar y pintar por sus mujeres; tomaba su comida compuesta de

3. *Diario del día 13 de enero*, XII. (Nota del Dr. Llenas).

4. Oexmelin, *Historia de los bucaneros de América*, XII. (Nota del Dr. Llenas).



carnes asadas, sazonadas con ají, y se entregaba a sus faenas o al placer de fumar. Sus ocupaciones consistían en ahuecar troncos corpulentos para formar canoas y confeccionar armas, vasijas de barro o instrumentos de piedra. Por armas llevaban arcos, flechas y mazas. “Sus arcos eran tan grandes como las ballestas de Francia. Sus flechas, hechas de un junco largo de 3 a 5 palmos, tenían la punta de madera endurecida en el fuego.”⁵ Su maza era de una palma muy dura, larga de 4 palmos, en forma de paleta, y la llamaban macana”.⁶

El culto de aquellas gentes era el fetichismo: adoraban ídolos diformes que ellos mismos labraban y que llamaban *mabuyas*; los ministros del culto se llamaban *boié*.

Los muertos se inhumaban sentados, rodeados de sus armas y prendas.

Habitualmente sobrio y reservado en hablar el “caribe”, en sus fiestas, se entregaba a todos los excesos de la embriaguez. En cuanto a las mujeres, ellas bailaban separadas, formadas en círculo, ni moviendo más que los pies.

El idioma de aquel pueblo, cuyo vocabulario se ha conservado, “era difícil, pobre e imperfecto”,⁷ y comprendía tres dialectos, uno común de todos, otro exclusivo de los hombres y el tercero que usaban las mujeres: lo que se explica por esta circunstancia que las mujeres, casi todas oriundas de las Lucayas, robadas en las incursiones, quedaban siempre consideradas como extrañas. Y esto explica también la poligamia que entre ellos se usaba y la servidumbre de la mujer: ella era la que cultivaba el pedazo de terreno reservado a su familia en la tierra que era propiedad común de toda la tribu.

Tales eran los rasgos etnológicos de los “ciguayos” que ocupaban la parte Nordeste del país, y cuyas costumbres daban a toda la isla un renombre terrible: “Los indios de Cuba les tienen temor a los de Bohío, pues creen que éstos comen carne humana”.⁸

5. *Diario del primer viaje de Colón*, días 17 de diciembre y 15 de enero. (Nota del Dr. Llenas).

6. Nota de Las Casas. (Nota del Dr. Llenas).

7. P. de Tertre. (Nota del Dr. Llenas).

8. *Diario del primer viaje de Colón*, día 5 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).



III

§2. Aunque los indígenas de origen floridiano, que poblaban las Antillas Mayores y las Bahamas, y a quienes daremos el nombre genérico de lucayos, proceden del Norte, parece que tenían con los arauacos de costa firme cierta afinidad de idiomas y de costumbres. Los caribes los confundían en un mismo tronco, como tribus de la misma raza. Y, por ende, se puede deducir que ambos eran descendientes degenerados de aquella nación civilizada cuyo foco principal era el Yucatán: alleghenis en el Norte, tullecas en el centro y aymaras por el Sur del continente.

Los lucayos, pues, eran de color bronceado, menos oscuros que los caribes. “Los habitantes de aquí son más blancos y los más hermosos que se hubiesen encontrado”.⁹ “Los hombres y mujeres eran de buen tamaño”.¹⁰ “Hombres y mujeres iban desnudos,¹¹ y el cuerpo lo llevaban pintado de varios colores,¹² blanco, negro y rojo. Acostumbraban comprimir la frente a los niños, que conservaban así una deformación característica. Su cabello era liso y fino; pero los hombres solían rasurarse la cabeza”.¹³

“Sus costumbres, mansedumbre y consejo demostraban que eran más inteligentes que los que se habían visto ya.”¹⁴ Querían verlo todo y pregonaban por toda cosa”.¹⁵ Efectivamente, la viveza de su ingenio sorprendió a los descubridores no menos que la benignidad de su índole. El clima delicioso en que vivían, sin hacerles perder nada de su agilidad y robustez, había suavizado sus costumbres y formado con ellos un pueblo humano, hospitalario, sencillo, confiado y pacífico hasta la timidez.

En vez de oponer a los invasores caribes las lanzas de madera dura y las hachas de piedra con que sabían armarse, sólo buscaban su salvación huyendo a los montes. “Los indios de esta isla

9. *Diario del primer viaje de Colón*, día 15 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

10. *Diario*, id., día 24 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

11. *Diario*, id., día 21 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

12. Id., día 24 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

13. *Diario del segundo viaje de Colón*. (Nota del Dr. Llenas).

14. *Diario del primer viaje de Colón*, día 11 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

15. Id. Id., día 25 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).



viven sobresaltados por temor a los de Cariba”,¹⁶ que así llamaban a las islas de los caribes. “Todos huían, por lo que se ve que aquella gente debía ser muy cazada”.¹⁷ Desde que se descubrían las armadillas enemigas cerca de la costa, se encendían hogueras en las lomas para dar alarma.¹⁸

No por eso dejaban de ser violentos estos indígenas: cuando se trató de luchar por su independencia contra los descubridores, se les vio arrojar con denuedo sobre los afligidos acosos de los castellanos.

Hemos dicho que usaban hachas de piedra. Efectivamente, aquellas tribus se encontraban en el período *neolítico* o de la piedra pulimentada, como lo demuestra la cantidad de instrumentos de sílex y de obsidiana que se han encontrado y se encuentran aún en las cuevas y en las lomas. “Tienen muchos utensilios, en particular hachas y azaleas hechas de piedra muy pulida”.¹⁹

El temor a las invasiones de caribes los obligaba a establecer sus poblados lejos de la costa. Situados en los valles del interior, a orillas de los ríos, y formados de chozas de ramas, algunos contaban centenares de *bohíos* y presentaban un aspecto agradable. “Las poblaciones y casas eran hermosas”.²⁰ Las casas de los jefes, mayores y mejor adornadas, se llamaban *eracras*.

La pesca en los ríos o en el mar, y la imperfecta cultura de una tierra fecunda que les producía granos, frutas y raíces alimenticias, daban abasto al sustento de aquel pueblo sobrio y frugal. Colón encontró el país bastante cultivado.²¹ Con coas de madera endurecida en el fuego, sembraban el ñame y la yuca: “Siembran ajés, que son raíces que raspan y crecen como pan”.²² “Su comida principal es de aje que sazonan con ají”.²³ “Hacen un pan que llaman *cazabi*”.²⁴

16. *Diario del primer viaje de Colón*, día 11 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

17. Id. Id., día 15 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

18. Id. Id., 20 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

19. *Diario del segundo viaje de Colón*. (Nota del Dr. Llenas).

20. *Diario del primer viaje de Colón*, día 24 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

21. Id. Id., día 8 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

22. *Diario id.*, día 16 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

23. *Diario del segundo viaje de Colón*. (Nota del Dr. Llenas).

24. *Diario del primer viaje*, día 24 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).



Poco podían contribuir a la alimentación los escasos cuadrúpedos que en la isla se encontraban: el curí (*cavia cabaya*) y el agutí (*cavia aguti*), dos especies del orden de roedores. La existencia de perros mudos, de que hablan ciertos historiadores del Descubrimiento, no ha sido comprobada.

También sabían los lucayos lanzarse en alta mar en sus canoas de árboles ahuecados; “algunas eran grandes como falúas de quince bancos”.²⁵

Indolentes para el trabajo, eran infatigables en la danza y en el juego. El juego favorito era el de la pelota, que formaban con el zumo elástico del cupey (*clusía rosea*); el lugar donde se jugaba se llamaba batey. La danza o diumba se ejecutaba al compás de güiras y de gayumbas, cuyos instrumentos se han conservado en nuestros campos.

Las décimas en que nuestros campesinos celebran hechos famosos o cantan sus amores, son también imitación de los areítos o cantos nacionales de los indígenas.

Su gobierno era monárquico, representado por reyes llamados caciques y por jefes subalternos o nitaínos. “El Almirante supo que el rey se llamaba ‘cacique’,²⁶ y que empleaban también la palabra nitaíno para designar a ciertos jefes”.²⁷ “Los señores no mandaban sino con señas de la mano”²⁸ y les obedecían con la mayor sumisión y acatamiento. Los caciques andaban en literas formadas de ramas, llevados en hombros de sus súbditos²⁹ y rodeados de sus consejeros.

En aquellas tribus la mujer gozaba de consideración y era tratada como verdadera esposa. La poligamia era exclusivo privilegio de los caciques³⁰, y en las familias reales la mujer podía llegar hasta al trono.

Mientras la madre de familia se entregaba a las faenas domésticas, el indio se ocupaba en pescar, cultivar la tierra o confeccionar utensilios y otros objetos. Ellos sabían extraer el oro

25. Id. Id., día 8 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

26. *Diario del primer viaje de Colón*, día 18 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

27. Id. Id., día 28. (Nota del Dr. Llenas).

28. Id. Id., día 24. (Nota del Dr. Llenas).

29. Id. Id., día 19. (Nota del Dr. Llenas).

30. Carta de Colón a Luis de Santángel. (Nota del Dr. Llenas).



de los terrenos de aluvi3n, reducirlos a l3minas entre dos piedras y con 3l confeccionar adornos: a Col3n regal3 un cacique un cinto del que colgaba una car3tula cuyas orejas, lengua y nariz eran de oro batido.³¹ Tambi3n labraban de madera o de barro figurines, bajo cuya imagen veneraban los cem3es o esp3ritus. Las mujeres tej3an con hilo de algod3n (saborey) mantas, y hamacas, “camaco gante, tejida de algod3n, como una red”.³²

Su culto era el fetichismo. Pero, adem3s de los cem3es, reconoc3an un Dios supremo (Turey) que resid3a en el cielo dejando las cosas de la tierra al arbitrio de los esp3ritus. Los ministros del culto, *but3os*, eran a un tiempo sacerdotes, agoreros y m3dicos. Tres clases de talismanes les hac3an dispensadores de la salud y de la prosperidad: los unos favorec3an las siembras, los otros atra3an la lluvia y los 3ltimos procuraban felices partos. Ya hemos visto que el templo central de toda la isla, era la cueva *Jubab3* (Voute a Minguet, cerca de Dond3n). Cre3an en la inmortalidad del alma.

Los moribundos eran sofocados, y los cad3veres secados en el fuego, se conservaban como reliquias en las familias: “En una esperilla muy bien cosida se encontr3 una cabeza humana conservada, y pensamos que era la de una persona querida”.³³

En cuanto al idioma, ya hemos dicho que era armonioso, pero pobre en flexiones, y que sus diferentes dialectos se comprend3an en todas las islas pobladas por tribus lucayas.

Vemos, pues, que la apariencia f3sica, el modo de vivir, la 3ndole, la lengua, todo distingu3a a los ind3genas de origen lucayo, y los constitu3a en una raza tan interesante para el hombre de estudio, como fue cari3osa y ben3vola para con los descubridores.

El Orden, 13 de junio de 1875;

El Porvenir, 6 y 13 de julio de 1889.

31. *Diario del primer viaje*, d3a 26 de diciembre. (Nota del Dr. Llenas).

32. *Diario del segundo viaje*, p. 450. (Nota del Dr. Llenas).

33. *Diario del segundo viaje*, p. 439. (Nota del Dr. Llenas).



Primera visita de Colón

El inmortal genovés Cristóbal Colombo (cuyo nombre los españoles cambiaron en “Colón”), por una inspiración providencial y por sus cálculos geográficos se había convencido de que en medio del mar Tenebroso (océano Atlántico) debían encontrarse tierras desconocidas; y su perseverancia había conseguido de los Reyes Católicos de España, Fernando e Isabel, los medios de ir a descubrirlas. Después de 65 días de navegación, él había abordado, el viernes 12 de octubre de 1492, a la isla Guanahaní (San Salvador o Cat-Island), con 3 naves cuya descripción nos ha sido fielmente transmitida.

La capitana llamada “Santa María” era una carabela del tamaño de un brik actual de 20 cañones; pesada, pero sólida. Su puente, enterizo de popa a proa, medía 120 pies de largo y llevaba, a más de 8 anclas, gruesas piezas de artillería o lombardos. Un sobrepunte a popa y un castillo a proa iban armados de pedreros. De sus 4 palos, dos sostenían velas cuadradas y los otros dos, velas latinas triangulares; en su palo mayor tremolaba el pabellón de Colón: rojo y amarillo con la imagen del crucifijo. En ella habían tomado lugar, a más del Almirante: el gran alguacil Diego de Arana, el veedor Rodrigo Sánchez de Segovia, el escribano Rodrigo de Escobedo, el historiógrafo bachiller Bernardino Tapia, el intendente Pedro Gutiérrez, los tenientes Pero Alonso Niño, Bartolomé Roldán, Fernán Pérez Mateos, Sancho Ruiz, Ruy Fernández y Juan de la Cosa, los cirujanos Alonzo Z., y Juan



de Jerez, el intérprete Luis de Torres, el metalurgista N. Castillo, 4 hidalgos más, 8 empleados y 40 marineros: casi todos de las provincias de Segovia y Huesca.

La “Pinta”, carabela muy velera, del tamaño de un brik de 16 cañones, y la “Niña”, la más pequeña, del tamaño de uno de a 10, llevaban en sus 4 palos velas cuadradas, y su palo mayor tenía enarbolada la bandera de la expedición: blanca con una cruz verde, a sus lados las iniciales F. I. coronadas. Sólo llevaban cubierta a proa y a popa. Su armamento consistía en lombardos de bronce. La “Pinta” mandada por Martín Alonso Pinzón, llevaba de tenientes a Francisco M. Pinzón, Juan de Umbría, Francisco Javier Jalmiento; y de pasajeros al médico García Hernández (de Palos), a los intendentes García Hernández (de Huelva), Francisco García Vallejos, García Alonso y García Diego, a Bartolomé Colón, hermano mayor del Almirante, 4 otros hidalgos, 3 empleados y 13 marineros: casi todos de Palos. La “Niña”, cuyo capitán era Vicente Yáñez Pinzón, tenía una tripulación de 24 hombres, también de Palos.

Después de haber visitado varias islas de las lucayas y varios puertos de la costa norte de Cuba; después de haberse visto abandonado de la “Pinta” en que el envidioso Martín Pinzón se había adelantado, para ir el primero a enriquecerse a la tierra de oro y luego llevar el primero a España la noticia del Descubrimiento, Colón partió, el miércoles 5 de diciembre de 1492, del cabo oriental de Cuba (cabo Maisí). Grande era su impaciencia de llegar al Cipango de sus ensueños; pero grande era el temor de los lucayos que llevaba a bordo, al acercarse de las islas de Caniba.

La noche de ese día (miércoles 5 diciembre), las 2 carabelas, “Santa María” y “Niña”, fondearon cerca de una costa que apenas se descubría entre las brumas de la noche. (El jueves 6 de diciembre), al amanecer, Colón fondeó en una ensenada limitada al SO por un cabo al que nombró cabo de la Estrella (Cap á Foux) en honor de la Virgen, Estrella-del-Mar. Siguiendo su rumbo al NE, a las 3 de la tarde, entraron a fondear en una inmensa bahía “en que mil carabelas podían fácilmente bordear” y que se llamó puerto San Nicolás, nombre del santo de ese día. Tal fue el punto en que los europeos tocaron por primera vez a la que después fue Santo Domingo, “la que después, dice



Chateaubriand, debía embriagarse de riquezas, de sangre y de libertad, y cuyos destinos debían ser tan extraordinarios” (Natchez). El viernes 7 de diciembre, no viendo gente en tierra, se siguió navegando hacia el NE y por la tarde el viento los impulsó en el puerto de la Concepción (Port de l’Ecu).

(Sábado 8 de diciembre). Una de las lluvias tan comunes en nuestros inviernos acompañada de viento, detuvo los españoles a bordo y las carabelas al ancla. Por orden de Colón, se tiraron salvas de artillería en honor de la Inmaculada Concepción.

Los días siguientes (domingo 9, lunes 10 y martes 11), el temporal detuvo la escuadra en el puerto de la Concepción.

(Miércoles 12 de diciembre). Cuando lo permitió el tiempo, Colón mandó a tierra seis hombres a plantar una gran cruz para tomar posesión de la isla. Ya todos habían reparado la semejanza que sus lejanos montes y sus llanuras presentaban con las de Castilla; ya se habían pescado lisas, lenguados y salmones como los de España; los hombres mandados a tierra oyeron en los bosques el canto de un ave cuyas modulaciones imitaban las del ruiseñor de Andalucía; y por tales causas, todos de acuerdo dieron a la isla el nombre de pequeña España o “Española”. La llegada de las carabelas atraía de continuo a las playas una multitud de indígenas dando gritos de admiración; pero luego que las lanchas se arrimaban a tierra, todos huían a los bosques.

Por fin los seis españoles lograron alcanzar a una mujer que fue presentada a bordo al Almirante. Era joven y graciosa, y pudo entenderse con los intérpretes lucayos. Colón la trató con afabilidad, mandó ponerla vestidos a la europea, adornarla con cascabeles, cuentas de vidrio y anillos de cobre, y la despidió con tres lucayos. Éstos no se atrevieron a seguirla al interior y regresaron a bordo, a media noche.

(Jueves 13 de diciembre, 1492). Nueve españoles armados y un lucayo desembarcaron a 4 leguas y media del puerto de la Concepción y hallaron una aldea abandonada apresuradamente por los habitantes. El lucayo siguió estos indígenas, les aseguró que los extranjeros no eran de “Caniba” y poco a poco los fue atrayendo. Por fin más de dos mil se reunieron admirados alrededor de los españoles, a quienes ofrecieron sus mejores provisiones. De otro lado la india del día anterior, habiendo enseñado a su marido y a sus compañeros las alhajas con que la habían



gratificado, todos resolvieron ir a dar gracias a tan benéficos seres. Iban con gran pompa, unos llevando a la india y otros los regalos. En su marcha, encontraron los nueve españoles y su acompañamiento, y reunidos fueron en triunfo hasta orillas del mar. Allí ofrecieron a Colón comestibles, cotorras domésticas, lo mejor, en suma, de que pudo disponer la veneración y gratitud de esos bondadosos habitantes. Colón los llamó “indios”, figurándose que estas tierras eran parte de las Indias Orientales o Asiáticas, error de que también vino al Nuevo Mundo el nombre de Indias Occidentales.

El viernes 14 de diciembre, los vientos empujaron las carabelas cerca de una isla a la que su forma mereció el nombre de Tortuga (ile Tortue).

Todo el día siguiente (sábado 15 de diciembre) tuvieron que luchar contra los vientos.

(Domingo 16 de diciembre). Al volver a la costa de Haití, se encontró una canoa con un indio que Colón recogió a bordo, colmó de chucherías y depositó en un puerto: puerto de Valparaíso (Por-de-Paix). El indio hubo pronto reunido más de 500 compañeros, que vinieron a la playa y entre ellos varias mujeres cuyas chapas de oro hicieron creer a Colón “que ya estaba cerca de la fuente de ese precioso metal.”

(Martes 18 de diciembre). Estando todavía en Valparaíso, Colón recibió la visita de un cacique subalterno de Marién, acompañado de dos ministros y 200 guardas. Eran las tres de la tarde, hora de la comida. El indio entró con aire despejado, saludó, se sentó al lado de Colón y mandó retirar su comitiva. Después de haber solo probado, como por cortesía, los alimentos que se le sirvieron, levantándose de la mesa, mandó traer y ofreció al Almirante un rico cinturón con dos chapas de oro. Colón a su turno le regaló una colcha de seda, un collar de ámbar, borceguíes rojos y un frasco de esencias; le enseñó los retratos de los reyes de España, y lo despidió con grandes honores. Ese mismo día se mandó poner en la aldea vecina del puerto de Valparaíso una gran cruz, que los indígenas empezaron desde luego a tener en veneración.

Al salir de ese puerto, las carabelas se dirigieron al Este costeano la isla, cuyas ensenadas y cabos se iban notando y nombrando (miércoles 19 y jueves 20 de diciembre).



(Viernes 21 de diciembre). Habiendo llegado a un puerto magnífico, Colón lo llamó puerto de Santo Tomás (Port de l'Acul). Desde la madrugada, allí recibió la visita de una canoa cargada de curiosos, y de otra llevando a un cacique, cuya aldea estaba distante de 3 leguas. Al amanecer, la playa se cubrió de un inmenso gentío. Colón, cediendo a las instancias de un cacique, bajó a tierra y visitó su aldea, en la que fue recibido con el cariño más respetuoso. Otro cacique vecino vino también a llevarle a su pueblo; a su regreso cargó sus lanchas de toda clase de comestibles, y le acompañó a bordo con una multitud de canoas.

(Sábado 22 de diciembre). Un oficial del gran cacique de Marién, Guacanagarix, a quien pertenecían todos los puertos visitados hasta este día por las carabelas, vino a bordo de parte del cacique a saludar a Colón, ofrecerle un cinto que traía una máscara de madera liviana cuyas orejas, ojos y lengua eran de oro, e invitarlo a seguir hasta su capital. Aunque el día siguiente era domingo (23 de diciembre) Colón quiso hacer a la vela; pero la bonanza lo detuvo y sólo pudo mandar el notario real Rodrigo Escobedo y otros oficiales a saludar al Gran cacique, que les recibió con grandes atenciones. Por la tarde más de 120 canoas cargadas de mil curiosos, entre los cuales seis caciques con sus familias, y otros 500 indios a nado llegaron sucesivamente a visitar la “Santa María”, todos con algún presente. Uno le afirmó a Colón que en esta isla se sacaba gran cantidad de oro, y le citó como muy rica en este metal otra región del centro, que llamó Cibao (lo que le hizo creer a Colón que era la maravillosa Cipango, Japón, descrita por el viajero Marco Polo). Por la noche, las lanchas volvieron con Rodrigo de Escobedo, que Guacanagarix había encargado de varios pedazos de oro, algunas cotorras y sus cumplidos para el Almirante, que los indígenas conocían ya con el nombre de “Guamiquina”.

(Lunes 24 de diciembre de 1492). De madrugada, Colón dio a la vela hacia el Este. Pero, por falta de viento, hizo poco camino, y la “Niña” se quedó media legua atrás. Estando las carabelas, a las 11 de la noche, en frente de un puerto que después se llamó Puerto Real (Baie des Caracoles), el Almirante, postrado de fatiga, se determinó a tomar algunas horas de descanso y dejó al timón a uno de los tenientes. Éste también



no dilató en bajar a su camarote. A medianoche el timonero lo imitó, confiando el timón a un novicio. El novicio a su turno cedió al sueño; y las corrientes fueron llevando la “Santa María” sobre unos escollos cuyo ruido se oía sin embargo desde una legua. De repente un choque terrible sacude la carabela: a los gritos del novicio, Colón se precipita sobre el puente; y sin perder tiempo hace poner al agua el bote de popa que vaya a echar el ancla. El contramaestre y los marineros del bote, en vez de obedecer, van a refugiarse a la “Niña”. El capitán Alonso Yáñez Pinzón no les recibe y manda su lancha al auxilio. Pero ya era tarde, en vano Colón quiso cortar el palo mayor, para aliviar la carabela: ya la “Santa María” estaba perdida, y su tripulación tuvo que pasar a bordo de la “Niña.”

(Martes 25 de diciembre). Al amanecer Colón envió a Pedro Gutiérrez y Diego de Arana a llevar esa noticia a Guacanagarix. Este vino luego, y a la vista de la carabela que las olas iban deshaciendo a pedazos, manifestó su pesar con lágrimas. Gracias a las canoas mandadas por él, el cargamento pudo salvarse y depositarse en tres bohíos en que sus guardias y mejor la probidad de sus súbditos impidió que nada se perdiese.

(Miércoles 26 de diciembre). Ya repuesto de esa desgracia, el Almirante recibió en gran cacique a bordo de la “Niña”; y para darle una idea del poder de las armas europeas, le enseñó sus armas, arballestas y luego los cañones que mandó disparar. La detonación llenó a los indios de terror y admiración, y “desde ese día, Guacanagarix no llamó a los españoles sino *hijos del rayo*.” Ese mismo día, Colón mandó empezar en la punta O de Puerto Real la construcción de un fuerte que fue nombrado “La Natividad.”

(Sábado 29 de diciembre). Colón fue a tierra, donde Guacanagarix lo recibió con grandes regalos de máscaras y coronas de oro.

El Orden, 20 de junio y 4 de julio de 1875.



Colonia de “La Natividad”

El martes, 1° de enero de 1493, el castillo mandado a construir por Colón en la punta occidental de Puerto Real (Baie de Caracol), quedó concluido. Sus trincheras de tierra sostenidas por vigas de la “Santa María” y árboles cortados en los bosques, formaban un recinto cuadrado con un bastión en cada ángulo. Bajo su terraplén se había dejado un subterráneo, en que se depositaron armas, instrumentos, harina y vino para un año. En ese fuerte armado de pedreros tremolaba la bandera de Castilla. El Almirante destinó para su guarnición treinta y un marineros de la “Santa María”, los que de más confianza y moderación le parecieron. Confió el mando a Diego de Arana, dándole por tenientes a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo de Escobedo. También dejó allí al bachiller Bernardino Tapia, al cirujano Juan, al metalurgista Castillo, a un maestro armero, un maestro carpintero, un calafate, un tonelero y un sastre. Tal fue la composición de la primera colonia europea en el Nuevo Mundo. Colón, al establecerlos en el fuerte que llamó “La Natividad”, les hizo una alocución aconsejándoles la subordinación a sus jefes, la moderación con los indígenas y una constante vigilancia.

Después de haberse despedido del gran cacique Guacanagarix, recomendándole la pequeña colonia y regalándole un manto de púrpura, borceguíes rojos y un collar de piedras pre-



ciosas, el Almirante se preparó a proseguir su expedición (miércoles 2 de enero de 1493).

El viernes 4 de enero, la “Niña” salió de Puerto Real remolcada por su lancha y luego tomó su rumbo al Este. Por la tarde se descubrió la boca de un río caudaloso que llamaron “Río-del-Oro” (Tapión del Yaque), y luego una punta dominada por una montaña, “Monte Cristi”, cerca de la cual los vientos contrarios detuvieron la carabela.

Cuando lo permitió el viento, Colón prosiguió su viaje manteniéndose en alta mar para evitar los escollos (los de cabo arena). Ese día (domingo 6 de enero) en la tarde, la vigía señaló a proa un buque que la brisa empujaba al Oeste y que pronto se reconoció ser la “Pinta”. Su infiel capitán, Martín Alonso Pinzón, obligado a reunirse con el Almirante que había abandonado desde Cuba, pasó a bordo de la “Niña” y procuró justificar su desertión con excusas que pareció admitir la indulgencia de Colón.

Los vientos contrarios obligaron las dos carabelas a volver atrás hasta Monte Cristi (el lunes 7 de enero), donde el Almirante mandó poner libres a tierra cuatro indios y dos indias que el capitán de la “Pinta” se llevaba de fuerza. Y aprovechó también ese contratiempo para hacer reparar los dos buques.

El miércoles 9 de enero salió otra vez de Monte Cristi con dirección al Este-Noreste y nombró el cabo Rojo (cabo Isabela).

Dos días después (viernes 11 de enero), se descubrió un puerto dominado por una montaña en cuya cima el rocío matinal brillaba como la plata: a la montaña llamaron Monte Plata y al puerto subyacente Puerto Plata.

(Sábado 12 de enero). Se fueron descubriendo después y nombrando: el Viejo Cabo Francés, el cabo del Buen Tiempo (cerca de las Tres Amarras) y el puerto Sacro (puerto Jackson, en la costa norte de Samaná).

(Domingo 13 de enero). Habiendo doblado el cabo de los Enamorados (cabo Cabrón), las carabelas llegaron a una bahía inmensa (bahía de Samaná). Deseoso de conseguir víveres frescos, Colón mandó a tierra una lancha. La lancha encontró una canoa llena de indios armados de flechas, y recibió uno de ellos que llevó a la “Niña”. Su actitud arrogante, sus pinturas negras, su aspecto horroroso hicieron creer a Colón que era el



caribe. El indio le desengañó y declaró pertenecer a la tribu haitiana de los ciguayos, que ocupaba la costa vecina. Después de gratificarlo con chucherías, se le despachó a tierra con un oficial y siete marineros armados. Éstos encontraron emboscados en los mangles de la costa unos sesenta ciguayos, quienes, habiéndolos atraído so pretexto de tráfico, se dispusieron a atarlos con bejucos. Los españoles, previniéndolos, se arrojaron sobre ellos, hirieron a dos, los dispersaron a pesar de sus flechas y sólo se detuvieron a la voz del oficial. En recuerdo de tal suceso, el Almirante llamó esa bahía (Samaná) “Golfo de las Flechas”.

Por fin el lunes 14 de enero de 1493, Colón mandó tomar definitivamente el rumbo para España, donde después de una penosa travesía y de miles peligros, fue recibido con honores extraordinarios, premio efímero de su incomparable descubrimiento.

Apenas las velas de la “Niña” habían desaparecido detrás del Monte Cristi, cuando la insubordinación empezó a manifestarse entre los españoles de “La Natividad”. En poco tiempo la autoridad de Diego de Arana fue desconocida, e ineficaz para sofrenar las violentas y groseras aspiraciones de sus marineros. Los tenientes Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo fueron los primeros en dar el mal ejemplo, matando a uno de sus compañeros y fugándose al interior con siete cómplices. Otros, pillando las mercancías del fuerte, fueron con ellos a traficar oro. Otros, en partidas de 4 ó 5, recorrían el país arrebatando a los indígenas sus provisiones, sus joyas, sus mujeres. Sólo Diego de Arana y 10 españoles permanecieron fieles al deber, si no a la prudencia, pues dejaron hasta de poner centinelas de noche.

Y ya las violencias de tan insolentes extranjeros habían reducido los indios a la desesperación; ya la desesperación iba venciendo la cobardía o bondad de esos débiles habitantes. Ya Pedro Gutiérrez y sus 8 compañeros, cansados de desolar el reino de Marién, se habían avanzado hasta el del Cibao. El guerrero Caonabo, indignado, mandó sorprenderlos y quitarles la vida. Luego, uniendo sus indios a los de otro cacique llamado Mairení, bajó de sus montes contra “La Natividad”; y favorecido por la noche, logró acercarse del fuerte donde todos estaban entregados al sueño. A una señal los indios se arrojan sobre



las trincheras, las escalan y degüellan la guarnición; mientras que otros sorprenden a los españoles que, fuera del fuerte, dormían en seguridad con sus concubinas indias, les ponen fuego a sus bohíos y los hacen perecer en las llamas. Ocho españoles que logran escaparse por en medio de los agresores y echarse al mar, mueren ahogados, y las olas llevan sus cadáveres acá y allá sobre las costas. Cuando Guacanagarix acudió al auxilio de sus huéspedes, ya era tarde. Atacado también por Caonabo, también tuvo que fugarse a los montes, de donde vio el incendio destruir al Guarico, su capital.

Esta catástrofe puso fin a la primera tentativa de dominación europea en Haití: ¡tantas otras habían de tener semejante resultado!

El Orden, 11 de julio de 1875.



La fortaleza de “La Navidad”, primer establecimiento europeo en el Nuevo Mundo. ¿Dónde estaba situada?

I

Corría el mes de diciembre de 1492. Cristóbal Colón acababa de descubrir las islas Bahamas y la de Cuba; había llegado a la “tierra grande” de Haití, y la venía explorando por la costa noroeste. *El diario de su navegación*, compendiado por Bartolomé de las Casas y publicado por F. de Navarrete¹ refiere que:

El lunes, 24 de diciembre, víspera de la Natividad de N. S., navegando con poco viento, la flotilla salió del golfo de Santo Tomás (bahía de l'Acul) y llegó hasta la Punta Santa (Punta de Picolet), de la que se encontraba a distancia de una legua al terminar el primer cuarto de la noche. Eran las 11 de la noche, cuando el Almirante se decidió a acostarse, pues hacía dos días y una noche que no había descansado... A media noche, como hacía mucha calma y el mar estaba perfectamente tranquilo, todos se fueron a dormir, de manera que el timón quedó en manos de un muchacho; y la corriente empujó el buque (la capitana llamada 'Santa María'), sobre un escollo... El

1. Navarrete, *Colección de los cuatro viajes de Colón*, tomo II, p. 232. (Nota del Dr. Llenas).



grumete cuando sintió el timón tropezando y oyó el ruido de las olas en los bajíos, empezó a dar voces. El Almirante se levantó... y se esforzó por aligerar el buque cuanto fue posible por ver si se podía poner al agua y sacarlo de allí... pero no hubo medio de conseguirlo... el Almirante pasó a bordo de la otra carabela, 'La Niña', para poner en salvo su tripulación... Luego envió a tierra el bote mayor... para avisar su naufragio al rey (Guacanagarix, gran cacique de Marién), quien le había invitado para que pasara a su puerto con los buques, y cuya residencia estaba a una legua y media de aquel escollo (era el lugar del Guarico, cerca de la Petite Anse en la habia del Cabo... El rey envió inmediatamente sus súbditos en grandes canoas para descargar el buque... y mandó que toda la carga se depositara cerca de sus viviendas.*

Miércoles, 26 de diciembre. El Almirante creyó que Dios le había hecho naufragar allí para que permaneciera en aquel lugar. Y como varios hombres de la tripulación le solicitaron para que los dejase allí, mandó que se edificara una torre y fortaleza muy sólidas, con un subterráneo; e hizo preparar la madera de que debía construirse toda la fortaleza...

Miércoles, 2 de enero de 1493. El Almirante dejó en la fortaleza 39 hombres y para mandarlos en su nombre a Diego de Arana, Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, y les dejó todo cuanto había en el buque perdido.

Viernes, 4 de enero. Al salir el sol se levantaron anclas con poco viento, y el bote mayor hubo de remolcar el buque poniendo proa al Noroeste, para sacarlo fuera de los arrecifes por un canal más ancho que el que había tomado para entrar en el puerto de "La Navidad". Los dos canales tienen dirección del Noroeste al Sureste, entre los arrecifes que se extienden desde el cabo Santo (Punta Picolet) hasta el cabo de la Sierpe (Punta Yaquesi) por más de seis leguas. Toda aquella costa tiene dirección del Noroeste al Sureste; es baja y la tierra llana

* El Dr. Llenas localizó en 1887 dos anclas de la Santa María, las cuales fueron exhibidas en la Exposición de Chicago de 1892. (Nota del editor).



hasta 4 leguas por el interior... Se dirigió el buque al Este, hacia un monte muy alto... al que el Almirante llamó Monte Cristi (Morro o Punta la Granja)...

Así se fundó el fuerte de “La Navidad”, el primer establecimiento europeo en el Nuevo Mundo. Para ver los sucesos que dieron por resultado su destrucción y abandono, preciso es acudir también al *Diario de la navegación* de Cristóbal Colón. En la relación de su segundo viaje, escrito por Chanca, médico de aquella expedición y publicado también por F. de Navarrete² se lee:

Llegaron frente al puerto a donde se dirigían; pero como era de noche y que por allí se encontraban bajíos en que, en el viaje anterior, se había perdido el buque del Almirante... permanecieron aquella noche a menos de una legua de tierra... El Almirante mandó a disparar dos tiros de cañón... Como nadie respondiera y como no se descubría por allí seña ninguna de luz ni de vivienda, todos empezaron a afligirse... Al otro día, alguna gente saltó a tierra de orden del Almirante, y fueron al lugar en donde residía el rey de los indios; y encontraron todo aquello reducido a cenizas. El fuerte rodeado de una gran trinchera, en donde quedaron los cristianos estaba destruido y quemado... Otro día, el Almirante saltó a tierra para visitar a Guacanagarix ... Le encontraron en su hamaca de tela de algodón, al uso del país. Principió por contarles cómo unos castellanos de aquellos habían perecido de enfermedades; cómo otros habían sido muertos al ir buscando las minas de oro de Caonabo ... cómo los demás habían sido muertos por el rey Caonabo y el rey de Marién, quienes habían quemado todo por allí... Habiendo conocido el Almirante que por allí no se podría encontrar lugar conveniente para un establecimiento, decidió que una carabela remontara la costa en busca de un sitio cómodo; y determinó que no se fundaría sino en un lugar en que se hallaran reunidas todas las ventajas deseables...

2. Navarrete, *Colección*, tomo II, p. 430. (Nota del Dr. Llenas).



II

Algunos años después, los colonos españoles volvieron a establecerse por aquellos lugares. En 1503 Rodrigo de Mejía fundó una población que se llamó Puerto Real, fue una de las que consiguieron blasones en 1508: su escudo era azul, con una carabela dorada bogando en el mar. Esta ciudad duró solo 100 años, y en 1606 quedó abandonada. Bien pronto desaparecieron sus ruinas bajo la vegetación exuberante; y es probable que, cuando los filibusteros franceses llegaron a establecerse por aquella costa, sólo encontraron por allí el recuerdo de Puerto Real. Esta circunstancia explica los errores en que se ha incurrido referentes al sitio de La Navidad y al de Puerto Real.

El P. Charlevoix, en su *Historia de Santo Domingo*, confunde las dos localidades.

Guacanagarix, dice, tenía su residencia a 4 leguas al este del puerto de Santo Tomás, en frente del lugar donde se encuentra situado hoy el Cabo... Las corrientes llevaron el buque de Colón sobre los arrecifes... El bajío sobre el que se encalló el buque estaba a la entrada de un puerto en donde los españoles se fijaron después con el nombre de Puerto Real y nosotros lo conocemos hoy con el nombre de Bahía de Caracol (Lib. II, p. 94).

Moreau de St. Mery adopta la misma opinión y procura autorizarla con pruebas.

El distrito de Caracol, cuyo nombre es el español de 'Imazón', acaso por motivo de los rincones de la bahía de Beckly o de las vueltas de ciertas partes de l'Este era el sitio de la ciudad de Puerto Real, que Rodrigo de Mejía fundó en 1503 y que dependía de la jurisdicción de Santiago. Pero lo que le hace aún más famoso, es que su puerto es el propio puerto de 'La Navidad', así llamado por C. Colón porque en él penetró el día de la Navidad de 1492. Al comparar todo lo que de ello refieren los primitivos historiadores del Nuevo Mundo, no hay duda posible sobre aquel hecho... cerca del puerto fue que se levantó la fortaleza



llamada La Navidad (Descripción de la parte francesa de Santo Domingo, tomo I, Cap. V., p. 163)...

“Según Herrera se ve que Colón fondeo a 4 ó 5 leguas del puerto de Santo Tomás, en un lugar fácil de notar y que es Caracol ... Su carabela fue empujada en la noche a media legua más al Oeste, es decir, hacia Limonade” ... (*Loc. cit.*, p. 167)

... En la orilla oriental del Fosse de Limonade, a casi una legua de su boca actual y en la parte más alta de la Sabana de Limonade se ha encontrado, en un terreno que depende ahora de la hacienda de Montholon, a 200 ó 300 toesas (400 a 600 metros) de los edificios de aquella hacienda, unos cimientos que se consideran como los de la fortaleza de 'La Navidad', levantada por Colón en 1492. Los cimientos son fabricados con piedras imantadas, del cerro Beckly ... Castillo de Colón, tal es el nombre que dan a los escombros hallados en la hacienda de Montholon ... Una tradición constante afirma el hecho (*Loc. cit.*, p. 206).

El historiador dominicano, don José Gabriel García, incurre en la misma confusión. (*Memorias para la historia de Quisqueya*, Cap. V, p. 182 y Cap. VI, p. 201).

III

Si aquellos autores hubiesen tenido a la vista el propio *Diario de navegación* de Colón, probable es que hubiesen vacilado en afirmar que La Navidad y Caracol fuesen el mismo lugar.

A pesar de su aserción anterior, Moreau de St. Mery trae razones para dudar de ello.

Se ha hallado –dice él– en la hacienda Fournier de Bellevue, a 900 toesas (1,800 metros) del mar y a 4 pies bajo del suelo, en un terreno de aluvión una ANCLA cuyo eje –que medí– tiene 9 pies y 2 pulgadas de largo ... Me siento dispuesto a creer que dicha ancla es una de las de la



carabela Santa María, que mandaba Cristóbal Colón cuando descubrió la América y que perdió en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1492, tiempo de nortes. Aquel naufragio tuvo lugar en un fondeadero que PARECE FUE EL DE LIMONADE. (Descripción, T. I, p. 189).

Esta aserción nos parece verósímil ... Todos los historiadores, incluso Herrera, Charlevoix y M. de St. Mery, concuerdan en colocar la capital del reino de Guacanagarix en el Guarico, en el lugar en que está la Petite Anse de Quartier Morin, en frente a 3,000 m de distancia de Cabo Haitiano. Ahora pues, el *Diario de Colón* dice que el naufragio tuvo lugar a legua y media de la residencia del cacique, justamente la distancia a que se encuentra la bahía de Limonade, mientras que Caracol se encuentra a 4 leguas de allí. Así es que toda razón hay para fijar como lugar del naufragio la bahía de Limonade, y no la bahía de Caracol.

“Cerca del fondeadero, dice M. de St. Mery, fue que se levantó la torre llamada fortaleza de La Navidad” (*Descripción*, T. I, p. 163) y como el fondeadero, según el mismo autor “parece ser el propio fondeadero de Limonada”, resulta que la fortaleza estaba situada en la propia playa de Limonade.

Por demás, del *Diario de Colón* se desprende que el fuerte de “La Navidad” se levantó cerca de la residencia del cacique, lo que demuestra que no podía ser en la bahía de Caracol ni en el sitio de la hacienda Montholon, situada cerca de Caracol y muy lejos del fondeadero de Limonade.

Si se admite con M. de St. Mery (p. 189) que el ancla de la hacienda Fournier de Bellevue fue sacada de la Santa María con lo demás del cargamento, aquella ancla debió depositarse en el fuerte de “La Navidad”; de lo que resulta que la fortaleza estaba cerca de allí; y precisamente la hacienda Bellevue colinda con la playa de Limonade.**

El Porvenir, 4 de agosto de 1888.

** Este trabajo dice al final “Continuará”. Ha sido imposible localizar el número de *El Porvenir* en que se supone que salió la conclusión del mismo, o sea el número 776. (Nota del editor).



El Descubrimiento de América en su relación con el progreso humano*

Cuando Colón atravesaba los mares con la proa de su bajel hacia lo desconocido, y azotado el rostro por brisas que partían de regiones ignoradas, no era sólo un hombre que –con la acción más valerosa que habían visto los siglos– iba a realizar el más grandioso designio que se concibiera jamás; era también un enviado de la Providencia. ¿Cuál era la misión que ésta le había confiado? ¿Cuál la necesidad que había producido su existencia? Trataremos de explicarlo. Mas –para ello– forzoso nos será remontar el curso de los tiempos.

Extinguido –desde siglos atrás– el sol fulgente de la civilización griega y derrumbado el Imperio Romano bajo el peso de su propia corrupción y a los primeros embates de las hordas del Norte, que –como aludes inmensos desprendidos de las yermas regiones del polo– continuaron inundando por espacio de cinco siglos la tierra, pasmada de su ferocidad y de su muchedumbre, entró la humanidad en la época más crítica, más desordenada y espantosa de que ofrece ejemplo la historia. Pudo creerse por un momento que se había destruido para siempre el trabajo de todos los siglos anteriores; que estaba irrevocablemente perdida la herencia de las generaciones, el gran tesoro acumulado lentamente durante la serie de las edades;

* Llenas firmó este trabajo con las iniciales N. P. LL. (Nota del editor).



que se había apagado para siempre aquella antorcha que cada pueblo o cada raza, floreciente a su vez, había elevado en su mano, y que –al rendir el último aliento– había transmitido al pueblo o a la raza destinados a sucederlos; antorcha que –al pasar de esta manera de manos de una civilización a las de otra civilización– había ido adquiriendo un resplandor cada vez más vivo y más intenso y que había venido así transmitiéndose de naciones desconocidas a la India, de la India a Egipto, de Egipto a Grecia, de Grecia a Roma; pudo creerse apagada para siempre esa luz, la sola que podía guiar los inciertos pasos de la humanidad, anhelosa y vacilante, luz de la ciencia, formada de todos los conocimientos alcanzados, de todas las ideas concebidas hasta entonces por el hombre, y que venía a constituir la conciencia humana, quedando de esta suerte nuestro linaje señorial abandonado en el desierto del mundo, circundado por todas partes de espesas tinieblas, sin noción de las cosas, ni de sí mismo. Hubo –en fin– un momento en que pudo creerse irrevocablemente perdida a la humanidad.

No fue así, sin embargo. Aquello mismo que parecía causa fatal de destrucción y de muerte era medio único de conservación y de la vida. La humanidad se moría en el cuerpo emponzoñado y exhausto de Roma degenerada, se extinguía en su sangre viciada y empobrecida, y era preciso que una raza nueva y vigorosa viniera a transfundirle su sangre enérgica y primitiva. La civilización y las virtudes del género humano iban a expirar en la bacanal sin nombre del Imperio, y era menester que –antes de que esos gérmenes se aniquilaran para siempre– un brazo pujante, guiado por la Providencia, viniera a dispersar aquel carcomido coloso, para que con sus reliquias se formase una nueva civilización. Lejos de perecer, la humanidad se salvaba. Al caer destrozado ese cuerpo gigantesco, llevaba escondida en sus entrañas la centella del cristianismo, depositada allí desde largo tiempo por la mano de Dios en previsión de tan espantosa catástrofe; esa centella debía permanecer oculta bajo aquel montón inmenso de escombros y de ceniza, y ella debía bastar para mantener el calor de la vida en el corazón de la humanidad. El cristianismo naciente, no sólo salvó al género humano, regenerándolo por su propia virtud, sino también presentando un asilo a las ciencias, que –ahuyentadas de todas



partes— fueron a refugiarse en los albergues de los monjes cristianos, quienes consintieron en velar por la conservación de aquel depósito sagrado. Ese período, que parecía de funesto letargo, de postración y de muerte; ese período de aparente silencio y de reposo en la superficie; no era sino un período de sorda agitación interna, de lento e inmenso trabajo de composición, fermentación, desarrollo, pugna y fusión de tantos elementos diversos, extraños y opuestos; período —en fin— de la elaboración del porvenir. El último momento de aquel trabajo llegó; y desde el fondo del vasto sepulcro de la Edad Media, y tras aquella larga y funesta pesadilla del género humano, el espíritu del hombre, como el Hijo de Dios después de su sueño de tres días, surgió de nuevo, resplandeciente, glorioso y transfigurado.

Una nueva era comenzó entonces para el mundo. Como saliendo por fin de inmenso o intrincado laberinto o de las encrucijadas de vasta y tenebrosa selva, poblada de perpetuo silencio, de espantosos fantasmas y de incógnitos terrores, al terminar ese período de nueve siglos de irrupciones, conquistas, estragos, ruinas y parciales e inenarrables luchas que se verificaban por doquiera con feroz encarnizamiento en la sombra; al salir de aquellas inmóviles y pavorosas tinieblas, en donde por tanto tiempo había caminado errante y extraviada, la humanidad tendió los ojos al horizonte, y la luz que vio allí blanquear lejanamente le arrancó un largo grito de alborozo y esperanza. Estremeciéronse hondamente sus flancos; misteriosos sacudimientos recorrieron los puntos más distantes de la muchedumbre del género humano; y todo él en masa se lanzó, lleno de fuerza y ardor, a la conquista del destino que sólo entonces acababa de entrever. Este momento es único en la historia, es el instante en que la humanidad, acabando de trepar por estéril y fragorosísima cuesta, llega a la elevada cima, y desde allí contempla bajo sus pies la opuesta menos áspera pendiente, y más allá, más lejos, hasta perderse en el horizonte, tendidas en mágica perspectiva, las llanuras luminosas y confusas del porvenir. Ese es el punto medio del camino de la humanidad, la mitad de su penosa jornada en el tiempo y en el espacio; momento de la iniciación, cumbre de los tiempos, atalaya de la historia.



Y, a partir de ese instante, todo fue vida y actividad en el género humano: súbita resurrección o portentoso adelantamiento de las ciencias y de las artes; progreso sin cesar creciente, luz cada vez más intensa en la mente del hombre. Ya, como signo precursor de ese momento, y como causa primordial de todos los hechos que iban a realizarse, un hombre, en la soledad de su pobre taller, había conquistado las alas del rayo para el pensamiento y una voz prodigiosa con la cual pudiera retumbar eternamente sobre el polvo de los imperios y de las edades. Al fulgor de la antorcha de la imprenta, que alzaba triunfantemente Gutenberg en su vigorosa mano, alumbrado el rostro de celestes reflejos, la humanidad toda, volviendo hacia atrás los ojos, pudo leer en el gran libro de la antigüedad, que acababa de desenterrarse de entre los escombros del pasado: cada hombre pudo, venciendo las leyes del tiempo y del espacio, leer –a su vez– en el alma de todos los hombres, contemporáneos o pasados, juntar las ideas de todas las generaciones a su propia idea, pensar con el pensamiento universal, hacer converger en su inteligencia los rayos de las inteligencias todas, condensar en su razón la razón humana, y transmitir además su misma e idéntica alma –en millares de ejemplares diversos– a todas las generaciones venideras. Cada inteligencia pudo ser, en cierto modo, cuanto eran todas las inteligencias reunidas; y, multiplicándose infinitamente –con esta asociación espiritual– la fuerza colectiva y mental de la humanidad, iba a serle fácil alcanzar rápidas victorias en el tenaz combate que desde el principio de los tiempos traía empeñado con la naturaleza. Bien pronto un rayo del alma de Pitágoras, partido desde el centro del mundo antiguo, había de ir a tocar el alma de Copérnico, e iluminándose ella súbitamente, debía pintarse en un fondo la maravillosa visión del Sol, inmóvil en medio del espacio emitiendo en silencio sus magníficos resplandores sobre la muchedumbre de astros que, como cortejo de su gloria, giraban armoniosamente en torno suyo. Kepler iba a encontrar bien pronto las leyes geométricas de los orbes. Bien pronto Galileo iba a escuchar en el silencio y la oscuridad de sus noches insomnes el pasmoso rumor que producía el movimiento de la Tierra, sintiéndola estremecerse bajo sus plantas. Harvey, Torricelli, Huygens, Spallanzani, iban a nacer más tarde. Des-



cartes, encerrándose en su propia conciencia, y reconcentrando su mirada sobre el abismo de su espíritu, iba a formular su célebre principio, base y raíz de toda filosofía. Bacon iba a encontrar la inducción, báculo del entendimiento humano en su peregrinación en pos de la corteza. Newton iba a contemplar intuitivamente –en un inspirado instante– el modo de ser del universo. En el seno de la tierra comenzaban a hervir y a combinarse los enérgicos elementos, el limo fecundo, la vigorosa savia, que debían formar el cerebro gigantesco y único de Miguel Ángel, hermano del Dante, y el cráneo poderoso de Shakespeare, rival de Homero. Una chispa de luz divina, caída sobre la arcilla más perfumada, iba a producir la organización privilegiada y el alma ideal y amorosa de Rafael. A su lado iba a nacer el Tasso, de adversa suerte, eternamente condolido. Un destello, un reflejo del místico y luminoso triángulo, iba a engendrar el alma cristiana y teológica de Calderón... Más lejos, a mucha distancia, podía distinguirse ya, entre la niebla de lo futuro, el rostro simpático, la frente pálida y sellada con perpetua marca de dolor, de Rousseau, alma profunda y ardientemente soñadora, corazón agitado y dolorido, vivo foco de amor al género humano, copioso manantial de embriagadora y patética elocuencia, y a su lado el irónico perfil de Arouet, genio implacablemente crítico, ariete irresistible de la Providencia; padres los dos de una Revolución cuyo sombrío cuadro se bosquejaba también más allá; Revolución terrible y de nuevo género, que vendría a ser el complemento de las Revoluciones pasadas, y mediante la cual la humanidad completaría aquella fase de su vida, y entraría en una nueva evolución.

Cuando ese instante llegara, el destino del hombre estaría cumplido en Europa, y el género humano, violentamente sacudido por aquel grande acontecimiento, rebosaría en el Viejo Mundo. Era, pues, necesario, o bien que el movimiento de la humanidad se interrumpiera bruscamente, y que su destino quedase truncado, incompleto, y por consiguiente incomprendible, en una palabra, que la obra de Dios dejara de realizarse; o que se ofreciera un nuevo estudio a su carrera, un nuevo campo a su existencia y a su desenvolvimiento. Era menester que la humanidad hallase un asilo para su vejez, como su infancia lo había tenido en Asia, su juventud en el Oriente de la



Europa, su edad viril en el Occidente. Era menester que, agotado o colmado el Mundo Antiguo, se descubriera un Mundo Nuevo. Y este descubrimiento debía hacerse necesariamente con siglos de anticipación a aquel instante, a fin de que –en tan largo intervalo– ese Nuevo Mundo pudiera prepararse para recibir a las razas de Europa, cuando la época de la gran emigración, del nuevo Éxodo, llegase. Así vio Dios, y en el límite mismo de la Edad Media, suscitó a Colón. Colón fue, lo repetimos, el enviado de Dios. El espíritu divino era esa fuerza misteriosa que –como un poder distinto de él mismo– le agitaba y le impelía –sin concederle tregua ni reposo– hacia mares desconocidos. Colón cumplió su destino providencial al través de los afanes, luchas, fatigas y miserias de toda su vida, y la América fue descubierta.

El Dominicano, junio de 1874.



Segunda visita de Colón

El Almirante había salido de España con una segunda expedición. Catorce carabelas y dos buques mayores o “carracas” llevaban para la isla Española quinientos artesanos, labradores y marineros, setecientos colonos voluntarios y trescientos aventureros que la sed de oro y la esperanza de una vida fácil empujaron a embarcarse furtivamente. Una gran cantidad de municiones y de cañones, doscientas corazas, ballestas y mosquetes sacados de los arsenales de Málaga y Granada, con un completo cargamento de provisiones, semillas, plantas y animales domésticos iban a asegurar la fuerza y prosperidad de la nueva colonia. Una de las carracas llevaba, con doce religiosos más, al vicario apostólico el benedictino Bernardo Boíl; y en otra llamada la “María Galante” había enarbolado su pabellón el Almirante virrey de las Indias.

Después de una feliz travesía en que se visitaron las islas Caniba (Antillas Orientales), el viernes 22 de noviembre de 1493, la armada abordó a la bahía de Samaná; y sin detenerse, siguió costeano el Norte de la isla.

Cuando se llegó a Monte Cristi (lunes 25 de noviembre) una lancha que iba sondeando la boca del río del Oro (Yaque) encontró entre las yerbas dos cadáveres que su estado de putrefacción no dejó reconocer: uno tenía los pies ligados con bejucos, el otro llevaba un lazo en el pescuezo y los brazos atados a dos palos en cruz.



El día siguiente (martes 26 de noviembre) se hallaron otros dos cadáveres, y éstos con barba, lo que denotó ser españoles, e inspiró a todos los más sombríos presentimientos.

Colón llegó de noche (el miércoles 27 de noviembre) en frente de Puerto Real; y mandó fondear a una legua de tierra por miedo de los escollos. Desde allí esperaba ver las luces del fuerte “La Navidad”. Admirado de no descubrir las, mandó tirar los cañonazos; pero sólo los repercutieron los ecos de las montañas. Grande era su ansiedad, cuando a medianoche se vio abordar a la “María Galante” una canoa con dos indios: uno de ellos, pariente de Guacanagarix, después de ofrecerle a Colón dos máscaras de oro en nombre del gran cacique, le anunció la muerte de los españoles.

El Almirante se figuraba haberle comprendido mal; pero la luz del día (jueves 28 de noviembre) vino a confirmar su dicho: en la playa desierta no se veían ni aun ruinas. Colón bajó a tierra; y sus ojos entristecidos descubrieron la fortaleza completamente arrasada. Más lejos, en una aldea medio incendiada se hallaron vestidos y otros objetos europeos, despojos de los españoles. Sin embargo algunos indios vinieron a traficar a la playa; pero ni en gran número, ni con aquella alegría de antes. Un hermano del gran cacique vino también a saludar a Colón y le dio pormenores sobre la destrucción de “La Natividad”. El Almirante, no queriendo fijarse en ese lugar funesto, mandó una comisión con Melchor Maldonado a explorar la costa. Melchor, invitado por unos indios a llegar hasta la habitación de Guacanagarix, le encontró en una pequeña aldea de cincuenta bohíos, postrado en su hamaca. El cacique le encargó suplicase a Colón que viniera a verlo. Por la tarde, el Almirante, acompañado de los capitanes de la armada, llegó a visitar a Guacanagarix. Éste le contó con lágrimas la desgracia de sus huéspedes y enseñó al médico Chanca la cicatriz de una herida recibida en defensa de ellos. Y después de ofrecer a Colón tres calabazas llenas de oro y una corona del mismo metal, le acompañó a bordo de la canoa capitana. Allí vio con espanto a los cuadrúpedos de Europa y a los prisioneros caribes cogidos en Caniba. También reparó con amorosa complacencia las indias de Borinquen (Puerto Rico) que se habían sacado de dentro los caníbales, y entre



ellas una cuya hermosura y dignidad le habían merecido el nombre de “Doña Catalina”.*

El viernes 19 de noviembre, un número bastante considerable de indios afluyó a Puerto Real. Un emisario del gran cacique y luego su propio hermano vinieron a bordo e instigaron las borinqueñas a fugarse. A las 9 de la noche, las indias se dejaron resbalar al agua y atravesando a nado la larga distancia de una legua que separaba las carabelas de tierra, llegaron a la costa en un punto que les indicaba una antorcha encendida. Esta evasión puso fin a las relaciones de amistad que unían a Guacanagarix y a los españoles.

El día siguiente, Colón mandó a reclamar las fugitivas. Pero el oficial encargado de esa misión encontró la aldea desierta: el cacique se había retirado a los montes con su conquista. (Sábado 30 de noviembre).

La comisión topográfica presidida por Maldonado halló por fin muy al este de Puerto Real una buena posición para la nueva colonia.

En consecuencia (el domingo 1º de diciembre), la escuadra volvió hacia el oriente. Pero los vientos alisios la obligaron a detenerse cerca de la boca del río de Gracia (Bajabonico). Satisfecho de las ventajas de la costa vecina, Colón decidió fijarse allí.

Al noreste de la boca de ese río, en una punta que se llamó Punta Roja (cabo Isabela), Colón mandó trazar el plano y puso la primera piedra de una población que debía ser la primera del Nuevo Mundo, y que decoró con el nombre de “Isabela”.** Los colonos desembarcaron y empezaron a construirse habitaciones. Grandes almacenes de madera recibieron las municiones, los víveres y los equipajes.

* Sobre Catalina existe una leyenda escrita por Apolinar Tejera con el título “La bella Catalina”, y publicada en los números 2-4 del periódico *El País*, de febrero-marzo de 1875. El texto de Tejera fue incluido por Emilio Rodríguez Demorizi en *Tradiciones y cuentos dominicanos*, Col. Pensamiento Dominicano, Vol. 42, Santo Domingo, 1969, pp. 115-130. (Nota del editor).

** Véase en este mismo tomo el ensayo “La Isabela”, publicado por el Dr. Llenas, en dos entregas, en *El Porvenir* de Puerto Plata, en 1891. (Nota del editor).



El lunes 6 de enero de 1594, el vicario apostólico Bernardo Boíl celebró una misa solemne en una iglesia de mampostería recién acabada.

Otros edificios públicos, también de mampostería, y un gran número de casas de madera dieron pronto a La Isabela el aspecto de una ciudad europea.

En todas sus cercanías, los bosques arrasados se cambiaron en magníficas labranzas, a las que los indios venían a trabajar en cambio de algunas chucherías.

El domingo 2 de febrero, el Almirante, para aprovechar la estación favorable, despachó la escuadra bajo el mando de Antonio Torres, conservando sólo cinco carabelas.

Esa partida hizo creer a los colonos que ya estaban a perpetuidad desterrados. Y como la malevolencia del Consejo de Indias para con el Almirante había escogido provisiones de mala calidad, las privaciones pronto se hicieron sentir. Hubo entonces desilusiones y murmuraciones, que aumentó el metalurgista Fermín Zedo declarando falsamente que no había absolutamente ninguna mina de oro en este suelo. El subintendente Bernal Díaz de Pisa y Gaspar Ferris fomentaron, dirigieron tan malas disposiciones; y maquinaron apoderarse de noche de las carabelas. El Almirante, avisado con tiempo, y a pesar de estar enfermo, mandó arrestar a Bernal Díaz, se apoderó de escritos que comprobaron su conspiración y le despachó preso a España. Luego hizo reunir todas las armas y municiones en una sola carabela que confió a una tripulación de su confianza. Por fin, para distraer los aventureros de sus ideas de desesperación e insubordinación, emprendió con ellos una expedición al interior de la isla.

El Orden, 18 de julio de 1875.



La Isabela

I

“Al aproximarse el año de 1892, en el cual celebrarán las naciones el cuarto centenario del Descubrimiento, y en el cual acaso querrán las escuadras internacionales visitar los lugares que presenciaron los episodios de aquel grande acto histórico, nos parece que tiene verdadero interés de actualidad la cuestión que acabamos de estudiar”. Con estas reflexiones terminamos los artículos publicados en *El Porvenir* (año de 1888), referentes al sitio de la fortaleza La Navidad, primer establecimiento europeo en el Nuevo Mundo; y con ellas también principamos este nuevo estudio acerca de La Isabela, que fue la primera ciudad fundada por los europeos en el mundo de Colón.

Estas reflexiones vienen justificadas por las exploraciones que acaban de verificarse en aquel punto: no ha mucho, la cañonera española “Cauto” visitó la bahía, llevando a su bordo dos ingenieros higrógrafos encargados de estudiarla; luego el buque norteamericano «Enterprise», estando fondeado en nuestro puerto, envió allá un oficial que reconociera las ruinas de La Isabela; y en estos días, el señor Frederick A. Ober, comisionado de los Estados Unidos en las Antillas para preparar la exposición de Colón, ha efectuado allí mismo estudios con cuya relación querrá quizás favorecernos. Echemos, pues, una ojeada retrospectiva sobre aquella ciudad.



En su relación del segundo viaje de Colón, dice Diego Álvarez Chanca, médico de la escuadra:

Plugo a nuestro señor que hubimos de tomar tierra, en el mejor sitio y disposición que pudiéramos escoger, donde hay mucho buen puerto. La tierra es muy gruesa para todas cosas: tiene junto un río principal, otro razonable, asaz cerca de muy singular agua. Edifícase sobre la ribera de él una ciudad, junto a aquel lugar se deslinda con el agua, de manera que la ciudad queda cercada de agua con una barranca de peña tajada, tal que por allí no ha menester defensa ninguna; la otra mitad está cercada de una arboleda espesa que apenas podrá un conejo andar por ella. Hase comenzado a traer un brazo del río, el cual dicen los maestros que traerán por medio del lugar. (Carta del Dr. Chanca al Cabildo de Sevilla, publ. por Navarrete).

Esos lugares los había reconocido Colón desde su primer viaje: “Miércoles 9 de enero (1493). A media noche levantó las velas el Almirante y llegó a una punta que llamó, Punta Roja, está justamente el Este de Monte Cristi sesenta millas y al abrigo de ella surgió a la tarde”. (*Diario de navegación del primer viaje de Colón*, publ. por Navarrete). Esa punta es el cabo más septentrional de nuestra isla. En su parte occidental se abre una espaciosa y segura bahía, en la que desagua el Bajabónico, río caudaloso que viene bajando de las vertientes del pico Diego de Ocampo. Ésa es la punta y la bahía de La Isabela.

Allí hallaron los descubridores bellísimas disposiciones para el sitio de la colonia... muy luego (era a principios de diciembre de 1492) se puso en obra el desembarco de la gente, mercancías y animales que conducían las naves. En seguida se dio principio a la construcción de una capilla y de otros edificios públicos, y con igual diligencia procuraban unos disponer sus casas o chozas cubiertas de pajas y palmas, mientras los otros sembraban varias semillas, posturas y sarmientos... Tan grandes y rápidos fueron los trabajos, que el día 6 de enero de 1494 se celebró misa



*solemne en la capilla con la asistencia de trece eclesiásticos. (Delmonte y Tejada, *Historia de Santo Domingo*, Cap. VII).*

*Estando allí en el acto de la consagración de la iglesia de Isabela el padre Fr. Bernal Boil, que tenía la investidura de Delegado Apostólico, natural parece que oficiara la primera misa... Por todas partes se trabaja allí con gran actividad... Merced a los servicios de los indios pudo hacerse un cercado de piedra a la parte de la ciudad que no tiene defensa natural... (J. M. Asensio. *Cristóbal Colón*, T. I., lib. 2º, cap. III).*

Ésta fue La Isabela en los primeros momentos de su fundación. Aquel nombre se lo dio Colón en recuerdo y honor de su protectora la Reina Católica.

II

De muchos y graves acontecimientos fue teatro aquella primera ciudad. En su fortaleza, que parece ocupada la parte occidental de la misma punta, fueron presos el *nitaino* Guatiguaná, soberano del Macorís de Abajo (cercañas del actual Santiago) y el guerrero Caonabo, cacique del Cibao. Allí se fraguaron las conspiraciones de Pedro Margarite y de Roldán. De allí salieron las expediciones que Colón y su hermano Don Bartolomé dirigieron al interior para combatir a los indios coaligados.

Sin embargo, su vida fue muy corta. La insalubridad del clima, por una parte, y por otra, la construcción de nuevas poblaciones en La Vega, y la edificación de Santo Domingo en el extremo opuesto de la isla hicieron que decayera bien pronto su importancia... (J. M. Asensio, *Loc. cit.*)

Ya desde su tercer viaje el Almirante dejó de buscar a La Isabela (1498), sino que se dirigió a la nueva ciudad de Santo Domingo, a donde iban mudando su residencia muchos vecinos de la primera. Cuando, por aquellos años, Colón fue por tierra desde el Ozama hasta La Isabela, llamó toda su atención



el verla tan descuidada; y desde entonces su decadencia fue completa.

Efectivamente, cuando en 1508, el rey Fernando concedió escudos heráldicos a las ciudades y villas de la colonia, de La Isabela no se hizo mención ninguna: ya no contaba entre las poblaciones de la isla.

Los tristes sucesos ocurridos en su recinto dieron un tinte melancólico a sus ruínas y ya en los tiempos del obispo de Chiapas, es decir a los 50 años de su población, se contaban maravillosas leyendas, y la superstición había revestido aquellos silenciosos lugares con cuentos de fantasmas y lúgubres apariciones que en ellos se presentaban; no atreviéndose los aventureros que iban allí en busca de cerdos montañas, a penetrar en el ámbito de la arruinada ciudad. La leyenda referida por fray Bartolomé de las Casas es interesante y características, porque revela gráficamente la fatal impresión que había quedado en los ánimos después de los sucesos que en ella presenciaron (J. M. Asensio, Loc. cit.)

Por esta causa, escribe Las Casas, muchos tiempos en esta isla Española, se tuvo por muchos ser cosa averiguada no osar sin temor y peligro pasar alguno por La Isabela, después de despoblada; porque se publicaba ver y oír de noche, y de día, los que por allí pasaban o tenían que hacer; así como los que iban a montar puercos (que por allí después hubo muchos), y otros que cerca de allí en el campo moraban, muchas voces temerosas de horrible espanto, por las cuales no osaban tornar por allí. Díjose también públicamente, y entre la gente común al menos se platicaba y afirmaba, que una vez yendo de día un hombre o dos por aquellos edificios de La Isabela, en una calle aparecieron dos ringleras (filas) a manera de dos coros de hombres, que parecían todos como de gente noble y de palacio, bien vestidos; ceñidas sus espadas y rebozados con tocas de camino, de las que entonces en España se usaban; y estando admirado aquél o aquéllos, a quienes esta visión parecía, como habían venido allí a aportar gente tan nueva y ataviada, sin haberse sabido en esta isla de ellos



*nada, saludándolas y preguntándoles cuándo y de dónde venían, respondieron callando solamente echando mano a los sombreros para los saludar, quitaron juntamente con los sombreros las cabezas de sus cuerpos quedando descabezados, y luego desaparecieron; de la cual visión y turbación quedaron los que los vieron cuasi muertos, y por muchos días penados y asombrados. (Las Casas, citado por J. M. Asensio, *Loc. cit.*)*

Nadie volvió a ocuparse de aquel primer establecimiento de los españoles, y hoy es empresa difícil descubrir los vestigios que de él han quedado. Isabela en el día, dice Mr. Teodoro Stanley Heneken, está enteramente cubierta por un bosque, en medio del cual pueden verse todavía los pilares de la Iglesia, que a poco se reconocen, algunos restos de los almacenes de la Corona, y parte de la residencia de Colón, construcciones que todas fueron de piedra. La pequeña fortaleza es también una ruina importante, y hacia la parte del Norte de ella se conserva un trozo de pilar casi completo, redondo, como de diez pies de altura y del mismo diámetro, de muy sólida construcción. (Carta de Heneken a Washington Irving, 1847).

Desgraciadamente, después de los tiempos del Sr. Heneken, la obra de destrucción ha seguido perpetrándose; y en época no muy remota se fabricaron almacenes en Puerto Plata con los materiales a que iban reduciendo aquellas interesantes ruinas. Hoy día apenas se encuentran, en la maleza, por la parte noroeste de la punta, algunos escombros que indiquen el sitio de la fortaleza.

Sin embargo, en aquellas cercanías, haciendo excavaciones convenientes, se podrían descubrir escasos recuerdos de la antigua Isabela. De allí se han extraído y nosotros poseemos unas monedas contemporáneas del Descubrimiento, semejantes a las que dice Moreau de Saint Mery se encontraron en el sitio de Puerto Real (bahía de Caracol) en 1784, las que llevan el milésimo de 1476; semejantes a otras que también poseemos, procedentes de la antigua Concepción y del pueblo viejo de Santiago.



Lástima es que así vayan desapareciendo los vestigios de tan universal interés, que dejaran en nuestra isla predilecta de Colón, los monumentos de la época del Descubrimiento. Pero estamos en la seguridad de que nuestro gobierno, ya oportunamente avisado, dictará las disposiciones conducentes a conservar los que aún existen.

Puerto Plata, junio de 1891

El Porvenir, junio de 1891.



Exploración del Cibao por Colón

El miércoles 12 de marzo de 1494, habiendo dejado el mando de La Isabela a su hermano menor Diego Colón, el Almirante se puso en marcha con 400 hombres de infantería, 30 de caballería y todos sus oficiales. Después de haber subido las primeras montañas (lomas de Monte Cristi a Samaná), la caballería se vio detenida en un angosto desfiladero. Algunos hidalgos pusieron mano a la obra y consiguieron abrir el camino; en su honor aquel estrecho fue llamado “Paso de los Hidalgos” (camino de Isabela a Guayacanes). Cuando lo hubieron atravesado, desde la cumbre de las montañas, descubrieron admirados un llano inmenso regado por una infinidad de arroyos, cubierto de bosques y atravesado por un río en cuyas orillas los indios habían multiplicado las aldeas y las labranzas. “Prendado de la extrema belleza” de esa región (valle del Yaque o llano de Santiago), Colón le dio el nombre de “Vega Real”, nombre que después pasó al valle del Yuna aún más hermoso y más fecundo.

Habiendo bajado hasta el río que llamó Río de las Cañas –sin saber que era el mismo río del Oro ya descubierto– Colón siguió sus orillas hacia el Este (camino de Guayacanes a Santiago).

(Viernes 14 de marzo). Después de haberlo atravesado empezó a subir al Suroeste hacia los montes del Cibao (camino de Santiago a Jánico).



El sábado 15 de marzo, se encontró el camino cerrado por un estrecho en que también se hubo de abrir paso a la caballería: “Puerto del Cibao”. Poco a poco las montañas iban elevándose, la vegetación variando, y ya aparecían pinos como en los montes de Europa. Ya también los españoles satisfechos veían brillar partículas de oro en las arenas de los arroyos que atravesaban: el Nicayagua, el Buenicun (río Seco) y el Cebú (el Cibú).

Habiéndose internado bastante lejos en el Cibao, Colón quiso asegurar su autoridad en esa región; y en la orilla izquierda o norte de un arroyo (el Jánico), en la cima elevada y llana de un cerro aislado, estableció un fuerte que llamó “Santo Tomás”, reproche indirecto a la poca confianza de los españoles en él. (Esa posición se encuentra en el camino de Jánico a Las Matas, en frente de una habitación que conserva el nombre de “La Fortaleza”). Allí dejó a Pedro Margarite, caballero de Compostela, con 56 hombres y algunos caballos.

Y tomando otra vez el camino de la costa, regresó a La Isabela, el martes 29 de marzo.

Apenas llegado, recibió aviso de que Caonabo, cacique del Cibao, amenazaba el nuevo fuerte, y tuvo que enviarle a Margarite un refuerzo de setenta españoles. Poco después, confió a Alonso de Ojeda todas las demás tropas, es decir 400 soldados de infantería y 16 de caballería, para conducirlos al Cibao. Ojeda recibió orden de tomar el mando del fuerte Santo Tomás y de entregar a Margarite el mando de la tropa para ir visitando y vigilando todo el interior.

Después de haber tenido que reprimir con energía la insubordinación de los hidalgos aventureros que exasperaba la escasez de víveres, y resistir a las pretensiones del vicario apostólico Bernardo Boíl; queriendo proseguir sus descubrimientos, el Almirante confió el gobierno de la colonia a una comisión presidida por su hermano Diego y compuesta del P. Boíl, de Pedro Hernández, de Alonso Sánchez de Carvajal y de Juan Luxán.

El domingo 24 de abril de 1494, salió del puerto de Isabela con las carabelas “San Juan”, la “Cardera” y la “Niña”, que llamó entonces “Santa Clara” y en la que puso su pabellón; y se dirigió por la costa del reino de Marién hacia Cuba.

En su ausencia y a pesar de la llegada de su otro hermano Bartolomé Colón con 3 carabelas, los desórdenes llegaron al



extremo. Pedro Margarite se sublevó contra el gobierno de Diego Colón y vino a establecerse a 10 leguas de La Isabela, a orillas del Yaque, en un fuerte que se llamó “La Magdalena”. De allí se concertó con el P. Boíl; los dos se apoderaron de unas carabelas fondeadas en La Isabela y fugaron a Europa. Los soldados, abandonados sin freno a su libertinaje, se desbandaron, y propagaron la tiranía, el pillaje y la violencia desde el reino de Marién hasta las regiones vecinas de los otros reinos.

El Orden, 25 de julio de 1875.





Primer levantamiento de los indios contra los españoles

Exasperados por las violencias de los españoles y animados por la ausencia del Almirante, los indios determinaron librarse de tan incómodos huéspedes. Cuatro de los grandes caciques, Caonabo, Bohechío, Guarionex y Cayacoa entraron en la conspiración; Guacanagarix solo fue dejado a un lado y como traidor recibió el primer golpe de la coalición.

Caonabo y Bohechío invadieron de repente el reino de Marién, pusieron en fuga al cacique, le quitaron una de sus mujeres y le mataron a la borinqueña doña Catalina.

Guatiguaná, jefe de ciguayos, sorprendió 10 españoles a orillas del gran río Yuna, los degolló e hizo perecer 40 enfermos en un bohío que les servía de hospital.

Otros seis españoles fueron muertos en diferentes puntos, y el capitán Luis de Arteaga se vio situado en el fuerte de “La Magdalena”.

Caonabo uniendo sus indios a los de Cayacoa, se presentó del fuerte de “San Tomás”; pero Alonso de Ojeda y sus 50 compañeros estaban prevenidos y vigilantes. Reconociendo lo imposible de un asalto, el cacique ocupó los bosques y los desfiladeros vecinos, y mantuvo a los españoles rigurosamente bloqueados durante 30 días. Desanimado en fin por la constancia de Ojeda, por sus terribles salidas y por el estado de sus propias tropas, que las intemperies diezaban, licenció por último sus



indios y dejó el fuerte libre, pero fue para dirigir a otro lado sus ataques. Sólo con algunos compañeros osó llegar hasta La Isabela, exploró de noche sus cercanías, entró en ella de día como amigo, para examinar las obras de defensa y el estado de la población, y se preparó así a destruir a los extranjeros en el corazón mismo de sus establecimientos.

En aquel momento regresó a La Isabela la escuadra del Almirante. Después de haber visitado la isla de Santiago (San Jaime o Jamaica), Colón había descubierto (el 20 de agosto de 1494) el cabo suroeste de Haití que llamó “cabo San Miguel” (Cap Tiburón) y pocos días después (el 24 de septiembre) a su punta oriental (“cabo San Rafael”). Atacado de una grave enfermedad, llegó como muerto a La Isabela, el 29 de septiembre.

Guacanagarix vino luego a participarle los proyectos de Caonabo. Colón, restablecido y animado por los subsidios que Antonio de Torres acababa de traerle de España, se preparó a sofocar esos levantamientos que por su generalidad y carácter nacional causaban grave inquietud.

El cacique Guatiguaná, atacado de repente, vio sus ciguayos destrozados. Los prisioneros fueron embarcados en las carabelas de Torres.

Con el cacique de La Vega empleó Colón la moderación; le llamó a La Isabela, le aseguró que sus intenciones eran pacíficas y que tenía resuelto reprimir a los españoles y le decidió dar su propia hermana al lucayo Diego. Guarionex aceptó la amistad del Almirante y consintió en dejar establecer una fortaleza cerca de su capital: esa fortaleza debía llamar “La Concepción” (antigua Vega).

Colón pensó luego en arrestar al más temible de los coaligados, el guerrero Caonabo. Alonso de Ojeda se encargó de tan peligrosa misión. Habiendo escogido nueve hombre seguros tomó a caballo el camino de la Maguana (San Juan). Allí se presentó al cacique, le anunció que Colón quería regalarle una campana (los indios decía “turey”) y deseaba verle en La Isabela. Caonabo se puso en marcha con él, pero acompañado por una fuerte escolta. Cuando hubieron alcanzado las orillas del Yaque, Ojeda le enseñó unas esposas de acero brillante y le persuadió que eran los brazaletes de gala de los Reyes de España. Caonabo, queriendo presentarse a los indios con esas insignias, se



las dejó poner y montó a caballo detrás de Ojeda. Éste empezó a dar vueltas con el caballo, apartándose poco a poco de la escolta, se fue alejando de ella y penetró en un bosque. Allí los españoles, amenazando al cacique con sus espadas, le ataron al caballo de Ojeda y se precipitaron a escape hacia La Isabela. Evitando con grandes circuitos las aldeas indias, salvando las barrancas, pasando a nado los ríos, atravesaron con la mayor rapidez 50 leguas de camino, y Ojeda pudo por fin presentar su prisionero al Almirante. Éste mandó tratarle con humanidad, pero le guardó estrechamente preso en una de las carabelas.

Captura tan importante llenó primero de estupor a los Haitís. Mas Caonabo tenía un hermano tan valiente como él, el tuerto Maniocatex. Éste reunió 5 mil soldados e instigó a los demás caciques a tomar las armas.

Colón, avisado, mandó una fuerte vanguardia bajo el mando de Ojeda; y (el 24 de marzo de 1495) se pasó en campaña con 200 hombres de infantería, 20 de caballería y una cuadrilla de perros corsos. Las tropas auxiliares de Guacanagarix le acompañaron. Los Haitís le esperaban (en las cercanías de Santiago) divididos en cinco tropas, ocupando cada una un destiladero. El plan de Maniocatex era dejar a los extranjeros avanzar hasta en medio de sus tropas, luego cercarlos y exterminarlos completamente. El Almirante repartió sus soldados en tres cuerpos y mandó trabajar la acción. Mientras Bartolomé Colón atacaba el ala derecha de los Haitís con 100 hombres, y otros 100 su ala izquierda, Ojeda con la caballería se arrojó sobre su centro y los desbarató. El fuego de los mosquetes, las cargas de la caballería y el furor de los perros de Córcega, hicieron de los indios en su derrota una horrenda carnicería. Una multitud de prisioneros, entre ellos un hermano y un hijo de Caonabo, quedaron en aprender del Almirante.

Después de esta acción que los autores de aquella época llaman “Batalla de Santiago”, Colón recorrió los valles del Yaque y del Yuna, sometiendo los indios a su autoridad. En esa excursión estableció el fuerte de “Esperanza” (cerca de Guayacanes), el de “Santiago” (Jacagua), y empezó la construcción del fuerte de “La Concepción” (antigua Vega). En un cerro cerca de este fuerte mandó plantar una cruz de 20 palmos de alto, que 20 marineros, bajo el teniente Alonso de Va-



lencia, habían cortado en los bosques vecinos. Tal fue el origen de la milagrosa cruz del “Santo Cerro”.

Para castigar ese levantamiento se impuso un tributo a los Haitís de La Vega y del Cibao: cada hombre mayor de 14 años debía pagar por trimestre una cantidad de oro de la capacidad de un cascabel; cantidad que fue después reducida a medio cascabel. Además, Maniocatex tuvo que pagar por año 4 calabazas llenas de oro. En los distritos que no poseían oro, el tributo fue de 25 libras de algodón por individuo y también por trimestre.

Entonces una sombría tristeza se extendió sobre Haití: los indígenas comprendieron que su incidencia se había cambiado en esclavitud. Los unos se sometieron a penosas tareas y fueron diezmados por los trabajos excesivos; los otros abandonaron los valles y se retiraron a los montes, donde el hambre los hizo perecer por centenares.

El Orden, 24 y 31 de enero de 1875.



Gobierno de Bartolomé Colón

Sin embargo el P. Boíl y Pedro Margarite habían llegado a España y llevado hasta la corte sus quejas contra lo que llamaban “tiranía del genovés Colón”; y en octubre de 1495 abordaron a La Isabela cuatro carabelas llevando a Juan Aguado comisionado por los Reyes para informar sobre los desórdenes de la colonia. Agente de los enemigos del Almirante, Aguado no tardó en declarársele enemigo, e instigó indios y españoles a formular sus acusaciones contra él. Colón, indignado, resolvió ir a justificarse por sí mismo ante los reyes de España.

Al salir de La Isabela (el 10 de marzo de 1496) con la “Santa Cruz” y la “Santa Clara” llevando 225 españoles descontentos, entre ellos el mismo Aguado, y 32 indios prisioneros, entre los cuales Caonabo y su hermano Maniocatex (que murieron de pesar durante la travesía), el Almirante encargó a su hermano Bartolomé el gobierno de la isla, con el título de “Adelantado” y de acuerdo con el juez mayor Francisco Roldán Jiménez.

En aquel tiempo, un joven aragonés llamado Miguel Díaz, habiendo herido a un compañero suyo, se fugó al interior, salvó los montes centrales y llegó a orillas del Ozama. Allí gobernaba una india. Prendada del español, la cacique le dio su mano y se bautizó con el nombre de “Catalina”. Por sus indicaciones, Díaz encontró cerca del río Haina minas de oro abundantísimas, y volvió luego a La Isabela a comunicarlo al Adelantado.



Bartolomé, acompañado de Díaz, del metalurgista Pablo Belvis, de Francisco de Garay y de una escolta, se puso en camino, pasó por La Concepción (Vieja Vega), por el Bonao y llegó hasta las minas, donde estableció un fuerte que se llamó “San Cristóbal” o “Buenaventura”. Diez días después (el 4 de agosto de 1496) trazó en la orilla izquierda u oriental de la boca del Ozama el plano de otra fortaleza que tomó más tarde el nombre de Santo Domingo (nombre del santo de ese día). Casas regularmente alineadas fueron luego disponiéndose bajo la protección de esta fortaleza, y en poco tiempo la Nueva Isabela tomó a la antigua sus habitantes, su importancia y hasta el privilegio de ser la residencia del Gobierno. Ésta fue, en realidad, la primera ciudad del Nuevo Mundo. (Sus ruinas existen cerca de Pajarito, en frente del nuevo Santo Domingo).

Aprovechando la tranquilidad de esos momentos, Bartolomé pensó en establecer la autoridad española en el reino de Jaragua, que su posición remota y sus fronteras de montañas y lagos mantenían independiente. Bohechío, que lo gobernaba, no atacaba, pero tampoco reconocía la dominación extranjera. El Adelantado salió pues de Nueva Isabela con 300 soldados, listo a la guerra, pero sin desearla ni provocarla. A esta noticia, el gran cacique armó 20 mil indios que, repartidos en guerrillas y encubiertos por los bosques, fueron siguiendo, sin dejarse ver, la marcha de los españoles; pero luego, cediendo a las instancias de su hermana Anacaona, que la captura de su esposo Caonabo había obligado a retirarse a Jaragua, Bohechío retiró sus tropas y vino a recibir amistosamente a Bartolomé hasta el lugar de Neiba. Aceptando su palabra en garantía de sus pacíficas intenciones, el cacique lo condujo por las orillas de un lago de Jaragua, hacia su capital. En su marcha, veían los caciques subalternos acudir con regalos. Cuando se acercaron a Jaragua (Port-au-Prince), Anacaona les salió al encuentro con toda su corte. Primero aparecieron los oficiales del palacio; luego coros de niñas vestidas de flores, la frente ceñida de cintas, y en las manos verdes palmas que venían a entregar al jefe español en señal de homenaje. Por fin en un trono de ramos floridos llevado sobre los hombros de seis caciques, venía la reina-poetisa: flores adornaban su negra cabellera, flores cubrían su cintura, un ramillete de flores era su cetro. Anacaona bajó



de su palanquín, saludó al Adelantado y le acompañó a la habitación para él preparada.

Dos días pasaron los españoles en la corte de Jaragua, siendo el objeto de la más atenta hospitalidad. Entre las fiestas, Bartolomé halló tiempo para decidir el cacique a reconocer la soberanía de los Reyes Católicos y pagarles un tributo, no de oro porque no lo producían sus dominios, sino de comestibles en ese momento más necesarios que el oro a la colonia.

A la vuelta, Bartolomé recorrió el Cibao y La Vega procurando remediar las privaciones de sus compañeros, que atormentaban la desnudez y el hambre. Para facilitarles el abastecimiento, los repartió entre las aldeas indias mejor provistas. Pero esa medida fue ocasión de nuevos vejámenes contra los pacientes indígenas.

En esos tiempos fue que Bartolomé Colón fundó a diez leguas de La Concepción, a la falda de las montañas del Norte, una población que toma el nombre de Santiago (el pueblo viejo, cuyas ruinas existen aún en Jacagua).

Un poco más tarde, fundó el Bonaó, en el camino de La Concepción a Nueva Isabela.

Hasta entonces todos los apostólicos esfuerzos de los padres franciscanos Juan Borgoñón y Ramón Pané no habían conseguido sino la conversión, en La Vega, de una sola familia, la del indio Guaicavanú, que se bautizó con el nombre de Juan Mateo. Pero el cacique Guarionex daba buenas esperanzas, escuchaba los misioneros y hacía recitar a su gente las oraciones cristianas; cuando la perfidia del español vino a cambiar en odio tan buenas posiciones. Un hidalgo llamado Barahona, que había sido acogido en la corte de Maguá, abusando de la hospitalidad del cacique, sedujo a su mujer favorita. Guarionex, indignado, despidió a los misioneros e, instigado por otros caciques, incendió un oratorio, violó las imágenes sagradas y tomó las armas.

A la cabeza de 15 mil indios, fue a acantonarse a los bosques inmediatos del fuerte "La Concepción". El Adelantado no pudo reunir sino pocos soldados válidos y algunos convalecientes. Pero logró sorprender de noche el campo de los Haitís, los dispersó, y se apoderó de Guarionex y de sus principales jefes coaligados. Los súbditos de Guarionex, consternados, vinieron en número de 5 alrededor de su prisión, donde permanecieron



llorando día y noche. Bartolomé se condeció de su aflicción y les devolvió libre su cacique; pero mandó ejecutar los 2 principales instigadores del levantamiento, y prender a Barahona, cuya infamia les había servido de pretexto.

Poco tiempo después, avisado por Bohechío de que los tributos estaban reunidos, Bartolomé salió por mar de Nueva Isabela y llegó a Jaragua. Anacaona lo recibió con el mismo ceremonial que en su primera visita y le manifestó el deseo de visitar su carabela. Las salvas de artillería llenaron a los indios de terror y las evoluciones del buque les causaron la mayor admiración.

El Orden, 1 de agosto de 1875.



Rebelión de Roldán

Mientras que Bartolomé Colón andaba por el interior procurando organizar la colonia y refrenar los desórdenes con su conocida energía, los turbulentos aventureros traídos de España iban cobrando audacia. El alcalde mayor Francisco Roldán, hombre ingrato y ambicioso, se declaró jefe de ellos, fomentó su descontento y exigió de Diego Colón –quien mandaba en la Nueva Isabela en ausencia del Adelantado– que armase una carabela y la mandase a España en busca de provisiones; para distraerlo de sus malos intentos, Diego le mandó en comisión a La Concepción, pero como no se les entregaron armas, los descontentos rompieron el arsenal al grito de “¡Vivan los Reyes!”, se armaron, pillaron las provisiones y salieron en insurrección declarada, anunciando a los indios que los iban a libertar de la tiranía de los Colón (1497).

Roldán pasó con sus 70 secuaces a las tierras del cacique que había tomado el nombre de Marque a dos leguas de La Concepción, y luego a Maguá, residencia del cacique Guarionex, de donde lo rechazó el capitán García de Barrantes con 30 soldados. También le negó la entrada de la fortaleza de “La Concepción” el alcalde Miguel de Ballester que allí mandaba. Pero el alcalde de La Magdalena (San Francisco de Macorís) con otros 2 hombres principales, Adriano de Mojica y Pedro de Valdivieso, se pronunciaron por él.



El Adelantado, habiendo tenido aviso de todo por Miguel de Ballester, acudió a La Magdalena. Pero tuvo que retirarse a La Isabela y de allí a La Concepción. De allí mandó un tal Malaber en comisión donde Roldán. El rebelde, provisto de un salvoconducto, se llegó a la fortaleza, pero se negó a hacer convenio. Por el contrario, Roldán se retiró a las tierras del cacique Maniocatex (en el Cibao), empezó a cobrar los tributos de oro y a reunir gente con la que proyectó sitiar a Bartolomé y asesinarle.

Avisado de ello por Gonzalo Gómez Collado y Gonzalo de la Rambla, Bartolomé se encontraba sin apoyo y sin fuerza para defenderse, cuando el 3 de febrero de 1498 arribaron a Nueva Isabela dos carabelas despachadas de España por el Almirante con Pedro Hernández Coronel, alguacil mayor de la isla, y 90 colonos. Animado con aquel refuerzo, Bartolomé regresó a Nueva Isabela, donde recibió la ratificación real de su título de Adelantado.

Roldán lo había seguido hasta 15 leguas de la ciudad. Así que Bartolomé pudo enviarle a Pedro Hernández Coronel para que lo trajera a indulto, pero el alguacil mayor, mal recibido por el rebelde, regresó sin haber conseguido su intento; y Roldán tomó el camino de Jaragua, cuya abundancia de víveres y amenas condiciones brindaban un campo libre a su libertinaje.

Su obstinación determinó al Adelantado a formarle juicio y le declaró traidor a él como a sus secuaces.

En aquel tiempo, Guarionex, cacique de La Vega, molestado e instigado por los rebeldes, se fugó a los dominios de Mayobanex, cacique de los ciguayos que nombraban “El Cabrón”, llevándose consigo un gran número de sus indios. De allí los dos caciques amenazaban la tranquilidad de la colonia. El Adelantado marchó con 90 hombres de infantería y algunos a caballo, se dirigió al Este por la orilla del Yuna. Los indios lo aguardaban formados en batalla y lo acogieron con una lluvia de flechas. La caballería española les cayó encima y puso en derrota.

Al día siguiente, Bartolomé prosiguió su marcha hostigado por las guerrillas invisibles de los indios, y envió un indio a Mayobanex a intimarle le entregase el cacique de La Vega. Mayobanex contestó: “Id y decid a los cristianos que Guarionex es hombre bueno y virtuoso y que por eso es digno de comprensión y que ellos son malvados, usurpadores de tierras; que no quiero su amistad, sino favorecer a Guarionex” (Herrera).



Bartolomé, exasperado, mandó a pillar las tierras del cacique, y volvió a perseguirle. Mayobanex, abandonado de sus indios, hubo de retirarse con su familia a unos montes inaccesibles a grandes tropas; y Guarionex, amenazado por los mismos ciguayos, se retiró también con él. El Adelantado, viendo a su gente extenuada de cansancio, la devolvió a La Concepción y con sólo 30 hombres, se puso en busca de los dos fugitivos. Luego que hubo averiguado su escondite, confió su captura a doce españoles escogidos quienes, pintando el cuerpo a la manera que los ciguayos con campeche y bija, y con sus espadas envueltas en yaguas, lograron llegar hasta la guarida de los caciques, sorprendieron a Mayobanex y lo capturaron con su mujer y una prima hermana suya. Bartolomé los llevó presos a La Concepción. Entonces, el esposo de esta cautiva se presentó donde el Adelantado, suplicándole le devolviese su mujer; lo que le fue concedido. Y en agradecimiento, él acudió con 4 mil compañeros cada uno con su “coa” (bastón aguzado en el fuego) y en pocos días hicieron labranza que, dice Herrera, valía 30 mil ducados. Allí se sembró trigo. Animados por la clemencia del Adelantado, los ciguayos vinieron con grandes regalos a pedirle la libertad de Mayobanex, y le descubrieron el escondite de Guarionex, que fue capturado y llevado a La Concepción. Pero de nada valieron sus ruegos: Mayobanex fue juzgado y ejecutado a muerte.

Mientras que tales acontecimientos pasaban en La Española, el Almirante había salido de Europa, el miércoles 30 de mayo de 1498 para emprender su tercer viaje de descubrimiento; y a mediados de junio, desde la Isla de Hierro (Canarias) despachó tres naves bajo el mando de su cuñado Pedro de Arana, su pariente Juan Antonio Colón y Alonso Sánchez de Carvajal, que fuesen directamente a llevar provisiones a la Colonia.

La inexperiencia de los pilotos de las 3 naves los llevó a 160 leguas más al Oeste de Nueva Isabela, y abordaran la costa de Jaragua, ocupada entonces por los rebeldes de Roldán.

Sabiendo su llegada, Roldán se le presentó a nombre del Adelantado a pedir provisiones que se las proporcionaron. Pero los capitanes de las carabelas determinaron echar a tierra 40 trabajadores para que, con Juan Antonio Colón, pasaran a Nueva Isabela. Roldán consiguió conquistarlos y hacer pasar 33 de



esos a sus filas, con armas y equipajes. Descubierta así la traición de Roldán, Juan Antonio se reembarcó y, habiendo recibido una carabela que el Adelantado mandara a su encuentro, determinó pasar a La Isabela con Pedro de Arana y las 4 naves.

Carvajal permaneció en Jaragua, persistiendo en querer apaciguar a Roldán; sólo pudo conseguir que éste se acercara a la ciudad y Roldán pasó con sus cuatro partidas al Bonaó, donde su cómplice Pedro Riquelme Valdivieso tenía guardado el fruto de sus rapiñas. Carvajal despachó su carabela a Santo Domingo, y se dirigió allí por tierra escoltado por algunos soldados.

En ese mismo tiempo abordó el Almirante a La Española ya de regreso de su tercer viaje.



Prisión de Colón

Los rencores de Juan de Fonseca, Gran Ordenador de la Marina, los recelos del rey Fernando, las denuncias presentadas por Francisco J. Roldán, las calumnias de los rebeldes, expulsos de La Española, que todos los días iban a los patios de la Albambra gritando: “¡Paga! ¡Paga!”, vencieron por fin las simpatías de la reina Isabel I y determinaron la desgracia del Almirante.

A mediados del año 1500 se hallaba Colón en la fortaleza de La Concepción (La Vega) y su hermano Bartolomé en Jaragua (Puerto Príncipe), cuando, el domingo 23 de agosto al amanecer, dos carabelas aparecieron a vista de Nueva Isabela. Diego Colón, que mandaba la ciudad, envió en un bote a Cristóbal Rodríguez con orden de saber quién iba en ellas. Asomóse un hombre de la carabela “Gorda” y dijo que él iba de pesquisidor de los rebeldes. Era efectivamente el Comendador de Calatrava Francisco de Bobadilla, andado por los Reyes para poner fin a los desórdenes de La Española. Acompañábanle el escribano Gómez de Ribera, los religiosos franciscanos Juan Francés y Juan Bermejo y muchos indios que Isabel I hacía devolver a su isla, tanto de aquéllos que los rebeldes se habían injustamente llevado, como de los que Colón había merecidamente expatriado por peligrosos. A las 10 de la mañana, las carabelas entraron en el puerto, en el Ozama.



El día siguiente (lunes 24 de agosto), bajó Bobadilla a la ciudad con sus oficiales y fue a la iglesia, donde halló a Diego Colón y al alcalde mayor Rodrigo Pérez. Después de misa, en la puerta de la iglesia, Bobadilla mandó dar por el escribano Ribera lectura de la provisión del 21 de marzo de 1499 que le nombraba Pesquisidor para proceder contra los rebeldes, y requirió a Diego y al Alcalde Mayor para que le entregasen los presos de la fortaleza, entre ellos a Fernando de Guevara y Pedro Riquelme; Diego Colón se negó, alegando la ausencia y los poderes superiores del Almirante.

Al otro día (martes 25) con las mismas formalidades, y también en la puerta de la iglesia, Bobadilla mandó leer otra provisión real del 21 de mayo 1499, nombrándole Gobernador de las Indias; luego prestó el juramento acostumbrado y ordenó le obedeciesen y entregasen los presos. Diego Colón volvió a negarse. Entonces publicó una cédula del 30 de mayo 1500 que le encargaba de la verificación de las cuentas del Almirante. Esta lectura le atrajo todos los descontentos, y como Diego siempre resistiese a sus intimaciones, mandó notificar las provisiones reales al alcalde de la fortaleza, que era el célebre Miguel Díaz, esposo de la cacique Catalina: éste también alegó la ausencia del Almirante. Irritado, Bobadilla hizo desembarcar los soldados y marinos de sus carabelas, los juntó a muchos descontentos y fue a atacar la fortaleza, que sólo lo era de nombre. Al primer ímpetu rompieron las puertas: Miguel Díaz y Diego de Alvarado, los únicos que intentaron defenderse, no pudieron hacer resistencia. Bobadilla se apoderó de los presos y los entregó al alguacil Juan de Espinosa, de allí fue a la habitación del Almirante y se apoderó de sus muebles, dinero y papeles.

Cuando el Almirante, desde La Concepción, supo aquellos sucesos por aviso de su hermano Diego, decidió ir al Bonaó que estaba ya poblado de españoles. De allí escribió a Bobadilla dándole la bienvenida. El gobernador ni aun le contestó, y sólo envió al Bonaó un alcalde a notificarle sus provisiones.

Colón, indignado con tan flagrante injusticia, mandó a los caciques que reuniesen tropas indígenas e intimó a los españoles que le obedeciesen como gobernador inamovible.

Temeroso de las medidas extremas que la desesperación podría inspirarle, Bobadilla le envió a fray Juan de Trasiera y al



tesorero Juan Velázquez con una carta del 26 de mayo de 1499 en que los Reyes le decían: “Don Cristóbal Colón, nuestro Almirante del mar Océano: Os habemos mandado al comendador Francisco de Bobadilla llevador de esta que vos hable de nuestra parte cosas que él dirá; rogamos os que le deis fe y creencia, y aquello pongáis en obra.”

Y ya todos los castellanos del interior acudían a Nueva Isabela a reunirse con el nuevo gobernador. Para mejor atraérselos, Bobadilla rema los diezmos y el tributo de oro a la undécima parte; escribió a Roldán y a los ex-rebeldes para conciliárselos, y mandó a pregonar que iba a hacer pagar por el Almirante los sueldos atrasados.

Colón, obedeciendo a la carta de los Reyes, se determinó a ir a Nueva Isabela y se puso en camino con pocos criados. A esta noticia Bobadilla mandó prender a su hermano Diego y con grillos ponerle en una de las carabelas. Llegó el Almirante, y también le mandó a encerrar en la fortaleza y cargarle de cadenas: nadie se atrevía a ponerle los grillos, cuando un cocinero de Colón, llamado Espinosa, se encargó de tan infame oficio. Luego Bobadilla obligó a Colón a escribir a su hermano Bartolomé a Jaragua que suspendiese la ejecución de los 16 rebeldes que tenía presos y que viniese a Nueva Isabela. Apenas llegado Bartolomé fue preso en una carabela.

Mientras que el Almirante vegetaba en un oscuro calabozo atormentado por toda clase de sufrimientos, Bobadilla mandó inscribir en un registro todas las acusaciones que se presentasen contra él, y dejaba publicar infames pasquines contra su honor. Después de haber reunido todas las acusaciones que le parecieron suficientes, mandó a Alonso de Vallejo que llevase a Colón a “La Gorda”. Éste, sobresaltado y creyendo que le llevaban a la muerte, preguntó: “Vallejo, ¿dónde me lleváis?” El oficial respondió: “Al navío va vuestra Señoría”. Dudando de ello, repitió: “Vallejo, ¿es verdad?”, y Vallejo le tranquilizó contestando: “Por vida de Vuestra Señoría, que es verdad que se va a embarcar.” Entonces le siguió y fue conducido a la carabela donde halló a sus dos hermanos: los tres llevaban grillos.

Así salieron de La Española aquellos ilustres cautivos, a principios de octubre de 1500.



En la travesía, Vallejo y el maestro Andrés Martín quisieron quitarles los grillos; pero Colón no se prestó a esa deferencia que tanto honra a aquellos dos oficiales, y quiso que la Europa asombrada presenciase la ingratitud de los españoles.

El Orden, 14 de febrero de 1875.



Gobierno de Ovando

Cuando Ovando marcaba a dominar el cacicato de Jaragua, recibió la noticia de que habían abordado a la isla unos emisarios enviados por Colón.

El Almirante, después de un cuarto viaje, había tenido que refugiarse en la Jamaica con sus naves destrozadas. De allí encomendó a su capitán de bandera Diego Méndez y al italiano Bartolomé Freschi la peligrosa misión de pasar a La Española a buscar auxilio. El 19 de julio de 1503, Méndez y Freschi salieron de Jamaica con dos botes con 12 españoles y 12 indios, y después de 12 días de atrevida y penosa travesía, lograron tomar tierra cerca de cabo San Miguel (cabo Tiburón), de donde siguieron la costa hasta el puerto de Azua. Allí encontraron a Ovando, quien difirió darles audiencia hasta después de su expedición.

A su regreso de Jaragua, el gobernador permitió a Diego Méndez pasar de Azua a Santo Domingo, después de 7 meses de evasiones.

A la noticia del abandono en que permanecía el Almirante, la opinión pública se conmovió: los religiosos franciscanos hicieron rogaciones por él, y Ovando tuvo que despachar un buque en auxilio suyo, pero con escasas provisiones y bajo el mando de Diego de Escobedo, enemigo de Colón, con orden de tirarle las provisiones a tierra, sin ponerse en relación con él.



Diego de Escobedo cumplió con cruel fidelidad su mezquina misión, y Colón permaneció abandonado en Jamaica. Por fin dos carabelas, habiendo abordado al puerto de Santa Gloria (Jamaica) bajo el mando de Diego de Salcedo, ex escudero de Colón, el Almirante pudo salir de aquel lugar donde tantos peligros y penas había experimentado (28 de junio de 1504). Al abordar la isla Beata, Colón mandó a anunciar su llegada a Ovando, y el 13 de agosto abordó a Santo Domingo, donde el gobernador, mejor dispuesto, lo recibió con grandes honores.

Pero luego, como si se arrepintiera de su buen procedimiento, exigió la extradición de Francisco de Porras, rebelde que el Almirante llevaba preso, y lo puso en libertad. Colón, avergonzado, no pensó más que en preparar su viaje, y el 12 de septiembre de 1504 salió de La Española, su isla predilecta, donde ya no debía volver más.

En ese tiempo (1504) llegó a la isla un joven de 20 años a quien la Providencia reservaba los más admirables destinos y celebridad: era Hernán Cortés, el futuro conquistador de México. Entonces fue nombrado escribano en la villa de Azua. También fue nombrado, en aquel año, teniente gobernador de las villas del Sur, el célebre Diego Velázquez, que después conquistó a Cuba y preparó la expedición de Cortés para México.

Por demás, a estos años del gobierno de Ovando corresponde el período más floreciente de La Española. La actividad del rígido comendador había disciplinado a los colonos europeos y multiplicado las poblaciones, que llegaron a ser 17, todas fundadas y desarrolladas por él.

El estado próspero de la colonia hacía más frecuentes las comunicaciones con la metrópoli y atraía una numerosa inmigración.

En 1504, unos colonos llamados Pedro de Atienza y Velosa plantaron en las cercanías de Azua la caña que habían traído de las islas Canarias.

Pero la suerte de los indios iba cada día empeorándose. La muerte de Isabel la Católica, acaecida el 26 de noviembre de 1504, vino a privarlos de su única protectora. En vano, en memoria de ella, se propuso Fernando, su real esposo, librarlos de aquella mortífera servidumbre. Los colonos, cuyo principal elemento de riqueza era el trabajo de aquellos infelices, defen-



dieron tenazmente el sistema de los repartimientos; y los indios quedaron sometidos a las más crueles fatigas; a los fugitivos, y había algunos, cuenta Las Casas que hacían voto de matar doce cada día. Entonces Fernando, con el fin de aliviarles, permitió la importación de esclavos africanos en la colonia.

Ovando gobernaba con prudencia a los españoles y fue expulsando poco a poco a los perturbadores. Los 30 que existían en la isla al llegar Ovando, tenían por mancebas mujeres indias de las principales familias. Cediendo a las exhortaciones de Fray Antonio de los Mártires, se les ordenó o que se apartaran de ellas o que las tomaran en matrimonio; y casi todos tomaron este partido. La colonia en aquel tiempo contaba 12 mil españoles.





Degüello de Jaragua

De los cinco reinos de Haití, sólo el de Jaragua conservaba una sombra de independencía. Bohechío había muerto; la hermosa Guanahatabenechena y 2 otras mujeres suyas habían sido sepultadas con su cadáver, y su cetro había pasado, según el uso de los Haitís, a su hermana Anacaona. La reina había acogido a algunos compañeros de Roldán; pero pronto hubo de reprimir sus violencias. Aquellos aventureros ingratos, por vengarse, la acusaron de querer sublevar a los indios.

Ovando, sin divulgar el motivo de su excursión, salió de Santo Domingo, a mediados de julio de 1503, con 300 soldados de a pie y 70 a caballo y penetró en el reino de Jaragua.

Anacaona, avisada de la llegada del Gobernador, le salió al encuentro con 300 caciques y le recibió con una cordialidad que aplacó un momento al cruel Comendador. Pero un cálculo odioso reemplazó pronto aquel buen sentimiento, y Ovando determinó acabar con los que él creía conspiradores. Para ello anunció que quería dar unos torneos, a los que convidó a la cacique con toda su corte. Era un domingo: Cuando Anacaona hubo tomado puesto en una gran sala descubierta, que dominaba a la plaza, los españoles se avanzaron en orden y ocuparon todas las entradas. Ovando a caballo apareció luego en medio de sus dragones. Después de algunas evoluciones, el Comendador llevó la mano a su cruz de Alcántara. A esta señal, los españoles se arrojaron sobre los indios inermes; aquello fue un



degüello sin piedad; los caballos pisoteaban los moribundos y nadaban en la sangre. La reina fue apresada y cargada de cadenas. Sus nobles atados a los 84 pilares de la sala perecieron en las llamas de Jaragua, y las cenizas cubrieron los vestigios del degüello.

Anacaona, cargada de cadenas, fue llevada a Santo Domingo; y allí, después de un proceso inicuo, ahorcada públicamente. Los indios escapados a las espadas españolas se refugiaron los unos a la isla Guanabo (La Gonave), otros a Cuba, donde el cacique Hatuey se estableció con ellos.

Un sobrino de Anacaona, llamado Guarocuya, se retiró a los montes de Bahoruco. Las tribus de Guanaba (Hincha y Bánica) y de Haniguayaba (Cayos) tomaron las armas.

Diego Velázquez marchó contra Haniguayaba, venció la valerosa resistencia de los indios, prendió a su cacique y fundó allí la villa de Salvatierra de la Sabana (Cayes). También fundó una fortaleza con el nombre de Villanueva de Yaquimo (Acquin), y cerca de las ruinas de Jaragua otra villa que nombró Vera Paz de Yaguana (Leogane) que pobló con 80 ex-rebeldes de Roldán (1503).

Rodrigo Mejía reprimió también la insurrección de Guaba; y fundó: San Juan de la Maguana sobre la antigua capital de Caonabo, Puerto Real (Cap Haitien) y Lares de Guaba (Hincha) en 1503.

También fundó Ovando el Puerto de Monte Cristi en la costa del Norte y el puerto de Azua que se llamó de Compostela porque allí tenía su mayorazgo un gallego comendador de Compostela.

El capitán Martín de Villamán, que había quedado en la fortaleza de Higüey, seguía maltratando a los indios y, a pesar de convenciones contrarias, les imponía duros trabajos. Los indios, desesperados, acometieron la fortaleza, la quemaron y mataron la guarnición de que solo se escapó un soldado. Ovando confió al mismo Juan de Esquivel la misión de castigarles. Esquivel reunió cerca de Ycayagua (Seibo) las tropas de Santiago y del Bonaio, a las que se juntaron las de Santo Domingo bajo Juan Ponce de León y las de La Concepción mandadas por Diego de Escobar. A esos 400 castellanos agregó algunos indios de Ycayagua. Cuando llegaron esas fuerzas a los límites



de Higüey, se vieron en los montes brillar mil fuegos que eran la señal de alarma de las tribus rebeldes. Cotubanamá mandó que los niños, mujeres y ancianos se recogiesen en lo más secreto de las montañas, y los hombres válidos se reuniesen en las principales poblaciones. Las aldeas fueron defendidas con valor por los indios; pero las balas y las ballestas los obligaban a la fuga, y por fin tuvieron que dispersarse. Los españoles los persiguieron, se apoderaron de Higüey y la capital de aquel reino, y Cotubanamá se refugió con sus mujeres e hijos a la isla Saona, donde los ocultó en una cueva. Juan de Esquivel, embarcándose de noche con 50 hombres en una carabela que le traía víveres de Santo Domingo, pasó a la Saona, saltó a tierra con 30 de sus compañeros, se apoderó de las centinelas indias. El cacique, sorprendido por un español robusto llamado Juan López, cayó entre las manos de Esquivel que también se apoderó de su familia. Cotubanamá, llevado a Santo Domingo, murió ahorcado y con él cayó la última resistencia de los Haitís (1504).

Para asegurar la tranquilidad en Higüey, Ovando encargó a Esquivel fundase allí dos villas: la una cerca del mar que se llamó Salvaleón (Higüey) y la otra al pie de las montañas, que fue Santa Cruz de Ycayagua (Seibo). También se pobló en ese tiempo la villa de La Mejorada (Cotuí) por Rodrigo Mejía de Trillo (en 1504).

El Orden, 28 de febrero de 1875.





El cacique Enrique

A pesar de los decretos reales, a pesar de los generosos esfuerzos que merecieron al dominico Bartolomé de las Casas el título de Apóstol de Santo Domingo, los indios iban desapareciendo con una rapidez espantosa bajo el peso de los excesivos trabajos a que los sometían. Pero su raza halló por fin un campeón que no la dejara perecer sin protesta, ni sin gloria.

En la villa de San Juan de la Maguana, un joven español llamado Valenzuela había heredado de su padre un repartimiento de indios, cuyo cacique, Enrique, nativo de los montes de Bahoruco, había sido bautizado e instruido en Yaguana por unos religiosos franciscanos. Habiendo Valenzuela intentado seducir a su mujer Mencía, Enrique pidió protección al juez Pedro de Badillo, quien reprimió cruelmente su queja. Después de llevar sus reclamaciones ante la Audiencia sin conseguir justicia, el indio, desesperado, empuñó las armas y con pocos compañeros se retiró a los montes de Bahoruco, donde esperó con resolución los ataques de los conquistadores (año 1519).

Valenzuela lo persiguió con doce soldados. Enrique se le presentó y le aconsejó se retirase. Habiéndose adelantado dos españoles para prenderle, cayeron muertos; otros tres quedaron heridos, y los demás tomaron la fuga.

Este primer suceso llamó nuevos compañeros alrededor del cacique y alarmó a las autoridades españolas que enviaron contra él fuerzas considerables. Una tropa de 80 soldados atacó su



guarida y fueron derrotados, sirviendo sus despojos para armar los 300 indios insurrectos. En breve sus filas se engrosaron hasta formar un verdadero ejército. Los negros africanos que Las Casas había conseguido traer para reemplazar a los indios, se desertaban de las habitaciones y las minas, para venir a unírseles.

Durante muchos años las frecuentes tentativas de los españoles para someter al cacique no hicieron más que aumentar sus fuerzas, cubrirle de laureles y poner en evidencia su carácter magnánimo. Habiendo penetrado unos 70 enemigos en una cueva donde esperaban sorprenderle y adonde los iban siguiendo invisibles guerrillas de indios, fueron allí encerrados y ya se veían reducidos al hambre y amenazados del fuego cuando el cacique los hizo poner en libertad, contentándose con desarmarlos (1520). Sus victorias nunca le hicieron salir de la defensiva, ni de la región necesaria para su seguridad.

Enrique, proclamado por sus compañeros “Cacique de la isla de Haití”, se sirvió de las artes europeas para organizar y fortalecer sus dominios que se componían de los distritos de Bahoruco y Neiba. Una guardia real de 50 indios escogidos atendía a su persona. Sus soldados llevaban las armas tomadas a los españoles: cascos, espadas, escudos, y además corazas hechas de cuerdas encarnadas. La capital y su fortaleza la estableció en la isla de Cabritos, en medio el gran lago que de su nombre se llamó “Enriquillo”. Una flotilla de canoas vigilaban el lago, cuyas orillas estaban protegidas por trincheras (el historiador francés Moreau de St. Mery vio sus vestigios en 1789 a orillas del río Pedernales). Los indios más débiles fueron empleados en las labranzas. El cacique mantenía una severa disciplina entre sus compañeros, y él mismo llevaba la conducta más irreprochable: así cuando más tarde se vio con Las Casas le pudo afirmar: “Nunca dejé de rezar cada día, de ayunar cada viernes, y de vigilar las costumbres de mis súbditos.” También sabía emplear una rigurosa justicia, y un cacique subalterno, llamado Rodrigo, habiendo querido decidirle a que se sometiese, fue ahorcado como traidor (1528).

Por fin las autoridades españolas, viendo como ineficaces los medios violentos, hubieron de acudir a la vía de las negociaciones. El franciscano Remy fue enviado a Enrique; pero sus proposiciones no eran aceptables, y no fueron aceptadas.



El arzobispo de Santo Domingo, Sebastián Ramírez de Fuenleal, que era también presidente de la Audiencia, mandó a un tal San Miguel a tratar con el cacique: “ya había conseguido una entrevista y se hallaba en conversación con Enrique, a orillas del mar, cuando su escolta española de 150 hombres apareció imprudentemente, y el indio, ofendido, se retiró” (1529). Después de una tregua de tres años, las hostilidades volvieron a emprenderse, y a tal extremo llegó la audacia de los indios que una de sus partidas atacó a Puerto Real (Bayajá) en la costa Norte de la isla.

En 1532, el emperador Carlos V, rey de España, informado de tan larga resistencia, envió a La Española a Francisco de Barrionuevo con plenos poderes, el título de general y un refuerzo de 200 soldados.

A su llegada a Santo Domingo las autoridades se reunieron en consejo de guerra y determinaron enviar guerrillas de 20 soldados que fueran hostilizando y destruyendo poco a poco a los insurrectos. Pero todos los esfuerzos fueron inútiles, y el general Barrionuevo se decidió a intentar negociaciones.

Fiando en la conocida generosidad del cacique, él mismo penetró en sus dominios con sólo una escolta de 30 españoles, y habiendo desembarcado en Yáquimo mandó a pedirle un salvoconducto. Enrique se lo concedió y le hizo conducir por el cacique Martín de Alfaro a través de los bosques fortificados hasta las orillas del lago; después de una marcha penosísima de 4 días una canoa lo llevó hasta la isla de Cabritos. Allí Enrique, rodeado de 5 caciques subalternos y de su guardia, le recibió bajo de un árbol, le hizo sentar a su lado en muelles alfombras de algodón, y recibió de él una carta en que Carlos V le trataba de “Don”. El indio la leyó con atención, se la puso sobre la cabeza en señal de respeto, y llamando a los suyos se la enseñó como prueba de la bondad del Emperador. Los indios contestaron con aclamaciones a su proposición de aceptar la paz; y un frugal banquete ratificó el convenio (1533).

Pocos días después acudió el venerable Las Casas; su palabra destruyó los últimos recelos de Enrique y le decidió a presentarse en Santo Domingo.

Allí se firmó el acto de pacificación. Enrique recibió el título de Príncipe hereditario, inmune de todo tributo y libre de



fijarse con sus compañeros en el lugar que mejor le conviniese. Él escogió el pueblo de Boyá, donde se retiró con 4 mil indios, únicos restos del millón que poblaba la isla 40 años antes. Sus herederos dominaron allí hasta 1750 con el título de “Caciques de la isla de Haití” y con derecho de juzgar y condenar a muerte.

Los indígenas de Boyá y los mestizos indio-españoles, que existían ya probablemente en aquella época, formaron uno de los elementos heterogéneos que han contribuido a constituir nuestra raza y a imprimir a los hijos de nuestra patria un carácter esencialmente nacional.

El Orden, 17 de enero de 1875.



Toma de Santo Domingo por Drake

La capital de nuestra colonia vino a ser centro de los episodios de la guerra dicha “de Flandes” que el rey Felipe II sostuvo contra Francia, Inglaterra y Países Bajos coaligados. En aquel tiempo la ciudad estaba aún en su primitivo esplendor, y entre otros momentos encerraba la catedral y los conventos de Santo Domingo, de San Francisco y de La Merced.¹

La reina Isabel de Inglaterra, con el propósito de arruinar las colonias españolas en las Antillas, mandó preparar una formidable expedición naval, cuya dirección confió al marino sir Francis Drake.

Drake salió de Plymouth el 17 de septiembre de 1585, con 25 buques cargados con 2,300 hombres: su vicealmirante era Martin Frobisher.

Después de haber saqueado la ciudad de Santiago en las islas de Cabo Verde, el inglés arribó a nuestras costas. He aquí el relato de uno de sus compañeros:²

En nuestra ruta encontramos una pequeña embarcación que se dirigía a aquel punto (Santo Domingo) y en la que iba un individuo que nos dio informes de que: el puerto estaba cerrado por una harra; que la costa estaba bien

1. Placide Justin, *Historia de la isla de Haití*, Lib. II, p. 58. (Nota del Dr. Llenas).
2. Citado por Hazard, *Santo Domingo, pasado y presente*, Cap. IV. (Nota del Dr. Llenas).



defendida por un castillo fuertemente artillado; que no se encontraría ningún punto conveniente para desembarcar, a una distancia de 10 leguas inglesas de la ciudad, sin exponerse a los fuegos de aquel castillo. Ese piloto convino en llevarnos allá.

Efectivamente, la armada inglesa se presentó delante de la ciudad el 11 de enero de 1586; y vino a echar su gente en tierra, en la costa al oeste del Ozama.

Después que todos hubimos desembarcado –continúa el testigo ocular– nuestro jefe (Drake) volvió a bordo, confiándonos a la gracia de Dios y al buen mando del señor Cartiell, nuestro teniente general –y en seguida, siendo más o menos las 8:00 a.m., emprendimos marcha. De las 12:00 m. a la 1:00 p.m., nos aproximamos a la ciudad–; y entonces empezaron a presentarse más de 150 individuos de los hidalgos y hombres principales, todos buenos soldados. Algunas descargas que les hicimos, bien secundadas por el ataque de nuestros alabarderos, los convencieron de que estábamos bien dispuestos a recibirlos, y después de tantear nuestras fuerzas por varias partes, se dispersaron; y así nosotros pudimos marchar contra las dos puertas de la ciudad próximas al mar. Esas puertas serían las de la Sabana y la del Conde.

Dividimos nuestras fuerzas –que alcanzaban a unos mil o mil 200 hombres– en dos columnas, para atacar simultáneamente las dos puertas, habiéndole declarado nuestro jefe al capitán Powell (que mandaba una de las columnas) que, con el auxilio de Dios, no se detendría él hasta unirse con nosotros en la Plaza del Mercado (plaza actual de la Catedral).

No bien hubieron hecho una descarga contra nosotros sus tropas regulares, causándonos pocas bajas, cuando nuestro general dio orden de atacar, animándonos con la voz y con el ejemplo. El primero que cayó fue de los que marchaban cerca de él, por cuyo motivo hizo acelerar el paso, para que la tropa regular (del enemigo) no tuviera tiempo de cargar de nuevo sus armas.



A pesar de las emboscadas, avanzadas mejor dicho, corrimos a caer sobre ellos; y así fue que entramos por las puertas junto con ellos, obligándoles a pensar mejor en salvarse huyendo que en resistir. Seguimos, pues, hacia la Plaza del Mercado: la cual diremos, para que se nos comprenda mejor, que es un gran espacio cuadrado situado delante de la Catedral; y allí llegó también, según estaba convenido, el capitán Powell con la otra columna.

Esta plaza y algunos puntos próximos, los fortificamos con barricadas para mantenernos firmes en aquel sitio, que nos pareció el más ventajoso, siendo la ciudad demasiado grande para ser toda ocupada por una tropa tan pequeña.

Poco después de media noche avanzamos sobre el castillo (la Fuerza); su guarnición lo abandonó: una parte quedó prisionera nuestra; los demás se escaparon en botes al otro lado del río, de donde se retiraron al interior.

Al siguiente día, nos acuartelamos más a nuestras anchas, pero ocupar ni aún la mitad de la ciudad, y fortificándonos mejor con guardias colocadas en los puntos más importantes, dominamos la ciudad por espacio de un mes.

Sucedió, en ese intervalo, que nuestro general mandó a donde los españoles como mensajero un morenito con bandera blanca, lo que, al uso suyo, significa parlamento. Desgraciadamente el primero con quien se encontró el muchacho, lo hirió al pobre de un golpe de sable de caballería; y así herido regresó a donde el general, y apenas tuvo tiempo de explicarle cómo había sido tan injusta y cruelmente herido, cuando cayó muerto en su presencia. Enfurecido con esto nuestro general, ordenó al preboste (jefe de la policía) que cogiera unos frailes prisioneros y con una escolta suficiente los llevara al mismo lugar donde había sido herido el muchacho, para que los ahorcase allí, y que enviara al mismo tiempo a otro prisionero pobre para llevar al enemigo la noticia de tal ejecución y del motivo de ella, y que diese aviso de que, hasta no ser entregado en nuestras manos el que hirió al parlamento de nuestro general, no pasaría un día sin que se ahorcasen dos prisioneros hasta acabar con los que estaban en nuestras manos...



En aquel intervalo, el gobernador Cristóbal Ovalles, retirado a orillas del Ozama, con la población y las tropas, entró en negociaciones con Drake para el rescate de la ciudad.

Como no pudo haber convenio con sus comisionados, prosigue el narrador inglés, nos pusimos a emplear las mañanas en incendiar las casas más aisladas, las cuales por ser construidas de muy buena mampostería con techos de azotea, eran difíciles de destruir; y este fue el orden que siguió durante once días: desde el amanecer hasta las 9:00 a. m., hora en que empezaba a calentar el sol, 200 marinos se ocupaban únicamente en poner fuego a las casas exteriores a nuestras trincheras, y los soldados les servían de escolta. A pesar de todo, en ese tiempo no logramos, ni era posible, destruir sino la tercera parte de la ciudad; así fue que al fin, cansados de incendiar y apremiados por otros motivos, nos contentamos con aceptar 25,000 ducados (como 30 mil pesos fuertes) por el rescate del resto de la ciudad.

Al retirarse, Drake embarcó la artillería de la fuerza, las prendas y dinero que pudo encontrar en los templos y en las casas, y destruyó los archivos de la Catedral.

Su invasión contribuyó poderosamente a acelerar la decadencia de La Española.

El Eco del Pueblo, 6 de febrero de 1889.



Los filibusteros. Su establecimiento

La Primada de las Indias, descuidada por España, había llegado a un estado de miseria y despoblación espantoso: “menos pasmosa había sido la rapidez de sus progresos, que increíble fue la de su ruina”. Las minas, estériles por falta de brazos, se habían cegado; la agricultura estaba enteramente abandonada; las 17 ciudades del principio, arrasadas o reducidas a aldeas, a excepción de Santo Domingo que todavía contaba 500 casas. En toda la región del Norte y del Oeste cambiada en un desierto en que los cerdos y las reses se multiplicaban sin estorbo; la población, limitada a 14 mil hombres libres y 20 mil esclavos o, mejor dicho, siervos. Estos escasos habitantes vegetaban en la desidia, y tal era su desnudez, que había de decirse misas de madrugada para los que no se podían presentar vestidos. Tan miserables como sus mismos esclavos y despreocupados del orgullo castellano, los españoles se habían unido a las africanas, dando así nacimiento a la casta mestiza que tan semejante debía ser a la raza primitiva de los indios: ¡tal es la influencia del clima sobre pueblos de origen tan distinto!

A pesar de todo, esos valerosos “orejanos” conservaban su amor y su fidelidad a la metrópoli, y bajo la conducta de sus “cabos” con sus lanzas y sus machetes supieron defender largo tiempo la colonia española. Llenos de dignidad, a los que les reprochaban la miseria de su tierra contestaban: “¡Hay hombres!”



Tal era el estado de La Española a principios del siglo XVII, cuando la aparición de temibles enemigos vino a amenazarla de una completa destrucción.

En 1625 unos corsarios ingleses y franceses llamados “filibusteros” se habían establecido en la isla de San Cristóbal. Sus depredaciones atrajeron sobre ellos la armada española del general Federico de Toledo que los expulsó de aquella isla en 1630. Entonces sus restos conducidos por Niel d’Enambue, francés de Dieppe, se refugiaron en la costa despoblada del Noroeste de La Española.

Queriendo asegurarse una guarida, atacaron en 1632 la isla de La Tortuga y obligaron los 25 españoles de guarnición a cederles el fuerte de “La Rada” que defendía la costa sur de la isla. Su costa norte era casi inaccesible. Su suelo era fecundo y pronto produjo un tabaco famoso. Desde La Tortuga, los unos siguieron sus piraterías por mar y los otros empezaron a hacer cacerías en las llanuras de La Española, donde tanto abundaban las reses y los cerdos.

Los primeros conservaron el nombre de “filibusteros”. Repartidos en tripulaciones de 50 a 150 hombres, todos formaban una sola corporación y se daban el título de “Hermanos de la Costa”. Su atrevimiento les hacía exponerse con la mayor indiferencia a los peligros del mar y de la guerra. Sus balandras llevaban en su único palo una vela cuadrada y un foque; las mejores se hacían con la caoba de las islas Bermudas. La tripulación sólo obedecía al capitán durante la expedición. Cuando encontraban un galeón español, se le acercaban, le amarraban su balandra con ganchos, se le arrojaban sobre el puente y lo tomaban al arma blanca. El pretexto de sus ataques era destruir el derecho que se arrogaba España de capturar cualquier navío amigo o enemigo que se encontrase al sur de los trópicos. Después del corso cada “hermano” juraba no haber hurtado nada de las presas; el que era convencido de falso juramento, se desterraba en un islote desierto. Luego se pagaban 200 escudos por cada herida; y el resto se repartía igualmente entre todos; el capitán recibía además una gratificación correspondiente a su comportamiento. El fruto de la expedición se malgastaba pronto en juegos, orgías y prodigalidades sin freno.



Los filibusteros de tierra tomaron el nombre de “bucaneros” porque al ejemplo de los indios hacían secar la carne en hornillos llamados “bucán”. Cazadores intrépidos, sin familia, cada uno escogía un compañero o “matelot” que desde entonces era su amigo hasta la muerte. Los dos compañeros salían a cazar con algunos peones alquilados o “engagés”. Cuando habían abatido bastantes rescas, abandonaban casi toda la carne; sólo sacaban las pieles y los cuernos, que los alquilados llevaban hasta la ensenada más vecina, para venderlas a los contrabandistas holandeses en cambio de pólvora y armas. El “bucanero” llevaba un calzón estrecho y corto, una camisa recogida por una ancha correa, de que colgaban un corto machete, 2 cuchillos y la cartuchera. Un sombrero con alas sólo por delante, le cubría la cabeza: sus pies iban protegidos por un calzado de cuero sin curtir, y sus pantorrillas descubiertas. Su inseparable carabina, su joya más preciosa, era de una caña de 4 pies y $\frac{1}{2}$ de largo, en que entraban sin baqueta y por su solo peso cartuchos con balas de onza y media.

Filibusteros y bucaneros eran confundidos por sus enemigos los españoles bajo el nombre de “ladrones”.

Apenas establecidos en La Tortuga, esos aventureros se vieron atacados (en 1638) por una expedición española que los derrotó, pasó a filo de espada los prisioneros, destruyó el fuerte de “La Rade” y se retiró sin dejar guarnición. Al mismo tiempo el presidente de la Audiencia o gobernador de Santo Domingo mandó formar una tropa de 500 lanceros para reprimir sus cacerías en las costas del Noroeste.

Su tenacidad les hizo volver pronto a La Tortuga, y sacrificando la rivalidad nacional a la seguridad común, aceptaron el mando del inglés Willis que fortificó “La Rade” (1638). Pero la parcialidad de ese jefe que intentó establecer allí la dominación inglesa, descontentó a los filibusteros franceses, quienes pidieron contra él auxilio a sus compatriotas de las islas vecinas.

A fines de 1640, el comendador de Poincy, gobernador general de las islas del Viento (Antillas francesas), encargó al capitán Levasseur ir a auxiliarlos. Levasseur llegó en una balandra con 40 filibusteros a la costa cerca de Port-Margot, donde durante 3 meses preparó su expedición y reunió a su pequeña tropa 50 bucaneros. A la cabeza de sus 90 hombres y ayudado



por los filibusteros residentes en La Tortuga, Levasseur obligó a Willis a retirarse con sus ingleses y construyó el fuerte de “La Roche” para proteger el puerto de “La Rade” (1641).

Una escuadra de 6 navíos con 500 hombres salió, en enero de 1642, de Santo Domingo y logró penetrar en “La Rade”; pero fue rechazada por la artillería de “La Roche”. Habiendo vuelto al asalto sin suceso y habiendo perdido 200 hombres en una emboscada, los españoles tuvieron que retirarse.

Los sucesos de Levasseur excitaron la envidia de Poincy, quien intentó derrocarlo bajo el pretexto de obligarle a restituir una virgen de plata robada en una iglesia española. Levasseur, amenazado, se declaró independiente y tomó el título de “Príncipe de La Tortuga”.

El Orden, 21 de marzo de 1875.



Los bucaneros

Los bucaneros, después de haberse establecido sólidamente en la isla Tortuga y en el oeste de La Española, sintieron la necesidad de apoyarse en alguna potencia reconocida, y nombraron al rey Luis XIV “príncipe de Leogane.” Entonces el gobierno francés les envió por “gobernador de La Tortuga” a Jeremie Deschamps, señor de Rausset y de Maussac (año 1660).

Deschamps tomó el fuerte de “La Roche” de que los españoles se habían apoderado en La Tortuga, derrotó cerca de Gonaïves (1663) una expedición española de 500 hombres mandada por el flamenco Van Delmoff, y consolidó los establecimientos franceses de Gonaïves, Mirebalais, Port de Paix, Port Margot, Grand Goave, Leógane, Bayajá y Samaná.

Entonces los atrevidos bucaneros pensaron en pasar de la defensiva a las agresiones. Un partido de 30 de ellos bajo Carlos Toré, habiendo penetrado de lado de Bayajá, fueron sorprendidos por los dominicanos y degollados cerca del río Dajabón, que desde entonces se llamó entre los franceses río de la Matanza (rivière du Massacre). Este acontecimiento fue el pretexto y el principio de las hostilidades: los bucaneros juraron vengar a sus compañeros, y uno de ellos, llamado Hartel, empezó a desolar las inmediaciones de Montecristi.

La nominación de un nuevo gobernador, Bertrand d’Ogeron de la Bouère, y sus miras de conquista (1635) dieron mayor impulsión a ese furor. Una fragata de Nantes desembarcó (el Do-



mingo de Ramos de 1635) en Puerto Plata 400 bucaneros mandados por Adam Lornot y Anne Leroux. Encubriendo su marcha entre los montes lograron sorprender a Santiago (el pueblo actual). Los habitantes y la guarnición de 700 españoles habiéndose fugado (el Viernes Santo por la noche), los bucaneros pillaron el pueblo durante 24 horas y empezaron a retirarse llevándose preso al gobernador. Atacados en el camino por unos mil dominico-españoles, los detuvieron amenazando matar al prisionero y lograron embarcarse con su presa. Este fue el principio de las incursiones de esos temibles enemigos, no ya contra las reses alzadas, sino contra las poblaciones dominicanas.

Mientras que el cruel Olonnais con sus barcos tomaba dos galeones en Punta Espada y asolaba las costas (en 1666); mientras que Montbars justificaba su nombre de “Exterminador” y la misión que había asumido de vengar sobre los españoles los padecimientos de los indios; Delille y 500 bucaneros desembarcaron en Puerto Plata y efectuaron el segundo pillaje de Santiago. Los habitantes refugiados en La Vega rescataron el pueblo del incendio, mediante 25 mil pesos (en 1669).

Esos ataques hicieron por fin salir a los dominico-españoles de su fatal indolencia. Al ejemplo de los filibusteros, sus corsarios o “griegos” se hicieron el azote de los establecimientos franceses, y las partidas de “lanceros” arruinaron por tierra las habitaciones enemigas.

La “Liga de Augsburgo” formada entre Alemania, España, Inglaterra y Holanda, habiendo declarado la guerra al rey Luis XIV (en 1687), los gobernadores de ambas partes de la isla hicieron preparativos para dar a las hostilidades mayores proporciones.

El 26 de junio de 1690, el gobernador francés conde de Cussy se puso en marcha desde Port de Paix con 100 soldados de caballería, 450 de infantería, y 150 negros de carga. Habiendo penetrado en el Este por Dajabón, llegó sin obstáculo hasta orillas del río Ámina. Allí fue atacado (el 6 de julio) por una tropa española, que después de haberle matado 40 hombres, tuvo que retirarse en desorden. Por la tarde los franceses entraron en Santiago que encontraron desocupado. El día siguiente algunos soldados, habiendo tenido la imprudencia de



probar los víveres dejados por los habitantes, murieron envenenados y Cussy, irritado, mandó incendiar el pueblo. Luego se retiró cerca del Yaque. Sorprendido por 3 mil españoles (el 9 de julio), Cussy se decidió a la retirada, que empezó a efectuar el día siguiente; y el 16 de junio se halló de regreso en el Guarico (el Cap).

Las represalias tardaron poco. El 17 de enero de 1691, la armada española de Barlovento, compuesta de 7 galeones, desembarcó al este de Limonade 2,300 españoles y 300 lanceros dominicanos. El caballero de Franquesnay, “teniente del Rey”, obligó a Cussy a presentarles batalla en el llano de Limonade (Sabana Real) que mide una legua de cuadro; y allí les salieron al encuentro con unos 2 mil soldados franceses y 300 filibusteros. El tiroteo empezó el 21 de enero a las 9 de la mañana. Los arcabuceros españoles, no pudiendo resistir el fuego de los franceses, empezaban a replegarse; cuando el cabo Antonio Miniel (de Santiago) hizo señal con el sombrero a sus lanceros que estaban de barriga en tierra. Los lanceros, levantándose de entre las yerbas, dieron con tanta furia sobre los franceses, que forzaron su centro. De Cussy, Franquesnay y el caballero de Buterval con 30 oficiales y 450 soldados cayeron destrozados; los demás se retiraron en desorden. Los españoles, dueños del campo, corrieron aquella floreciente llanura, saquearon y quemaron el Cap, pasaron a filo de machete todos los hombres prisioneros y se llevaron cautivos los negros esclavos y las mujeres. Tal fue la batalla de Sabana Real y la primera despoblación del Guarico.

Esa expedición y los incesantes ataques de las escuadras inglesas arruinaron de tal manera los establecimientos franceses en la isla, que Duchase, nombrado gobernador (1691), halló los filibusteros casi exterminados, la población disminuida de 4 mil hombres y los pueblos sin defensas ni artillería ni municiones. La desesperación le inspiró el audaz proyecto de llevar la guerra sobre los establecimientos enemigos. Pero esos ataques no sirvieron sino para atraer contra él mayores fuerzas.

El 15 de mayo de 1695, una armada de 18 galeones españoles y 4 naves inglesas, llevando 3 mil hombres, se reunió en la bahía de Manzanillo, donde tomó un refuerzo de 2 mil dominicanos; y el 27 de mayo se presentó delante del Cap, defendi-



do por 250 soldados y los habitantes. Después de 2 días de bombardeo, el comandante Lyon, viendo el fuego de sus baterías apagado por un temporal y su línea de retirada amenazada por los dominicanos desembarcados cerca de Petite Anse, hizo volar los fuertes y se retiró con 30 hombres, dejando el Cap en poder de los aliados. El día siguiente (30 de mayo), Van de Graft con 300 franceses les abandonó la Petite Anse; y el 13 de junio, Bernanos tuvo que cederles Port Luis.

Después de haber pillado y quemado el Cap, los dominicanos marcharon por tierra contra Port de Paix, donde Lyon, Bernanos, Paty, Girardin y Dentre se habían fortificado; y la armada combinada atacó por mar. El 25 de junio, el comandante superior francés La Boudaye mandó concentrar en la plaza todos los franceses que guarnecían sus inmediaciones; y los dominicanos efectuaron su junción con los ingleses desembarcados. El día siguiente, después de las intimaciones acostumbradas, los aliados tomaron los cerros que dominan la plaza y de donde su artillería empezó el bombardeo. Después de haber perdido 2 mil hombres, los jefes franceses se decidieron a desocupar la población; y en la noche del 14 de julio emprendieron la retirada en número de 200 hombres. Habiendo atravesado 3 emboscadas en que 1500 enemigos intentaron detenerles, los franceses lograron escaparse al interior. Port de Paix fue incendiado; los hombres, degollados y las mujeres llevadas cautivas. El 17 de julio, los dominicanos tomaron el camino del Este, pillando e incendiando las habitaciones enemigas: 400 esclavos de esas habitaciones les ayudaban en semejante devastación. Esta expedición marca el fin de los filibusteros, que ya no manifestaron su impío atrevimiento sino en la toma de Cartagena.

La Paz de Ryswick puso un término a las hostilidades, pero sin regularizar la posición respectiva de las dos colonias.

El Orden, 28 de marzo de 1875.



Invasión de Penn y Venables Documento para la historia*

Diario, preciso y completo de la conducta y de los últimos triunfos de las armas inglesas en las Antillas hasta el día 24 de junio de 1655.
Publicado por J. S., testigo ocular. Londres, 1655.

¹“Se resolvió pues organizar una expedición especial para las Antillas con tropas de tierra y fuerzas navales. Los generales encargados de su mando fueron el Ex. Roberto Venables (coronel) y el Muy Hon. William Penn (almirante), hombres que habían asistido a muchas gloriosas victorias.

Varios navíos (siete) y muchas fragatas se prepararon para esa empresa. Todos los marinos que quisieron tomar servicio, se engancharon; y también se admitieron muchos marinos de ribera para completar las tripulaciones. También se reclutaron soldados voluntarios.²

* Este interesante documento fue traducido y anotado por el Dr. Llenas y publicado en *El Porvenir* No. 623, del 18 de junio de 1889 y, posteriormente, en *El Teléfono* No. 1081, del 9 de septiembre de 1894, y en el periódico *Patria*, en 1927, esta vez traducido del inglés y con notas adicionales de Américo Lugo. (Nota del editor).

1. Esta expedición fue organizada por el famoso Oliverio Cromwell, que gobernaba a Inglaterra con el título de Protector, quien con ella se propuso destruir las colonias españolas en las Antillas. (Nota del Dr. Llenas).
2. El vicealmirante Vernon en su *Historia de Jamaica*, carta 3^{ra}, dice que se reunieron para conquistar La Hispaniola 2 mil hombres del antiguo ejército de Oliverio y muchos caballeros veteranos, mandados por oficiales famosos, como el coronel Doogly, el coronel Haines, el coronel Butler y el coronel Raymond. (Nota del Dr. Llenas).



Todo se preparaba a tierra, mientras los buques recibían sus provisiones y equipos. El punto de reunión de todas las fuerzas terrestres y navales había de ser Portsmouth, adonde la mayor parte de los buques acudió hacia el 10 de noviembre de 1654.

El 18 de diciembre siguiente, varias compañías de infantería de marina se embarcaron; y uno de los almirantes se puso en ruta con esa división, el día siguiente.

Pocos días después, siguieron los generales con el resto de la armada y del ejército, el cual constaba de 3 mil hombres repartidos en 5 regimientos, sin contar los oficiales, comisarios y otros empleados.

El punto de reunión general debía ser la isla de Barbada, adonde aportaron felizmente todos los buques en un intervalo de 4 días; y el 30 de enero de 1655, toda la armada se encontró allí reunida.

El 5 de febrero, dos buques se enviaron a Calile bay.

Dos fragatas se despacharon a las islas San Cristóbal y Nieves para reclutar la mayor cantidad posible de voluntarios.

Mientras la armada estuvo en la Barbada, unos 20 buques daneses, los unos fondeados, los otros en marcha, fueron apresados por muchos cruceros. Las provisiones tomadas a su bordo sirvieron para aprovisionar la armada, y los buques mismos para transportar la tropa.

El 31 de marzo, la armada zarpó de esa isla; y después de dos días de travesía empleados en pasar el canal entre la Martinica y Santa Lucía, fondeó cerca de esta última.

Al otro día, pasó por las pequeñas islas: Dominica, Monserrat, Nieves, Guadalupe.

El 6 de abril, llegó el “Lee” de la isla de San Cristóbal con 1,300 voluntarios tomados en esa isla y en las vecinas, lo que, con los de la Barbada llevó el número de los voluntarios a 5 mil hombres, sin contar las mujeres y niños que trajeron consigo, de manera que eso parecía una verdadera invasión.

El 8 de abril, pasaron delante de Santa Cruz, y al otro día tocaron en San Juan (Puerto Rico), a 22 leguas de Hispaniola.

El 13 de abril, costeano esta última isla, descubrieron la ciudad de Santo Domingo. Después de consultar los prácticos para bien disponer el desembarque, el general de la tropa (Venables)



con una división de buques llevando 7 mil soldados³ se alejó de aquel puerto, y desembarcó sin obstáculo a 10 leguas al oeste de la ciudad, en la boca de un río bastante grande.⁴ Tomando tierra así, sin dificultad, creían verse dueños de montañas de oro.

Después de practicado el desembarque, los buques volvieron atrás a donde el general en jefe; el cual entonces, con toda la armada, fue a echar a tierra tres regimientos a 2 leguas de una bahía al oeste de la ciudad, cerca de un ancho río, que debía servir de punto de concentración para las dos tropas.⁵

El coronel Bullard había ya emprendido marcha contra la ciudad con 2 regimientos; pero por no haber encontrado agua potable, había vuelto atrás.

El general de la tropa llegó en ese intervalo con el resto del ejército; y después de haber dejado descansar su gente, a orillas del río (Haina), marchó al ataque de la ciudad.

Pero todavía no había andado 3 millas, cuando su vanguardia, fuerte de 500 hombres, encontró al enemigo, que la puso en completa derrota.

Un regimiento que avanzó a reforzarla, también fue rechazado; y el general mismo, encontrándose aislado, no escapó sino por milagro.

El grueso del ejército pudo sin embargo obligar a los españoles a retirarse en un fuerte situado cerca del campo de batalla, a orilla del mar, y que dominaba el camino que llevaba a la ciudad.

En ese encuentro hubo muertos de ambos lados, pero más del lado de los ingleses, y allí cayó el capitán Cox, el jefe más práctico en ese terreno.

El ejército inglés se fue a refrescar a orillas del río cerca de la bahía y se preparó a nuevo ataque.

Se desembarcó un mortero y 2 culbrines con obuses y granadas; y el 24 de abril, el ejército marchó por otro camino, por el cual los prácticos prometían llevarlo hasta cerca de un río a 2 millas al Norte de la ciudad, camino por donde los soldados irían resguardados de los proyectiles de los fuertes.

3. Con caballería y 3 días de víveres, dice Vernon. (Nota del Dr. Llenas).

4. El río Nizao. (Nota del Dr. Llenas).

5. El río Haina. (Nota del Dr. Llenas).



Pero no se pudo pasar, y hubo que volver al mismo punto, con mucha tardanza, por motivo de los morteros que era preciso arrastrar.

Al otro día (25 de abril) por la mañana, queriendo el ejército acercarse al fuerte,⁶ fue rechazado con pérdidas. El mayor general Haynes quedó allí abandonado por sus soldados.

Los españoles, prosiguiendo su victoria, hicieron un gran destrozo en los que huían, cuya fuga sembró el desaliento en aquéllos que aún no habían marchado. Los españoles con sus medias-lanzas herían a los unos, se llevaban presos a otros; y por fin, como labradores cansados de una laboriosa jornada, volvieron a la ciudad llevando como trofeo siete banderas inglesas.⁷

Este era su modo de pelear: todos, blancos, negros y mulatos hacían sus descargas; y luego embestían impetuosamente con sus lanzas, lo que producía mucho efecto en enemigos ya debilitados por el sol y por la sed, pues ninguna precaución se había tomado contra esos inconvenientes.

El número de ingleses que cayeron muertos en la pelea fue de 600; y además quedaron tendidos en el monte y abandonados 200 heridos, que los indígenas acabaron; hubo 300 heridos más, casi todos graves.

La noche misma de ese lamentable destrozo, el ejército se aproximó al fuerte, como resuelto a tomar su revancha; y se estableció en una posición de donde tenía a los españoles bajo los tiros de su infantería, sin encontrarse él expuesto a sus gruesos proyectiles. Los zapadores tumbaron árboles y formaron como una trinchera, en donde colocaron el mortero, ya listo para tirar sobre el fuerte. Pero luego el ejército retrogradó hacia la aguada, sin saberse por qué motivo.

Entre tanto varios buques, mandados por el jefe de la armada, vinieron a fondear en la rada, al alcance de la artillería. Viendo varias pequeñas tropas fuera de la ciudad, aquel jefe se

6. San Jerónimo. (Nota del Dr. Llenas).

7. El presidente general Bernardino de Meneses y Bracamonte, conde de Peñalva, entonces gobernador de la isla, había llamado a auxiliar a la capital con todas las milicias del país, las cuales contribuyeron a la derrota de los ingleses. Delmonte, *Historia de Santo Domingo*, tomo 3°. (Nota del Dr. Llenas).



figuró que eran ingleses; y mandó en su dirección varios botes cargados de provisiones. Pero al acercarse a tierra, se encontraron en presencia de españoles detrás de trincheras, y tuvieron que volver a bordo disimulándose a lo largo de las peñas.

El ejército, que se encontraba siempre en la bahía, no recibía ya víveres de los buques; los soldados tenían que ir por los montes en busca de reses. A menudo se encontraban con gente criolla de color, que mataban a los merodeadores aislados o los ponían en precipitada fuga. A veces el ruido de las hojas o de los cangrejos andando por el monte les inspiraba tanto terror que botando sus armas, se tiraban de las peñas al agua.⁸ Al fin era tal su terror que no se atrevían a internarse con aquellos monteros; y se contentaban en ejercitar su valor contra los caballos, burros y mulos, matando todos los que podían apresar para hartarse con sus despojos: apenas pudieron salvarse los caballos de sus generales.

Esto siguió así por varios días.

El total de las pérdidas sufridas (soldados muertos en combate o aisladamente o desaparecidos), no pudo saberse sino después que se puso revista general: se vio entonces que de 9,700 hombres desembarcados, sólo quedaban 8 mil, incluso el regimiento de marinos. Muchos estaban heridos o enfermos, y casi todos desmoralizados. Arriesgar un tercer ataque con semejante tropa hubiese sido locura; y aunque hubiesen tenido jefes capaces y bravos, éstos se hubieran visto abandonados, como ya lo habían experimentado.

Embarcar semejante multitud, contando con tan escasas provisiones, era también exponer la armada; pero de ambos males, quiso Dios que escogieran el menor.

El 3 de mayo, todos se embarcaron, dejando atrás los 1,700 cadáveres de sus compañeros, la mayor parte de su armamento y 7 banderas. Los españoles, por su escaso número, sólo pensaban en defenderse y prepararse a rechazar nuevos ataques. Si

8. Cuenta Delmonte y Tejada que una avanzada inglesa, aterrorizada por el ruido que venían haciendo una multitud de cangrejos durante la noche, se derrotó y determinó la retirada de la expedición; y como un recuerdo de ese suceso, se celebraba cada año en Santo Domingo una fiesta que llamaban de los cangrejos. *Historia*, tomo 3°. (Nota del Dr. Llenas).



ellos hubiesen aprovechado esa ocasión para embestirnos con 2 ó 300 hombres decididos, hubieran seguramente destruido nuestro ejército, dispuesto mejor a tirarse al mar que a hacer frente al enemigo.

También se pusieron abordo el mortero, las 2 culebrinas y dos cañones de hierro con que se había armado un fortín en la boca del río para defender la aguada.

Hay que contar cómo se castigó, antes de eso, al ayudante general Jackson degradado por su cobardía: se le rompió su espada sobre la cabeza. Si se hubiese aplicado el mismo castigo a todos los que lo merecían, allí no hubiera quedado una espada entera.

Ese mismo día, después de haber hecho provisión de agua, los buques se pusieron a la vela para alejarse de Santo Domingo.

(Traducción del francés)

El Teléfono, 18 de junio de 1894.



Despoblaciones del Guarico

I

La Guerra de la “Liga de Augsburgo” entre España, Alemania, Holanda e Inglaterra contra Luis XIV, rey de Francia, había dado campo a nuevas y más atrevidas agresiones de los bucaneros contra las colonias españolas (1685).

En 1686 salió de Samaná una expedición de 2 mil filibusteros que pilló a Gonaïves. El año siguiente 2 barcas montadas con 85 españoles tomaron y pillaron a Puerto Goave (10 de agosto) y mientras los habitantes fronterizos se destruían mutuamente, en sus hatos, en el centro de ambas colonias, se hacían preparativos para hostilidades en mayor escala.

El 21 de julio de 1689, el gobernador de Cussy salió de Puerto de Paix con 400 dragones, 450 hombres de infantería y 150 negros de carga, y pasó al Cabo. El 26, reunió todas sus fuerzas en Limonade y se dirigió a Hinchá. De allí volvió al N. por el camino de Hinchá a Dajabón, y el 30, acampó en la Sabana de “Doña Inés”. El 1º de julio llegó al río Rebouc (Guayubín) de donde mandó 120 hombres a ocupar el hato del gobernador.

El 2 alcanzó el río Gurabo y Los Hatos, de donde envió su secretario Boyer a intimarle la rendición a la ciudad de Santiago, el 4 llegó al río Ámina; el 5 al Yaque. Al siguiente día, 6, después de atravesar el río a una legua y media de la población, se encontró en un desfiladero estrecho. Atacado a retaguardia por los españoles, logra rechazarlos y pasar, pero pierde



dos oficiales y 40 hombres. Ese suceso le abrió la entrada de la ciudad que encontró abandonada. Sus soldados, habiendo hecho uso de carnes y víveres dejados allí en gran abundancia, una porción murieron envenenados; por lo que enfurecido de Cussy le manda a dar fuego a la ciudad (7 de julio), y se retira a una legua al oeste del Yaque.

Atacado de nuevo por 3 mil españoles, Cussy, en retirada (el 9) y el 10 pasa el río de Mano, el río Rebouc, el 13 el río de Doña Inés, el 14 el Artibonito y el 16 se halla de regreso en el Cabo.

El año siguiente, en venganza de esa agresión, la flota española de Barlovento (7 naves) desembarca 2,600 españoles (de los cuales 300 lanceros) por Bayajá y Yaquezy (17 de enero). Cussy los aguardaba con 900 franceses formados detrás de la Ravine a François, entre el mar y el “Mornet de Limonade”. Unos 700 españoles más llegaron por tierra a tomar parte en la acción. El 21 de enero a las 9:00 a.m. se trabó el combate. Ya hacía hora y media que se peleaba, ya las filas españolas, diezmadas por el tiroteo de los franceses, empezaban a cejar, cuando el cabo Antonio Miniel, de Santiago, hizo seña con el sombrero a sus 300 lanceros que permanecían agachados entre los pajones de la sabana, y éstos, abalanzándose al arma blanca sobre los franceses, los destrozaron y decidieron la victoria. Cussy, de Franquesnay, de Buterval, 30 oficiales y 450 franceses más quedaron muertos y los demás huyeron en derrota. Los españoles habían perdido 100 muertos y 180 heridos. Tal fue la sangrienta batalla de Limonade o de Sabana Real de la que los cancioneros dominicanos, con la exageración de la victoria, cantaron:

*Que entre sus once mil
sobran nuestros setecientos.*

Los vencedores recorrieron el llano del Cabo pillando e incendiando. Al Cabo se le dio fuego. Los hombres fueron pasados a filo de espada y las mujeres llevadas cautivas. En febrero se retiraron más acá del Dajabón.

Tal fue la primera despoblación del Guarico, justamente nombrada así, pues a consecuencia de ella perdió la colonia francesa como 4 mil almas, y ya el gobernador Donón de Gallifer pensaba refugiarse con todo lo restante en el Cabo y en Isla



Vaca, cuando vino Ducasse nombrado como gobernador (junio de 1692).

La derrota de Sabana Real y la primera despoblación del Guarico fueron agravadas por las agresiones de los ingleses, sobre los puertos de la colonia francesa.

El 11 de mayo, una escuadra de 12 buques británicos bombardeó Leogane, y desembarcando sus fuerzas a 3 leguas de allí emprendió marcha para tomar por tierra aquella población. Pero el francés Yesteland con tropas de caballería los rechazó.

El 12, ataca el Esterre y el 15 operan un desembarque de 500 hombres en Nippes; y amenazan Puerto Goave.

Tal era el estado que el jefe francés Donón de Gallifer se determinó reconcentrar todos los colonos en el Guarico y en Isla Vaca.

Cuando llegó (el 1º de junio de 1691) el bearnés Duchase como gobernador de la colonia francesa, tuvo la fortuna de que los 300 habitantes de San Cristóbal, acosados por los ingleses de Cadrington, llegaron como refuerzo.

Así es que cuando en noviembre 1692 el gobernador de Santiago con 200 españoles vuelven al Cabo, Van de Graft los rechaza.

En 1693, nuevas agresiones marítimas contra sus puertos: en marzo 3 mil ingleses salen de Jamaica en 3 buques y atacan Cul-de-Sac (Port-au-Prince) bajo Daviet; pierde 280 franceses y se retira.

En abril: una escuadra española de 8 buques amenaza Port de Paix y Cul-de-Sac.

Duchase, no contento con defenderse, arma proyectos contra Santo Domingo (1693), proyectos denunciados por el arzobispo de Santo Domingo... al Consejo de las Indias, pidiendo auxilios. Esa carta fue interceptada por Duchase y le inspiró la idea de apoderarse de Santo Domingo representando el “estado deplorable de la colonia española y la miseria de sus habitantes”. (Charles Agustín. *Lib. N.*, p. 90)

En 1694, él fue a desembarcar en Jamaica, en donde asoló los puertos y se retiró llevándose 3,000 negros esclavos.

En enero y febrero de 1695, los españoles saquearon el Guarico (Valverde, 118).



II

Combate de Sabana Real (Primera despoblación del Guarico)

La Sabana de Limonade, que los españoles llamaban Sabana Real quizás en recuerdo del antiguo Puerto Real cuyo sitio queda inmediato, no estaba en 1690 cercada de bosques y malezas como los que hoy día, limitada por el arroyo “Fossé de Limonade” al oeste, al sur por el camino que va del Guarico a Bayajá, al este por el arroyo “Ravine a Grimard” y al norte por una ceja de monte que la separa del mar, ella mide como una legua en cuadrado. El arroyo “Ravine de François” la recorre de sur a norte, casi por el medio.

Allí fue —dice Moreau de Saint-Mery—,¹ en donde se dio el combate de Limonade el 21 de enero de 1690 entre los franceses y los españoles... El parecer de Mr. de Cussy (gobernador de la colonia francesa) era de marchar hacia Yaquery y de disputar el terreno al enemigo que había desembarcado por Bayajá y por Caracol, y que venía también por tierra de la parte española, y de hostilizarlo a través del bosque. Pero Mr. de Franquesnay, teniente del rey en el Cabo, opinó al contrario por ir a atacarlos en la Sabana de Limonade. Este último parecer, el menos acertado, prevaleció, y la gente se puso en la sabana el 20.

Desde el 17 de enero, la escuadra española de Barlovento, formada de 7 buques, había desembarcado 2,500 soldados por Bayajá y Caracol, mientras 400 lanceros acudían de Santiago por Dajabón.

Moreu de Saint-Mery afirma que “los españoles eran más de 3,000, mientras que las fuerzas francesas no ascendían a la tercera parte”.² Por otro lado Valverde tratando de aquella jornada, repite un canto nacional dominicano: “contra sus once

1. Moreau de Saint-Mery, *Descripción de la parte española de la Isla*, T. I., VI, P. 182. (Nota del Dr. Llenas).

2. Ídem, *ob. cit.* (Nota del Dr. Llenas).



mil, sobran nuestros setecientos”.³ Uno y otro pecan de exagerados: las fuerzas francesas no eran de once mil y no se limitaban a mil; por las pérdidas que tuvieron y por la circunstancia de haber figurado allí casi todos los contingentes del Norte de la colonia francesa, se puede afirmar que ellos también contaban con tres mil combatientes.

La derecha del ejército francés apoyó en el Cerro “Petis Mornes de Limonade” al sur, y su izquierda por el norte, en el bosque inmediato al mar. El apoyo, poco hondo, del “Capitaine Français” cubría su frente por el Este.

El 21 por la mañana, apareció el ejército español en la sabana. El gobernador de Cussy dio el ataque a las 9:00 a.m., y no dejó de balancear la victoria más de hora y media, porque los franceses, aunque combatían sin orden, sostenían un fuego incesante y certero. Pero reconociendo don Antonio Miniel, jefe de los lanceros de Santiago, que los fusileros españoles no podían sostener el fuego de los enemigos y comenzaban a desconcertarse, hizo señal con su sombrero para que se levantasen 300 lanceros que estaban de barriga en tierra, los cuales dieron con tanta furia sobre sus contrarios que forzaron el centro de los franceses después de un porfiadísimo combate. Hallándose entonces separadas las dos alas, huyó la mayor parte y sólo quedó un grueso de los más esforzados alrededor de sus jefes, con los cuales perecieron después de hacer prodigios de valor. Allí murieron Mr. de Cussy y Mr. de Franquesnay, el caballero de Buterval, sobrino de este último, Rémousin, capitán de la caballería de Port de Paix, el capitán Marchand, el capitán François, jefe de la artillería, casi toda la Compañía de Limonade y la de Quartier Morin, en todo 30 oficiales y 300 hombres de los más esforzados de la colonia.

Dueños del campo, los españoles corrieron hacia la llanura del Guarico, saquearon y quemaron las poblaciones y trajeron prisioneros muchos niños, mujeres y esclavos.

Tal fue la primera despoblación del Guarico.

Los españoles pierden 100 muertos y 180 heridos.

3. Valverde, *Idea del valor de la isla Española*, Cap. XIV. (Nota del Dr. Llenas).



III

Segunda despoblación del Guarico. Toma de Port-de-Paix

La campaña de 1691 se continuó por parte de los aliados con expediciones marítimas. En mayo, una escuadra inglesa de 12 buques bombardeó Leogane, desembarco fuerzas y lo hubiera tomado sin la resistencia del jefe francés Deslandes. De allí la misma escuadra fue a cañonear el puerto L'Esterre. El 15 ocupó a Nippes con 500 hombres, y también amenazó a Petit Goave.

A consecuencia de estas agresiones y de la ruina casi completa de sus establecimientos, el gobernador francés interino Donón de Gallifer, había resuelto reconcentrar todos los colonos en el Guarico y en Isla Vaca, cuando, el 1º de junio de 1691, fue nombrado para gobernador el enérgico bearnés Ducasse. Otra circunstancia favorable para los franceses fue la llegada de unos dos mil colonos suyos, que acosara de la isla de San Cristóbal el general inglés Cadrington.

Así fue que, cuando, en noviembre de 1692, el gobernador de Santiago al frente de 200 dominicanos volvió a atacar al Guarico, el francés De Graft (a Lorencillo) pudo rechazarlo.

El año de 1698 vio nuevas hostilidades. En mayo, el inglés Davist salió de Jamaica en 3 buques con 3,000 hombres, y vino a atacar al puerto de Cul-de-Sac (el que fue después Port-au-Prince); pero, después de haber sufrido 250 bajas, tuvo que retirarse. En abril una escuadra española de 8 buques cañoneó a Port-de-Paix y a Cul-de-Sac, sin poder ocuparlos.

No satisfecho con haber rechazado las agresiones, Ducasse resolvió llevar la guerra al territorio enemigo. Animado por el tenor de una carta interceptada en que el arzobispo de Santo Domingo, fray Fernando de Carvajal y Rivero, pintaba al Consejo de Indias “el estado deplorable de nuestra colonia”, el gobernador francés proyectó apoderarse de nuestro suelo. Y entre tanto, en 1694, fue a efectuar una expedición a Jamaica, en donde pilló varias poblaciones y capturó como 3,000 esclavos.

Esas hostilidades fueron causa y preludeo de una nueva campaña formal. El 15 de mayo de 1695, las escuadras combinadas de España e Inglaterra fondearon en la bahía de Manzanillo,



en número de 24 buques con 4,000 hombres. Parte de esas fuerzas desembarcaron allí y se reunieron con 2,000 españoles que venían de Santiago por tierra. El 27, estas tropas aliadas llegaron a la sabana de Limonade; el sábado 28, entraron en Quartier Morin, de allí se dirigieron hacia Haut-du-Cap. Ese mismo día, 18 lanchas desembarcaron otras fuerzas en la Petite Anse, de donde el francés de Girardín, quien defendía aquel punto con 300 hombres, se replegó a Haut-du-Cap. Desde el 21 se encontraba allí el mayor Bernanos con fuerzas de Port-de-Paix, organizando la defensa. El puerto del Guarico lo defendía el caballero du Lyon con 300 hombres. Pero los ingleses fueron a desembarcar en Puerto Francés por detrás de las lomas, y amenazaron la población por retaguardia. Así fue que du Lyon, después de volar las baterías, les abandonó ese punto, y se replegó también a Haut-du-Cap.

El 30, los aliados marcharon sobre este lugar, los ingleses por el Guarico y los españoles por la Petite Anse. El jefe francés De Graft había quedado mandando allí al frente de 100 hombres: viéndose amenazado por dos partes, desocupó a Haut-du-Cap y se fue retirando a Morne Rouge, a Riviere Seleé-de l'Acul, mientras que Bernanos, Girardín y Du Lyon corrían a preparar la defensa de Port-de-Paix.

Efectivamente este puerto, el más importante entonces en aquella colonia, era el principal objeto de la expedición anglo-española. Los aliados se dirigieron allí en tres columnas.

La primera fue por mar a tomar Saint-Louis-du Nord. Los buques fondearon, el 13 de junio, en una ensenada que se reputaba inaccesible, y botaron al agua 8 lanchas con tropas, que no pudieron desembarcar rechazadas que fueron por el oficial Escofier. El 14, Bernanos acudió al punto amenazado; pero la gente se le desertó, y 500 aliados tomaron tierra y ocuparon la población. Bernanos se retiró más allá de río Riviere des Nègres, en donde rechazó un ataque, el 17. El 18, 5 buques se dirigieron más al oeste, para cortar la retaguardia a los franceses; du Paty los detuvo, a pesar de su cañoneo, y los obligó a regresar a Saint-Louis.

Entretanto la segunda columna formada de ... Haut-du-Cap. ... desde entonces ... *anglais*, por Acul, Limbé ... Margot, pillando aquellas poblaciones.



La tercera columna, compuesta de españoles, marchó por Plaisance y Gros Morne, que también pillaron.

Estas fuerzas aparecieron, el 17 de junio, a pocas leguas de Port-de-Paix. El teniente gobernador Leclerc de la Boulaye, que mandaba allí en ausencia de Ducasse, envió al Sr. Danzé con 60 hombres al lugar llamado Rene de Bas para impedir a los españoles el paso del río Trois Rivières; y el teniente Du Paty fue a detener a los ingleses por el Noroeste. El 21, la escuadra inglesa desembarcó tropas que atacaron las trincheras de Du Paty; pero la artillería del castillo de Port de Paix las rechazó. El mayor Bernanos acudió a reforzar ese punto para impedir la reunión de los aliados. Pero el 22, La Boulaye, viendo la escuadra enemiga amagando la ensenada dicha Des Peres, a 2 leguas al Este del castillo, mandó replegar la tropa. El 24, replegó también Danzé a las trincheras del cerro Des Peres; pero la mayor parte de la gente se le desertó, y, el día siguiente, tuvieron que abandonar las trincheras; y así fue que las columnas aliadas pudieron efectuar su reunión.

La Boulaye mandó poner fuego a la población; y concentró todas sus tropas en el castillo que domina el puerto al Oeste y que Ducasse había hecho artillar desde 1692, acumulando allí elementos de larga resistencia. Los franceses sitiados ascendían a 500 hombres: 180 colonos, 100 esclavos armados y 2 compañías de marina. El 30 de junio, la escuadra aliada fondeó en la boca de la Riviere-Salés de Port-de-Paix, y puso gente en tierra: con lo que las fuerzas sitiadoras ascendieron a 1,500 ingleses y 1,900 españoles.

El 1° de junio, una batería inglesa de 3 piezas, situada en Pointe-des-Peres, al Este de la bahía, principió a cañonear el castillo; el 2, empezaron a tirar otras dos baterías inglesas, de 6 y de 3 piezas, desde el cerro Saint-Ouen, al oeste. El 3, los españoles pusieron su bandera en la primera batería. Y el 7, 6 morteros empezaron a tirar con bombas.

Desanimados por aquel fuego concéntrico, los colonos pidieron al gobernador que se les permitiese retirarse, lo que les fue concedido. Entonces los soldados se amotinaron, exigiendo que se capitulase. Después de haber resistido varios días los oficiales reunidos en consejo de guerra, decidieron abandonar el castillo. Los oficiales Du Paty y Du Lyon opinaron por



una salida de viva fuerza; pero la tropa se les negó. Por fin, el 14 de julio, a las 9 p.m., después de enclavar la artillería, mojar la pólvora y destruir las provisiones que sobraban todavía para 3 meses de sitio, se principió la retirada. Habiendo un soldado desertor dado aviso a los aliados, éstos tenían preparadas emboscadas contra los franceses. Así es que, a poca distancia del Castillo, recibieron una descarga, que los puso en dispersión. Sin embargo Bernanos atacó la primera trinchera y la forzó, lo mismo, la segunda; pero envuelto luego por lanceros dominicanos cayó muerto. El teniente Du Paty siguió adelante con el resto de la tropa; forzó la tercera emboscada, vadeó el río por un paso extraviado que le indicó el colono Archambault, puso su gente en salvo en el Morne des Ramírez. Él mismo, herido, cayó en poder del general español quien lo cuidó generosamente.

Mientras los españoles seguían en persecución de los franceses, las tropas inglesas ocuparon el castillo, cuya entrada prohibieron a sus aliados; y entonces éstos se dispersaron por todo aquel llano, pillando y quemando.

Los franceses perdieron 55 hombres muertos en pelea; 32 prisioneros varones con 32 mujeres, 72 niños y 548 esclavos se trajeron cautivos de Santiago.

Los ingleses, diezmados por fiebres y fatigados por sus propias disensiones, se volvieron a embarcar y se retiraron el 27 de julio.

IV

Segunda población del Guarico

Las hostilidades se prosiguieron activamente. En noviembre de 1692, el gobernador de Santiago con 200 españoles se adelantó hasta el Cabo, pero se retiró delante de Graft. En abril de 1693, la escuadra española ataca Port-de-Paix y Cul-de-Sac. En 1693 Ducasse proyectaba atacar la ciudad de Santo Domingo y el arzobispo de Santo Domingo hubo de escribir al Consejo de las Indias previniéndoles de esos intentos.

Todo eso no eran más que preludios de la gran expedición y acción de la nueva campaña. Por fin el 15 de mayo de 1695, la armada anglo-española, compuesta de 22 buques cargados



con 4 mil hombres, llega a la bahía de Manzanillo donde desembarca las tropas a unirse con dos mil españoles llegados por tierra. El 27, las tropas anglo-españolas llegaron a Limonade, mientras que la armada se presentaba en la rada del Cabo.

El 28, las tropas aliadas llegaron a la Petit Anse donde 300 hombres de Girardín se retirarían a Haut-du-Cap, donde 18 chalupas desembarcaron el resto de las fuerzas. El 29 los españoles desembarcaron tropas por detrás del Cap, por cuyo motivo el Caballero Du Lyon con 230 hombres (los 200 más se habían replegado a Haut-du-Cap) hace volar las baterías y se retira con 450 hombres cerca de Graft más allá del río Haut-du-Cap y dejó el Cap en poder de los ingleses.

El lunes 30 de mayo, los ingleses marchan a atacar De Graft en Haut-du-Cap y éste con 900 hombres se retira a la Riviere Salée (entre Haut-du-Cap), mientras que el mayor Bernanos, con Girardín y el Caballero Du Lyon, reconcentraban las principales fuerzas en Port-de-Paix.

El 13 de junio, la armada aliada fondeó en San Luis, en una rada reputada por impracticable, y a las 2:00 p.m. empezó a bombardear esa población; y el 14, a pesar de la resistencia de Bernanos, 500 aliados desembarcaron y ocuparon ese punto.

Entretanto las tropas que habían saqueado el Cabo se habían puesto en marcha con los ingleses por el camino de la costa, pasaron por Acul, Limbé, Puerto Margot y los pillaron; los españoles, por Plaisance que pillaron también; y el 17 de junio, unidos todos con 500 hombres desembarcados en San Luis, marcharon contra Port-de-Paix.

El 25, después de varios combates en los pasos de Trois Riviere, Leclerc de la Boulaye abandona este paso, por lo que el Caballero du Lyon dio fuego a la población y se retiró al fuerte de (roto) con 500 hombres y muchos elementos de defensa.

El 26 los aliados ocuparon todas las alturas circunvecinas, y durante 15 días bombardearon al fuerte.

El 15 de julio, viendo que ya no podían resistir más, los franceses intentaron escaparse, y a la 1 p.m. se ponen en marcha. Pero los aliados habían sido avisados de su intentona y les habían puesto emboscadas, en las que murieron Bernanos y la mitad de su gente bajo los golpes de los lanceros dominicanos.



200 hombres lograron salvar todas las trincheras, pasar por medio de 1,500 enemigos y retirarse a la Crête du Lamiere; al amanecer los ingleses ocuparon el fuerte.

Después de haber saqueado toda la comarca, los aliados (roto) el 7 de agosto, y se retiraron los unos por mar y otros por tierra hacia...

Ducasse, en vez de desanimarse, propone al gobernador francés una expedición contra Santo Domingo, y el año siguiente hace que la escuadra del caballero du Angiers traiga a repoblar Port-de-Paix con unas mil almas de la colonia de Saint Croix.

El Porvenir, diciembre de 1888-enero de 1889.





Ocupación de Santo Domingo por Toussaint Louverture (1800-1801)

El general haitiano Toussaint Louverture, habiéndose hecho omnipotente en la colonia francesa, deseaba –para asegurar su autoridad– enseñorearse de la parte oriental de la isla, que a pesar de haber sido cedida a la República Francesa por el Tratado de Basilea (22 de julio de 1795) seguía gobernada por autoridades españolas.

En 1800 el comisario francés Roume había delegado en Santo Domingo al general de brigada Antoine Chanlatte, y en Santiago al general Kerverseau, “con deseo (escribía Chanlatte) de conservar ese dominio a la Francia, pero con la resolución de no promover jamás la toma de posesión”, que lo pondría en manos de Louverture. Para vencer tal obstáculo, Toussaint provocó de lejos, en el Haut-du-Cap (a media legua del Guarico o Cap) un levantamiento de africanos, que pusieron a Roume en arresto; diez días más tarde acudió el astuto gobernador simulando la mayor indignación, dio libertad al comisario, le declaró que el motín tenía por causa la venta de esclavos que todavía se practicaba en Santo Domingo, le insinuó que su resistencia ponía en peligro su vida, y así le decidió a ordenar la toma de posesión por un decreto que Roume firmó el 27 de abril de 1800. En consecuencia, el general francés Agé pasó a Santo Domingo con su estado mayor a tomar el mando. A esta noticia el pueblo dominicano se amotina, y acude con gritos de



muerte. El gobernador español Joaquín García rehusa entregar el mando antes de recibir orden perentoria de Madrid. El Cabildo se reúne, manifiesta a Agé el peligro de su presencia, y lo determina a retirarse bajo una escolta de dragones españoles. De su parte Roume, libre de las obsesiones de Toussaint, anuló (el 16 de junio) su decreto de abril, y el gobernador haitiano tuvo que contentarse con oficiar al gobierno francés pidiéndole la autorización de efectuar la ocupación.

Así se mantuvo la cuestión durante 6 meses, hasta que por fin Toussaint, impaciente y sin más esperar órdenes, mandó confinar a Roume en Dondón (el 26 de noviembre de 1800) y preparó la invasión.

En diciembre el general Moise pasó el río Dajabón (Massacre) con tres mil haitianos, y marchó sobre Santiago. De su lado Toussaint escribió a Joaquín García intimándole le entregase la colonia (10 de diciembre), y como en ese momento abordara el Cap un buque, llevándole de parte del gobierno francés prohibición de ocuparla, salió de prisa para que no le alcanzase tal orden, y se marchó a Mirebalais. Allí se puso a la cabeza de 4,000 hombres, y se encaminó por Las Matas a San Juan.

El 6 de enero de 1801 Joaquín García se hallaba en misa en la Catedral de Santo Domingo, cuando recibió el amenazador despacho de Toussaint. Al momento mandó tocar la generala y tirar alarma; envió expresos a todas partes con orden de rechazar la invasión, y le contestó a Toussaint que la aplazara hasta que vinieran instrucciones del gobierno español. De su parte el general francés Chanlatte convocó en su casa como 100 franceses y unos pocos dominicanos en “La Fuerza”, y los reunió al batallón de Cantabria; de éste acantonó algunas compañías a orillas del Nizao, y ordenó a las milicias del Cibao defendiesen los pasos de los ríos Guayubín y Ámina.

Ya desde la víspera (5 de enero) había entrado Toussaint en San Juan con los regimientos 7° y 10° coloniales y con algunas compañías del 8° mandadas por su hermano Paul Louverture. El 12 llegó a Azua, y prosiguió su marcha, tratando benévolamente a las poblaciones. Sólo en el Nizao tuvo que emplear la fuerza: Chanlatte y Kerverseau le disputaron el paso con 900 franco-dominicanos; pero asaltados por tropas muy superiores, y habiendo perdido 200 hombres, hubieron de retirarse.



Entre tanto Moise había pasado el Guayubín, a pesar de la resistencia opuesta por Francisco Reyes con 100 dominicanos. Esta pequeña tropa se retiró a unirse en Mao con otros 300 hombres mandados por el capitán Domingo Pérez, quien intentó detener al enemigo sin mejor éxito, y se replegó, dejando muerto al capitán Cayetano Rozón. El 11 de enero de 1801, Moise se presentó delante de Santiago, cuyo gobernador, el teniente coronel Pérez Guerra, le entregó la población al día siguiente.

Después de pasado el Nizao, Toussaint despachó al ayudante general francés d'Héricourt a proponer al gobernador español un convenio, que fue aceptado. Y el 27 de enero 1801 el gobernador haitiano penetró en la antigua ciudad. Una salva saludó la bandera española, que se arriaba: desde varios años atrás la bandera francesa tremolaba a su lado sobre la fuerza. Joaquín García y el cabildo recibieron a Toussaint y lo acompañaron a la Casa Consistorial, donde se le invitó a prestar juramento, y a la Catedral para entonar el tedeum. Dicen que a la entrada de Toussaint, Joaquín García le presentó las llaves de la ciudad, depositadas sobre una mesa: "Señor Presidente, observó el haitiano, tenga U. la bondad de ponérmelas entre las manos; si no, parecerá que me las he cogido".

Posesionado del territorio dominicano, Toussaint confió la provincia Ozama al general Paul Louverture, y la del Seibo al general Clervaux; puso al coronel Jean Philippe Daut con el 10º regimiento en Santo Domingo, el 6º en Santiago y el 1º en Samaná. Una proclama confirmó la emancipación de los pocos esclavos que existían. Los cabildos fueron reemplazados por municipalidad de un alcalde (*maire*), cuatro miembros y un secretario.

El 22 de febrero Joaquín García, la Audiencia y el regimiento de Cantabria salieron para Santiago de Cuba. Los generales Chanlatte y Kerverseau se embarcaron para La Habana.

Después de haber inspeccionado las cercanías de la ciudad, Toussaint salió (28 de febrero) a visitar La Vega, Samaná y Santiago, y luego regresó a Santo Domingo.

En ese tiempo desembarcó en Puerto Plata el obispo francés Mauvielle: Toussaint envió el clero a recibirlo en La Vega, lo acogió en Santo Domingo con la mayor consideración, y le



confió la Arquidiócesis, vacante por la dimisión del Ilmo. Fernando Portillo y Torres, que se había retirado a La Habana.

Después de haber regularizado la administración y atendido a las necesidades del país, reduciendo los derechos a 6%, y prohibiendo los plantíos de frutos no exportables, el nuevo gobernador se retiró por Azua y San Juan, colmado de las bendiciones de los dominicanos, sensibles entonces a sus beneficios como más tarde lo fueron a las crueldades de Dessalines y a las pérfidas vejaciones de Boyer. Así se estableció en este territorio bajo la bandera francesa la dominación del “primero de los negros” como él mismo se apellidaba.

El 11 de marzo siguiente enviaron por diputados a la Asamblea Colonial de la capital, Santo Domingo a Juan Mancebo y Francisco Morilla, el Cibao a Carlos Rojas y Andrés Muñoz. Estos ciudadanos habían de tomar parte en la proclamación de la Constitución independiente que atrajo sobre la isla el furor del Primer Cónsul Napoleón Bonaparte y la expedición de 1802.

El Dominicano, 10 de mayo de 1874.



Expedición de Dessalines sobre Santo Domingo (1805)

Después de expulsos los franceses del territorio haitiano (1803) el general Ferrand, que mandaba por ellos en Montecristi, se puso en marcha con algunas tropas, y llegando a Santo Domingo, hizo que el general Kerverseau le entregase el gobierno de la parte oriental, que permanecía fiel a la Francia. Luego se ocupó en protegerla contra los habitantes del oeste, estableciendo cantones desde Hinchavilla hasta Neiba, y fortificando los cerros del Puerto (entre San Juan y Azua). La causa haitiana contaba algunos adeptos en el Cibao; pero habiendo éstos enviado en diciembre de 1803 tres diputados al Cap, y habiéndoles exigido Dessalines por su apoyo una contribución de 100 mil pesos fuertes, el Cibao volvió a los franceses.

Poco después uno de los tres diputados, Antonio Campos Tavárez, ganado por Dessalines, reunió algunos hombres de color, formó con ellos un batallón haitiano, que nombró del Yaque, y se apoderó de Santiago. Avisado el general francés Déveau, con 100 soldados europeos y refuerzos dominicanos acudió, sorprendió a Tavárez, y le tomó el pueblo (14 de mayo de 1804). Pero fue por pocos días: el haitiano Toussaint Brave entró por Dajabón, y el 26 de mayo ocupó la población. Habiéndose retirado luego el general Brave con Campos Tavárez y el batallón Yaque, Déveau volvió a posesionarse de Santiago y en su inclinación empezó a pillar las cercanías. Esto fue causa de que los habitantes se levantaran, y habiéndole arrestado, lo



remitieron a Santo Domingo, pidiendo otro gobernador. Ferrand les envió a un moreno de La Vega, Serapio Reynoso, que supo granjearse el aprecio de sus conciudadanos y merecer bien de la Francia.

Sin embargo, Dessalines, aclamado emperador bajo el nombre de Jacques I, no renunciaba a extender su dominio sobre toda la isla, y el 8 de mayo de 1804 lanzó una proclama en que decía a los dominicanos: “Españoles, os doy 15 días para uniros bajo mis banderas”. En enero de 1805, el general Ferrand contestó permitiendo “a los habitantes de las fronteras del Ozama y del Cibao persiguieran a los rebeldes (haitianos), y sólo tomaran prisioneros los niños de 14 años abajo”. Tal orden autorizaba el exterminio de la raza africana, y dio pretexto a Dessalines para preparar una formidable expedición.

El 16 de febrero de 1805, reunió en Petite-Rivière de l'Artibonite la división del general Gabart, de 5,400 hombres, mandados por los brigadieres Cangé y Magny. El día siguiente, en Mirebalais juntó a esas fuerzas la división de Petión, de 7,800 soldados bajo los generales de brigada Magloire, Ambroise y J. B. Daut. De allí mandó a Las Matas, Hinchá, San Juan y Neiba orden de someterse, y se puso en marcha. El 19 recibió la rendición de Las Matas, donde entró el 23 a mediodía. Dos días después (el 25) a las 3 de la tarde ocupó a San Juan, donde permaneció poco, y dejando allí una guarnición de 300 hombres, con Isaac Borel, salió el 26 para Azua. El 28, a 3 leguas al sur del Yaque-Chico, en El Puerto, hubo de detenerse en frente de un reducto llamado Tumba de los Indios, ocupado por 800 franco-dominicanos bajo el comandante Viet. Atacados por la vanguardia haitiana, los defensores resistieron con denuedo, pero por fin tuvieron que desbandarse, habiendo sido preso Viet. Dessalines lo hizo azotar a muerte con varas espinosas, y un zapador haitiano le devoró el corazón.

El 1º de marzo entró el Emperador en Azua, que halló desierto, y donde puso de gobernador a Juan Jiménez. Al día siguiente llegó al río Ocoa, y encontrando en todas partes a los dominicanos antipáticos a sus miras, empezó a incendiar las haciendas. El 4 atravesó el pueblo de Baní desierto, y 2 días después llegó a sentar sus reales con su guardia de 2,500 granaderos en Galindo, legua y media al norte de Santo Domingo.



Mientras el ejército del Sur efectuaba tales movimientos, otro cuerpo penetraba en el territorio dominicano por el Norte. El general Cristóbal (que después fue rey con el nombre de Henri I) con 9,000 haitianos bajo los generales P. Romain, Toussaint Brave, Rápale y Lalondrie, habiendo salido del Cap el 18 de febrero, atravesó la Grande-Riviere el 19, pasó el 20 Fort Liberté (Bayajá) y el 22 llegó a Sabana Larga. Al día siguiente pasó el río Guayubín, y tomando el camino de entre los ríos, vino a acamparse en los ranchos de Sabana Hospital. El 24 a mediodía llegó al río Ámina, y al otro día por la mañana al Yaque por la Otra Banda. El general Serapio Reynoso, gobernador del Cibao por la Francia, ocupaba el Fuerte del Oeste (después llamado Fuerte de Dios) y las trincheras con 1,500 franco-dominicanos y un cañón de a 12. Cristóbal mandó un tal Pedro... del batallón haitiano Yaque a intimar a Reynoso orden de rendirse; éste rehusó con gestos insultantes. Al momento 2,000 haitianos se arrojan al río, y protegidos por el tiro de las demás tropas, logran atravesarlo; y traban el combate en la sabana. Larga y reñida fue la lucha; el choque de la caballería enemiga determinó la derrota de los defensores. Serapio Reynoso y el general N. Polanco y muchos compañeros perecieron con las armas en la mano. A las 9 de la mañana, Cristóbal, que había tenido 60 heridos y 300 muertos, entró en este pueblo, que iba a anegar en sangre. Acto continuo los heridos franco-dominicanos fueron pasados a filo de espada en las calles. El 26 de febrero los notables Francisco Raimundo Campo, Francisco Escoto, José de Rojas, José Núñez, Juan Curiel, Juan Núñez, N. Delmonte, Norberto Álvarez, Antonio Rodríguez y Blas Almonte fueron ahorcados en los portales del Cabildo (frente oeste de la Plaza de Armas); una porción de personas asiladas en la iglesia, pasadas por las bayonetas; otro gran número de ciudadanos, entre ellos el presbítero Pablo Álvarez, puestos en la cárcel. Al otro día, dejando al coronel Campos Tavárez de gobernador haitiano del Cibao y al capitán Joubert de comandante de armas de Santiago, Cristóbal adelantó hasta Puñal; el 28 encontró La Vega desierta, y el 1º de marzo llegó al Yuna. El 2 recibió por manos del cura la sumisión del Cotuí; el 4 alcanzó el Arroyo Bermejo; y el 7 al medio día se encontró al lado de Dessalines.



Desde el 5 de marzo había intimado el Emperador su rendición a la plaza. Ferrand por contestación puso fuego al pueblo de San Carlos, que podía proteger a los haitianos, y concentró la defensa al recinto de las murallas. La guarnición de la ciudad contaba 3,500 franceses, y de los 12 mil habitantes se había sacado una milicia de 1,300 hombres mandados por los mulatos franceses Savary y Remussart. Los fuertes estaban guarnecidos con numerosa artillería. El 8 de marzo Dessalines visitó las posiciones, que los cañones enemigos empezaban a molestar: la división de Gabart ocupaba los cerros desde el Ozama hasta San Carlos, la brigada de J. B. Daut el este, Cangé el centro, y Magny el oeste, cerca de la iglesia del pueblo; Petión tenía atrincherada su división desde San Carlos hasta al mar.

Ferrand –para prevenir la escasez de víveres– hizo embarcar todas las personas inútiles; pero dos buques ingleses, que bloqueaban el puerto, les impidieron la salida, y como renovasen su tentativa, las tomaron prisioneras.

El 9 una tropa de mil franceses salió por la puerta del Conde a despejar el camino de Santa Cruz, y Magny la obligó a retirarse.

El 11 a las 8 de la mañana nueva tentativa de Ferrand con 3 columnas, sus cazadores toman la iglesia de San Carlos, y ponen a Magny en peligro; Petión le manda un refuerzo, que logra rechazar a los franceses.

Al día siguiente, el general Geffrard llegó de Haití con 6,000 haitianos, y Cristóbal –después de pasado el Ozama a 8 leguas al Norte de Santo Domingo– vino a acantonar sus tropas en Pajarito: así quedó la ciudad completamente cercada. Pero Dessalines seguía desprovisto de artillería, y sólo con el tiroteo de su infantería podía contestar al fuego de los fuertes.

Hasta el 23 continuaron los haitianos fortificando y aproximando sus líneas, y ese día ya estaban a medio tiro del fuerte de Santa Bárbara (al norte) tanto que Ferrand tuvo que subir piezas sobre la iglesia de San Francisco para poder dominarlos con sus fuegos.

Los víveres escaseaban, y como mayor falta aún hacía la leña, el general Barquier salió por el este (el 25) para cortar los mangles del Ozama; pero su operación quedó frustrada.

Ya la ciudad estaba reducida a la extremidad; ya Dessalines se disponía a coronar el sitio con un asalto general; ya el gene-



ral haitiano Papalier acababa de llegar en el “Vengeur” con la artillería necesaria... cuando el 26, dos buques franceses aparecieron en alta mar, e hicieron señales que reanimaron a los sitiados. Efectivamente, el 27, día fijado para el asalto, los buques ingleses se alejaron, dejando libre la rada a una armada francesa de 3 fragatas, 3 corbetas y otras pequeñas embarcaciones. En la tarde, para aprovechar el entusiasmo de sus tropas, Ferrand hizo una salida general, que sólo pudo rechazar la caballería haitiana.

Al otro día (21 de marzo), el contraalmirante francés Misiessy puso en tierra un refuerzo de 500 hombres con el general Lagrange, y dio a la vela hacia el Oeste. Viendo la dirección de esa armada, y temiendo un ataque sobre Haití, Dessalines se determinó a levantar el sitio. En la tarde su caballería reunió los habitantes de la comarca de Santo Domingo, y los encaminó para la frontera. El emperador tomó el mismo camino a las 7, y en la noche llegó a Baní. De las 8 a las 11 todo su ejército abandonó las trincheras en el mayor silencio, y se puso en marcha, Gabart, Petión y Geffrard por Baní, Cristóbal por el Norte. Así se determinó el sitio de Santo Domingo.

Los dos ejércitos haitianos fueron señalando su paso con el incendio de las poblaciones y el rapto de los habitantes. Pero Cristóbal sobresalió por su ferocidad en esa obra de destrucción. Por su orden, Monte Plata, San Pedro y el Cotuí fueron reducidos a cenizas, y sus pobladores degollados o llevados cautivos. Por su orden, el comandante Col Antoine arrastró 900 veganos a Santiago, el coronel Jean Jacques Bazile puso fuego a Moca, Campos Tavárez y Pierre Poux pillaron y quemaron a Puerto Plata, el comandante Brossard, al Macorís; el capitán Habilhomme a Montecristi, el comandante Rois a La Isabela.

El 6 de abril Cristóbal reunió todas sus tropas en Santiago; degolló en el cementerio los prisioneros varones, entre los cuales se hallaban el presbítero Vásquez y 20 sacerdotes más, puso fuego al pueblo y a sus 5 iglesias, y salió, llevándose como un rebaño 249 mujeres, 430 niñas y 318 niños. En su marcha destruyó a Ámina, mandó al coronel Etienne Albert a imponer la misma suerte a Bánica, y entró al Guarico cubierto de crímenes.

En mayo de ese mismo año el comandante Agustín Franco de Medina, escapado de la batalla de Santiago y del sitio de



Santo Domingo, volvió al Cibao, y rechazó de todos lados las rondas haitianas; estableció un cantón en Villalobo bajo Francisco Estévez, y otro en Las Matas bajo el capitán Rojas, y en sus incursiones recogió gran parte de los prisioneros dominicanos.

Tal fue la expedición de Desalines, que llevó al colmo el odio dominicano contra la dominación haitiana, y sembró en nuestros ánimos el terror que sólo pudo arrancárseles por el entusiasmo de la independencia en 1844.

El Dominicano, 17 de mayo de 1874.



Expulsión de los franceses

I

Batalla de Palo Hincado (1808)

Por los años de 1808 vivía retirado en un corte cerca de Punta Macao (al norte de Higüey) un hombre llamado Juan Sánchez Ramírez nacido en el Cotuí en 1762 y que había sido jefe militar de ese pueblo bajo el mando de Toussaint Louverture. Este hombre odiaba la dominación francesa, que subsistía aún en nuestro territorio después de la expedición de Dessalines y que los sentimientos conciliadores del general Ferrand habían hecho aceptar a casi todos los dominicanos. Sus ensueños eran ver arrojados a los extranjeros de nuestro suelo; para prepararlo había pasado a Puerto Rico a entrevistarse con el gobernador español Toribio Montes, y luego había vuelto para disponer los ánimos a la insurrección, en lo que le secundaba su compañero Manuel Carvajal.

El arresto de los reyes de España en Bayona por la pérdida política de Napoleón vino pronto a justificar su antipatía y a darle pretexto para ejecutar su proyecto, infundiendo a todo hombre de sangre española el horror del nombre francés.

Sánchez Ramírez contaba con el comandante Diego de Lira en Sabana de la Mar, cuando se les dio aquella noticia: “Si se derrama sangre española en Europa, exclamó, aquí nosotros la vengaremos”.

El 10 de agosto de 1808, Toribio Montes envió un parlamento a notificar la guerra a Ferrand en nombre de la “Junta de Sevilla”, y el 12 del mismo mes, un tal Ricardo Sarmiento,



agente del gobernador español, combinó con Sánchez Ramírez en El Seibo el plan del levantamiento.

Por la parte del Sur, Montes envió otro agente, Salvador Félix, quien desembarcó el 28 de septiembre en Barahona y se unió con Ulises Ramírez y Manuel Jiménez de Azua, y juntos, lograron reclutar un gran número de habitantes, con los que vinieron a poner un cantón a orillas del Yaque del Sur.

Alarmado con esta noticia y con los avisos que de todos lados le enviaran sus amigos: los Lajara de Azua, Agustín Franco de Santiago y José del Orbe de Santo Domingo, Ferrand mandó contra los insurrectos al coronel Antoine, quien el 10 de octubre salió de Azua con 80 franceses y dos compañías de dragones del país. Los dominicanos, en número de 200 hombres, ocupaban en Malpaso las barrancas del Yaque, erigidas de tunas y mayas. Los franceses los atacaron, pero rechazados y amenazados de la desertión inminente de los dragones criollos, se retiraron hasta Azua ese mismo día.

Después de haber recibido un refuerzo de 50 dragones y 40 milicianos de color, Aussenac volvió a salir a campaña. El 23 de octubre, a 2 leguas al norte de Azua, encontró a los dominicanos formados sobre el alto de Sabana Mula y los derrotó completamente.

Sin embargo, las filas de los insurrectos iban engrosándose de día en día. El presidente Petión les llevaba pertrechos desde Port-au-Prince. Bien pronto se formó otro cantón en Tábara, 16 leguas al norte de Azua, con 600 hombres.

El fuego de la rebelión se propagaba por todas partes. A fines de octubre, Marcos Torres y Sandoval pronunciaron el Cotuí. En Santiago, el movimiento fue dirigido por Manuel Reyes y el presbítero Vicente de Luna, el comandante Agustín Franco de Medina fue arrestado y los franceses degollados en el fuerte.

Sánchez Ramírez, que había tenido que fugarse a Puerto Rico, había desembarcado de nuevo por Jovero, y se encontraba oculto en las cercanías de El Seibo. Emigrados dominicanos y voluntarios puertorriqueños habían penetrado en número por la costa de Higüey.

El 1º de noviembre, Ferrand salió de Santo Domingo a la cabeza de 500 franceses. A las instancias de sus amigos que in-



tentaban detenerle: “Mi partida es indispensable; este gesto otro sabría castigar, pero no sabría perdonar”. Palideces magnánimas, dignas de mejor suerte.

Ferrand había enviado de antemano a Manuel Peralta con misión de apoderarse de Sánchez Ramírez. Éste fue efectivamente capturado en Las Cuchillas; pero habiéndose ganado al jefe de la escolta, Vicente Mercedes, entró con él en El Seibo, prendió a Peralta y lanzó el grito de “¡España!” en esa población (4 de diciembre de 1808).

El gobernador francés, en vez de sofocar el movimiento, perdió en su estancia de Higinio Capado un tiempo precioso, y dio lugar a que Sánchez Ramírez organizara sus tropas, se reforzara con las del Cibao, y viniera a acamparse en excelente posición de Palo Hincado, a dos leguas al oeste de El Seibo. Mil doscientos dominico-españoles de infantería defendían aquella posición cuyo límite estaba protegido por trincheras. A derecha e izquierda se encontraban compañías de lanceros y dragones en número de 600 hombres. Sánchez Ramírez mandaba el centro, Vicente Mercedes la izquierda y Mojica la derecha.

El 7 de noviembre de 1808 Ferrand se puso en movimiento y atravesó los arroyos Magarín y Anaina, cuyo paso le fue fácilmente cedido por las avanzadas dominicanas. Allí recibió por Francisco de Castro un oficio de Sánchez Ramírez que le aconsejaba la retirada; pero prosiguió adelante. Eran las 11 de la mañana cuando Ferrand dio la orden de trabar la acción. La vanguardia francesa, mandada por el capitán Brietti, se lanzó contra los dominicanos, y fue sostenida por el batallón Allice. Pero un fuego terrible puso en desorden sus filas. Luego, la caballería dominicana, habiéndole *calcado manga* por ambos lados, un terror pánico se apoderó de los franceses y determinó su fuga. Ferrand a la cabeza de su caballería hizo firme; Mercedes, habiéndose arrojado hacia él para hacerle prisionero, cayó herido de muerte. Al cabo de 8 horas, el gobernador francés, viéndose perdido, pasó al galope cerca de un oficial, le pidió la pólvora para cebar su pistola y se hizo saltar la tapa de los sesos. Su muerte puso el colmo a la derrota. De los franceses, sólo 40 regresaron a la Capital: todos los demás perecieron por el machete. Tal fue la memorable acción de Palo Hincado.



El 9, el general Barquier tomó el mando vacante por la muerte de Ferrand y proclamó el estado de sitio en Santo Domingo.

Desde el 6, el coronel Aussenac, avisado de la salida de Ferrand y de la presencia de una escuadra inglesa en las aguas de Ocoa, se había retirado de Azua a Sabana Buey, de donde envió al lugarteniente Gilbert Guillermin (futuro historiador de estos sucesos) a Baní para vigilar un cantón de 600 dominicanos que acababa de formarse en San Pedro (8 leguas al norte de Santo Domingo). Luego retrocedió hasta Haina, y el 12 entró en la capital, abandonado hasta el fuerte de San Jerónimo.

El 10, tres fragatas y dos bricks ingleses al mando del “Daabwodd” obligaron al comandante Castel a capitular Samaná, plaza que se remitió a los dominicanos.

Entretanto, los dominicanos avanzaban de todos lados sobre la Capital. El 27, los del Este se encontraban en Hainamosa, a 3 leguas al Noreste de Santo Domingo.

El 31, Ciriaco Ramírez con los del Suroeste pasó el río Haina y se presentó delante de las murallas. Atacado por el comandante Remussart con 130 hombres, y viendo su flanco derecho envuelto por guerrillas enemigas, Ciriaco se retiró al fuerte de San Jerónimo.

El 3 de diciembre los dominicanos mandados por Francisco Díaz se encontraban en Manganagua, al noreste de Pajarito, detrás de dos líneas de trincheras.

Así quedó cerrado el sitio de Santo Domingo.

II

Sitio de Santo Domingo (1808-1809)

A fines de 1808, la ciudad de Santo Domingo contenía una población de ocho mil almas. Su guarnición francesa constaba de los regimientos 5° y 37° de línea, del 89° ligero, de la Legión colonial y de una compañía administrativa. Los fuertes estaban guarnecidos con excelente artillería. Las fuerzas sitiadoras se componían: del cuerpo de Ciriaco Ramírez de 600 hombres, en San Jerónimo; de un cantón de mil hombres, en la habita-



ción Galard, por el camino de Santiago, mandado por Diego Polanco; del cuerpo de Francisco Díaz de 1,100 hombres, atrincherado en Manganagua al este del Ozama, y de la nave inglesa “Polyphemus” que bloquea la rada.

El 8 de diciembre tuvo lugar una primera salida de los franceses: el coronel Aussenac, con 200 hombres, atacó las tropas de Ciriaco Ramírez las rechazó y destruyó sus trincheras. Pero en la noche, los dominicanos reocuparon esa posición y repararon sus fortificaciones.

Sin embargo, Sánchez se veía estorbado por dificultades provenientes de sus mismos compañeros: Ciriaco Ramírez le disputaba el mando superior. De su lado, el gobernador de Puerto Rico se arrogaba la dirección de la guerra, y el 21 de diciembre llegó a Haina, con una flotilla española, el coronel peninsular Andrés Jiménez, nombrado general en jefe, no dejándole a Sánchez sino el grado de teniente coronel. Pero Sánchez, habiendo reunido un consejo de jefes dominicanos en Bondillo, se vio por ellos proclamado capitán general. Ciriaco Ramírez y Cristóbal Huber fueron deportados a Puerto Rico. El ejército dominicano quedó entonces repartido en tres divisiones: la del Este bajo Manuel Carvajal, la del Norte bajo Diego Polanco, la del Sur mandada por el mismo Sánchez.

De día en día, los dominicanos iban estrechando el sitio. El 23 de diciembre, los franceses tuvieron que acosarlos del pueblo de San Carlos, de que se habían posesionado. El 28, los sitiadores empezaron a hacer fuego desde Pajarito sobre la ciudad. El 31 de diciembre, Sánchez mandó intimar rendición al general Barquier, y una corbeta inglesa vino a bloquear la rada.

El 5 de enero de 1809, una columna dominicana atacó a las avanzadas francesas, pero fue rechazada, por el camino de Santiago, perdiendo a su jefe Esteban Rosa.

De su lado, los sitiados, reducidos ya a alimentarse de harina de guáyiga, se determinaron a trabar una acción decisiva. El 24 de enero de 1809, el coronel Aussenac a la cabeza de mil franceses, en dos columnas, con dos piezas de cañón, se arrojó sobre las tropas dominicanas del oeste: habiendo los franceses tomado sucesivamente de asalto dos líneas de trincheras, y Sánchez habiendo tenido que retirarse hacia Haina, Francisco Díaz se vio obligado a entregar a los franceses el fuerte de San



Jerónimo. Los dominicanos perdieron en esa acción 80 prisioneros y 100 muertos, entre éstos el coronel Marco Torres. Los franceses tuvieron 40 muertos y 30 heridos.

El 27, Aussenac, prosiguiendo sus operaciones, marchó contra el cantón dominicano de Galard. Las tropas de Diego Polanco, sorprendidas, abandonaron sus posiciones y se replegaron a los montes de Arroyo Hondo.

A consecuencia de esas operaciones, las líneas dominicanas por el Oeste y por el Norte se hallaron rechazadas más allá de Haina y de Galard, y los habitantes de la ciudad pudieron salir en busca de provisiones.

Del 6 de febrero al 14, tuvieron lugar negociaciones sin resultado.

El 17, las fuerzas navales inglesas de bloqueo se reforzaron con 3 buques más. La división dominicana del Este, fuerte de 1,400 hombres, también se había reforzado con la llegada de Francisco Estévez a la cabeza de 500 cibaños, y ocupaba el reducto de Pajarito y las fortificaciones de Manganagua; Sánchez había establecido su cuartel general allí cerca, en la hacienda Ferreyra.

El 20, el coronel Aussenac con 800 hombres pasó el Ozama en botes, cuya operación fue facilitada por el fuego de 20 piezas. La vanguardia francesa fue rechazada del reducto de Pajarito; pero luego, atacados de flanco, los dominicanos lo abandonaron, dejando en él 4 piezas, 100 muertos y 50 heridos. Los franceses perdieron allí 100 hombres.

El día siguiente (21 de febrero), Aussenac siguió adelante. Los dominicanos fueron retirándose lentamente hasta las trincheras de Manganagua; pero allí Carvajal hizo frente al enemigo, lo detuvo y por fin lo obligó a volver atrás, hasta el Ozama; los franceses lograron sin embargo conservar la posición de Pajarito y allí se fortificaron.

Por el Oeste, los dominicanos habían adoptado la táctica eficazísima de hostilizar al enemigo en columnas volantes. A veces se detenían en posiciones que les servían de centro de operaciones. Así es que la estancia Galard había sido de nuevo reocupada por ellos. El 24 de marzo, el coronel Lafilton con 450 franceses, habiendo atacado esa posición, rechazó de allí a los mil dominicanos que la defendían. El día siguiente, volvió a



atacarlos allí mismo, y los fue acosando hasta Bondillo, causándoles 100 bajas. Esta estancia fue luego destruida por el fuego.

Sánchez, viendo sus tropas rechazadas constantemente por ese lado, llamó de nuevo a Ciriaco Ramírez, le confió las divisiones del Oeste y del Norte, y se retiró a su cuartel general.

En el interior de la ciudad, el hambre seguía haciendo estragos. Los piemonteses incorporados en las tropas franceses desertaban casi todos. A pesar de las provisiones que lograban pasar las goletas “Fortune”, “Superieure” y otras, los habitantes y la guarnición tenían que alimentarse de cuanto podía ser comestible: la harina se pagaba a \$1 y 1/2 la libra, la torta de casabe id., la libra de carne \$2, un gato \$2, un cuero de puerco \$1, la libra de manteca de puerco \$2.

El 9 de abril, el coronel Vassimon tuvo un encuentro con los dominicanos en Arroyo Hondo, y el 12 el coronel Portier recorrió las cercanías de la ciudad en busca de provisiones y de guáyiga.

A mediados de abril, la escuadra inglesa desembarcó en la bahía de Andrés el regimiento de Puerto Rico, cuyo coronel José Arata tomó la dirección de las operaciones militares, mientras que Juan Sánchez siguió en la gobernación civil.

El 11 de mayo, la escuadra inglesa desplegó sus 11 buques delante de la rada; y, el 16, su comandante general comodoro William Pryce Cumby, intimó rendición del general Barquier. Habiendo éste contestado negativamente, los coaligados hubieron de emplear medidas de rigor. El 28 de mayo, a las 5 de la mañana, una batería anglo-española establecida en la punta Torrecilla empezó a bombardear la ciudad: las baterías de San Fernando, de Santa Bárbara y de La Fuerza le respondieron. El 10 de junio, una segunda batería se descubrió por el oeste, y unió su fuego al de la primera.

Desde el 4 de junio, la muerte del coronel Arata había dejado de nuevo el mando superior de los hispano-dominicanos a Sánchez, quien, después de haber ofrecido por segunda vez capitulación a los franceses, se apoderó de San Carlos y estrechó de cerca la ciudad (20 de junio).

El 27 de junio, el más atrevido de los corsarios franceses, Forès, habiendo intentado romper el bloqueo, tuvo que retirarse, y con él desapareció la última esperanza de los sitiados;



tanto más cuanto que ese mismo día el general Hugo Lyle Carmichael había tomado tierra en punta Palenque con 1,400 ingleses.

En consecuencia el 30 de junio, un consejo de guerra reunido en la ciudad, autorizó al general Barquier a entrar en negociaciones; luego se concluyó un armisticio con el general inglés.

El 7 de julio, después de muchos debates, la capitulación fue convenida y ratificada por los generales J. Barquier, H. L. Carmichael, Juan Sánchez Ramírez y comodoro W. Pryce Cumby. Ese mismo día, los ingleses ocuparon el fuerte San Jerónimo y la Puerta del Conde y Carmichael dirigió a sus soldados esta noble y generosa proclama:

Soldados, no habéis tenido la gloria de vencer la valiente guarnición que reemplazáis. Pero vais a descansar vuestras cabezas sobre las mismas piedras en que intrépidos soldados reposaban después de sus gloriosos trabajos, después de haber afrontado peligros de toda clase, privaciones sin número y los horrores del hambre. Que esos nobles recuerdos impriman en vuestros corazones sentimientos de respeto y admiración para con ellos. Y si, como lo espero, algún día imitáis su ejemplo, bastante habréis hecho para immortalizaros.

Mientras que las últimas compañías francesas se embarcaban en la escuadra inglesa, para ser transportadas a Europa, las tropas inglesas hicieron su entrada en la ciudad, precedidas por el general Carmichael y por Juan Sánchez Ramírez en uniforme de toda gala.

Así la Nación española tomó posesión, el 11 de julio de 1809, de la antigua ciudad, que las tropas de la República Dominicana debían reocupar a su vez el 11 de julio de 1865.

El Orden, 11 de abril y 6 de junio de 1875.



Invasión de Boyer y anexión a Haití (1821-1822)

I

El ruido de la lucha empeñada en Costa firme por las colonias indo-americanas contra su opresora metrópoli había de despertar el mismo sentimiento de independencia en los ánimos dominicanos.

Desde 1820 el almirante colombiano Aury, cruzando por las aguas de Monte Cristi, se había puesto en relación con las poblaciones del Cibao, infundiéndoles el espíritu de emancipación. Poco después Boyer, presidente de Haití, hallándose en el Cap recibió a José J. Silva, diputándole por los habitantes de Santo Domingo para pedirle su apoyo, y también a Aury, quien le propuso promover el levantamiento de esta parte. Adhiriéndose a tal idea que le dejaba la esperanza de reunir toda la isla bajo su autoridad, Boyer envió en noviembre de 1820 el comandante Desir Dalmassy a visitar a Hinchá, Bánica, San Juan, Las Matas y Azua.

Avisado de esta misión el gobernador español Kindelán, le envió a Boyer una reclamación (10 de diciembre 1820), a la que Boyer contestó (el 22) desmintiendo sus proyectos. Al mismo tiempo (10 de enero de 1821) Kindelán lanzaba una proclama *a los fieles dominicanos* para prevenirlos contra tales provocaciones. Pero ya la idea revolucionaria progresaba; ya desde el 8 de enero, J. J. de Silva, de regreso a Santo Domingo, le escribía a Boyer avisándole un próximo levantamiento; ya la conspiración tomaba cuerpo dirigida por José Núñez de Cáceres, juez



de letras de Santo Domingo. Luego estalló en Monte Cristi un movimiento promovido por el teniente coronel Ch. Arrieu, quien puso allí la bandera haitiana; pero por prematuro fue sofocado. En Santo Domingo la conspiración, descubierta por la temeridad de Antonio Martínez Valdez, que la anunció claramente en la Diputación provincial, motivó el arresto del mismo Valdez.

El salir éste impune del juicio le dio más ánimo a los conjurados para proseguir su plan. En mayo de 1821 Boyer recibió en Fort Liberté (Bayajá) los diputados de los independientes de Monte Cristi y Dajabón, y les prometió su protección. Algún tiempo después la circunstancia de haber sido reemplazado Kindelán en la capitanía general de Santo Domingo, por el general Pascual Real, le dio ocasión a Boyer de mandar a felicitarle por el ayudante general Campos Tavárez, quien pasó por Santiago, su pueblo natal, y atravesó el país, sembrando las ideas republicanas.

Por fin el 15 de noviembre de 1821, Monte cristi se pronunció y el comandante Diego Polanco puso allí la bandera haitiana. El mismo día Andrés Almirante se levantó en Dajabón. Esos dos jefes le oficiaron inmediatamente al general Magay, gobernador del Cap, poniéndose bajo sus órdenes. Así en el Cibao el movimiento revolucionario inclinaba a la unión con la República de Haití. Otras eran las tendencias de las provincias del Ozama y de Núñez de Cáceres, ya listo a ejecutar sus proyectos.

Efectivamente, en la noche del 30 de noviembre al 1^{ro.} de diciembre de 1821, las tropas de Santo Domingo, ganadas por él, se posesionaron de todos los puntos militares de la ciudad; enarbolaron la bandera de Colombia, y después de una lucha de momentos, pusieron en arresto en su casa al gobernador Pascual Real. Al amanecer, la revolución estaba terminada. Una junta gubernativa se constituyó compuesta de J. Núñez de Cáceres, presidente; Manuel Carvajal, capitán general; J. V. Moscoso, A. M. Valdez, L. J. N. Arredondo, J. Ruiz y V. Mancebo, diputados, y J. V. López, secretario. La Junta lanzó el Acta de Independencia de la *Parte Española de Haití* como Estado de la confederación colombiana, y proclamó una constitución en 39 artículos. El 7 de enero de 1822, decreto de la Junta fundando la orden de Palo Hincado, en conmemoración de la batalla ganada a los franceses cerca de El Seibo; y otro que fijaba como fiestas nacionales el 1° de diciembre, por la separa-



ción de España; el 11 de julio, por la toma de Santo Domingo a los franceses, y el 7 de noviembre, por la batalla de Palo Hincado. La esclavitud restablecida por los españoles en 1808 quedó mantenida de nombre, pero Núñez de Cáceres dio el generoso ejemplo de emancipar el primero a sus siervos.

Apenas establecido, el nuevo Estado se vio desconocido por las provincias del Cibao, donde dominaba el partido haitiano. Una Junta central provisoria formada en Santiago ofició a Boyer denunciándole la constitución independiente de Santo Domingo, y le diputó a Juan Núñez Blanco, Fernando Morell de Santa Cruz, José Peralta y J. M. Salcedo, pidiéndole la protección de la bandera haitiana que luego fue enarbolada. Los pueblos de Puerto Plata, La Vega, Cotuí, Macorís, Azua, Neiba, San Juan, Hinchá, Bánica y Las Matas siguieron sucesivamente el ejemplo de Santiago.

Sin embargo, Cáceres había notificado la revolución a Boyer por un despacho del 19 de diciembre, al que el presidente haitiano no se dignó contestar; pero sí ofició al senado de Port-au-Prince consultándole sobre lo que había de hacer. A otro despacho de Cáceres del 5 de enero de 1822, Boyer respondió el 11, tratándole de *jefe político de Santo Domingo* y declarándole: “Dos Estados separados no pueden existir en la isla. Voy a dar una vuelta por toda la parte del Este con fuerzas imponentes como pacificador y conciliador. Su señoría pondrá en Santo Domingo el solo pabellón haitiano.”

Al recibir tal orden, el 18 de enero, Cáceres convocó las autoridades y les aconsejó se sometiesen. En consecuencia el día siguiente la bandera haitiana reemplazó la de Colombia y una proclama anunció el hecho a todos los dominicanos.

Antes de entrar en campaña y para tranquilizar las poblaciones dominicanas, Boyer lanzó un decreto estableciendo “pena de muerte contra las violencias de la propiedad.” El 15 de febrero apareció el decreto de organización de las tropas de invasión. Dos ejércitos habían de marchar: el del Sur, mandado por el general Borgellá, contaba ocho regimientos y la guardia presidencial; el general Bonnet recibió el mando del ejército del Norte, compuesto de 4 regimientos. Las divisiones las mandaban los generales Prophète Daniel, J. Simon, Prévost, Ph. Lebrun, Toussaint, Berg, Trichet, Frédéric, Q. Larivière, Bearregard, Sainte Fleur, Riché, Dupuy y Voltaire.



El 20 de enero Borgellá invadió por Las Matas y fue a detenerse en San Juan. El 28 Bonnet salió de Fort Liberté y el 31 entró pacíficamente en Santiago, donde se cantó un tedeum. Dejando el mando del pueblo al general Prévost, y enviando a J. Simon a tomar el de Puerto Plata y Campos Tavárez el del Macorís, Bonnet pasó a La Vega, que confió a Ph. Lebrun y siguió por el Cotuí para Santo Domingo.

El 2 de febrero el presidente Boyer salió de San Juan, escoltado por las tropas de Borgellá, y pasando por Azua y Baní llegó el 8 al pueblo de San Carlos. El 9 tuvo lugar su entrada solemne en Santo Domingo. Quinientos soldados dominicanos estaban formados en las calles; en la puerta del Conde lo esperaba Núñez de Cáceres. Al acercarse, Boyer se apeó del caballo y le dio un abrazo al jefe dominicano, señal de fraternidad que su conducta luego había de desmentir. Cáceres tuvo el valor de protestar de la no espontaneidad de su sumisión, haciéndole presentar las llaves de la ciudad sobre un plato enlutado. Luego pasaron al cabildo donde se firmó el acta de anexión, y a la Catedral donde el arzobispo don Pedro Valera entonó el tedeum. Las tropas de Borgellá ocuparon las fortificaciones y en la tarde las reforzó la llegada de las de Bonnet.

II

Boyer se ocupó los días siguientes en restablecer las autoridades. Cáceres volvió a la vida privada y tuvo el trato de senador. Manuel Carvajal fue nombrado ayudante general. Borgella recibió el mando de Santo Domingo, Dupuy el del Seibo, Riché el de Bayaguana. Los generales puestos por Bonnet en el Cibao fueron conservados. Por decreto del 16 de febrero de 1822, los 500 dominicanos de la milicia de Santo Domingo formaron un regimiento mandado por Pablo Alí. La presidencia del tribunal civil de Santo Domingo fue da a José Joaquín Delmonte, la administración de hacienda a A. M. Valdez, la dirección de aduanas a E. Valencia y el comisariado de gobierno a Tomás. Bobadilla. El 17 de febrero, Boyer plantó con gran solemnidad la palma de la libertad en la Plaza de Armas y allí proclamó la abolición de la esclavitud.



Sin embargo la ocupación haitiana no dejó de encontrar alguna resistencia. Desde la dominación de la Francia (1802 y 1803) Samaná se hallaba poblada por una porción de emigrados de esa nación. Éstos, de acuerdo con aquellos dominicanos a cuyos sentimientos repugnaba la bastarda fraternidad de Haití, y animados por la presencia de los buques franceses “Duchesse de Berry” y “Siléne” anclados en la bahía, enviaron un despacho al conde de Denzelot, gobernador de la Martinica, pidiendo su apoyo para poner la bandera francesa. Accediendo a su instancia, Denzelot envió el almirante Jacob con el navío “Jean Bart”, 2 fragatas, 2 corbetas y 2 goletas, llevando 400 fusiles, 2 cañones y 415 soldados de apoyo para los colonos de Samaná.

Mientras tanto Juan Bagú había puesto el pabellón haitiano en la península; Boyer había intimado el 10 de febrero al comandante Douault de la “Duchesse de Berry” que se retirase de la bahía y el general Toussaint había llegado a hacer ejecutar su orden. Así fue que cuando el 19 de febrero llegó Jacob a la entrada de Samaná, encontró a los otros 2 buques retirándose. Habiendo siempre penetrado la armada francesa en la bahía, Diego de Lira se pronunció por la Francia en Sabana de la Mar, y el 26 recibió de Jacob 600 fusiles para armar a los seibanos. Avisado con tiempo Boyer, envió el general Q. Larivière con el 27° regimiento, cuya llegada puso a Diego de Lira en fuga y destruyó las esperanzas de los partidarios de la Francia. Del 5 al 16 de marzo, la armada francesa desocupó la bahía llevándose todos los colonos de su nación.

Habiendo completamente dominado todo este territorio, Boyer decretó las elecciones para sus diputados, 2 por Santo Domingo, 2 por Santiago, 1 por cada uno de los demás pueblos. El 10 de marzo salió de la capital para visitar el Cotuí, La Vega (el 12) y Santiago (el 13); volvió a Haití por el Cap, y el 6 de mayo se halló de regreso en Port-au-Prince.

Así empezó en Santo Domingo la dominación haitiana que había de durar 22 años, a pesar de la intolerancia con que Boyer durante su funesta administración trató los principios y los intereses de estas poblaciones.

El Orden, 6 y 13 de septiembre de 1874.







II Historia Patria*

-
- * Una parte de los textos del Dr. Llenas que se agrupan en esta sección fue publicada por entregas, en un folletín de 30 páginas, en *El Eco del Pueblo*, de Santiago de los Caballeros, entre julio y diciembre de 1884, bajo el epígrafe “Historia Patria” y con la siguiente nota del periódico:

Con satisfacción publicamos en folletín los siguientes trabajos relativos a nuestra Independencia, y que nos han sido remitidos con ese objeto por el apreciable e inteligente doctor don Alejandro Llenas, residente en Cabo Haitiano.

Damos las gracias al benévolo y buen amigo por la elección que de nuestra hoja ha hecho para la inserción de sus interesantes relaciones, que tan oportunamente vienen en ayuda de nuestra heroica historia patria.

Otra parte llevaba la rúbrica “Guerra de independencia”. Para mantener el orden cronológico de los acontecimientos, hemos procedido a reorganizar lo expuesto en el referido folletín, así como incluir todos los textos escritos por Llenas que se refieren a nuestra historia desde el momento en que hubo patria independiente. (Nota del editor).



El movimiento de independencia en Santiago

En el Cibao, como en las demás regiones de la antigua colonia española anexada a Haití, fermentaban ideas separatistas y sentimientos de independencia. En cada población había centros revolucionarios, cuya existencia se manifestaba bajo cualquier pretexto de agitación constitucional. En Santiago el club separatista se componía de Román Franco Bidó, Juan Luis Franco Bidó, Domingo Daniel Pichardo, José Desiderio Valverde y sus hermanos, Manuel Román y sus hermanos, Paíno Tapia y Ezequiel Guerrero. Casi todos los hombres de Los Hatos, Bartolo Mejía, J. R. Céspedes, Manuel Jiménez, estaban en connivencia con ellos.

Desde mediados de febrero de 1844, ya se aguardaba en Santiago la noticia del movimiento de Santo Domingo, y nadie se sorprendió al recibir esa noticia, a principios de marzo.

El 4 de marzo, a prima noche, se hallaban reunidos varios de los independientes en casa de Román Franco Bidó, cuando le llegó a éste una comunicación del Sr. Pedro Mena, delegado de la Junta Central Gubernativa, anunciándole su llegada a La Vega, el pronunciamiento de esa población, e invitándole a una entrevista para preparar el pronunciamiento de Santiago.

El 5, Ezequiel Guerrero, que había pasado a Moca, regresó de allí y delante de la municipalidad y del pueblo tumultuosamente reunido publicó los progresos del movimiento y las fuerzas revolucionarias. Ese mismo día, después de haber invitado



a los jefes militares de Los Hatos a subir a Santiago con sus tropas, el centro separatista envió a La Vega a José Desiderio Valverde. Éste, después de haber pasado las avanzadas dominicanas acantonadas en El Caimito con el comandante Gregorio Sánchez, se vio con Pedro Mena en La Vega, y le manifestó lo difícil que sería el que Santiago se pudiese levantar por sí solo, pues allí disponía el general Morisset de una compañía de granaderos, una de artillería, una de gendarmería, una de policía y una guardia nacional muy subordinada, que por consiguiente se hacía necesario el cercar la población con fuerzas imponentes para ayudar a los separatistas del interior.

En consecuencia de estas indicaciones, el día siguiente al amanecer, las tropas de La Vega mandadas por el coronel Toribio Ramírez y el comandante José Durán de Jarabacoa marcharon por el camino de Puñal, mientras que las del Macorís y de Moca se avanzaban por los caminos de Don Pedro y de Tamboril con el general Tito Salcedo y el delegado Pedro Mena. A las 10 de la mañana esta columna se hallaba cerca de Santiago. Una comisión presidida por Santiago Espaillat le salió al encuentro, y volvió luego acompañando al delegado Mena, quien al momento entró en negociaciones con el general Morisset. El gobernador haitiano, habiendo convocado una reunión de la municipalidad y de los principales padres de familia, confió a su determinación el partido que él mismo habría de tomar, y la reunión, habiéndose pronunciado por una pacífica rendición. Morisset consintió en entregar la plaza y mandó replegar las tropas que tenía en el camino de Gurabo con Ángel Reyes y las que mandaba Domingo Mallol por Nibaje. Las tropas dominicanas entraron pacíficamente y ocuparon el fuerte de San Luis. Morisset arrió él mismo el pabellón haitiano, y se retiró en calidad de prisionero de guerra. La bandera cruzada tremoló por vez primera sobre nuestra ciudad, el día 6 de marzo a las 4 de la tarde.

Inmediatamente se organizaron autoridades dominicanas. El general Felipe Vásquez, que era anteriormente gobernador de La Vega, quedó encargado de la gobernación de Santiago. El general Imbert le fue adjunto.

El 7 en la noche salieron las tropas del Macorís con el delegado Mena, para ir a pronunciar a Puerto Plata.



El coronel José Gómez y el general Francisco Salcedo fueron enviados con fuerzas a Los Hatos, para plantar el pabellón cruzado hasta las fronteras.

El Orden, 28 de marzo de 1875.





Combate de Azua

El movimiento de Separación, apenas efectuado, fue bien pronto conocido en Port-au-Prince; y a principios de marzo, los periódicos haitianos publicaron: “Toda la parte del Este está levantada para separarse del resto de la República.”

“Nosotros, añadían, guerreros del Norte, del Sur y el Oeste, marchemos para traer nuestros hermanos al gremio de la unión.”

El 2 de marzo, Charles Hérard Riviere, proclamado presidente desde el 4 de enero, ofició a la Asamblea Constituyente, pidiéndole la movilización de las guardias nacionales “con el objeto de sofocar la rebelión de la Parte del Este.” El 4, la Asamblea: “visto 1º una carta del coronel Déo Hérard, jefe de la 2ª, visto una carta del Consejo Municipal de Azua (presidido entonces por Buenaventura Báez),” autorizó al presidente a levantar fuerzas y a marchar al frente de ellas. El 8, Charles Hérard declaró: “los puertos de la parte Este quedan cerrados, y esta interdicción debe considerarse como una declaración formal de bloqueo.”

En virtud de aquellas disposiciones, mientras el general Louis Pierrot con 10 mil hombres invadía el territorio dominicano por Dajabón, el presidente Hérard salió de Port-au-Prince, pasó revista a las tropas reunidas en Croix des Bouquets e inmediatamente las puso en marcha en dos columnas (10 de marzo).

La columna del Sur al mando del general A. Souffront penetró por la línea de Neiba; cuya población ocupó sin resisten-



cia el general Brouard con los regimientos 20 y 21. De allí salió Brouard con una tropa de 50 hombres y cayó en una emboscada dominicana, de donde pudo escaparse y replegar a Neiba. Habiendo salido Souffront con todas sus fuerzas, atacó el 18 de marzo al coronel Manuel de Regla Mota en Las Hicoteas (al Este de Neiba) y derrotó sus tropas. La división del coronel Juan E. Ceara se dispersó por completo. Pero la del comandante Manuel Mora fue retirándose en buen orden, disputando el paso a los haitianos, hasta reconcentrarse en Azua.

La columna principal de los haitianos, al mando del presidente Charles Hérard, formada de la guardia presidencial, de la caballería, de la guardia nacional de Port-au-Prince, de los regimientos 2º, 6º, 9º y 19, con las guardias nacionales, de Verrettes, Archahie y Mirebalais, ascendiendo como a 15 mil hombres, llegó a Las Cahobas el 15 de marzo. De allí marchó a Las Matas de Farfán, que el coronel Lorenzo Santamaría tuvo que abandonarles, también ocupó a San Juan, y avanzó sobre Azua.

El general Pedro Santana, en calidad de jefe superior de las fuerzas dominicanas del Sur, ocupaba aquella población con las divisiones de Santamaría y de Manuel Mora. El 19 de marzo apareció la vanguardia haitiana. A su “¡quién vive!” se le respondió con el grito de “¡dominicanos libres!” y se rompió el fuego. Con 12 tiros de metralla se desbarató la tropa haitiana, dejando tendidos el coronel Vincent del regimiento 9, y 20 muertos más, y llevándose muchos heridos entre los cuales el coronel Jean Pilles del regimiento 19. Y el presidente Charles Hérard tuvo que retirarse a Jura, a una legua al Oeste de Azua.

Tal fue la primera victoria de los dominicanos.

En vez de hacer firme allí con las fuerzas que el coronel Lorenzo Araújo le trajo de San Cristóbal, Santana abandonó la población en la noche del 19 al 20 para replegar a la línea del río Ocoa, acantonando sus tropas en Sabana Buey, El Número y Maniel de Ocoa.

La columna del general A. Souffront se unió a la de Charles Hérard el 21 de marzo; y reunidas ocuparon a Azua. Pero las tropas tenían ya agotadas sus provisiones y tuvieron que permanecer allí para aguardar las que debía traerles la flotilla del coronel Juste Lafond.



Aquellos recursos se dejaron esperar mucho tiempo; y el 31 de marzo, cuando el contralmirante francés Mosges, desembarcado de la fragata “Nereide”, en la bahía de Ocoa, vino a visitar al presidente Charles Hérard en su campamento de Azua, vio a las tropas haitianas completamente desmoralizadas por falta de víveres.

La flotilla haitiana, formada del brik “Pandora” y de la goleta “De Morin”, sólo abordó al puerto de Azua el 12 de abril. Pero la Junta Gubernativa de Santo Domingo también había organizado una flotilla. Una de sus goletas, la “María Luisa”, del capitán Simón Corso, se adelantó temerariamente y fue apresada por los buques haitianos en la bahía de Ocoa, las goletas “Separación” del comandante Juan Bautista Cambiaso y “María Chiquita” del comandante Juan B. Maggiolo zarparon de Santo Domingo el 13 de abril; aparecieron en la bahía el 14, y a las 3 p.m. rompieron fuego sobre los buques haitianos. Charles Hérard mandó auxiliar su flotilla con una pieza de 24 que, situada en la playa, mantuvo a distancia las goletas dominicanas y las obligó a retirarse en la noche al puerto de Las Calderas.

Amenazado por mar, el presidente Charles Hérard intentó abrirse paso por El Maniel de Ocoa, pero el coronel Antonio Duvergé (a Boisgency) rechazó sus tropas.

Ya desde el 15 de abril, J. J. Acaau se había levantado contra la autoridad de Charles Hérard cerca de Les Cayes, y el presidente tuvo que despachar contra aquella facción los generales Fabrè Geffrard y Riché con mil hombres.

Pero ya su popularidad se había desvanecido. El 26 de abril, el general Louis Pierrot se levantó también en el Cap; y el 3 de mayo el general Guerrier se pronunció a su turno en Port-au-Prince.

Bien pronto recibió Charles Herard en Azua la noticia de su destitución. Entonces remitió el mando de las tropas a los generales Thomas Héctor y A. Souffront, y se retiró para embarcarse por Port-au-Prince.

El ejército haitiano también se puso en retirada, dejando la población de Azua incendiada (9 de mayo). También incendió parte del pueblo de San Juan y se replegó a Las Cahobas. Aquellos actos de barbarie fueron estigmatizados por un decreto del general Guerrier “considerando el incendio de Azua y de una parte de San Juan como un hecho odioso.”





Combate del 30 de Marzo de 1844

Después de pronunciado Santiago contra Haití, mientras que el capitán José Desiderio Valverde con 60 hombres ponía la bandera dominicana en Monte Cristi (20 de marzo), el general Francisco Salcedo había avanzado hasta Mangá y luego hasta Escalante.

Allí el presbítero Anselmo Ramírez, uno de los más entusiastas promotores de la Independencia, pensó en dirigirse pacíficamente a los haitianos acampados en Jácuba y decidirles a retirarse. Pero la caballería enemiga, habiendo atacado a nuestras avanzadas, los dominicanos abandonaron precipitadamente sus posiciones y volvieron en desorden hacia Santiago. De su lado, el general Antonio Villanueva, que defendía la boca de Guayubín, se replegó a las Hojas Anchas para proteger a Puerto Plata (29 de marzo).

El general Pierrot, que mandaba en jefe a los haitianos, pudo entonces avanzar sin obstáculo, y puso en marcha sus ocho mil hombres en dos columnas, una por entre los ríos, la otra por Navarrete; y el 30 de marzo a las 11 de la mañana, se presentó en la sabana de Santiago.

Los dominicanos no habían omitido las precauciones defensivas. La plaza se hallaba protegida por tres fortines que denominaron el del norte “Fuerte de Dios”, el del medio “Fuerte de Patria”, el del Sur “Fuerte de Libertad”. En el primero se encontraba el coronel Ángel Reyes con los santiagueros, y el



capitán José María López con una pieza de artillería; en el de “Patria”, el capitán Lorenzo Mises dirigía otra pieza; en el de “Libertad”, se encontraban Ramón Martínez, el capitán Fernando Valerio con las tropas de Sabana Iglesia, y el capitán Marcos Trinidad con algunos veganos. El general Imbert dirigía la defensa.

A medio día, los haitianos se avanzaron en dos cuerpos de ataque, uno por el cementerio viejo al Sur, el otro al Norte sobre el “Fuerte de Dios”. Pero al momento nuestra artillería empezó a hacer sobre sus cabezas de columnas un fuego rápido y mortífero. Durante dos horas nuestras balas, diezmando sus batallones, detuvieron sus ataques. Una de sus tropas, habiendo intentado penetrar en la población entre el fuerte de “Libertad” y el Yaque, Valerio les salió al encuentro y después de una lucha heroica, los hizo retroceder destrozados por el machete dominicano. Por fin, viendo su vanguardia casi destruida, Pierrot mandó retirar sus soldados. Una gran parte de éstos, al vadear el Yaque, que estaba entonces crecido, fueron atropellados por su misma caballería y perecieron ahogados. La columna principal, después de haber pedido un armisticio, fue a pernoctar en Gurabito.

Los dominicanos habían quedado vencedores en esa jornada, gracias principalmente a la buena dirección de nuestra escasa artillería, cuyo jefe, José María López, fue proclamado comandante en el campo de batalla. Más no por eso se creyeron libres de peligro: toda la noche velaron en armas alrededor de grandes hogueras que iluminaban la sabana. Al otro día, esperaban tener que rechazar un nuevo ataque ... cuando nuestros exploradores anunciaron que el enemigo se hallaba en retirada. Era que, en la noche, Pierrot había recibido un despacho del Cap, llamándole a dirigir una revolución contra Hérard-Riviere, e inmediatamente había ordenado contramarcha.

Los nuestros entonces bajaron de las trincheras, y se dividieron en piquetes, los unos para ir hostilizando a los haitianos, los otros para explorar las cercanías. Otros se ocuparon en recoger los cadáveres enemigos, que, por su gran número, no pudieron ser todos inhumados, sino destruidos por las llamas. El regimiento haitiano de Dajabón No. 28 había sido casi completamente exterminado.



Los dominicanos –hecho que se explica por su actitud defensiva– no tuvieron que lamentar una sola baja.

Siguiendo los pasos de los haitianos, nuestras tropas fueron engrosando sus filas con los hateros que se hallaban ocultos en los montes, y bien pronto lograron reocupar todo nuestro territorio hasta el río Dajabón.

Tal fue la acción del 30 de marzo; tales fueron sus resultados.

El Orden, 4 de abril de 1875.





Campana de 1845

I

En todo el período de la guerra de Independencia, el año de 1845 fue notable por los muchos y reñidos combates que en él se dieron en ambas fronteras, empeñados los haitianos por recuperar la “Partie de l’ Est”, y los dominicanos por conquistar la frontera que la Constitución determinaba a la República.

A principios de aquel año, el lugar de Comendador, situado en el camino de Las Matas de Farfán a Las Cahobas, se hallaba ocupado por una vanguardia dominicana al mando del coronel Gabino Puello. En marzo de 1845, el general haitiano Auguste Brouat, intentando tomar aquel puesto, vio rechazadas sus tropas, cayó mortalmente herido y quedó prisionero. Pero en junio, los haitianos volvieron a su intento y consiguieron apoderarse por sorpresa de las alturas de Cachimán que forman una fortaleza natural a legua y media al oeste de Comendador; y allí se atrincheraron.

A consecuencia de aquel suceso, el general Antonio Duvergé (a Boisgency), jefe de las fronteras del Suroeste, recibió orden de reunir sus tropas y de ocupar Las Cahobas. El 16 de junio de 1845 salió de Las Matas el ejército dominicano y pernoctó en Comendador. De ahí salió al día siguiente a las 6 a.m. en tres columnas: la de la derecha, con una pieza de cañón, al mando del teniente coronel Francisco Pimentel; la de la izquierda, dirigida por el general Felipe Alfau, comisionado del gobierno en aquella línea, debía rodear las posiciones enemigas. A las 8 a.m. llegó Duvergé con las dos primeras columnas en frente de



los atrincheramientos de Cachimán, y formó en batalla esperando que llegase la de Alfau. Ésta se presentó por el Sur a las 10 a.m., y trabó la acción, que siguieron las demás tropas. Al primer ataque contra el fuerte “L’Etoile”, los dominicanos fueron rechazados y perdieron una pieza. Pero pronto volvieron al asalto, se apoderaron de aquel fuerte al arma blanca y acabaron con sus defensores. Desde aquel alto cañonearon los fuertes “Cachimán” y “Resolí”, y obligaron los haitianos a desocuparlos, dejando en nuestro poder muchos muertos, entre los cuales el comandante Chachá del regimiento 32, 14 prisioneros, 100 fusiles y una bandera.

Reforzada su retaguardia con tropas traídas por los comandantes Pedro Florentino y Lino Peralta, Duvergé se puso en marcha el 18 a las 10 a.m. para apoderarse de El Puerto, y lo ocupó sin obstáculo. De allí le mandó intimar rendición al general Víctor Poil, comandante de Las Cahobas. Pero éste no esperó el ataque; sino que abandonó el pueblo y se retiró a Les Roches, al sur de allí, sobre el camino que va a Port-au-Prince (a consecuencia de cuya retirada los oficiales del regimiento 10 fueron después encarcelados en Cap Haitien). Así que cuando, el 19 por la mañana, la vanguardia dominicana al mando del coronel Esteban Roca se presentó en frente de la plaza, la encontró desocupada. Las demás tropas fueron entrando en el día, y el coronel Juan Contreras con la retaguardia, llegó también a las 3 p.m.

En ese mismo momento, el teniente coronel Fernando Tabera, que había salido de El Puerto sobre el lugar de Hondo Valle, al Sur de Las Cahobas, atacó aquel puesto y acosó al arma blanca a los haitianos que lo defendían.

Poco después, otra fuerza dominicana ocupó el lugar de Los Corozos que el comandante haitiano Janvier tuvo que dejarles.

Más al Norte y desde principios de junio, el coronel Valentín Sánchez había tomado el fuerte “Biassou” al noroeste de Bánica, en cuya acción murió su compañero el coronel Elías Piña; y había ocupado el pueblo de Hinchá que el general Lacroix desocupó sin resistencia.



II

La noticia de tales acontecimientos llevada a Port-au-Prince determinó al gobierno de Guerrier a enviar nuevos y numerosos refuerzos a su frontera.

El 17 de junio, 600 hombres del regimiento 6 y de la guardia nacional de Marmelade marcharon sobre Hincha y lo reocuparon incendiado, después de un combate en que Valentín Sánchez salió herido y 17 dominicanos muertos.

Después de otro combate que tuvo lugar en Sabana Payaya al noreste de Hincha, el coronel Dalés Laroque con las guardias nacionales de Valiére y de Grande Rivière du Nord tomó el fuerte "Biassou" y ocupó el pueblo de Bánica, donde concurren también las fuerzas del general Gardère y las que por Valiére y Las Zursas trajera el general Bobo.

Al mismo tiempo, al regimiento 22, que con los regimientos 11 y 21 y los dragones de la guardia nacional había salido de Port-au-Prince para sostener al general Víctor Poil, ocupaba los lugares de Grande Bois; y el general Morisset, jefe del departamento del Artibonito, acudía desde Saint Marc con tropas y una pieza de artillería.

El 5 de julio, Morisset llegó al camino de Colombier, pasó al oeste de Las Cahobas; en la tarde atacó a los dominicanos en Los Corozos, los derrotó después de un cuarto de hora de pelea, ocupó el puesto de Hondo Valle, y se dirigió hacia el camino de Las Matas.

El general Víctor Poil, reforzado con las fuerzas que le trajeron los generales Jacques Louis y Samedi Télémaque, se disponía también a marchar contra Las Cahobas, cuando supo que el día anterior (6 de julio) a las 10 de la noche los dominicanos habían desocupado aquella plaza después de haberla incendiado, y que el general Bellegarde los había seguido hasta Cachimán donde había detenido su persecución a la una de la madrugada.

Mientras las fuerzas de Duvergé y de Valentín Sánchez retrocedían, el coronel Remigio del Castillo, jefe de la línea de Neiba, había refozado los cantones de La Caleta y Colorado (por el camino que verea la orilla del lago Enriquillo por el norte). El teniente coronel José T. Ramírez, jefe de aquellos



puestos, reunió toda su gente, y, el 5 de julio, atacó a los haitianos atrincherados en la Loma de los Pinos, y se apoderó de aquella posición al arma blanca. Luego destruyó el rancherío y se replegó a La Caleta.

El 8 de julio, el capitán Juan Segundo Félix, jefe de la sección de El Rincón, marchó contra los haitianos establecidos en los dos cerros de El Oreganal y los derrotó completamente.

El 13 de julio, otro encuentro tuvo lugar en la Loma de los Pinos, en que el capitán Marcos de Medina hizo 18 bajas al enemigo.

Por el lado de Las Cahobas, el general Morisset, encargado del mando en jefe de la línea haitiana, se disponía a proseguir su marcha adelante. El 13 de julio, una de sus columnas, dirigida por el general Samedi Télémaque, había embestido, como a las 12 del día, las posiciones de Cachimán defendidas por el coronel Juan Contreras y el teniente coronel Pascual Ferrer. Pero después de 3 horas de combate se retiró en desorden.

El lunes 21 de julio a las 3 de la madrugada, 3 columnas dominicanas al mando de los coroneles Bernabé Sandoval y Bernardino Pérez atacaron el puesto de Los Potros, al oeste de Cachimán, defendido por el ayudante general Lambert Deschamps con el regimiento 11. Los haitianos resistieron hasta dejar llegar al general Samedi Télémaque con el regimiento 22. Los dominicanos siguieron atacando, y sólo se retiraron a las 3 p. m. dejando muchos muertos y heridos en el campo del combate.

Al día siguiente, 22, el general Morisset mandó cañonear los fuertes “Cachimán” y “Résolí”, y, aunque sus tropas fueron rechazadas en el primer ataque, pudo ocupar aquellas alturas en la noche, luego que los dominicanos las desocuparon; como desocuparon también el puesto de Comendador donde abandonaron tres cañones.

El jueves 24, las 3 columnas haitianas al mando de los generales Morisset, Toussaint y Samedi Télémaque se dirigieron de Cachimán sobre Las Matas. En su marcha, sólo el general Toussaint tuvo que arrollar una guardia nuestra. Y Morisset, al llegar a Comendador a las 5 p.m., pudo ver las llamas del pueblo que los dominicanos incendiaron al retirarse, y que los haitianos ocuparon ese mismo día a las 8 de la noche. El gene-



ral en jefe haitiano nombró al general J. Philippe Auguste jefe superior de Las Matas con los coroneles E. Morisset y Juanico Espinosa como adjuntos, y a Santiago de Lora de comandante de armas.

El 25 en la tarde, el general Samedi Télémaque salió de Las Matas con la vanguardia y se detuvo a 4 leguas de allí en La Ceibilla.

El 26, los generales Samedi Télémaque y Jacques Louis con los regimientos 11 y 22 siguieron hostilizando a los dominicanos en su retirada hasta cerca de San Juan, en donde Duvergé pudo por fin hacer firme.

Mientras tanto, el coronel Remigio del Castillo, encargado de defender la línea del Sur, viéndose amenazado por las fuerzas del general A. Souffront, incendió a Neiba y lo abandonó, (por cuya acción fue preso después en Santo Domingo).

Lo mismo sucedió por el Noroeste: los generales C. Aries y Cadet Antoine, con los regimientos 27 y 28 y los dragones de la guardia nacional del Cap Haitien, se apoderaron de Dajabón. De tal manera que en ese momento nuestra frontera, de Dajabón a Bánica, Las Matas y Neiba, toda se encontraba invadida.

III

Pero Santana no era hombre de desalentarse. Por decreto de 15 de julio, llamó a las armas todos los dominicanos desde la edad de 15 años hasta la de 45. Y como el enemigo, debilitado también por su marcha invasora, había necesitado reformarse, todos nuestros cantones tuvieron tiempo de reorganizarse fuertemente.

El 16 de septiembre de 1845, noticioso el general José Joaquín Puello, jefe de la primera división del ejército del Suroeste acantonado en Las Matas, de que Morisset al frente de todas sus tropas sostenidas con 2 piezas de cañón, se encontraba en la ribera derecha del río Matayaya, 2 leguas al este de Comendador, ofició al general Duvergé que permanecía en Santomé con la segunda división, para combinar un plan de acción. Pero advertido de un ataque inminente del enemigo, preparó sus tropas a las 6 p.m.; y el 17 a las 3 a.m. se puso en marcha en dos



columnas: una de 6 batallones al mando de los coroneles Bernardino Pérez y Valentín Alcántara tomó por el camino de Los Jobos (al noroeste de Las Matas) a la derecha; otra de 6 batallones, a las órdenes de Puello, se dirigió por el camino real que va a Comendador. Al llegar a las alturas de la orilla izquierda del río Matayaya, Puello vio al enemigo posesionado de los cerros que dominaban la sabana de Estrelleta del otro lado del río, cubiertas sus dos entradas con dos piezas, y un escuadrón de caballería en reserva. A las 8 de la mañana, la columna de derecha rompió fuego, y la de izquierda se lanzó sobre los haitianos y les quitó un cañón. La pieza cayó luego en nuestras manos. Y después de 2 horas de combate, Morisset tuvo que retirarse hasta Comendador con el general Samedi Télémaque herido, con los restos de los regimientos de Jacmel y Petit Goave diezmados y el regimiento 21 de Léogane completamente desorganizado. De allí tuvo pronto que replegarse a Cachimán y a Las Cahobas, mientras Puello y Duvergé destruían las trincheras de El Puerto y Cachimán, y se acantonaban sólidamente en Las Matas.

La derrota de Morisset alarmó en gran manera al Gobierno de Haití, y Pierrot, quien desde 1845 había sucedido a Guerrier como presidente, tuvo que lanzar la proclama del 24 de septiembre de 1845, en que decía: “¡Soldados! El espíritu de rapiña se apoderó de vuestros jefes y de vosotros, y les hizo víctimas del enemigo. Soldados, sois en bastante fuerza para defender la frontera: no seréis inferiores a vuestra noble misión.”

Pero luego supo un nuevo descalabro de sus tropas: el 27 de octubre las tropas dominicanas reconquistaron la línea de Dajabón en el reñido combate de Beler.

IV

Las fuerzas navales de los dos pueblos tuvieron también ocasión de combatir en aquel año.

A fines de agosto, el general Cadet Antoine, ex-gobernador de Puerto Plata, salió del Cap Haitien con dos goletas: “Guerrière” y “Dieu Protége” y muchas barcas armadas, y el 1º de septiembre se presentó en la bahía de Monte Cristi. La goleta



dominicana “Virginia”, armada con dos cañones, que cruzaba por allí, tuvo que retirarse bajo la protección de la artillería del fuerte San Francisco. El 2 la goleta “Ana Luisa”, que venía de Puerto Plata, fue capturada por Cadet Antoine a la entrada del puerto. El 3 a las nueve de la noche, las goletas haitianas echaron al agua sus botes, los cuales abordaron la “Virginia” y la capturaron. Y el 8 de septiembre, el vicealmirante haitiano regresó al Cap Haitien con sus presas, para prepararse a otro crucero.

Efectivamente, el 25 de noviembre zarpó de nuevo de allí con tres goletas: “Unión”, “Guerrière” y “Dieu Protége”, con la intención de ir a sorprender a Puerto Plata de donde se aproximó en la tarde del 20 de diciembre. Pero la noche muy oscura le hizo perder su rumbo y vino a dar en la boca de Maluis donde se encallaron sus buques. Avisado por un pescador, el general Antonio López Villanueva despachó una pequeña tropa al mando del teniente coronel Pedro Eugenio Pelletier, quien, al amanecer el 21, sorprendió a los haitianos y los hizo todos prisioneros, es decir el general Cadet Antoine con 148 compañeros.

Con este suceso favorable para la República Dominicana se terminó la campaña de 1845.





Batalla de Beler (1845)

Después de la retirada de Pierrot, el coronel Jacinto de Lora fue encargado de la comandancia del punto extremo de Dajabón, y consiguió hacer respetar nuestra frontera. Pero al cabo de pocos meses, el general José Gómez, nombrado jefe de esa Línea, alteró aquel orden de cosas y por sus desavenencias con el coronel Narcisse, comandante haitiano de Juana Méndez, provocó una invasión.

A mediados de 1845, los haitianos, en tres cuerpos, atravesaron el río Dajabón. En el paso del Hatillo, una de sus columnas tuvo que arrollar la resistencia de una pequeña avanzada dominicana mandada por el cabo Manuel Francisco Lozano, quien pereció heroicamente en su puesto. El general José Gómez pudo alejarse de Dajabón y se retiró en buen orden hasta Mangá, conduciendo una pequeña pieza.

Los enemigos, después de haber pillado a Dajabón, le dieron fuego. Luego se posesionaron del alto de Beler, a un cuarto de legua más al Este, y lo fortificaron con un reducto armado de tres cañones, que bautizaron con el pretencioso nombre de “L’Invincible” y que fue confiado a la guardia de su regimiento No. 28, reorganizado.

Entre tanto, el cañón de alarma había convocado a todos los cibaños, y el general Tito Salcedo había bajado a Mangá con fuerzas considerables. Pero la inacción en que las dejara allí durante tres meses, ocasionó una lamentable desertión, de



suerte que, cuando se decidió a entrar en operaciones, sólo pudo disponer de tropas muy reducidas.

El 25 de octubre de 1845, los dominicanos salieron de Mangá y se avanzaron hasta Escalante, donde los detuvo un gran temporal. El 26, pernoctaron en la sabana de Macabón.

El 27, al amanecer, atravesaron el paso de Guajaba que defendían una fuerte trinchera y una avanzada haitiana. Allí se formaron en cuerpos de batalla: al centro el general Salcedo con los santiagueros mandados por el capitán José Desiderio Valverde y los mocanos; a la derecha, los puertoplateños con el general Pelletier; a izquierda los hateros con el general J. Gómez, el coronel Marcelo Carrasco y el comandante de artillería José María López. Cada cuerpo llevaba una pieza. En ese orden, los dominicanos marcharon contra Beler. Apenas aparecieron en la sabana a vista del reducto, cuando fueron recibidos por un fuego terrible de artillería y de fusilería. A cada descarga, nuestros soldados, diseminados en guerrillas, se tiraban a tierra, y luego levantándose seguían adelante. Sus cañones también contestaban eficazmente a los del enemigo. Habiendo por fin alcanzado el alto de Beler, los nuestros se lanzaron al asalto, y al arma blanca penetraron de todos lados en el reducto: eran las 10 de la mañana. Ya los generales haitianos Hilaire, Denys y Mertiller se habían retirado a Juana Méndez; el coronel Séraphin Ignace, que les sucediera en el mando, pereció en las trincheras con la guarnición casi completa, escapándose sólo once haitianos que fueron hechos prisioneros.

Los dominicanos, dueños del reducto, lo destruyeron por completo, y se retiraron a mediodía, llevándose los prisioneros, una gran cantidad de instrumentos y pertrechos, y una de las tres piezas tomadas, abandonando las otras después de haberlas inutilizado; y regresaron a Escalante.

Esa victoria —una de las más brillantes que registran nuestros fastos militares— nos costó sensibles pérdidas: el coronel Marcelo Carrasco, el coronel José Díaz (de Gurabo) con más de 100 otros quedaron muertos en el campo de batalla.

Pero también tuvo por resultado aquella acción arrojar a los haitianos de una importantísima posición, e infundirles para siempre el terror del valor dominicano.

Desde aquella época, el pueblo de Dajabón quedó destruido, y la frontera reducida a un desierto.

El Orden, 25 de abril de 1875.



Pérdida de Las Matas y de Azua

Faustin Soulouque, nombrado presidente de Haití desde 1847, acababa de dar pruebas harto manifiestas de inexorable energía. Después de haber sofocado en sangre la conspiración de los “hombres de color” en Port-au-Prince y Les Cayes, él había resuelto afianzar su poder con la sumisión de los “mulatos del Este”.

Para iniciar su empresa y según sus órdenes, el general Louis Hardy, quien mandaba en Las Cahobas, salió de allí el 6 de noviembre de 1848, a las 9 a.m., al frente de los regimientos 10 y 33, con caballería y algunos artilleros. Ese día llegó a Los Puertos, de donde salió el 7 a las ocho de la noche. Tomando por veredas extraviadas para desechar las avanzadas dominicanas de Guayabo y Comendador, se presentó el 8 a las ocho de la mañana a la entrada de Las Matas, y aprovechando del estupor de los habitantes, penetró en el pueblo en buen orden y armas al brazo. Allí hizo prisionero al jefe militar general Valentín Alcántara, quien se dejó arrestar sin resistencia, como también el capitán Juan Bautista Tejada, ayudante de campo del general Duvergé, el capitán José Cayetano Ricardo, un médico llamado Francisco Pimentel y 14 militares más; y también se apoderó de 2 piezas de cañón, 27 cajas de municiones, 27 fusiles, & &. Luego lanzó una proclama para tranquilizar la población; y a las dos de la tarde se retiró en buen orden llevándose las 2



piezas y los 18 prisioneros. A las 10 de la noche llegó a Matayaya y luego a Guayabo, sin tener más estorbo que algunos tiros que recibió su retaguardia (regimiento 10). El 9 se vio fuertemente atacado en un llano al Este de Comendador; pero después de 2 horas de pelea, logró rechazar a los dominicanos a cañonazos; y siguiendo marcha volvió a Los Puertos el 10 a medianoche, y el 12 regresó a Las Cahobas.

Valentín Alcántara –cuya conducta en todo aquello no dejó de ser sospechosa– fue llevado con sus compañeros a Port-au-Prince, a donde entraron el 15, y fueron bien tratados. Por disposición de Soulouque, los prisioneros subalternos fueron puestos en libertad el 29, y devueltos a Las Matas; y el 30, Valentín Alcántara y demás oficiales pudieron embarcarse en el buque de vapor francés “Phoque”, que los fue a llevar a Santo Domingo.

Al mismo tiempo, Soulouque lanzó un extenso manifiesto para “los habitantes del Este (24 de noviembre de 1848)”:

¡Conciudadanos!, decía, no sin profundo pesar he podido mirar vuestra situación actual... En estas supremas circunstancias, el deber me ordena dirigir a vuestro buen juicio un patriótico llamamiento... Mi proclama del 4 de los corrientes os ha llevado ya mis deseos y mis esperanzas... Derecho tengo de creer que mi llamamiento será atendido. Quién puede oponerse a nuestra reconciliación? ¡Únicamente los traidores! Ellos nunca han tenido más que una idea: restablecer el odioso régimen a que se puso término en 1822... No mencionaré más que uno o dos hechos. Sus agentes secretos recorriendo la América y la Europa en busca de un protectorado... Su conducta con los infelices esclavos de Puerto Rico asilados en Santo Domingo después de 1844, que habían resuelto entregar a sus amos y que sólo escaparon a la horca que les aguardaba, por la protección del general Mora. Para levantar otra vez el edificio añejo, aquellos traidores llamaron en auxilio suyo la perfidia y el engaño; y es lo que explica el nombramiento de Santana... Bastante tiempo estuvieron adulando aquel fantasma de presidente...; luego se dispusieron a derrocarlo. El general Santana ha renunciado el poder; pero su



retiro no hace sino agravar la crisis actual. Los partidos se han levantado, los bandos ya en presencia... Bastante sangre se ha derramado ya. ¡Vivid en paz! Y luego, santificando vuestra reconciliación con la reconciliación con vuestros hermanos de Occidente, venid a darnos el abrazo fraternal... Cuento con que mi esperanza no quedará ilusa.. En todo caso, yo he jurado mantener la integridad de Haití... y cumpliré mi juramento..."

Efectivamente, mientras el presidente Jimenes, pensando rivalizar de generosidad con su astuto enemigo, despachaba 160 prisioneros haitianos detenidos en Santo Domingo desde 1844 y que el cónsul francés Reybeaud llevó hasta Jacmel el 23 de enero de 1849, el gobierno de Soulouque se empeñaba en reunir fuerzas y recursos con que recuperar el territorio dominicano.

A principios de marzo, las tropas de Trou, Grande Riviere-du-Nord y Fort Liberté se concentraron en Juana Méndez; y Soulouque salió en persona a campaña el 5 de marzo de 1849 con 8 mil hombre; su columna principal de 5 mil soldados del Oeste y del Sur marchando por Las Cahobas, mientras las tropas del departamento del Norte (brigadas de T. Déjoie y A. Bottex) al mando del general Bobo venían del Cap por Hinch y Bánica.

El 8 de marzo, Soulouque lanzó desde su cuartel general de Las Cahobas otra proclama en que decía:

¡Conciudadanos del Este! Yo vengo en persona a exhortaros a la reconciliación y a la paz... Somos de la misma raza... No podemos tener más que una sola patria. Habéis sufrido mucho, lo sé. ¡Pero después que os desprendisteis de Haití, han disminuido vuestros sufrimientos! Os prometo que vuestros puestos, vuestras propiedades, vuestros usos, vuestras costumbres, vuestra religión que es también la nuestra, serán respetados. El ejército que me acompaña no es un ejército enemigo... Vuestros enemigos son los que persistan en desoír mi llamamiento...



El 14 de marzo, después de haber anunciado a sus tropas que “la campaña se emprendía con el objeto de reducir conciudadanos descarriados”, Soulouque las puso en marcha; y atravesó sin tropiezos las posiciones de Los Puertos, Comendador y Matayaya. Fue sólo al salir al llano del Cajuil, a una legua antes de llegar a Las Matas, que su vanguardia encontró y tuvo que rechazar una avanzada dominicana el 18 de marzo. En El Cajuil, Soulouque dispuso sus columnas en batalla, las divisiones de Thomas Héctor y Jeannot Jean François a la derecha; las de Casimir Vincent y Louis Michel a izquierda y el general Fabrè Geffrard (el mismo que fue después presidente) de frente con las demás tropas.

Al aproximarse el enemigo, los generales Valentín Alcántara, Antonio Duvergé (Boisgency), Matías Ramón Mella y Remigio del Castillo, quienes cubrían aquella frontera con 3 mil dominicanos, desocuparon Las Matas; y al retirarse tropezaron en El Rodeo con las tropas del general Bobo, quien venía a interceptar la línea entre Las Matas y San Juan. De allí a Cañada Honda se dio un combate que duró desde las diez de la mañana hasta el mediodía y se terminó con la llegada de las divisiones de Casimir Vincent y Louis Michel. Los dominicanos entonces se pusieron en derrota abandonando 3 piezas de cañón (19 de marzo).

En ese momento las tropas de Geffrard, Héctor y Jean François ocupaban el pueblo de Las Matas, a donde entró Soulouque a las 4 p.m. Y mientras la caballería de la guardia nacional de Las Cahobas perseguía a los dominicanos derrotados, las divisiones de Bobo, Vincent y Michel regresaron también a Las Matas.

Después de haber visitado los fuertes y pasado revista a su ejército, Soulouque marchó para San Juan a donde entró el 20 en la tarde y que encontró también desocupado, pues los dominicanos seguían su retirada; una de sus divisiones al mando del general Remigio del Castillo se dirigía al Noreste por el camino de Constanza, y las otras a las órdenes de Valentín Alcántara y Matías Ramón Mella seguían el camino real de Azua.

En San Juan, Soulouque reprimió con admirable firmeza un motín de las tropas de Mirebalais (regimiento 10) que se negaban a marchar adelante, y sólo salió de allí el 29 de marzo.



El 30, una avanzada de 60 dominicanos intentó disputar el paso del Yaque del Sur a la vanguardia enemiga del general J. Jean François, y se vio rechazada.

El 1° de abril, el mismo general encontró un regimiento dominicano apostado en Las Tablas a 8 leguas al oeste de Azua, y también lo rechazó, pero no sin pérdidas.

El día 3 de abril, Soulouque alcanzó el Río Seco a una legua al oeste de Azua; y allí dispuso su columna de ataque: una de frente al mando del general Fabr  Geffrard; y una a la derecha, hacia la playa, formada de las divisiones de Casimir Vincent, Louis Michel y Jeannot Jean François.

La defensa de Azua había sido cuidadosamente preparada por el presidente Manuel Jimenes, quien desde el 23 de noviembre de 1848 había venido a prepararlo todo para una larga resistencia. La guarnećían 7 mil hombres de Las Matas, San Juan, Azua, Baní, Santo Domingo y El Seibo, atrincherados en 3 fuertes armados de artillería y con víveres para 3 meses de sitio. Los mandaban los generales Valentín Alcántara, Antonio Duvergé, Ramón Mella, Remigio del Castillo y Juan P. Contreras. La flotilla nacional, compuesta de los bergantines “Cibao” y “Veintisiete de Febrero”, y de las goletas “General Santana”, “Merced” y “Constitución”, al mando del general Juan B. Cambiaso, cooperaba a las operaciones desde la bahía de Ocoa.

El presidente Jimenes se disponía a dirigir en persona la resistencia cuando el 2 de abril tuvo que salir de urgencia para la capital, donde lo llamaban las intrigas de sus adversarios políticos.

Soulouque, después de haber mandado explorar todas las cercanías, dio orden de atacar (5 de abril). El general Geffrard se avanzó de frente al oeste y al primer empuje desbarató los dominicanos; pero estos volvieron al combate y rechazaron al enemigo que se retiró dejando muchos muertos, entre ellos un comandante del regimiento 11, y llevándose a su propio jefe Geffrard herido en una pierna. Mientras otra columna haitiana amagaba el fuerte “Resolí” al noreste, el general Casimir Vincent, a pesar de haber sido fuertemente atacado, logró interceptar el camino de Baní al sureste, y el general Jeannot Jean François ocupó la playa.



El Viernes Santo 9 de abril, a las 8 de la mañana, los dominicanos embistieron la división de Jean François y pelearon hasta mediodía sin poder forzar su línea. A las 3 de la tarde nuevo ataque sin mejor resultado, dejando los dominicanos 32 muertos y 72 heridos. En la noche, sea traición, sea desaliento, sea verdadera necesidad, los jefes dominicanos determinaron abandonar la plaza; y mientras el comandante Em. Parmentier enclavaba la artillería, mientras la población civil corría a embarcarse por la playa, las tropas se abrieron paso al arma blanca por las lomas del lado noreste.

El 7, Soulouque penetró en Azua, en donde encontró 11 piezas de cañón de grueso calibre y gran acopio de municiones. El 8, mandó publicar una orden del día en estos términos:

Los rebeldes, después del terrible choque del 6, viéndose atacados por doquiera, se desbandaron en el día de ayer; al vernos aproximar, su jefe principal Manuel Jimenes se huyó de esta villa. Nuestras banderas van a adelantarse más: todavía algunos esfuerzos y las veremos cubrir con su sombra los campanarios de Santo Domingo.

Grande, por cierto, fue la consternación en Santo Domingo al saberse la pérdida de Azua, que se consideraba como el baluarte de la independencia; dicen que hasta se llegó a tratar de poner la bandera francesa para salvarse de la ferocidad de Soulouque.

Fortuna fue para nosotros que el enemigo perdiese 8 días en Azua dejando agotar sus provisiones y debilitar sus fuerzas.

En ese intervalo el general Antonio Duvergé logró reunir alguna gente y ocupar los montes de El Número al este de Azua. Desde El Número hasta la bahía de Ocoa, pasando por las posiciones de Las Carreras y Sabana Buey, corre de norte a sur el río de Ocoa interceptando los caminos que van para Baní: tal fue la nueva línea de defensa que con gran habilidad escogió el valiente Duvergé para las tropas dominicanas.

También en aquel intervalo, Buenaventura Báez, presidente del Congreso entonces en sesión ordinaria, logró burlar la resistencia del presidente Jimenes, e hizo nombrar al general Pedro Santana general en jefe de las fuerzas nacionales. Santana reunió 300 seibanos de los derrotados en Azua y con ellos se



apostó en Sabana Buey, mientras el general Juan Contreras se atrincheraba en El Portezuelo.

Cuando Soulouque dio orden de marchar adelante, sus tropas encontraron un primer obstáculo en la flotilla dominicana cuya artillería les impidió el paso por el camino de la playa. Habiendo intentado abrirse paso por los montes, una de sus columnas embistió las posiciones de El Número, el 17 de abril. Duvergé la rechazó con energía y les destrozó su vanguardia compuesta de los granaderos de Port-de-Paix, quienes dejaron muertos allí 50 hombres y su coronel.

Soulouque entonces mandó forzar el paso del río Ocoa por el centro de las líneas dominicanas en frente de Las Carreras. El coronel Francisco Domínguez defendió la posición contra la vanguardia haitiana y la obligó a detenerse (19 de abril).

El 20 al amanecer, Santana acudió desde Sabana Buey para reforzar la posición de Las Carreras, en donde acantonó sus tropas en este orden: en el centro 4 divisiones mandadas por el coronel Francisco Domínguez y los tenientes coroneles Blas Maldonado, Marcos Evangelista y Antonio Sosa; a derecha e izquierda dos divisiones al mando de los generales Abad Alfau y Bernardino Pérez; a retaguardia la caballería a cargo del coronel Pascual Ferrer.

El ejército haitiano también se hallaba concentrado en unos altos al oeste del río Ocoa: la división de Déjoie en un cerro al sur, la división en otro cerro al norte, y el cuerpo principal entre los dos. Pero Soulouque había temporizado mucho y sus tropas se encontraban bastante desmoralizadas, diezmadas por la disentería, por la sed (porque los dominicanos no les dejaban bajar al río) y por el hambre (pues sólo se racionaba con un poco de maíz).

Por fin el 21 de abril los haitianos hicieron un esfuerzo, y su artillería intentó romper las trincheras de la margen del río. Tal fue la causa de su perdición: favorecido por el humo de las descargas, el coronel Isidro Martínez pasó el río con 50 hombres, embistió al arma blanca una batería enemiga, la ocupó, y trabó con el centro del enemigo la pelea a que acudieron sucesivamente los 350 hombres que Santana tenía en Las Carreras. La noche puso término a una lucha encarnizada sin que las alas del ejército enemigo pudieran auxiliar su centro, el cual



fue desbaratado con grandes pérdidas y perseguido por la caballería de Pascual Ferrer.

Cuentan que el presidente Jimenes había recibido de los “hombres de color” de Port-au-Prince la seguridad de que, si resistía por algún tiempo más, ellos tendrían lugar de derrocar a Soulouque; que aquella confidencia llegó a los oídos de Soulouque, y que tal fue la causa determinante de su retirada.

El caso fue que esa misma noche los haitianos abandonaron sus cantones con el mayor silencio, dejando en aquellos montes 6 cañones, 2 banderas, 300 caballos, mil fusiles y sus heridos. El día siguiente, dos guerrillas al mando del teniente coronel Aniceto Martínez y del capitán Bruno Aquino los alcanzaron en su retirada y precipitaron su derrota.

El 23 de abril pasó Santana a conferenciar con Duvergé en El Número; y, dejando allí al teniente coronel Marcos Evangelista, los dos generales bajaron para Sabana Buey donde llegaron el 24 de madrugada. Su intención era, combinando su marcha con la flotilla de Cambiaso, avanzar por el camino real para copar al ejército haitiano antes que penetrara en Azua. Pero al llegar a Boca de Palma, a las 4 p.m. vieron las llamas del pueblo que Soulouque había mandado incendiar antes de retirarse.

El 25, Santana y Duvergé se situaron en Azua, de donde despacharon a los coroneles Sosa, Suberví y Maldonado en persecución del enemigo.

Soulouque, en su huida, incendió también San Juan, donde dejó ahorcados tres prisioneros (Pedro Mazó, José Herrera y Justo Suero); y también Las Matas, de donde lanzó (el 29 de abril) dos proclamas en que decía: “¡Soldados! Llegastéis hasta orillas del río Ocoa. Allí ocupabais una posición cuyas ventajas me permitían llevaros aun más allá. Pero no tuve a bien abusar de vuestro valor en presencia de tantas privaciones como soportabais. Me decido a regresar a la Capital.” “El gobierno quiere todavía dejar a sus hijos descarriados el tiempo de reflexionar y de arrepentirse”.

Luego salió del territorio dominicano por Las Cahobas y el 6 de mayo se halló de regreso en Port-au-Prince en donde mandó a cantar un ridículo tedeum.



Batalla de Santomé

Siempre pertinaz en su propósito de someter “las provincias rebeldes del Este”, Soulouque tenía preparada otra expedición contra nuestras fronteras. El presidente Santana, noticioso de aquellos preparativos, dejó el Poder Ejecutivo en manos del vicepresidente Manuel de Regla Mota, y en fecha 28 de noviembre de 1855 se trasladó a Azua para organizar la defensa.

A pesar de la protesta que, a nombre de la triple mediación de Francia, Inglaterra y España, le dirigieran, el 8 de diciembre, el cónsul general inglés M. T. Uslen y el encargado de la legación francesa E. Wict, Soulouque salió a campaña con un ejército de 20 mil hombres, dividido en dos cuerpos: uno que despachó por Les Verettes sobre Neiba al mando del general Garat, conde de La Petite Riviere Rosseaux; y el otro que dirigió él mismo por Las Cahobas: la división del general Valentín Alcántara a la derecha, la del general Terlonge a izquierda, y las divisiones de Voltaire Castor (conde de L’Ile-a-Vache), de Jean Hilaire Cayemite (duque de la Grande Anse) y de Fabrè Geffrard (duque de Tábara) en el centro.

En este orden, el ejército de Soulouque salió de Las Cahobas y pernoctó en Cachimán, en donde las guerrillas dominicanas de los comandantes Wenceslao Figuereo y Timoteo Ogando empezaron a hostilizarlos.

Al otro día, después de haber arrollado una emboscada dominicana en Los Cerros del Rebol, Soulouque ocupó el puente de



Las Matas; y, para evitar que sus tropas pillaran la población durante la noche, esa misma tarde las puso en marcha para San Juan.

Desde los montes de La Ceibita hasta Punta Cañas, las avanzadas dominicanas vinieron tiroteando a los haitianos, sin poder detener su marcha. Y al amanecer del 22 de diciembre de 1855, las fuerzas de Soulouque aparecieron en la sabana de Santomé.

El presidente Santana, cuyo cuartel general permanecía en Azua, había encomendado la defensa de la línea de San Juan al general Juan Contreras a la cabeza de 3 divisiones: la de vanguardia al mando del general José María Cabral, la del centro al mando del general Aniceto Martínez y la de retaguardia al mando del general Bernardino Pérez, y una fuerte caballería dirigida por el general Modesto Díaz.

El general Contreras tenía formadas sus tropas al oeste del río de San Juan en frente de la población, en este orden: los sanjuaneros al sur; en el centro los batallones de Azua, San Cristóbal, El Seibo y Baní; a la derecha el primer batallón de Santo Domingo; la caballería en reserva y 2 piezas de cañón, al mando del general Leger, abocadas en frente del camino real.

Al acercarse la vanguardia enemiga, que era la división de Valentín Alcántara, los sanjuaneros rompieron el fuego, que se generalizó bien pronto a medida que fueron desplegándose las divisiones haitianas: Casimir Cayemite, Geffrard y Terlonge en el centro, Voltaire Castor a izquierda.

Así se prosiguió el combate hasta las 10 de la mañana, hora en que, desanimados por el fuego terrible del enemigo y amenazados por fuerzas tan superiores, los dominicanos empezaron a replegarse. Ya los tambores nuestros tocaban retirada; y el general Cabral —que vino a ser el héroe de la jornada— se había adelantado a caballo en medio del campo de batalla, dispuesto a no sobrevivir a la derrota... cuando los “pajones” secos que cubrían la sabana —y que desde el principio habían tomado fuego con los tacos encendidos— se dieron a arder con mayor violencia, atizados por la brisa del este que, soplando con fuerza, empujaba el humo y las llamas contra los haitianos. Casi al mismo momento, acudió a marcha forzada



el segundo batallón de Santo Domingo; y a su cabeza se lanzó el general Cabral al combate al grito de “¡Viva la Virgen de Mercedes!”

Cuentan que, habiendo salido la caballería de Modesto Díaz a escape hacia el norte, la división de V. Castor temió verse copada y empezó a retroceder. En vano intentó el general Joseph Lafleur (conde de Petit Goave) mantener firme sus fuerzas dando el ejemplo: sólo logró morir honrosamente en el campo de batalla por mano del general Cabral. Las demás divisiones haitianas siguieron el movimiento de retroceso, mientras los batallones dominicanos volvían a la pelea; y a las 12 y 1/2 del día, todo el ejército enemigo se puso en derrota, dejando en la sabana de Santomé una pieza y 500 muertos.

Inútiles fueron los esfuerzos de Soulouque para hacerse firme detrás de unas trincheras que en Punta Cañas había mandado levantar desde la madrugada. Atacado por todos los lados por las guerrillas del general Aniceto Martínez, sólo tuvo lugar para regularizar la retirada.

Mientras la división de Geffrard detenía allí los furiosos ataques de los nuestros hasta el 23 al amanecer, Soulouque mandó marchar la división de Valentín Alcántara para Las Cahobas, dirigió sus demás tropas para Bánica, teniendo que enterrar su artillería en el camino y que rechazar a cada paso la caballería dominicana que lo fue persiguiendo hasta orillas del Artibonito.

El 24, después de haber batido la división de Geffrard, Aniceto Martínez tomó el fuerte de Las Matas y ocupó la población.

Tal fue la batalla campal de Santomé, en que la constancia del general José María Cabral y varias circunstancias providenciales dieron la victoria a 6 mil dominicanos sobre 14 mil enemigos.

Ese mismo día, 22 de diciembre, fue derrotado el ejército del general Garat en El Cambronal.





Combate del Cambronal

Las fuerzas del general Garat marchaban sobre Neiba en 3 divisiones: una al mando del general Toussaint Pierre (duque de Jacmel) se dirigía por el Sur para caer a Petitrú; la del centro, a las órdenes del general Garat, seguía la orilla meridional del lago de Enriquillo; la tercera mandada por el general Rebecca, venía por La Descubierta (orilla norte del lago). Las 3 debían atacar simultáneamente a Neiba; y después de ocupado el pueblo, habían de esperar allí las órdenes de Soulouque.

La división de Toussaint Pierre avanzó atrevidamente, y llegó a Petitrú, pequeño caserío de la costa, a 4 leguas al sur de Barahona; y se dirigió al norte. Pero rechazada por las guerrillas dominicanas en Polo, volvió al oeste, desechó los cantones de El Rincón (7 leguas al sureste de Neiba), y logró unirse con la división de Garat.

El 18 de diciembre, Garat rechazó las avanzadas dominicanas en Las Damas (a 5 leguas al suroeste de Neiba), y Rebecca las de Postrer Río (a 2 leguas y media del pueblo).

Temiendo ser envuelto por esta división, mientras le hacía frente a la de Garat, el general Francisco Sosa, jefe de aquella línea, resolvió replegar sobre Neiba, salvar las familias y abandonar la población, para sitiar luego en ella a los haitianos. Así fue que el 19 de diciembre, las 3 divisiones de Garat entraron en Neiba.



Noticioso el presidente Santana del suceso, envió desde Azua, para auxiliar a los neiberos, un batallón seibano al mando del coronel Eugenio Miches, un batallón de azuanos al mando del comandante Elías Jiménez y un batallón llanero al mando del comandante Elías Flores. Cuyas fuerzas llegaron, el 21 de diciembre, a Barranca (a orillas del río Yaque, entre Azua y Neiba), donde se había retirado el general Francisco Sosa.

Allí se le acercó el coronel Lorenzo de Sena, jefe del regimiento neibero: “General Sosa, le dijo, nosotros somos bastantes para tomar nuestro pueblo; aguárdese aquí; nosotros queremos que la primera tajada sea de los neiberos.” Efectivamente, esa misma noche 400 hombres de ese regimiento marcharon sobre aquel pueblo.

Al amanecer del 22, aquella tropa se presentó frente a las trincheras, desafiando a los haitianos. Como a las 8, salió a atacarlos la división de Garat. Los neiberos fingieron huir, y con esta estratagema lograron atraer al enemigo a las estrechuras del Cambronal (a 2 leguas al este del pueblo). Al llegar allí los haitianos, a las 11 del día, se trabó la pelea, y empezaron a caer enemigos bajo el tiroteo de los nuestros. Uno de los primeros fue el mismo general Garat, muerto por un oficial de 18 años, quien se apoderó de su caballo y de la carabina con que, dicen, Garat siendo furriel mató al emperador Dessalines. El mayor general Sanneville, al tomar el mando, cayó también mortalmente herido. A las 2 de la tarde, viendo los haitianos sus primeras filas atacadas al machete, se pusieron en retirada y bien pronto en derrota, dejando sembrados en aquellas estrechuras 200 muertos y heridos, carabinas, águilas, municiones; como también dejaron 27 prisioneros.

En la noche los neiberos llegaron a Las Matas (a una legua entre El Cambronal y Neiba), a donde fueron a unírseles las fuerzas que tenía el general Sosa en Barranca, y a las de los cantones de Rincón y Fundación.

El 24 de diciembre por la mañana, el coronel Lorenzo de Sena con 100 neiberos destrozó 2 compañías haitianas que cubrían el pueblo por Manason y allí se estableció la avanzada dominicana. Esa tarde se supo en aquel cantón la victoria de Santomé. A las 11 de noche, el general Toussaint Pierre, temiendo ser envuelto en Neiba, se puso en retirada con el ma-



yor silencio; y aunque el general Sosa despachó al comandante José I. Perdomo con 200 hombres para cortarle el paso por Barbacoa (una legua de Neiba), el jefe haitiano pudo salvar sus tropas. El 25 en la tarde regresó la tropa de José Ignacio Perdomo al cantón cargado de botín, trayendo 17 prisioneros y los baúles del duque de Jacmel.

Así fue reocupado el pueblo de Neiba y todo nuestro territorio por aquella línea.

En los mismos días, el 26 de diciembre, las tropas cibañas rechazaron los haitianos en Talanquera y los acosaban más allá del río Dajabón. Y a fines de aquel año de 1855, nuestro territorio quedó completamente libre de enemigos.





Combate de Talanquera

La República se hallaba desde algunos años bajo la triple protección de Francia, España e Inglaterra, y fiada en tales garantes, se creía libre para siempre de los ataques de su pertinaz enemigo. Éste, sin embargo, no desistía de su propósito favorito, y a fines de 1855 preparó una expedición contra nosotros, con el mayor sigilo.

Un agente, enviado a Haití por las autoridades del Cibao, exploró el interior del vecino imperio, constató los preparativos y trajo la cierta noticia de una próxima invasión. A consecuencia de esos informes, el gobierno mandó concentrar tropas en ambas fronteras. A fines de noviembre de 1855, el regimiento de Santiago y su brigada de artillería, al mando del coronel José Desiderio Valverde bajaron a Guayubín, donde, los contingentes de La Vega, de Puerto Plata, de Moca y demás comunes se les fueron agregando. El general Fernando Valerio mandaba la Línea; el general Juan Luis Franco Bidó fue nombrado general en jefe del ejército del Noroeste.

El 22 de diciembre, mientras que Soulouque atacaba en persona nuestra Línea Suroeste, otro cuerpo haitiano pasó el río Dajabón. Avisado al momento, el general Juan Luis Franco Bidó puso sus tropas en movimiento en este orden: el coronel Valverde con el regimiento de Santiago y los dajaboneros a la vanguardia; el coronel José María López con la artillería; el



general Fernando Valerio a retaguardia. A las 11 de la noche, nuestro ejército ocupó los cerros de Talanquera, y a medianoche se estableció más allá, en la sabana del mismo nombre. Ya los haitianos se encontraban en Sabana Larga.

El 28 de madrugada, el regimiento de La Vega y el regimiento de Jacagua se posesionaron del cerro Pelletier al norte del camino, mientras que los serranos se establecían al sur en El Llano. Al amanecer, los cazadores de Santiago se desplegaron en guerrillas en el monte de Macabón, y desde allí empiezan a hostilizar a los haitianos formados en la sabana de Macabón. Éstos contestaron con un violento fuego de artillería, pero sin atreverse a avanzar sobre nuestras líneas.

Así se pasó el día 23, y también el 24. En la noche del 24 al 25, los haitianos, desconcertados por nuestra táctica y quizás avisados de la derrota de su otro ejército en Santomé, se decidieron a retirarse. Habiéndose notado su movimiento, el coronel Gaspar Polanco los fue persiguiendo con nuestra caballería hasta Beler.

El 26, nuestro ejército se puso en marcha, ocupó el alto de Beler y presentó batalla al enemigo. Después de un largo espacio de tiempo, no pudiendo atraerlos al combate, el general Juan Luis Franco Bidó mandó retirar las tropas y acantonarlas de nuevo en Talanquera.

El 3 de enero de 1856, volvió a presentar batalla a los haitianos de Dajabón y regresó a Talanquera, de que hizo definitivamente su cuartel general hasta la batalla de Sabana Larga.

El Orden, 16 de mayo de 1875.



Batallas de Sabana Larga y Jácuba*

Las tropas cibañas que habían rechazado en Talanquera, a fines de 1855, una agresión de los haitianos sobre nuestra Línea Noroeste, permanecían acantonadas en aquel punto. Fastidiados de una larga y desmoralizadora inacción nuestros jefes Juan Luis Franco Bidó, Fernando Valerio y José Desiderio Valverde enviaron un cartel al general enemigo Paul Jean Jacques a Juana Méndez, desafiándole a una batalla campal.

El 22 de enero de 1856, las tropas de Soulouque pasaron el río Dajabón, se extendieron por los caminos de Beler en número de 10,000 hombres y avanzaron hasta la sabana de Jácuba. Avisados al momento por nuestra descubierta el general Valerio y el coronel Valverde, mandan tirar alarma, reúnen todas sus fuerzas, se ponen en marcha y en la noche ocupan el alto de Sabana Larga con cinco mil soldados y una escasa artillería.

* Publicado con la siguiente nota del autor: “Hace mucho tiempo nos viene acosando el deseo de publicar la relación de las guerras que los dominicanos sostuvieron contra Haití, y de ofrecer a los jóvenes nuestros contemporáneos el recuerdo de las victorias de nuestros padres. La fecha memorable del 24 de enero y la complacencia de uno de los héroes de las campañas de 1855 y 56 nos han determinado por fin a presentar aquí la sencilla narración de la Batalla de Sabana Larga y Jácuba”. El Dr. Llenas convivió y compartió, principalmente en Santiago y Puerto Plata, con muchos de los héroes de nuestras luchas de independencia, los cuales le sirvieron de fuente informativa de primera mano para escribir sus textos. (Nota del editor).



La lluvia que cayó con abundancia esa noche detuvo a los dos ejércitos en sus posiciones el día 23.

El 24 de madrugada los dominicanos toman sus puestos de combate. A la izquierda el general Manuel Jiménez y los coroneles Antonio Batista y José Hungría con las tropas de Sabaneta y de las Sierras, se establecen al pie de las serranías en una posición que atraviesa el camino de Dajabón a Sabaneta. Algunas guerrillas bajo el mando de los generales Lucas de Peña, Pedro Florentino y Juan Ariza se hallaban emboscadas a nuestra derecha en los montes de Carnero. El grueso de nuestra infantería, para defender el camino de Dajabón a Guayubín, se había desplegado en una sola línea en la parte occidental de la Sabana Larga, y en el intervalo de sus regimientos tres piezas de cañón cruzaban su puntería sobre el punto por donde había de aparecer el enemigo; todos los soldados estaban tendidos por tierra entre los pajones, permaneciendo sólo de pie tres pequeños grupos de artilleros disimulando cada uno su pieza. La caballería estaba oculta a retaguardia.

El sol se levantaba apenas, dorando con sus primeros rayos aquellas extensas llanuras, cuando el ejército haitiano se puso en marcha. Una de sus columnas, dirigida por el general Cayemite, se adelantaba por el Sur y atacó a nuestras tropas de la izquierda. Dominados por fuerzas tan superiores, los batallones de las Sierras y de Sabaneta se pusieron en retirada. Al ruido de la artillería, el coronel Valverde temió que el ataque principal fuese sobre aquel punto y al momento envió allí a los generales Manuel Mejía y Nicolás Minaya con un batallón de La Vega, otro de Jacagua y la compañía de cazadores de Santiago: la llegada de este refuerzo restableció nuestra posición y detuvo a los haitianos.

Pero ya su cuerpo principal se veía avanzando por medio de los montes que separan el llano de Jácuba de Sabana Larga; y sus jefes se admiraban de que en esta sabana sólo apareciesen tres pequeños grupos de dominicanos, y que éstos permaneciesen firmes delante de sus fuerzas. Ya el ejército haitiano estaba a distancia de artillería, cuando a la voz del coronel Valverde los pelotones de nuestros artilleros se abrieron de repente despejando así a nuestras piezas, cuyo fuego simultáneo estalló como el rayo y detuvo en un momento la cabeza de la columna



enemiga. En el mismo instante un grito intenso resonó en la sabana: baterías de tambores y clarines se oyeron de todos lados y de entre los pajones se levantó como un solo hombre nuestra infantería regularmente formada y llena de entusiasmo. En vano los jefes haitianos animaban a sus soldados atónitos, y los lanzaban adelante: de minuto en minuto nuestro fuego cruzado los desbarataba, cubriendo el suelo de cadáveres. Finalmente se dejó ver cierta vacilación en las filas enemigas, que empezaron luego a retroceder.

Eran las 8 de la mañana.

Entonces nuestros soldados, con el coronel Valverde a pie a su cabeza, se lanzan al paso de carga, y como leones se arrojan sobre los flancos de los haitianos. Sin romper las filas, éstos se forman en cuadro y en este orden siguen retrocediendo. Su otra columna también había tenido que ceder al valor de los nuestros, y marchaba en retirada, que nuestras guerrillas, saliendo de sus emboscadas, cambiaron en precipitada fuga.

Notando sin embargo que los haitianos no se detuviesen de tiempo en tiempo para rechazar nuestros ataques, en la subida de la Cahobanita, el general Paul Jean Jacques estableció un cañón y una brigada con orden de resistir hasta el último hombre para salvar el resto de su ejército para apoderarse de aquella posición, después de haberla cercado por los flancos, los dominicanos tuvieron que hacer heroicos esfuerzos y penosas pérdidas.

Sobrepujado este obstáculo, nuestros soldados no hallaron delante de sí sino tropas desbandadas y en completa derrota. En la sabana de Jácuba fue el mayor destrozo de aquellos fugitivos: allí los invasores perecieron por centenares. Su general en jefe, después de haber tirado él mismo el último cañonazo, hubo de escaparse en un caballo en pelo. El emperador Faustino Soulouque, que había venido hasta Juana Méndez a presenciar la destrucción de los mulatos rebeldes del Este (así nos llamaba), se retiró furioso al día siguiente vengándose en los suyos de la derrota que les infligiéramos.

Los dominicanos, después de haber perseguido al enemigo hasta cerca de Dajabón, se detuvieron a las tres de la tarde, y reconcentrándose en orden volvieron atrás a pernoctar en Sabana Larga sobre el campo de batalla, a donde recogieron sus



heridos y sus muertos, éstos en número de dieciocho. Las bajas del enemigo en aquella jornada fueron incalculables: testigos oculares afirman que sus cadáveres se encontraban en montones.

Cuarenta prisioneros, banderas, águilas, cajas de guerra, monturas, armas y pertrechos en inmensa cantidad fueron los trofeos de esa victoria que puso fin a la campaña y término a las invasiones de Haití, o mejor dicho, de Soulouque, pues las poblaciones sujetas a ese ridículo conquistador se curaban poco de tan infructuosas como desastrosas expediciones.



Efemérides de la Restauración dominicana

I

La sangre de los patriotas sacrificados a los intereses de uno de los partidos que desgarraban a España, no podía menos de reanimar el sentimiento nacional entre los dominicanos; los desmanes calculados del brigadier Buceta y las crueldades del comandante Campillo llevaron esa animosidad hasta la exasperación, y las ideas revolucionarias se fueron rápidamente propagando por todas partes.

Gran número de individuos implicados en los movimientos de febrero andaban prófugos por los lugares de la Línea Noroeste: unos ocultos de Capotillo, entre éstos los generales Santiago Rodríguez, José Cabrera y Benito Monción.

El 16 de agosto de 1863, Santiago Rodríguez, Benito Monción, José Cabrera, Mariano Monción, San Mézquita, el español Angulo y doce compañeros más se reunieron en aquellos montes y atacaron el rancherío de Capotillo, ocupado por una compañía de cazadores del batallón “San Quintín”. El ataque fue rechazado, pero ya se había lanzado el grito de independencia; ya estaba iniciada la guerra de la Restauración.

Ese mismo día, Buceta fue a Estero Balsa y, al salir de regreso para Dajabón en su marcha fue inquietado por una guerrilla dominicana. En la tarde, varios dragones sublevados por el general Pedro A. Pimentel destruyeron una ronda española en Jácuba, y los insurrectos de Capotillo vinieron a unirse con ellos.



El 17 de agosto, habiendo salido de Dajabón con media compañía de cazadores, media de granaderos y 10 dragones, Buceta llegó al paso de Jácuba donde le aguardaban Benito Monción y Pedro A. Pimentel; y allí se trabó el combate. Sin embargo la tropa española pudo pasar y siguió en retirada por Maguaca. En la noche, los prófugos de La Malena y El Ejido se reunieron y marcharon sobre Monte Cristi con Alejandro Campos y Federico de Jesús García.

El 18 de agosto, en la mañana, esta partida cuyo número era de 22 hombres, invadieron la población, atacaron al general Ezequiel Guerrero que se defendió valerosamente en el local de la comandancia con 10 españoles, y lo obligaron a capitular. Casi al mismo tiempo, el capitán Antonio Gómez con 50 hombres de Jaibón atacaba al pueblo de Guayubín y era rechazado. Por la tarde, los generales Manuel González y Juan Antonio Polanco atacaron de nuevo a ese punto con 200 dominicanos por el cementerio, y lo tomaron, después de haber destrozado la compañía española que lo defendía; en el combate, la población tomó fuego y fue presa de las llamas. Una ronda española de 25 hombres que venía de Escalante, habiéndose presentado en Guayubín, trabó de nuevo el combate y fue destruida.

En ese intervalo, Buceta había pasado el Yaque por Castañeda, burlando la persecución de los dominicanos y el 18 había salido al Cerro de los Muertos.

El 19, Benito Monción y Pedro A. Pimentel, que le habían perdido la huella y habían llegado a Guayubín, noticiosos de su aparición, se pusieron en su persecución, y lo alcanzaron en Hatillo; Buceta, hostilizado terriblemente, siguió efectuando su retirada por escalones.

El 20, al amanecer, llegaron los españoles a Guayacanes, donde esperaban encontrar refuerzos de reservas dominicanas. Desengañado, Buceta abandonó su tropa, y sus soldados atacados por los dominicanos, a los que acababa de incorporarse el general Gaspar Polanco, se desbandaron. Buceta, vivamente perseguido por Monción y Pimentel, y alcanzado en Pontón por ellos, se salvó merced a la ligereza de su caballo, dejando los dos dragones que llevaba, muertos o prisioneros.

Ese mismo día, el general José Salcedo (a) Pepillo, que se había fugado de los calabozos de Santiago, se unió a los domi-



nicanos que permanecían en Guayubín, los cuales bajaron luego a Dajabón. La media compañía de granaderos que guarnecía a Beler y a la que se había unido la media compañía de cazadores dejados en Capotillo, pasaron el río Dajabón y se rindieron a las autoridades haitianas de Juana Méndez.

II

Sin embargo, la noticia de los acontecimientos de la Línea había llegado a Santiago, y una columna de 350 españoles del batallón “San Marcial” con 40 dragones y 2 piezas de montaña había salido bajo el mando del coronel Abreu, a reforzar o salvar a Buceta.

Seguido y atacado desde Guayacanes por una guerrilla dominicana que mandaba Antonio Gómez, el coronel Abreu, al saber la derrota de Buceta y su fuga, mandó contramarcha. Pero al volver atrás, encontró a los dominicanos ocupando el cementerio de Guayacanes. Allí tuvo lugar un primer combate a las 6 p.m. Los dominicanos, desalojados por los disparos de la artillería, abrieron paso; pero hirieron mortalmente al jefe enemigo, y siguieron hostilizando la columna. Un segundo combate tuvo lugar en Esperanza. Al llegar a La Emboscada, la tropa española recogió al brigadier Buceta, que solo y extraviado en los montes, había debido la vida a la generosidad de un dominicano. La columna entró a Santiago, llevando 25 heridos y dejando 50 de sus soldados cadáveres tendidos en el camino.

Por otro lado, el general José María López, comandante de armas de Sabaneta, reforzado por el general José Hungría con 50 españoles de «San Quintín», había marchado sobre Capotillo y llegado hasta El Pino. Avisados allí de la derrota de Buceta, esos jefes volvieron atrás, tomando el camino de La Sierra, y desde Arroyo Blanco fueron atacados por guerrillas insurrectas; sin embargo pudieron llegar, el tercer día al amanecer, a San José de las Matas. Casi al mismo tiempo se presentaba allí el general Bartolo Mejía con las tropas insurrectas de Mao. Una capitulación tuvo lugar, y el pabellón cruzado reemplazó la bandera española. Pero Bartolo Mejía habiéndose descuidado, sus tropas se dispersaron, y Hungría pudo efectuar su retirada hasta Santiago, a donde llegó el 26 de agosto.



Mientras tanto, el jefe dominicano Silverio Delmonte, perseguido por las autoridades españolas, se había levantado en El Palmar y marchado a El Guanábano, recogiendo hombres. Cuando llegó a La Peñeta, pudo reunir 30 soldados a los 25 que Gaspar Polanco tenía acantonados en ese punto. Allí permanecieron 6 días, reforzando su tropa, hasta poder contar con 140 hombres, con los que se avanzaron hasta Quinigua. En 4 días que se detuvieron en este lugar, engrosaron algo más sus fuerzas y se procuraron algunos pertrechos; así se iba organizando el ejército principal de la revolución.

Por el Norte, Juan Nouesit (a) Lafy y Pedro Martínez habían puesto en armas los campos de la jurisdicción de Puerto Plata, y habían atacado aquella población, el 27 de agosto. Los 200 españoles que la guarnecían se retiraron al fuerte San Felipe. Pero el 28, habiendo recibido por mar un refuerzo considerable, los españoles la reocuparon, rechazando a los insurrectos, después de un reñido combate de 16 horas.

Por Canca, jurisdicción de Moca, Manuel de J. Núñez y Eloy Aybar hicieron tomar las armas a los habitantes de esa sección, el 28 de agosto, y el día siguiente marcharon sobre Moca, poniendo un cantón de 100 hombres en La Ceiba. El 30 a las 10 a.m. invadieron aquella villa, mientras que Manuel Rodríguez (a) El Chivo la atacaba por el camino de La Jagua. La compañía española que defendía aquella plaza, acosada por el incendio de la cárcel, se retiró a la iglesia, y el comandante de armas, Ceara, capituló a las 3 p.m. El gobernador de La Vega, general Esteban Roca, abandonó también esa población y se retiró para Santo Domingo con las fuerzas a su mando.

Por fin, los dominicanos acantonados en Quinigua se pusieron en marcha el 31 de agosto, un número de 240 hombres; y a las 9 a.m. se presentaron de repente en la sabana de Santiago. La tropa española, que defendía la entrada de la población, no tuvo tiempo de hacerles sino una descarga y un solo disparo de cañón. Los dominicanos se lanzaron al arma blanca a la carrera, y penetraron de todos lados en la población. Los españoles se retiraron precipitadamente al fuerte de San Luis, donde los oficiales dominicanos de la reserva hubieron de seguirlos: el fuerte quedó pues guarnecido con 1,500 hombres. Al momento, los patriotas se organizaron: la comandancia de



armas fue establecida en la cárcel y el cuartel general en La Ceibita. Luego dirigieron un ataque contra el fuerte; y fueron rechazados, sufriendo algunas bajas. Sin embargo sus filas iban engrosándose de hora en hora con los habitantes de los campos y esa misma tarde se racionaron en la ciudad cerca de 3 mil soldados de la Libertad. En la noche el general Teodoro Gómez pasó a Marilópez y estableció allí un cantón, de que tomó el mando el general Andrés Tolentino y más tarde el general Gregorio Luperón quien, desde febrero se hallaba oculto por La Vega.

La Paz, 4 de septiembre y 16 de octubre de 1875.





Apuntes históricos y estadísticos acerca de Puerto Plata*

I

En el itinerario del primer viaje de Colón, compendiado por el Padre Las Casas, leemos:

Viernes 11 de enero de 1493. El Almirante salió a media noche del Río de Gracia (Puerto Isabela) con viento de tierra, Navegó al oriente hasta un cabo que llamó Belprado (Punta Patilla), a cuatro leguas de distancia. Al dirigirse de allí al Sureste, se encuentra el Monte de Plata, hasta el cual dice hay una distancia de 8 leguas. Al Este-Sureste de Belprado, se encuentra otro cabo que llamó del Ángel (Punta Sosúa); y entre este cabo y el Monte de Plata hay un golfo, y las mejores y más bellas tierras

* Este ensayo fue publicado originalmente en el periódico *El Porvenir* de Puerto Plata en 1891, y reproducido por *El Eco del Pueblo* de Santiago de los Caballeros en el mismo año, con la siguiente nota:

“HISTORIA

“Nuestro periódico ha contado y cuenta en el número de sus colaboradores al ilustrado santiagués doctor Alejandro Llenas, de cuya bien cortada pluma numerosos son los trabajos que han visto la luz en *El Eco*.

“El doctor Llenas reside, como es sabido, ha tiempo en Puerto Plata, donde ejerce su profesión con alto beneplácito y provecho de aquel vecindario. Pero como el doctor Llenas es hombre laborioso en sumo grado, reparte su tiempo entre las obligaciones de su arte y el culto de las letras con ese entusiasmo propio de algunas privilegiadas inteligencias, como la posee el ilustrado Dr. Llenas, con cuya amistad nos honramos desde ha mucho tiempo.



*del mundo. Aquellas llanuras son todas altas y magníficas, y se extienden mucho por el interior: se divisa además una serranía que va de oriente a poniente, que es muy extensa y muy bella. En la falda del Monte de Plata hay un puerto excelente, que tiene 14 brazas de fondo en su entrada. Aquella montaña es muy alta, magnífica y muy poblada; y el Almirante conjeturaba que tendría grandes ríos, y encerraría mucho oro. (Navarrete, *Relación de los viajes de Colón*).*

El Almirante –dice Las Casas– llamó aquel monte Monte de Plata, porque es muy alto, y en su cima hay siempre neblina que lo hace aparecer como blanco o plateado, y el puerto que se encuentra en su falda, tomó de su nombre el de Puerto de Plata. (Las Casas).

Tal es el acta de descubrimiento y como la fe de bautizo de nuestro pintoresco e histórico puerto, escrita nada menos que por el inmortal descubridor del Nuevo Mundo y por el venerable Apóstol de los Indios.

El Puerto de Plata –dice Valverde– fue descubierto por el Almirante en su primer viaje... y en otro viaje lo reconoció junto con su hermano el Adelantado Don Bartolomé; y trazaron el plano de la población que después se hizo en aquel paraje”. (Idea del valor de la isla Española).

“Considerando muy útil por demás los apuntes que el Dr. Llenas publica en *El Porvenir* de Puerto Plata, no vacilamos en reproducirlos en *El Eco* como testimonio de que sabemos apreciar en lo que valen este como los demás conocidos trabajos del Dr. Llenas.”

El ensayo fue también reproducido en la revista *Renacimiento*, No. 17, del 6 de octubre de 1917. *El Eco del Pueblo*, además, publicó el ensayo de Llenas “Apuntes históricos y estadísticos sobre Santiago de los Caballeros”, tomándolo igualmente de *El Porvenir*, y cuyo texto se incluye ahora en este volumen. (Nota del editor).



II

Pero la fundación efectiva no tuvo lugar en aquel entonces, porque el establecimiento de La Vega y luego de la Nueva Isabela (Santo Domingo) próximas a las minas, llamaron de preferencia la atención del Almirante. El fundador de Puerto Plata fue el Comendador Nicolás de Ovando. Los primeros colonos enviados por él con este propósito en 1502, fueron poco afortunados: venía por mar; al pasar frente a la isla Saona, desembarcaron en la costa vecina; y allí los indios del cacique Cotubanamá los sorprendieron y les dieron muerte. Ovando despachó otra expedición; y la nueva villa se encontró establecida, quizás por Rodrigo de Mejía, el mismo que fundó, en aquel año de 1503, el Puerto Real en la bahía de Caracol. El caso es que en 1504 Puerto Plata viene ya contada entre las principales ciudades de La Española. También refieren los historiadores que el mismo Ovando mandó a abrir un magnífico camino, que arrancando de Puerto Plata, llegaba hasta La Vega Real y de allí a Santo Domingo.

En 1508, por decreto del 6 de diciembre, en que el rey Fernando concedió escudos de armas a aquellas ciudades, Puerto Plata recibió por atributos: sobre escudos de plata una montaña verde dominada por las letras F. I. coronadas, y a su falda un mar de olas azuladas.

Parece que desde aquella época supieron los colonos aprovechar la extraordinaria feracidad de estas tierras, “las mejores y más bellas del mundo”, dijo Colón; y que se hicieron por acá plantaciones de cañas cuyas primeras plantas fueron importadas de Islas Canarias por Pedro de Atienza, en 1506. En un informe que en aquellos principios dio la Audiencia a la Corte, dice (...): “Que el Puerto de Plata estaba muy floreciente, al cual concurrían las naos de España en gran número, y todas encontraban su cargamento de azúcar.” (Valverde, *Idea del valor*, Cap. XI). Quizás remonten a aquel tiempo los curiosos vestigios encontrados, no ha mucho, entre Muñoz y Camú, y que se supone ser restos de la famosa mina de Tancí.

Es probable que la población ocupaba entonces la parte de la localidad próxima a la plaza actual del Parque, pues la tradición afirma que la iglesia primitiva se levantaba en el mismo



sitio que la iglesia de hoy, y que siempre fue considerado aquel lugar como tierra santa.

Cuando, en 1511, se establecieron los primeros obispados en La Española, Puerto Plata formó parte de la jurisdicción diocesana de La Concepción de La Vega.

III

Poco duró la actividad comercial que hacía nuestro puerto tan floreciente. Los descubrimientos de otras y más ricas comarcas, y las expediciones a Tierra firme dieron principio a la decadencia, que en 1520 era ya manifiesta. Entonces “las naciones extranjeras, principalmente los holandeses, se aprovechaban de esta calma. Ellas llevaban clandestinamente sus efectos y sacaban nuestros frutos”. (Valverde, *Idea del valor*. Cap XII).

“Informada la Corte de este fraude”, decidióse a cerrar las puertas de la costa septentrional, que era por donde más se practicaba el contrabando; pero aquella medida no llegó a hacerse radical sino más tarde.

Es probable que los horrorosos terremotos de 1564, que dieron por resultado el hundimiento de la antigua Concepción de La Vega y del primitivo Santiago, contribuyeron a arruinar Puerto Plata y a dispersar sus pobladores.

Por fin, en 1606, la Corte de España mandó a demoler las plazas marítimas que no podía guardar, principalmente Monte Cristi y Puerto Plata. Los vecinos de las dos poblaciones fueron llevados al Sur de la colonia, y reunidos en un pueblo que, en memoria de los nombres de ambas, fue llamado Monte de Plata.

Durante todo el siglo XVII y primera mitad del XVIII, el puerto quedó desierto y abandonado. La única mención que de él hacen las historias en aquel intervalo, es referente a una expedición que por allí efectuaron los filibusteros franceses. Cuenta Charlevoix que, el Domingo de Ramos de 1659, 400 piratas salieron de Port-de-Paix en una fragata de Nantes, bajo el mando de Delisle, Adam Lormot y Aune Leroux. A los dos días desembarcaron en Puerto Plata, tan completamente desierto, que no hubo quien diese alarma por su llegada. Así fue,



que marcharon al interior sin ser descubiertos; y el Viernes Santo, sorprendieron al pueblo de Santiago y lo ocuparon. Después de pillarlo y de haber cobrado 5,000 pesos fuertes por la conservación de las casas, los piratas se retiraron por el mismo camino, no sin combate, y se embarcaron por Puerto Plata. Refiere además el historiador Charveloix que en su tiempo (1716), el distrito de Puerto Plata sólo encerraba 360 hombres adultos; que allí se cosechaba un poco de trigo y tabaco por valor de \$60,000.

IV

A pesar de que el Erario no hizo más esfuerzo considerable que continuar la remesa de situado (subvención de \$250,000 que se traían anualmente de México para las erogaciones administrativas); ni enviado más población que algunas familias miserables de isleños de las Canarias, de los cuales la mayor parte desertaba o moría a los principios, ya por los males de que iban plagados, ya por el aire corrompido de unas tierras que ellos mismos comenzaban a desmontar para entrar a habitarlas: parecerá increíble que la colonia saliera de situación tan precaria. (Valverde, Idea del valor, Cap. XV) y sin embargo la primera mitad del siglo XVIII vio tan feliz como extraño cambio de nuestro país; y a Puerto Plata le tocó su parte en aquella buena fortuna.

En un acto notarial del archivo de Don Pedro Eugenio Curiel y Luna —a cuya complacencia debemos el haberlo consultado— consta

que Francisco Oliver Basconcelos, el cual era en 1755 Capitán Comandante de las milicias, de esta ciudad de San Felipe de Pto. Plata, fue uno de los primeros fundadores venido de tierra adentro de esta isla, a quienes el Señor Presidente, Gobernador y Capitán General, Don Alonso de Castro y Mazo (que gobernó de 1730 a 1737) entregó tierras de labranzas. (Comprobantes de 1885, No. 47).



De este documento resulta que la repoblación de Pto. Plata tuvo principio por los años de 1730.

“En el gobierno del Excmo. Señor Don Francisco Rubio y Peñaranda, fue que logró la nueva población de Monte Cristi su real indulto de comercio libre con todas las naciones por 10 años... Bajo del propio gobierno se volvió a poblar a Puerto Plata”. (Valverde, *Idea del valor*, Cap. XV); y su puerto consiguió las mismas franquicias. “Con esto solo, añade Valverde, fueron inmensas las sumas que por allí corrían a lo demás de la isla”. Otro acto notarial de la escribanía de Don Pedro E. Curiel y Luna (Comprobantes de 1885), nos hace saber:

que en febrero de 1755 se encontraba en Pto. Plata Don Manuel de Portoalegre y Carrión, juez comisionado por Don Juan de Arredondo, Alcalde Mayor de Santiago y abogado de la Real Audiencia, ocupado en entregar los solares y tierras a los vecinos, lo que prueba que la población venía aumentándose y los solares cobrando mayor valor.

En 1780, en tiempo de Valverde, “Puerto Plata no sólo se mantuvo con aquella franquicia del comercio libre por 10 años, sino que había enriquecido y crecido la población... y por aquellos puertos (de Monte Cristi y Pto. Plata) se contaban 5,500 almas” (*Idea del valor*, Cap. XV).

Es probable que el convento de San Pedro ad-Víncula, cuyos vestigios pueden verse aún al oeste del Cementerio, calle del Progreso, fue edificado en aquella época de nueva prosperidad, como también el torreón llamado “El Cubo”, en la punta oriental del puerto.

A beneficio de su aislamiento en medio de su distrito y de sus raras aún comunicaciones con el interior, vemos a Puerto Plata permanecer tranquilo y salvo de las desgracias de la grande revolución, que trastornó y ensangrentó toda la isla de 1790 a 1808. Pero parece que aquellos disturbios detuvieron y hasta mermaron su progreso.

En la *Estadística de la parte española de Santo Domingo*, formada por el Sr. Lyonnet, agente del gobierno francés, en 1802, se dice que



desde la Bahía Escocesa hasta más allá de La Isabela se extiende una gran llanura, pero sin cultivo, salvo algunas plantaciones rudimentarias en las cercanías de Puerto Plata y de La Isabela, que Puerto Plata es el único pueblo que se encuentra por allí, y que se puede evaluar la población de esta costa en 3,500 individuos... Que desde la cesión de este país a Francia, varios franceses han emprendido cortes de madera del lado de Puerto Plata.

Cuentan los ancianos que por los años de 1820, la población ocupaba la parte alta, al sur de la localidad, al pie del cerro llamado “Morro de Agua”. La capilla del antiguo convento de San Pedro ad-Víncula servía de iglesia parroquial; y el cementerio se encontraba en los solares próximos a la iglesia actual. Los isleños, primeros pobladores, habían llegado a hacerse poderosos y apenas toleraban la presencia de los Agentes de la Metrópoli. En mayo de 1819 residía en esta ciudad el Alcalde Mayor de las villas y lugares extramuros de Santo Domingo, que los era entonces don Gregorio Morel de Santa Cruz; y el comandante militar era don Antonio López Villanueva. (Archivo notarial de don Pedro Eugenio Curiel y Luna).

V

Tal era la situación de este pueblo, cuando se efectuó la doble evolución política de 1821. Las ideas de emancipación habían cundido por todo el país; pero, mientras el patriota Núñez de Cáceres se proponía hacer de nosotros un estado libre, ciertos hombres del Norte, faltos de fe, pensaron en unirnos al estado de Occidente; así fue que, tan luego como aquél expulsó de la Capital a las autoridades españolas, una junta de 30 individuos pronunció a Santiago a favor de Haití. Ese mismo día (29 de diciembre de 1821) aquella “Junta Central provisoria”, ofició a las autoridades de Puerto Plata, excitándolas a imitar su ejemplo. El Ayuntamiento, representado por Joaquín Bidó, Luis Rodríguez Pilarte y Francisco Antonio del Campo, envió su adhesión el 31 de diciembre; la carta de sumisión del Comandante Militar Antonio López Villanueva, dirigida a la



Junta con la misma fecha, dice que “deseando conservar la tranquilidad pública y sabiendo que ya los demás pueblos habían dado su adhesión, se había decidido a enarbolar el pabellón haitiano.”

Cuando Boyer se dispuso a entrar en nuestro territorio por el Sur, mandó al general Bonnet a avanzar por el norte con las divisiones de Prévost, Jacques Simón, Campos Tavárez y Plácido Lebrón. El 31 de enero de 1822, la columna de Bonnet entró en Santiago; y de allí salió la División de Jacques Simón ese mismo día para ocupar a Puerto Plata. El general Jacques Simón vino, pues, a ser el primer gobernador haitiano de este pueblo.

Por los años de 1826 viajó por esta comarca el inglés Charles Mackenzie; he aquí lo que dice referente al Puerto Plata de ese tiempo:

El camino que lleva de Santiago a Puerto Plata corre el oeste por el llano antes de internarse en las montañas, por donde pasa después, a través de bosques regados con rápidos arroyos: ese camino está muy descuidado... El pueblo de Altamira consta de 50 bohíos, y ocupa una hermosa situación en medio de alturas, y allí se goza de un aire agradable; las cercanías parecen bien cultivadas... A una legua antes de entrar a Puerto Plata llegamos a un terreno llano; era placer contemplar aquella llanura cubierta por lozana vegetación y limitada por el mar! Cerca del camino se ve el ingenio del Gral. J. Simón, Comandante del Distrito, cuya hacienda según dicen, es de las mejores de la isla. Más allá existen otras pequeñas fincas, primorosamente dispuestas, que son propiedad de unos colonos americanos. El pueblo es una reunión de casitas miserables. El Gral. Simón era un moreno inteligente, de regular educación, de maneras muy decentes, y tiene fama de valiente. Dice que, en años atrás, era éste un pueblo floreciente; pero ahora está arruinado. El poco comercio que por allí se hace, sólo consiste en caoba y otros escasos productos. (Notes of Haiti, Cap. VIII).

Por aquel tiempo (1821) fue que vino a hacerse cargo de esta parroquia el Presbítero González Regalado; y debemos



recordar esta fecha, porque la vida de aquel ilustrado y patriota sacerdote estuvo siempre ligado con la suerte de Puerto Plata. Su predecesor había llegado a edificar de mampostería, en el sitio en que la vemos, la iglesia parroquial, que vino a sustituir la antigua capilla del convento; y habiendo ésta caído en sus ruinas sus escombros fueron dispersados.

La dominación haitiana pasó por este pueblo sin ningún disturbio. Al general Jacques Simón sucedió en el mando el general Charles Pierre, el cual gobernó poco tiempo; y fue sustituido en 1842 por el general Cadet Antoine, quien desde muchos años desempeñaba la Comandancia de Armas. Bajo esa administración fue que se añadieron al torreón del “Cubo” las dos torres laterales que hoy se ven, la una casi en ruina y la otra restaurada últimamente.

El terremoto de 1842 se hizo sentir aquí con la misma intensidad que en todo el Norte de la isla. Pero no hubo que lamentarse desgracia ninguna, porque las casas, casi todas de madera, resistieron a las conmociones. Sólo la iglesia quedó agrietada, lo que dio lugar a que se derribase completamente el frente para dar más ensanche al edificio; y éste pudo durar hasta la fecha fatal de 1863.

VI

El movimiento de Separación iniciado en Santo Domingo el 27 de Febrero de 1844, no llegó a propagarse hasta Puerto Plata sino doce días después. Luego que se pronunció Santiago, el delegado de la Junta Gubernativa, don Ramón Mella, se puso en marcha para acá con una fuerte escolta. Animados por esa noticia, los dominicanos, capitaneados por don Antonio López Villanueva, tomaron la cruz blanca; y el general Cadet Antoine con las tropas haitianas se retiró al fuerte. Allí se firmó una capitulación por la cual el general Antoine entregó la plaza al delegado don Ramón Mella; y la bandera dominicana se enarboló sin desgracias.

No habían pasado dos años, cuando esta población se vio amenazada por los haitianos. Una expedición de 150 hombres en 3 goletas al mando del general Cadet Antoine salió del



Guarico, se dirigió sobre esta costa, y en la noche del 20 de diciembre (1845) se aproximó a Puerto Plata, que ellos sabían estaba sin defensa, pues todas nuestras tropas andaban en campaña por la frontera. Por fortuna, las neblinas y la oscuridad de la noche engañaron al jefe enemigo; y sus buques, en vez de entrar al puerto, fueron a dar contra las piedras de Maluis (1/4 de legua al este de la población), en donde se perdieron; y los expedicionarios tuvieron que rendirse a la escasa fuerza que formaba nuestra guarnición.

Después de este suceso el tiempo de la primera República fue un período de tranquilidad y de adelanto para este pueblo; varias casas de comercio alemanas –cuyos jefes han dejado aquí excelentes recuerdos– dieron grande importancia al puerto, que de este modo vino a ser el emporio del Cibao. En 1845 los derechos de importación eran de \$99,790 y los de exportación de 6,469; dos años después ya ascendían los primeros a \$208,800 y los segundos a \$74,716. Consistieron estas exportaciones en 27,902 quintales de tabaco, 57,667 pies e caoba, 203,300 libras de cera y otros productos.

Tal fue el aumento del tráfico entre Puerto Plata y el interior, que se vino a notar la insuficiencia del camino; en 1847 y en 1852, el gobierno dictó decretos para la apertura de un nuevo camino, mejora que desgraciadamente no se pudo llevar a cabo. En 1852 se calculaba en 191,000 quintales el número de cargas que transitaban anualmente del Cibao a este puerto.

El bloqueo que sufrió Puerto Plata en 1857 y 58, a consecuencia de la Revolución del 7 de julio, no detuvo sino de momento su actividad comercial; y por los años de 1861 el adelanto de la población era del todo satisfactorio.

VII

Cuando el Presidente Santana se decidió a reincorporar el territorio de la República a los dominios de España, Puerto Plata fue el último punto en que se arrió la bandera dominicana, lo que no efectuó sin dificultades (28 de marzo de 1861). Sin em-



bargo, el período de la anexión no dejó de ser favorable a la población. Puerto Plata fue erigido en tenencia de gobernación bajo el mando del general dominicano Gregorio de Lora.

Los movimientos revolucionarios de febrero de 1863 no tuvieron repercusión por acá. Pero los rumores de la insurrección del Capotillo vinieron a despertar el espíritu de Independencia tanto en la población como en los campos. Ya se tenía noticias de los sucesos de la Línea y de Santiago, cuando, en la madrugada del 27 de agosto de 1863, el general Juan Nouesit con 800 rancheros invadió el pueblo al grito de “Viva la República”. Posesionados de la plaza, los dominicanos intentaron apoderarse del fuerte, pero sus asaltos quedaron inútiles. La noche siguiente la guarnición española, engrosada con tropas llegadas por mar, bajó a atacar a los insurrectos, los que, después de corto combate, se dispersaron por los campos.

En segura posesión de la plaza, la autoridad militar española pudo de aquí despachar fuertes columnas que, después de dos salidas infructuosas, lograron llegar por fin a Santiago. Y la guarnición asediada por el fuerte San Luis, ya auxiliada con esos refuerzos, pudo efectuar su retirada a Puerto Plata, adonde llegaron el 5 de septiembre.

Como los dominicanos, mandados por Gaspar Polanco, Zoilo de Luna, J. Bonilla y Francisco Reyes hubiesen acudido acá, teniendo asediada la población, y penetraban cada noche a tirotear por las calles, las tropas españolas se concentraron en el fuerte; y el 4 de octubre en la tarde, el pueblo fue incendiado por completo.

Entonces la antigua fortaleza se convirtió en campo atrincherado, rodeado por murallas que existen en parte todavía, inexpugnables para los elementos de ataque de que podían disponer los dominicanos; y éstos hubieron de contentarse con bloquearla por medio de trincheras, con escasas baterías que desde el cementerio y Cafemba molestaban a sus contrarios.

Las ruinas de la población eran campo de continuas escaramuzas.

Una acción general se dio el 31 de agosto de 1864. Cuatro columnas españolas sostenidas por ocho piezas, sorprendieron a los pocos dominicanos que defendían las trincheras; los derrotaron y destruyeron sus trabajos de ataque.



Pero al día siguiente ya estaban reformadas las filas nacionales prosiguiendo el bloqueo.

Cuando se empezó a tratar del abandono, los primeros canjes de prisioneros se efectuaron por esta línea (febrero de 1865). Y cuando el gobierno de España hubo decretado la anulación del contrato de anexión, la fortaleza quedó desocupada por sus tropas el 18 de junio de 1865.

VIII

A pesar de las continuas revoluciones que siguieron al abandono, Puerto Plata no tardó en renacer de sus cenizas: no podía haber destruido las condiciones topográficas que lo constituyen en puerto natural del Cibao. Y por tanto no fue extraño ver acudir acá todos sus antiguos moradores, tanto nacionales como extranjeros, presurosos de aprovechar las ventajas locales para reanudar sus negocios tan lastimosamente interrumpidos por la guerra.

Poco tiempo después recibió Puerto Plata un nuevo elemento de importancia, cuando la Constitución de 1866 lo erigió en cabecera de Distrito independiente.

Los años de 1870 a 1874 fueron de los más felices que viera aún la ciudad; y esto debido en gran parte a la inteligente administración del General Ignacio M. González como gobernador del Distrito. Ciertamente es que las circunstancias eran favorables, por motivo de la numerosa y rica inmigración cubana que en aquellos días vino a traernos sus capitales y demás elementos de adelanto. Se puede decir que llegó a su apogeo la prosperidad de Puerto Plata. De aquella época son la mayor parte de los edificios y mejoras que todavía se notan: la gobernación, la aduana, el parque de Recreo y la iglesia parroquial, edificadas por el párroco don Pedro Tomás de Mena y Portes. En 1871 los derechos de importación ascendieron a \$352,388 y los de exportación a \$81,043.

La revolución del 25 de noviembre (1873), cuya cuna fue Puerto Plata, no tuvo para él influjo desventajoso.



IX

Pero las revueltas de 1876, 77 y 78 –durante las cuales la ciudad se vio varias veces sitiada y sus calles convertidas en campo de batalla– no dejaron de hacerle bastante daño, alejando de aquí varias familias cubanas que no encontraban ya las garantías necesarias a su tranquilidad y a sus trabajos. La salida de esa inmigración vino a ser casi general desde que terminó la insurrección de Cuba; pero aquella inmigración dejó planteadas varias industrias agrícolas, utilísimas para el bienestar de la población.

Puerto Plata ha tenido, no ha mucho, un nuevo período de actividad, al establecerse en sus cercanías las grandes haciendas e ingenios de caña: La Industria, La Central y La Rosa y varias otras. Esas empresas –favorecidas por un largo intervalo de paz en la Presidencia del Dr. Fernando Arturo de Meriño– decayeron luego a consecuencia de las crisis azucareras en los mercados de Europa y América. Pero los ingenios La Industria y La Rosa siguen elaborando con bastante actividad, azúcar y alcoholes.

Podía temerse que la apertura del Ferrocarril de Samaná a La Vega viniese a aniquilar la importancia comercial de esta plaza, privándola del tráfico del Cibao. Ciertamente es que parte del tráfico de Moca y La Vega ha pasado allá. Pero el comercio de Santiago, en cuyas manos está la parte principal de los negocios del Cibao, sigue prefiriendo a Puerto Plata para sus importaciones y exportaciones. Así es que en el año económico de 1890 –y a pesar de que la cosecha del tabaco no dio sino las dos terceras partes de la cantidad normal– esta aduana produjo \$405,353 por derechos de importación, y \$65,188 por la exportación. Y, cosa extraña, a más de los acostumbrados envíos de tabaco, café, cacao, etc. etc., en estos últimos años vemos llegar, para ser embarcadas, importantes partidas de campeche, del excelente campeche que tanto abunda en las cercanías de Santiago.



X

Por el censo formado en 1888 de orden del general Segundo Imbert, como gobernador del Distrito, vemos que la ciudad constaba de 1,327 casas y constaba 4,033 habitantes, de los cuales 1,216 eran extranjeros, circunstancia que demuestra condiciones favorables para la inmigración.

La estadística civil arroja –para todo el Distrito– un número de 620 nacimientos anuales, y 140 defunciones, a cuyo último guarismo es preciso añadir otro tanto más de fallecimientos no registrados: lo que da un total de 280 defunciones anuales. Ahora bien, la población del Distrito, que según el censo de 1863 era de 10 mil almas, puede evaluarse hoy en 20 mil almas. Resulta, pues, según las reglas demográficas, una natalidad de 33 1/3 por mil y una mortalidad de 14 por mil: resultado magnífico pues en Francia la natalidad es sólo de 26 por mil y la mortalidad asciende a 23 por mil.

Y este resultado no es de extrañarse si se consideran las condiciones higiénicas tanto de la ciudad como de todo el Distrito. Todo el litoral es algo limitado por una cintura de peñas o de playas arenosas, siendo raro encontrar aquí aquellos manglares tan nocivos y comunes en otros puntos. La ciudad situada entre dos bahías, sobre los últimos escalones de los cerros que de Isabel de Torres bajan al mar, está constantemente aireada por brisas del Este que ninguna altura detiene. Los arroyos de Los Mameyes y La Paila le brindan aguas potables excelentes, pudiendo la de Los Mameyes traerse fácilmente en gran abundancia por medio de un acueducto. Cerca de la población se extiende la altiplanicie de San Marcos, que la Provincia parece haber dispuesto para asiento de su sanatorium.

En cuanto a feracidad, ya Colón lo escribió desde los principios: “estas son las tierras más hermosas del mundo”. Los valles y alturas que forman el territorio del Distrito presentan un suelo de extraordinaria riqueza, regado por una infinidad de arroyos. Los altos valles del Bajabonico arriba y del Camú del Norte ofrecen condiciones inmejorables para el cultivo del cacao y del café; y sólo esperan un aumento de su población agrícola para transformarse en granero de abundancia.



Las vías de conducción, por demás defectuosas, han sido hasta hoy un grave obstáculo al desarrollo de la agricultura. Pero ese obstáculo ha de desaparecer en breve: el establecimiento del ferrocarril de Puerto Plata a Santiago –al mismo tiempo que dará rápida y segura salida a los productos de todo el Cibao– abrirá aquellos magníficos valles a todos los adelantos de la agricultura, llamando allá numerosa inmigración. Y entonces el Distrito de Puerto Plata tendrá vida propia y espléndida y la ciudad vendrá a ser una de las primeras plazas comerciales de las Antillas.





Apuntes históricos y estadísticos acerca de Santiago de los Caballeros

I

Extraño parece que los historiadores del Descubrimiento, tan minuciosos en recordar el origen de cada establecimiento europeo en la isla, nada escribieran de la fundación de un pueblo desde entonces importante, como lo fue el antiguo Santiago. La más remota mención que de él encontramos es que Cristóbal Colón, habiendo resuelto (en 1498) enviar unos comisionados a la Corte, escogió por uno de ellos el honrado García de Barrantes que, dicen las crónicas, era “alcalde de Santiago”.

Y por ende sabemos que la población existía ya por los años de 1498. Las tradiciones aseveran que el nombre “de los Caballeros” proviene de que sus fundadores fueron unos hidalgos caballeros. Pero nosotros creemos que el pueblo viejo no llevaba ese título, y que sólo lo tomó el pueblo nuevo al establecerse en su sitio actual.

Este último sitio, de condiciones estratégicas tan notables, no podía menos de llamar la atención de los descubridores desde sus primeros pasos por el interior; y creemos que éste fue el lugar de la fortaleza La Magdalena. He aquí las razones en que estriba nuestra opinión.

Dicen los historiadores que cuando, en mayo de 1494, el Almirante salió a su primera expedición por el llano de La Vega Real, pasó el Yaque y se internó en las montañas del Cibao por el río Nicayagua hasta llegar a orillas del río Jánico en donde



levantó la fortaleza de Santo Tomás.¹ Ahora bien, el lugar por donde se pasa el Yaque para tomar el camino que por las orillas del Nicayagua va a Jánico y la Sierra, es precisamente el paso próximo a Santiago. Y Colón en aquella circunstancia hubo de fijarse en aquellos cerros tan admirablemente situados, como una fortaleza natural, sobre las escarpadas barrancas del Yaque, al oeste y a 15 leguas de La Concepción, en el camino que de este puesto llevaba a La Isabela: cuya descripción corresponde con exactitud a Santiago.

La fortaleza se fundó, pues, en 1495, en las tierras del cacique Guavavoconel, las que llamaban entonces “Macorís de Abajo”, a las puertas del Cibao. Y así se vio expuesta desde luego a los ataques de Caonabo. En 1495, mientras que el gran cacique del Cibao sitiaba en persona el fuerte de Santo Tomás, su vasallo Guatiguaná embestía el de La Magdalena defendido por Luis de Ariaga; y, dice fray Ramón Pané, quien se encontraba allí sitiado, que fue preciso que el Almirante acudiera en auxilio de los cristianos para rechazar a los indios.²

Por allí debió pasar también Colón en 1495, cuando a la cabeza de 220 hombres marchó a dar la gran batalla de La Vega Real, que fue tan fatal para los indios.

Se ignora cómo y por qué se abandonó más tarde tan importante fortaleza, que ni aun su nombre ha dejado a aquel sitio.

-
1. De paso recordaremos que las ruinas de Santo Tomás se encuentran –y las hemos visto en 1871– en un cerro al nordeste del río Jánico, a izquierda del camino que de Santiago lleva a Jánico, y cerca de un lugar que todavía se llama La Fortaleza. (Nota del Dr. Llenas).
 2. También recordaremos que los primeros indígenas que fray Ramón Pané convirtió al cristianismo fueron unos 17 individuos de Macorís de abajo, súbditos de Guavavoconel; que el principal de ellos llamado Guanavariú fue bautizado el día de San Mateo de 1496, y que por esto tomó el nombre de Juan Mateo; que éste y varios convertidos fueron más tarde martirizados en La Concepción y que al morir afirmaban su fe gritando en su lengua “¡Dios naboria Tacha!” (¡Yo soy siervo de Dios!) (Nota del Dr. Llenas).



II

Volvamos al pueblo viejo de Santiago. Éste se encontraba a 1 legua más al norte, a la falda de las lomas, entre los arroyos de Jacagua y de San Francisco, por donde todavía se ven sus ruinas. Aquella población no tardó en tomar bastante incremento; y en 1508, fue del número de las villas a las que el Rey Fernando concedió blasones heráldicos. Fue el suyo: escudo rojo llevando en su centro dos conchas, y orlado de blanco y conchas. Un magnífico camino abierto de orden del comendador Ovando daba al pueblo fácil comunicación con La Vega al sureste y al norte con Puerto Plata, que, dice Charlevoix, debía servir de puerto a Santiago “al que no le faltaba sino esa ventaja para ser la ciudad más rica y más comerciante de toda la isla.”

Pero la prosperidad, la existencia misma de la ciudad no fue de larga duración. Confiados vivían sus 14 mil habitantes en su bienestar y adelantos, cuando, el sábado 20 de abril de 1564, a las 9 de la mañana, un horroroso terremoto destruyó la ciudad en un momento, sepultándole en gran número bajo las ruinas.³ Los que sobrevivieron a aquella catástrofe, se refugiaron en el hato de una tal viuda Minaya; y luego comenzaron a fundar otro pueblo en las tierras de la familia Caballeros, de donde probablemente vino al nombre “de los Caballeros”.

III

La nueva población favorecida por la proximidad de las minas del Cibao, alcanzó bien pronto el mismo grado de progreso que “el pueblo viejo”. No pasaron muchos años sin que llegara a ser después de Santo Domingo, la población más considerable y activa de toda la isla, dedicándose de preferencia sus habitantes al laboreo de los aluviones y arenas auríferas, y a los delicados trabajos de platería.

3 Esta misma convulsión terráquea fue la que causó la hundición de la también floreciente ciudad de la Concepción de La Vega. (Nota del Dr. Llenas).



Poco sabemos de los acontecimientos que pudieran sucederse allí en el espacio de un siglo, de 1564 a 1664. Pero de su situación a mediados del siglo XVII, nos hace Charlevoix la siguiente descripción:

Santiago se encuentra en una península que forma el río Yaque, naturalmente defendida por barrancas, en medio de un llano agradable y fértil, a 14 leguas del mar y al sur de Puerto Plata que le sirve de puerto. Las casas allí son mal fabricadas; pero las iglesias son hermosas. La riqueza de sus habitantes consiste en reses, de las que se ven grandes partidas en las sabanas de las cercanías. El principal objeto de comercio son las pieles y el sebo. Las arenas del Yaque contienen oro, y no hay familia que no recoja allí 3 ó 4 ochavos por día. El aire que allí se respira es puro y los habitantes de sus cercanías llegan a mucha edad.

Esas ventajas mismas, así como su proximidad a las costas entonces desiertas del Norte y a las extensas comarcas del Oeste también abandonadas –costas y comarcas que eran el teatro de las repetidas incursiones de los filibusteros y bucaneros franceses– atrajeron sobre Santiago las violentas acometidas de aquellos atrevidos aventureros. Los orejanos a su turno –que así llamaban a los habitantes del Cibao– no se dejaban molestar sin resistencia. De los 700 hombres de armas que entonces se podían reunir en el Distrito de Santiago, se formaron varias compañías o “cincuentenas” de lanceros, que rondaban constantemente por el oeste. Las orillas de los ríos de Dajabón y Guayubín fueron campos de frecuentes encuentros entre nuestros lanceros y los bucaneros franceses. Y éstos, envalentonados, no vacilaron en atacar al mismo pueblo.

En 1659, 400 filibusteros dirigidos por Delisle, Adam, Lormot y Anne Leroux, abordaron a Puerto Plata en una fragata; y tomaron con el mayor sigilo el camino de Santiago. El Viernes Santo en la noche, llegaron al pueblo, lo sorprendieron y capturaron al gobernador. Durante 24 horas aquellos forajidos pillaron el pueblo y destruyeron las reses encontradas en las cercanías. Después de haber cobrado de los habitantes 25 mil pesos



por el rescate de la población, los filibusteros tomaron otra vez el camino de la costa llevándose un gran botín, en que figuraban los vasos sagrados y hasta las campanas; y habiendo roto una emboscada que le pusieran los habitantes en las lomas, pudieron embarcarse victoriosos.

IV

Cuanto más aumentaban y fortificaban los franceses sus establecimientos en el Oeste, tanto mayor era el peligro de Santiago en frente de tan audaces enemigos. En 1689, el gobernador de la colonia francesa, Sr. De Cussy, reunió en Limonade 400 hombres de caballería y 450 de infantería; y con esas fuerzas pasó el río Guayubín y marchó para el Este por el camino de “Entre los Ríos”. El 4 de julio llegó a Ámina, y el 6, pasó el Yaque a legua y media de Santiago. Los dominicanos lo esperaban en el estrecho paso que desde entonces se ha llamado La Emboscada. Ya habían pasado la mayor parte de los franceses, cuando los nuestros se arrojaron con furor sobre su retaguardia y la destrozaron. Pero volviendo atrás De Cussy con el grueso de sus fuerzas, rechazó a su turno a los dominicanos, y los obligó a dispersarse. Y así victorioso entró en el pueblo sin resistencia. Todos los habitantes habían salido a refugiarse a La Vega, llevándose todos sus haberes. Sólo encontraron una gran cantidad de comestibles y bebidas, de los que aquellos aventureros no dejaron de abusar. A consecuencia de sus excesos, algunos cayeron gravemente enfermos; y entonces los demás, suponiendo que aquellos comestibles estaban envenenados, entraron en gran furor y entregaron el pueblo a las llamas. El siguiente día, De Cussy tomó de nuevo el camino de la frontera, y el 13 se encontró del otro lado del río Dajabón.

Esa incursión y el incendio de Santiago motivaron, como represalias, las memorables expediciones de 1661 y 1695, que costaron a los franceses la sangrienta derrota de Sabana Real o Limonade, en que los lanceros de Santiago, al mando de su cabo Antonio Miniél, decidieron el éxito de la jornada; la primera y segunda despoblación del Guarico; la ruina de Port-de-



Paix y la destrucción completa de sus establecimientos en el Norte de la isla.

V

En 1698, la Paz de Ryswick puso término a esa guerra de exterminio.

Poco después, un agente francés, Sr. Butet, fue enviado del Cabo a Santo Domingo, y de paso visitó a Santiago, de que da esta reseña:

Este es un pueblo abierto, formado de 350 bohíos de madera y de unas 30 casas de mampostería, con 5 iglesias. Está situado en un alto que el Yaque rodea al S. y al O.; al E. y al N. se encuentra un llano cubierto de bosques. Los aires son excelentes, los mejores de la isla, debido a la brisa del Este que sopla allí constantemente: multitud de enfermos acuden a aquel lugar para restablecer su salud. Muchos franceses se han refugiado allí. En el pueblo y sus cercanías sólo existen 360 varones adultos; la mayor parte de los habitantes son de color o mestizos. La primera autoridad reside en el alcalde mayor.

Pero algunos años más tarde –en 1713– vemos gobernar en Santiago a don Pedro Morel con el título de teniente-gobernador.

En 1740 el presidente Pedro de Zorrilla, con el objeto de mejor aplicar los habitantes a los trabajos agrícolas, prohibió el laboreo de las minas; y al mismo tiempo abrió los puertos de Monte Cristi y Puerto Plata al comercio extranjero para dar salida a los productos del interior. Entonces tomaron mayor desarrollo las siembras de tabaco en las cercanías de Santiago; entonces fue que se fundaron las estancias de Gurabo con isleños canarios, ascendientes que fueron de los Méndez, los Díaz, los Domínguez, los De León y otras familias conocidas. Y así Santiago vino a aprovecharse de los benéficos resultados debidos a la administración de Zorrilla y de Rubio. “En las cercanías



de Santiago, había dicho Charlevoix, se cultiva el trigo y se cosecha tabaco por valor de cincuenta mil pesos. Este tabaco se lleva a Santo Domingo. También se cría allí mucho ganado, cuyas pieles y cecinas se llevan a vender al Cabo”.

También vemos en las notas estadísticas de Moreau de St. Mery sobre la “Parte española de la isla” que la población de Santiago, que sólo contaba 3 mil almas en 1724, alcanzaba en 1764 el número de 8 mil pobladores. En este año el Distrito de Santiago tenía 24 mil habitantes.

VI

Las revoluciones del principio de este siglo vinieron a dar al traste con el renaciente progreso de Santiago, cuyo pueblo fue la víctima principal de aquellas desgracias.

Cuando en 1801, el general Toussaint Louverture –basándose en el Tratado de Basilea que había cedido la isla entera a la Francia– invadió violentamente la colonia española, una de sus divisiones, formada de 3 mil soldados al mando de su sobrino Moise, pasó el río Dajabón; y después de haber derrotado las avanzadas dominico-españolas en el paso de Guayubín y en la sabana de Mao, se presentó frente a Santiago que defendían el coronel Francisco Reyes y el capitán Domingo Pérez Guerra con 300 hombres. Juzgando la resistencia del todo inútil, Reyes entregó la población que Moise ocupó sin desorden (11 de enero 1801). El general haitiano Pageot quedó como comandante de armas de la plaza.

Por aquel tiempo fue que llegó también a Santiago el obispo cismático Mauvielle, enviado por el Directorio de la República Francesa, para ocupar la silla episcopal de Santo Domingo.

En el mes de febrero de 1801, Toussaint Louverture visitó este pueblo, de donde se retiró para el Oeste dejando al general Agustín Clerveaux como comandante general del Cibao y el regimiento haitiano No. 6 como guarnición de Santiago. En las elecciones a que hizo proceder para la Asamblea Constituyente, salieron electos Carlos de Rojas y Andrés Muñoz como diputados.



El año siguiente, al desembarcar en la isla la grande expedición enviada por el primer cónsul Napoleón Bonaparte para someter a Toussaint Louverture, una pequeña tropa francesa al mando del general Phamphile Lacroix entró en Dajabón; y de allí pasó este jefe a Monte Cristi, en donde reunió y armó 2 mil dominicanos; y con estas fuerzar marchó hacia Santiago. Pero Clerveaux, aconsejado por Mauvielle, no esperó el ataque; sino que se sometió a la Francia (febrero de 1802); y el capitán general Leclerc le dejó encargado del mando del Cibao.

En aquel año fue que viajó por estas provincias el agente francés Dorvo Soulastre; y he aquí lo que dice de Santiago:

Está situado sobre una meseta pedregosa, a cuya falda corre el Yaque, y a la que se sube por dos caminos escarpados. La ciudad es mayor y mejor fabricada que La Vega pero inferior a Santo Domingo. La plaza principal es regular, y las calles trazadas al hilo, algunas con calzadas de ladrillos. Nada notable tienen los edificios públicos. La iglesia mayor, medio derribada por el terremoto de 1785, estaba por reedificarse; pero la noticia de la cesión del país a Francia hizo suspender los trabajos. La población es poco numerosa; pero su distrito puede presentar 10 mil hombres de armas, de los cuales 4 mil forman un cuerpo de caballería que para ser útil sólo necesita buenos oficiales. Aquí existen dos alcaldes, que dependen de la Audiencia de Santo Domingo; un alcalde mayor, un comandante militar y otras autoridades subalternas. Las comunicaciones entre esta ciudad y el Cabo pueden hacerse en carruajes. A la salida de la ciudad se ven las ruinas de una antigua capilla destruida por el terremoto de 1783.

En la *Estadística de la parte española de Santo Domingo* formada en la misma época por el Sr. Lyonet, vemos que la población de Santiago y de su distrito alcanzaba el número de 25 mil habitantes.



VII

Las tropas de la expedición francesa, diezmadas en el oeste por la fiebre amarilla, no pudieron conservar largo tiempo su posición victoriosa. Y su general Rochambeau, que sustituyó a Leclerc difunto, tuvo que capitular con los ingleses.

Pero el general Ferrand, que ocupaba a Monte Cristi con una pequeña brigada francesa, no quiso acceder a la capitulación, sino que pasó a Santiago; organizó allí la resistencia, y marchó a Santo Domingo a tomar el mando de la parte española (noviembre de 1803). Después de su salida de Santiago, el pueblo comisionó al Pbro. Juan Ricardo, al capitán Domingo Pérez Guerra y al capitán José Campos Tavárez para entenderse con Dessalines. El jefe haitiano los recibió bien en el Cabo (diciembre 1803); pero les exigió una contribución de guerra de 100 mil pesos, lo que no dejó de predisponerlos contra los haitianos. Éstos sin embargo ocuparon la población y la confiaron a un batallón dominico-haitiano que llamó el “Yaque”.

El año siguiente, el comandante francés Deveaux a la cabeza de 100 granaderos franceses y de mil dominicanos sorprendió a Santiago; derrotó el batallón “Yaque” en un combate cuyo teatro fue la plaza de la Iglesia, y se apoderó de la situación (14 de mayo). Pero habiendo acudido de Dajabón el general haitiano Toussaint Brave, Deveaux abandonó el pueblo (26 de mayo 1804).

Tampoco pudieron los haitianos sostenerse allí; y habiendo el general Ferrand encargado al jefe dominicano Serapio Raposo (moreno de La Vega) el mando del Cibao, Raposo recuperó a Santiago y organizó la defensa contra los enemigos del Oeste.

VIII

Llegó el año cinco de triste recordación. Mientras Dessalines invadía nuestras fronteras sud-oeste, el general Christophe con 9 mil hombres pasó el río Dajabón (22 de febrero); y el 25, alcanzó las cercanías de Santiago, por la Otra Banda. El general Serapio Raposo a la cabeza de 1,500 franco-dominicanos ocupaba los reductos y trincheras que dominan la sabana. Los



haitianos pasaron el río y atacaron a los nuestros, que resistieron con denuedo; pero una carga de la caballería enemiga decidió la jornada. Raposo y el coronel Diego Polanco cayeron muertos, y sus tropas se derrotaron después de haber causado al enemigo una baja de 300 muertos y 60 heridos. A las 9 a.m. Christophe entró en el pueblo, y deshonró su victoria con atrocidades: todos los heridos dominicanos fueron degollados. Y al siguiente día, mandó ahorcar en los portales del Cabildo a los miembros del Ayuntamiento: Francisco Raimundo, Campo, Francisco Escoto, José de Rojas, Juan Núñez, Delmonte, Norberto Álvarez, Antonio Rodríguez y Blas Almonte. Así lo refiere el historiador haitiano Madiou. El 27, salió el ejército haitiano para el sitio de Santo Domingo, quedando en Santiago de comandante de armas el capitán Joubert y el traidor coronel Campos Tavárez, de comandante general del Cibao.

El mes siguiente, después del fracaso de los haitianos en aquel sitio, Christophe volvió por el Cibao, incendiando todos los pueblos, saqueando los campos y degollando los habitantes. El 6 de abril, al salir de Santiago, pasó a bayoneta a los prisioneros varones, fusiló en el cementerio viejo al padre Vásquez con 20 sacerdotes más, entregó el pueblo a las llamas, y se llevó cautivos más de setecientos niños y mujeres. Y así se retiró para el Oeste.

El comandante dominicano Agustín Franco de Medina, que había venido desde la capital hostilizando la retaguardia haitiana, tomó entonces el mando del Cibao a nombre de la Francia; y se ocupó en reorganizar estas assoladas provincias.

Por demás la muerte de Dessalines y las guerras de Christophe contra Petión vinieron a dejarnos libres de las agresiones haitianas; y ya empezaba Santiago –como todo el país– a reponerse de sus desgracias y ruinas, bajo la benéfica administración del general Ferrand –uno de los mejores gobiernos que haya tenido el país–⁴ cuando la guerra de Napoleón con España vino a ocasionar nuevos disturbios. La noticia de los primeros movimientos antifranceses por Azua excitó un movimiento semejante en el Cibao: Marcos Torres arrestó al coronel Agustín Franco y pronunció a Santiago a favor de España (1808).

4. En aquel tiempo fue que se fomentó la hermosa finca de Sabana Grande, cuna de los Espaillat. (Nota del Dr. Llenas).



Las milicias de Santiago marcharon luego a unirse con las fuerzas dominico-españolas en El Seibo, y llegaron a tomar parte en la batalla de Palo Hincado.

Después de la capitulación de Santo Domingo y de la expulsión de los franceses, el país permaneció en paz bajo el gobierno de la antigua Metrópoli.

IX

En 1821, mientras que Núñez de Cáceres, siguiendo el ejemplo de las colonias españolas de Tierra firme, levantaba a Santo Domingo contra España y ponía allí la bandera colombiana, las provincias del Cibao, excitadas por Boyer, se decidieron por la anexión a la vecina república. El 29 de diciembre, una Junta Central provisoria se formó en Santiago, cuyos principales miembros eran Juan Núñez Blanco, Fernando Morell de Santa Cruz, José Peralta y José María Salcedo, y se pronunció la población por Haití. Las autoridades españolas, que lo eran entonces Manuel Percio, comandante de armas, y Alejandro Infante ayudante de plaza, no tuvieron más que ocultarse.

Habiendo resuelto Boyer tomar posesión de nuestro territorio, varias divisiones haitianas al mando del general Bonnet entraron por Dajabón; y el 31 de enero de 1822 ocuparon a Santiago, en donde quedó de gobernador el general Prevost. El 3 de febrero, el general Prevost hizo proclamar en Santiago la Constitución de Haití. Y, en marzo, el presidente Boyer, de regreso de Santo Domingo, visitó el pueblo.

El inglés Charles Mackenzie, en sus *Notas acerca de Haití*, dice que el Santiago de aquella época (1826)

era una población abierta, aunque la defendían dos pequeños fuertes. Las calles, dice, son regulares y trazadas a ángulo recto. Muchas casas son de mampostería; pero la mayor parte, de ladrillos. Los conventos están en ruinas. Sólo permanece en buen estado una iglesia. El clima pasa por ser saludable, y así lo creo. Allí existen muchos blancos y hombres de color; los mismos morenos son finos. Ricos no hay; pero todos son propietarios acomodados, y pocos son



los pobres. Los escasos esclavos que en otro tiempo había, siempre permanecieron fieles, porque nunca se les había maltratado con trabajos excesivos. Existe completa fraternidad entre las diferentes castas; y todos hablan con desprecio de los negros del Oeste. El principal objeto de cultivo es el tabaco. Pero el ganado aunque es abundante, no puede exportarse por falta de comunicaciones con las islas vecinas. La población de esta provincia es la 6ª parte de la población total de la parte oriental, y se evalúa en 11,056 almas; y aumenta en proporción extraordinaria. La mortalidad anual es de 100 defunciones, y los nacimientos anuales 500, lo que da un aumento de 61 %, proporción mucho más considerable que en Inglaterra. Esto se atribuye a que allí la vida es fácil y que cada hombre tiene una sola mujer... El general Prevost, duque que fue de Limonade, fue el primer gobernador haitiano; y le sustituyó el general Prophete. Este mandaba con mano de hierro, lo que promovió quejas, por cuyo motivo fue relevado y reemplazado con el general Belliard, quien me recibió con muchos obsequios y cortesía.

Cierto es que Prophete era un jefe severo. Pero bajo su mando, grandes adelantos hizo la agricultura, y se abrió el nuevo camino que por Limón y Altamira lleva de Santiago a Puerto Plata. Por aquellos años fue que florecieron en la población las casas de comercio catalanas de los Viñals, los Mallol y los Julia: las que mantenían relaciones de negocio activísimas con el Cabo Haitiano.

Santiago se encontraba entregado a los trabajos de la paz, cuando, el 7 de mayo de 1842, a las 4 de la tarde, violentas trepidaciones conmovieron la tierra; y, en pocos segundos, convirtieron la población en un montón de escombros. Unas 100 personas murieron bajo las ruinas. El resto de los pobladores se refugiaron en la sabana, y al día siguiente pasaron a la hacienda de la “Hoya del Caimito”, en donde el padre Solano, cura de la parroquia, hizo preparar una ermita. Tan horrorosa catástrofe, inspiró al poeta venezolano Juan José Illás patética poesía:



*Ese lugar de llanto,
de ruinas y de escombros, silencioso,
que inspira con su vista rudo espanto
y temor religioso;
eso que ves recinto solitario,
fue, no ha mucho, en la humana fantasía
objeto de un orgullo temerario:
ufano de su estado,
un gran pueblo era ayer, que contenía
millares de habitantes y riquezas,
bajo un cielo sereno y despejado;
en medio de su fausto y sus grandezas,
de risueñas campiñas rodeado:
ese en fin ... era Santiago.*

Al cabo de varios meses, volvieron los pobladores al sitio de su pueblo y se dispusieron a levantar de nuevo sus derruidas moradas.

X

La revolución de 1843, iniciada en Haití contra Boyer a nombre de los principios liberales, tuvo su repercusión en nuestras provincias. El nuevo presidente Charles Hérard visitó a nuestro pueblo poco tiempo después de electo habiendo ido a su encuentro hasta más allá del río Dajabón el general Morisset, comandante militar de las provincias del Cibao, y el general Vásquez, gobernador de Santiago. Pero ya se venían manifestando por acá las ideas separatistas; y cuando los patriotas de Santo Domingo dieron el grito del 27 de Febrero, la provincia de Santiago fue una de las primeras en responderles. El 4 de marzo, llegó a manos de Román Franco Bidó una comunicación anunciándole el movimiento de la Capital. El 6, se acercaron al pueblo las milicias de La Vega, Macorís y Moca ya pronunciadas; lo que decidió al general haitiano Morisset a entrar en negociaciones y a entregar el fuerte de San Luis a las tropas dominicanas; el pabellón cruzado tremoló por vez primera sobre Santiago el 6 de marzo a las 4 de la tarde.



Pocas semanas habían pasado, cuando el pueblo se vio en el mayor peligro. Mientras que —según la táctica acostumbrada de los haitianos— su presidente Charles Hérard invadía nuestro territorio por San Juan, uno de sus cuerpos al mando del general Pierrot pasó el río Dajabón, derrotó las avanzadas nuestras en Jácuba, y marchó contra Santiago, en cuya sabana aparecieron sus fuerzas el 30 de marzo a las 11 a.m. El pueblo se encontraba regularmente fortificado por la activa pericia del general José María Imbert. Y así fue que para el enemigo el ataque se volvió sangriento descalabro.

Durante todo el período de las guerras contra Haití, los santiagueses estuvieron casi constantemente encargados de la defensa de nuestra Línea Noroeste. Y a pesar de esas alarmas periódicas, la población se fue ensanchando, acrecentándose su comercio y enriqueciéndose sus habitantes. Bajo la administración de don Evangelista Gil, se levantó en las “Tres Cruces” la iglesia de la Altagracia, se edificó el palacio de gobierno y también la iglesia principal.

XI

El pronunciamiento del presidente Santana a favor de España fue anunciado a nuestro pueblo por el gobernador Santiago Pichardo el 25 de marzo de 1861; y aquel cambio de bandera se efectuó sin resistencia. Poco tiempo después, acudió a Santiago el general Santana, para con su presencia ahogar toda idea de reacción.

En aquella época no dejó la población de seguir progresando; y los agricultores, libres ya del servicio militar, se dedicaron con todo esmero a sus productivos trabajos.

El brigadier Buceta, que sucedió a Pichardo en la gobernación de Santiago, pretendió realizar mejoras y establecer exacta regularidad en la administración pública; pero la manera arbitraria con que las imponía, vino a descontentar a todos. En ese descontento se apoyaron las conspiraciones.

El 24 de febrero de 1863, al anochecer, un puñado de insurrectos se apoderó de la gobernación, proclamando la Repú-



blica. La guarnición española que se había concentrado en el fuerte, bajó luego; atacó a los amotinados en la plaza de la iglesia, y los derrotó. Al siguiente día se efectuaron numerosas prisiones. Sometidos a juicio, los presos fueron sentenciados los unos a presidio, y algunos a la pena capital; cuya sentencia fatal se ejecutó el tristemente memorable día del 17 de abril.

XII

Pero las ideas de independencia, en vez de morir, no hicieron más que fermentar con mayor actividad. Cuando se dio el Grito de Capotillo, después que dos columnas españolas fueron la una destruida en la Línea, y la otra rechazada sobre Santiago, la población se vio cercada y asaltada por las fuerzas dominicanas al mando de los generales Gaspar Polanco, José Antonio Salcedo y Antonio Gómez. Después de un corto tiroteo en la sabana, los 1,200 españoles se retiraron al fuerte de San Luis, abandonando la población a los dominicanos.

Durante 6 días, el pueblo fue teatro de constantes ataques de los dominicanos contra el fuerte. En el más encarnizado de aquellos asaltos, el incendio se declaró en el barrio de La Chancleta, y no tardó en propagarse a toda la población (6 de septiembre). En medio de la pelea y del incendio, una columna española que venía de Puerto Plata, al mando de los brigadieres Juan Suero y Mariano Cappa, logró penetrar en el pueblo y subir a reforzar la guarnición asediada. Siguiéron los combates por varios días en las ruinas de la población, hasta que el 13 de septiembre, a favor de un armisticio, los españoles pudieron salir del fuerte y emprender la retirada.

Entonces, en medio de los escombros aún humeantes del pueblo, se organizó el primer gobierno provisorio de la restaurada República. Y Santiago quedó siendo, durante los dos años de la guerra, el asiento de los diferentes gobiernos que, más o menos violentamente, se sustituyeron en la dirección de la resistencia.

Pero en agosto de 1865, cuando las fuerzas españolas desocuparon el territorio, el gobierno volvió a transferirse a la antigua capital de Santo Domingo.



XIII

El período de la nueva República –si bien ha visto progresar a Santiago en cuanto a construcciones, comercio e importancia– poco favorable ha sido a su tranquilidad. El pueblo, por sus condiciones estratégicas y por el prestigio de valentía que le rodea, ha venido a ser el principal objetivo de las revoluciones en el Cibao. Díganlo: el sitio de abril de 1866; el Triunvirato; el sitio de diciembre de 1867 en la presidencia de Cabral; el combate del 5 de agosto; el sitio de 1876 en la presidencia de Es-paillat; el sitio de 1878, sostenido por los azules y verdes contra las fuerzas del presidente Báez; el sitio que soportó en 1886 para sostener la presidencia del general Woss y Gil contra una formidable revolución; y por fin los terribles combates de 1889.

Pero tal es la vitalidad de aquel pueblo, que a pesar de tan repetidas y terribles desgracias, su movimiento de adelanto un momento interrumpido, no ha tardado en proseguir su marcha progresiva. Así y todo, la ciudad ha ido ensanchándose de día en día, adornándose con hermosas casas y con edificios notables. Entre otras mejoras citaremos: la plaza de Mercado, el puente de Nibaje, el palacio de Gobierno, la capilla del Carmen, la iglesia de Altagracia, la iglesia principal todavía en construcción, el parque de recreo, la torre y murallas del fuerte San Luis.

Estas fortificaciones que hacen casi imposible un golpe de mano sobre la población, son ya una garantía de tranquilidad para sus moradores.

XIV

El extranjero que, recién llegado a Santiago, es conducido a las alturas del antiguo castillo, no puede menos que quedar extasiado al contemplar el magnífico panorama que se le presenta a la vista: a sus pies, la ciudad recostada en una altiplanicie que rodea por dos lados la faja plateada del Yaque; a la izquierda la torre del Fuerte San Luis; a la derecha, cerca de la sabana, los variados mausoleos del cementerio; al Sur, la inmensa



cordillera Central dominada por la majestuosa cumbre del Pico del Yaque; al Norte la cordillera de Santiago a Puerto Plata; y todo el llano como las lomas, cubiertas de conucos que proclaman la actividad agrícola de nuestros campos. Y entonces comprende que merece bien nuestra ciudad el bello título de Reina del Cibao.

El censo formado de orden de la Junta de Fomento en 1875, arrojaba un número de 5,500 habitantes para el pueblo, de 29,200 para la común y de 40 mil para toda la provincia (que comprendía entonces el territorio actual del Distrito de Monte Cristi).

En aquel año de 1875 el estado civil registraba 90 matrimonios, 590 nacimientos y 50 defunciones para toda la Común. Mientras que en 1884 –a 9 años de intervalo– los guarismos ascendían por el solo mes de mayo a: 10 matrimonios, 167 nacimientos y 16 defunciones. Estos nacimientos se repartían así: 40 varones legítimos, 41 varones naturales, 48 hembras legítimas y 38 hembras naturales.

La estadística económica suministra los siguientes datos: en 1846, la administración de la provincia de Santiago (incluso los distritos de Puerto Plata y Monte Cristi, que entonces le pertenecían) entregó al Fisco la suma de \$85,000. En 1876, en 5 meses (tiempo de cosecha) Santiago envió a Puerto Plata 4,400 qq. de tabaco, 1,500 qq. de café y 5200 horquetas; y en 1860, en 4 meses de cosecha, los envíos fueron de 23,667 qq. de tabaco, más de 2,000 qq. de café y 500 qq. de cacao. Un dato que indica bien la actividad comercial de este pueblo, es aquél que recogió, el año pasado, el administrador del ferrocarril de Samaná: el 6 de septiembre, entre las 4 y las 10 a.m. entraron allí de los campos 3,006 personas y 2,256 animales; es decir que en tiempo de medianos negocios circula en Santiago diariamente una población flotante de 2 a 3 mil habitantes.

Sabido es que las vías de comunicación constituyen, especialmente en nuestros países, el elemento más indispensable para el desarrollo de los negocios y de la agricultura. De ahí el afán constante que han manifestado en todas las épocas las Juntas de Fomento y Ayuntamientos de Santiago por abrir o mejorar los caminos hacia el litoral. En varias direcciones se han efectuado excursiones por encontrar una vía más directa y más fácil



a través de la cordillera del Norte; cordillera que a muchos parecía un obstáculo insuperable aún para una carretera. Pero, gracias a las últimas explicaciones verificadas por ingenieros competentes, no tardaremos en ver allanarse tal obstáculo; en ver las lomas abrir paso a la locomotora que llevará a Santiago –junto con el saludo fraternal de Puerto Plata– seguro elemento de engrandecimiento.

El Porvenir, 21 y 28 de febrero; 7, 14 y 21 de marzo de 1891.





Apéndice*

* Los documentos que aparecen agrupados aquí fueron incluidos por el propio Dr. Llenas como parte de un folletín aparecido en *El Eco del Pueblo* entre julio y diciembre de 1884, folletín al que ya nos hemos referido en la parte de esta recopilación relativa a la Historia Patria.



I Capitulación de Puerto Plata

Hoy día 14 de marzo de 1844.

Entre los miembros de la comisión nombrada por don Pedro Ramón de Mena, delegado del gobierno de la República Dominicana, y los oficiales nombrados por el general Cadet Antoine, ha sido convenida la capitulación que sigue:

- 1° El pabellón haitiano será arriado con honor y dignidad.
- 2° El General Cadet Antoine desocupará el fuerte, llevando desplegada la bandera haitiana, con los militares, guardias nacionales y civiles que quieran acompañarle; se embarcará con ellos así como con sus familias llevándose sus equipajes.
- 4° Los haitianos sin distinción de personas serán respetados y protegidos.
- 5° Las propiedades de los haitianos legalmente adquiridas y libres de hipotecas serán respetadas y garantizadas; sus propietarios podrán libremente disponer de ellas.
- 6° Los haitianos que deseen permanecer en Puerto Plata como dominicanos deberán, antes de prestar el juramento de adhesión a la independencia dominicana, pedir el consentimiento de la Junta Gubernativa de Santo Domingo; se les dará un mes de plazo para cumplir con esta formalidad; después de pasado ese plazo, los que no hayan prestado juramento serán considerados como extranjeros.
- 7° No se opondrá obstáculo a la partida de los que quieran salir de la población.



- 8° Se concederá salvoconducto a los que prefieran la vía de tierra a la de mar.
- 9° Nadie podrá ser inquietado por haber manifestado cualquiera opinión antes de la capitulación.
- 10° Los extranjeros serán protegidos así como sus intereses.
- 11° La guardia nacional conservará sus armas, así que las tropas de línea que forman la guarnición de Puerto Plata como tropa de la República Dominicana. Los haitianos que quieran salir del país, se llevarán sus armas, pero los soldados las depositarán en el arsenal.
- 12° Se concede al general Cadet Antoine y a los que quieran acompañar, el embarcarse en cualquier buque, una vez que haya hecho entrega del fuerte y del tesoro, quedando a cargo del gobierno dominicano el pagar su transporte y el de las personas que lo acompañen. El embarque tendrá lugar detrás del fuerte.
- 13° En cuanto a los sueldos atrasados y a los suministros hechos a la administración hasta la fecha, serán pagados del modo indicado en el artículo 9 de la capitulación de Santo Domingo.
- 14° Franqueza y lealtad en la conducta de ambas partes.

Hecho en doble copia en Puerto Plata el día, mes y año como más arriba.

La Comisión nombrada por el general Cadet Antoine:

Firmados:

PROPHILE

D. HILAIRE

BENJAMÍN P. TAUSHIRE

A. DEETJEN

V. SIMON

Por le lisur,

LOUIS JUSTE, PROPHILE



La Comisión nombrada por el delegado de la Junta Gubernativa de Santo Domingo:

Pedro R. de Mena:

Firmado:

J. LUIS F. BIDÓ
DOMINGO D. PICHARDO
P. EZEQUIEL GUERRERO

El Secretario provisional:

Firmado:

MICHEL FILS

Aprobado

El general de brigada jefe del distrito de Puerto Plata:

Firmado:

CADET ANTOINE

II

Cámara de Diputados (Francia)

Sesión de ... 1845.

Mr. Levasseur.

“Se habla de intereses españoles y la legítima influencia que la Francia debe ejercer sobre España, en ese respecto. Esto, pues, me obliga a expresar un pensamiento de gran interés, reclamando el concurso de España en los sucesos de Santo Domingo. La Cámara sabe que la última revolución de aquella parte tiene por norte no solamente echar abajo el gobierno de Boyer; sino la idea de crear dos gobiernos distintos en la isla. El uno se encuentra en nuestra antigua colonia; el otro en la que fue posesión de España. El último Estado se conoce ya en el mundo político con el nombre de República Dominicana... Esta república ha querido anexarse a Francia... y si ésta ha rehusado el ofrecimiento, es porque respeta el derecho nominal que España ha conservado sobre aquella parte. Por tanto, no



hay lugar a hacer valer esa influencia, desde luego que España ha ratificado los tratados que ha verificado nuestro país con la naciente república.

Por otra parte, si Francia es bastante moderada para no aceptar la soberanía que sobre aquella república se le ha ofrecido, ¿no podría, a lo menos escoger en aquel vasto territorio un punto favorable a su poderío marítimo, a sus relaciones comerciales... por ejemplo, Samaná, bahía hermosa, una de las más capaces y magníficas del mundo?”

El Ministro de Negocios Extranjeros:

El gobierno no desperdiciará la oportunidad que se le presenta para emplear su mediación, restableciendo el orden y la paz en los diversos Estados, que parece se fundan en esa extendida isla...; pero la aptitud de la Francia, no debe llegar al extremo de intervenir en las diferencias interiores de Santo Domingo...

Mr. Levasseur.

Estoy de acuerdo con el señor Ministro de Relaciones Exteriores, respecto a la necesidad de la mediación francesa... pero ésta debe admitirse solamente con el objeto de hacer sentir la influencia civilizadora de su poder; así será modesta, pacífica, limitándose como he dicho antes, a la adquisición de un punto ventajoso a su marina y a su comercio.

III

Actos oficiales

Tomado de la relación que se leyó en la Cámara de Representantes de la República de Haití, el 13 de agosto 1849, relativa a los sucesos de la guerra de nuestra Independencia.

La integridad de la República está en peligro por los esfuerzos que los insurgentes del Este (sic?) hacen por lograr la independencia de la porción que ocupan. Por esto se hace más imperioso el deber que la Constitución demarca



al gobierno de mantener la integridad de la isla. Así lo ha prometido por juramento el presidente. El paseo militar que él ha hecho en los comienzos del presente año, por una parte del territorio¹ ha sido útil, por cuanto ha probado a los insurgentes que el Poder legal tiene la fuerza necesaria para apoyar la legitimidad de su derecho... Los rebeldes por sí propios hacen constar que sus fuerzas batidas en Azua “huían despavoridas y sin jefe”, y que los mismos de Santo Domingo, su capital, no están bien guarnecidos... A juzgar, pues, por estos acontecimientos, no es dudoso que en breve el gobierno pondrá todo su empeño en poner fin a la rebelión de aquel departamento... Un tratado, por el cual se reconoce la independencia de la parte del Este, ha sido firmado entre los comisionados de los insurrectos y el gabinete francés... Este acto que tan manifiestamente hiere el derecho y los intereses de Haití, no es aún definitivo... sin duda, el gobierno francés nos dará sobre este asunto la satisfacción que nos es permitido esperar...

Por-au-Prince, 1° de agosto 1849. El Ministro de Estado, Salomón Jeune. El secretario general, L' Dufresne. El Ministro de Justicia, J. B. Francisque.

IV Alocución²

Faustino I
Emperador de Haití

Haitianos:

Los revolucionarios de la parte del Este han colmado la medida de sus iniquidades. Obrando hoy como piratas, reco-

-
1. Campaña de 1849. Azua y Las Carreras. (Nota del Dr. Llenas).
 2. Después de los cruceros de Fagalde en las costas del Sur de Haití. (Nota del Dr. Llenas).



ren nuestras costas cometiendo actos horribles y bárbaros. En la rada de Los Cayos han sorprendido y apresado dos embarcaciones nuestras, degollando la tripulación y pasajeros, entre los cuales había indefensas mujeres y niños. En la isla Beata han arriado nuestra bandera, la de Dinamarca e Inglaterra, visitando dos buques extranjeros que se dirigían a Jacmel.

En la guerra que hasta hoy hemos emprendido contra esos ciudadanos rebeldes no se nos podrá acusar de que hemos cometido ningún acto de furor ni de exceso y le prueba, que en las cárceles del Estado sólo hay un prisionero, el ciudadano Gabriel Gilló, oficial del ejército rebelde.

¡Pueblos civilizados de la tierra! en nombre de la humanidad, os denunciemos tan tremendos hechos!...

Haitianos:

El gobierno tiene la conciencia de su deber. Por nuestra parte, como gobierno, tenemos deberes que cumplir; vosotros procederéis de igual modo.

Dado en nuestro Palacio de Port-au-Prince, el 8 de noviembre de 1849.

(S.) FAUSTINO

V

Parte de guerra

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD REPÚBLICA DOMINICANA

El año de 1856. Hoy día 3 de enero, en el campo militar, cuartel general de Beler, extremidades de nuestros límites fronterizos, frente al pueblo de Juana Méndez del Imperio haitiano.

No los infrascritos, Juan Luis Franco Bidó, general en jefe provisional del ejército del Norte, Fernando Valerio, general de brigada, jefe de expedición, José María López, general de brigada, jefe de la división del centro, y Manuel Mejía, general de brigada subjefe, Lucas de Peña, general de brigada jefe de la caballería, Pedro Florentino general de brigada jefe de las



tropas del Macorís y Cotuí, encargado del mando del ala izquierda, Manuel Jiménez, general de brigada, jefe de la vanguardia y de la derecha, José Valverde, coronel de ejército subjefe, José Hungría y Antonio Batista, coroneles de ejército y jefes de las tropas de Sabaneta y Las Matas, y los coroneles Federico Salcedo, Jerónimo de Peña, Nicolás Minaya, Antonio Hernández y Santiago Sosa.

Nos transportamos el día 2 de los corrientes, en conformidad a órdenes superiores, con las tropas de nuestros respectivos mandos, en orden de marcha y tren de combate, ascendientes en su totalidad a 3,700 hombres de todas armas, con 2 piezas de artillería, hacia la frontera y camino de Dajabón, y habiendo llegado a la sabana de Jácuba como a las 9 de la noche, pernoctamos allí, tomándose las precauciones necesarias para evitar toda sorpresa de parte del enemigo.

Al siguiente día se prosiguió la marcha, desembocando la vanguardia en la sabana de Beler como a las 5 de la mañana, tomando posición en línea diagonal del río Massacre al camino real; los cuerpos que componían la división del centro, al mando de sus jefes, la tomaron en forma angular; llenando la otra diagonal el ala izquierda al mando de sus respectivos jefes.

Se desplegaron los cazadores de Santiago y Dajabón como a 300 metros al frente de la Línea; y la caballería dividida en 2 trozos, uno al mando del general Lucas de Peña y el otro al del coronel Rafael Gómez, se colocó en 2 líneas perpendiculares al río Massacre, hacia las extremidades de las dos alas, destacando descubiertas al centro y a derecha e izquierda.

Formado el ejército en orden de batalla como se ha dicho arriba, pasó revista y recorrió las líneas el general en jefe, como a las 7 de la mañana, permaneciendo el ejército formado y en espera del enemigo. A las 10 y media, viendo que el enemigo no salía a combate ni aceptaba el reto, se ordenó avansasen todas las baterías de los diferentes cuerpos y la banda de música del regimiento de Santiago hasta el borde de nuestra línea fronteriza; y allí, con el pabellón de la República enarbolado, entonaron los aires nacionales y los toques de ordenanza de nuestros ejércitos por el espacio de una hora.

En este estado, y viendo que ni aún así aceptaba el enemigo el combate ni osaba salir de sus guaridas, se convocó un consejo



general de oficiales, como a las 12 del día, con el objeto de consultar con ellos, porque el general en jefe no se creía justificado en retirarse sin batirse.

Efectuado esto, y considerando que se había hecho por espacio de siete horas toda especie de demostración al enemigo para atraerle a combate sin poderlo lograr; que era justo y prudente no fatigar innecesariamente la tropa a vista de tanta pusilanimidad de parte del enemigo; que el ejército no estaba racionado sino por aquel día, debiéndosele, por falta de víveres, las raciones de dos días anteriores: se decidió a unanimidad se retirase el ejército a sus cuarteles de Talanquera, por las razones arriba expresadas y por no haber orden de tomar la ofensiva en el territorio enemigo con el grueso del ejército, sino de hostilizarlo con partidas sueltas como ya se había efectuado y se estaba efectuando.

Hecho y firmado en el campo de Beler, el mismo día, mes y año arriba expresados.

(Firmados) J. Luis F. Bidó. F. Valerio. M. Mejía. P. Florentino. L. E. Peña. J. M^a López. José D. Valverde. Nicolás Minaya. Federico Salcedo. Antonio Hernández. J. Hungría. Antonio Batista. Jerónimo de Peña, a ruego del general M. Jiménez lo hizo el coronel Comandante Ordenador Provisional del ejército, Ceara, a ruego del coronel Santiago Sosa, el capitán habilitado Tiburcio Hernández.



Índice onomástico

A

- Abad, José Ramón 59
Abad Alfau (general) 223
Abreu, Rafael 241
Acaau, J. J. 201
Acosta, los 60
Adam 264
Adelantado, el 115-117, 119-121
Agé (general)
Aguado, Juan 115
Agustín, Charles 159
Albert, Etienne 177
Alcántara, Valentín 212, 217-218,
220-221, 225-226
Alfaro, Martín de 137
Alfau, Felipe 207-208
Alfau Durán, Vetilio 11, 62
Alí, Pablo 190
Almirante, Andrés 188
Almirante (el) 57, 76, 78-79, 82,
87-88, 97-98, 100, 107-108, 112-
114, 120, 122-125, 127-128,
245-246
Almonte, Blas 175, 270
Almonte, Eduardo 22
Alvarado, Diego de 124
Álvarez, Norberto 175, 270
Álvarez, Pablo 175
Álvarez Chanca, Diego 51, 87, 102
Ambroise (general) 174
Anacaona 49, 67 49, 67, 116, 131-
132
Angulo 239
Antoine, Cadet 211-213, 253, 281-
283
Antoine, Col 177
Aquino, Bruno 224
Arana, Diego de 75, 80-81, 83, 86
Arana, Pedro de 122
Arata, José 185
Araújo, Lorenzo 220
Ariaga, Luis de 262
Ariza, Juan 236
Arredondo, Juan de 250
Arredondo, L. J. N. 188
Arrieu, Ch. 188
Arteaga, Luis de 111
Asensio, José María 48, 103-105
Atienza, Pedro de 128, 247



Auguste, J. Philippe 211
 Aury (almirante) 187
 Aussenac (coronel) 180, 182-184
 Aybar, Eloy 20, 242
 Aybar, Evaristo 21
 Aybar, Manuel de J. 24

B

Bacon, Francis 95
 Badillo, Pedro de 135
 Báez, Buenaventura 199, 226, 276
 Bagú, Juan 191
 Ballester, Miguel de 119-120
 Barahona (hidalgo) 117
 Barquier, J. (general) 176, 182-183, 186
 Barrera, Antonio 26
 Barrera, Leopoldo de la 21
 Barrionuevo, Francisco de 137
 Bas, Rene de 164
 Basconcelos, Francisco Oliver 249
 Batista, Antonio 236, 287-288
 Batista, Remigio 18-19, 22
 Bazille, Jean Jacques 177
 Bearregard (general) 189
 Beidhviking, Bjoern 39
 Bellegarde (general) 209
 Belliard (general) 272
 Bello, Carlos 19
 Belvis, Pablo 116
 Benedicto, José María 31
 Beras, José M. 29
 Berg (general) 189
 Bermejo, Juan 123
 Bernanos (mayor) 150, 163-165
 Betances, Ramón Emeterio 15-16, 19-20
 Bidó, Joaquín 251
 Billini, Francisco Gregorio 52, 55
 Bismarck, Otto von 15
 Blanco Díaz, Andrés 34

Bobadilla, Francisco de 123-125
 Bobadilla, Gerardo 17
 Bobadilla, Tomás 190
 Bobo (genera) 209, 219-220
 Bogaert Leunis, Leber Louis 28-30
 Bohechío 67, 111, 116, 131
 Boíl, Fray Bernardo de 97, 100, 103, 108-109, 115
 Bonaparte, Napoleón 172, 179, 268, 270
 Bonilla, J. 255
 Bonilla y Cintrón, Medardo 20-21
 Bonnely, Carlos Sully 33
 Bonnet, Guy Joseph 190, 252
 Borel, Isaac 174
 Borgellá, Maximiliano Jerónimo 190
 Borgoñón, Juan 117
 Bottex, A. 29
 Boulaye, Leclerc de la 150, 164, 166
 Boyer (secretario del gobernador francés Tarin de Cussy) 157
 Boyer, Jean Pierre 172, 187-191, 252, 271, 273
 Brave, Toussaint 173-174, 269
 Brietti 181
 Brossard (comandante) 177
 Brouard (general) 200
 Brouat, Auguste 207
 Buceta, Manuel 239, 241, 274
 Bullard (coronel) 155
 Buterval (caballero de) 149, 158, 161
 Butet (señor) 266
 Butler (coronel) 151

C

Caballeros (familia) 263
 Cabral, José María 19, 226-227, 276



- Cabrera, José 239
 Cabrón, El (véase: Mayobanex)
 Cadrington 159, 162
 Calderón de la Barca, Pedro Antonio 95
 Cambiaso, Juan Bautista 201, 221, 224
 Campillo (véase: López del Campillo, Juan)
 Campo 270
 Campo, Francisco Antonio del 251
 Campo, Francisco Raimundo 175
 Campos, Alejandro 240
 Campos Tavárez, José 173, 175, 177, 188, 190, 252, 269-270
 Cangé (brigadier) 174, 176
 Cantisano Arias, J. Rafael 14
 Caonabo 67, 83, 87, 103, 108, 111-113, 115-116
 Capado, Higinio 181
 Cappa, Mariano 275
 Carlos V 137
 Carmichael, Hugo Lyle 186
 Carrasco, Marcelo 216
 Cartiell (teniente general) 140
 Carvajal, Manuel 179, 183, 188, 190
 Carvajal y Rivero, Fernando de 162
 Casas, Bartolomé de las 48, 58, 85, 104-105, 129, 135-137, 245-246
 Castel (comandante) 182
 Castellanos Arteaga, Carlos 20
 Castellanos, Manuel R. 30
 Castillo, Luis T. del 29
 Castillo, N. 76, 81
 Castillo, Remigio del 209, 211, 220-221
 Castor, Voltaire (conde de L'Ile-a-Vache) 225/226
 Castro, Francisco de
 Castro y Mazo, Alonso de 249
 Catalina (indígena casada con Miguel Díaz) 111, 115, 124
 Cayacoa 67, 111
 Cayemite, Jean Hilaire (duque de Grande Anse) 225-226, 236
 Ceara, Juan Esteban 200, 242, 288
 Céspedes, J. R. 195
 Cestero, Mariano Antonio 17
 Chachá (comandante) 208
 Chanlatte, Antoine 169-170
 Charlevoix, Pierre François 88, 90, 248-249, 263, 267
 Chateaubriand, René de 77
 Chotteau, Jean B. 29
 Clerveaux, Agustín 171, 267-268
 Cocco, Manuel 30
 Cofresí, Roberto 58
 Colón, Bartolomé 76, 103, 108, 113, 115-121, 123, 246
 Colón, Cristóbal 48, 57, 72, 74-83, 85, 87-90, 96, 98-99, 101-103, 106, 112, 115, 123, 125-128, 245, 247, 258, 261
 Colón, Diego 107-109, 119, 123-123
 Colón, Juan Antonio 121-122
 Colón (los) 119
 Contin Aybar, Néstor 11
 Contreras, Juan P. 208, 210, 221, 223, 226
 Copérnico, Nicolás 94
 Cordero Infante, José R. 11
 Corso, Simón 201
 Cortés, Hernán 128
 Cosa, Juan de la 75
 Cotubanamá 68, 133, 247
 Cox (capitán) 152
 Cristóbal, Henri (Henri I) 47, 175-177, 269-270
 Cromwell, Oliverio 151
 Cuprie (doctor de) 14
 Curiel, Juan 175



- Curiel y Luna, Pedro Eugenio 26,
249-251
Cussy, Bertrand (conde de) 148-
149
Cussy, Tarin de 157-158, 160-161,
265

D

- Dalmassy, Desir 187
Damiroón, Amable 17
Daniel, Prophète 189
Dante Alighieri 95
Danzé (señor) 164
Daut, J. B. 174, 176
Daut, Jean Philippe 171
Daviet 159
Deetjen, Alfredo 252
Déjoie, T. 219, 223
Delille 148
Delisle 248, 264
Delmonte, José Joaquín 190
Delmonte, N. 175, 190
Delmonte, Silverio 242
Delmonte y Tejada, Antonio 103,
154-155
Dentri 150
Denys (general) 216
Denzelot (Conde de) 191
Descartes, René 94-95
Deschamps, Jeremie 147
Deschamps, Lambert 210
Deslandes 162
Dessalines, Jean Jacques 172-174,
176, 178, 230, 269-270
Deveaux (comandante) 173, 269
Díaz, Arturo 31
Díaz, Esteban 18
Díaz, Francisco 182-183
Díaz, Joaquín 18, 22
Díaz, José 216
Díaz (los) 266

- Díaz, Miguel 115-116, 124
Díaz, Modesto 226-227
Díaz de Pisa, Bernal 100
Díaz Márquez, Rafael 20
Diego (indio lucayo) 112
Dios 86, 92, 96, 140, 262
Dobal, Pedro Pablo 30, 32
Domínguez, Eduardo 18
Domínguez, Francisco 223
Domínguez (los) 266
Domínguez Gómez, Telésfora Jo-
sefa de Jesús 8, 15
Doogly (coronel) 151
Douault (comandante) 191
Drake, Francis 135, 140, 142
Dubeau, José 26
Ducasse, Jean Baptiste 149, 159,
162, 164-165
Dufresne, L. 285
Dupuy (general) 189-190
Durán, José 196
Duvergé, Antonio (Boisgency)
201, 207-209, 211, 217, 220-224

E

- Eggers, Henrik Franz Alexander,
Barón de 26
Enambue, Niel d' 144
Enriquillo 135-137
Eric el Rojo
Escobar, Diego de 132
Escobedo, Diego de 127-128
Escobedo, Rodrigo de 75, 79, 81,
83, 86
Escoboza, Pedro María 21
Escoto, Francisco 175, 270
Espaillat, Augusto 26, 32
Espaillat, Emiliano 55
Espaillat, José 18
Espaillat (los)
Espaillat, Santiago 196



Espailat, Ulises Francisco 19-21,
25
Espinal Hernández, Edwun 34
Espinosa, Juan de 124
Espinosa, Juanico 211
Esquivel, Juan de 132-133
Estévez, Francisco 178, 184
Estrabón 38
Evangelista, Marcos 223-224

F

Fagalde, Carlos 285
Farensbach, Justino, Barón de 32
Felipe II 139
Félix, Juan Segundo 210
Félix, Salvador 180
Fernández, José Mauricio 19
Fernández, Ruy 75
Fernández de Navarrete, Martín
85, 87, 102
Fernando el Católico 75, 104, 128-
129, 247, 263
Ferrand, Louis 173, 176-177, 182,
269-270
Ferrer, Pascual 210, 223-224
Ferret, Adolfo 28-29
Ferris, Gaspar 100
Fiallo, Fabio 17
Fiallo, Juan Ramón 16-17
Figueroa, Wenceslao 225
Fils, Michel 283
Florentino, Pedro 208, 236, 286,
288
Flores, Elías 230
Fonseca, Juan de 123
Fonts, Raúl 33
Forés (corsario francés) 185
Francés, Juan 123
Francisque, J. B. 285
Franco, Isaías 8, 19, 25
Franco, Luis 8

Franco, Wenceslao 8
Franco Bidó, Augusto 21
Franco Bidó, Juan Luis 195. 233-
235, 283, 286, 288
Franco Bidó, Román 195, 272
Franco Bidó, Ulises 21, 27
Franco de Medina, Agustín 177,
180, 270
Franquesnay (Monsieur de) 149,
158, 160-161
Frédéric (general) 189
Freschi, Bartolomé 127
Frobisher, Martín 139
Frodhé, Aré 39

G

Gabart (general) 176-177
Gabb 59
Galileo, Galileo Galilei, llamado
94
Gallifer, Donón de 158-159, 162
Galván, Manuel de Jesús 25
Garat (general) 174, 227, 229-230
Garay, Francisco de 116
García, Federico de Jesús 240
García, Joaquín 170-171
García, José Gabriel 49, 55, 57, 89
García, Juan Antonio 27
García (los) 60
García Alonso 76
García de Barrantes 119, 261
García Diego 76
García Hernández (intendente)
76
García Hernández (médico) 76
Garibaldi, José 8
Garrido, Antonio 17
Garrido, Pedro M. 29
Garrido, Pedro Tomás 24
Garrido y Pichardo, Juan 26-27



Geffrard, Fabré (duque de Tábara)
176-177, 201, 220-221, 225-227

Gil, Evangelista 274

Gilló, Gabriel 286

Girardin 150, 163, 165

Glas, José Manuel 27, 30

Gómez, Antonio 240, 275

Gómez, José 197, 215-216

Gómez, Rafael 287

Gómez, Teodoro 18 22, 26, 243

Gómez Collado, Gonzalo 120

Gómez de Ribera, Diego 123-124

González, Eugenio 31

González, Ignacio María 9, 16, 19,
21, 256

González, Manuel 240

González Regalado, Manuel 252

Grand Bretón (el) 58

Grullón, Arturo 8

Grullón, Eliseo 8, 19

Grullón, Maximiliano C. 18

Grullón, Máximo 18-22

Guacanagarix 79-81, 83, 86-88. 98-
99, 111-113

Guaicavanú 117

Guamiquina (nombre que daban los
indígenas a Cristóbal Colón) 79

Guanaba 132

Guanahatabenechena 131

Guanavariú 262

Guarionex 58 111-112, 117, 119-
121

Guarocuya 132

Guatiguaná 68, 103, 111-112, 262

Guavaconel 262

Gudleif 39

Guerrero, Ezequiel 195, 240, 283

Guerrier, Philippe 201, 209, 212

Guevara, Fernando de 124

Guillermin Gilbert 182

Gutenberg, Juan 124

Gutiérrez, Pedro 75, 80-81, 83, 86

H

Habilhomme (capitán) 177

Hainen (coronel) 151

Haniguayaba 132

Hantiguayaba 68

Harte 147

Harvey, William 94

Hatuey 132

Haynes (mayor general) 154

Hazard, Samuel 139

Héctor, Thomas 201, 220

Heneken, Teodoro Stanley 105

Heppni, Leiftr 39

Herard, Deo 199

Hérard Riviere, Charles 199-201,
204, 273-274

Héricourt (general) 171

Hernández, Antonio 287-288

Hernández, José 61

Hernández (los) 60-61

Hernández, Pedro

Hernández, Tiburcio 288

Hernández Coronel, Pedro 120

Herrera 89-90, 120-121

Herrera, José 224

Heureaux, Ulises 29

Hijo de Dios (el) 93

Hilaire, D. 282

Hilaire (general) 216

Hipolite, Louis Modestin Florvil
32

Homero 95

Huber, Cristóbal 183

Humboldt, Alejandro de 40

Hungría, José 236, 241, 287-288

Hungría, José Joaquín 19

Huygens, Cristián 94



I

Ignace, Séraphin 216
 Illás, Juan José 272
 Imbert, José María 274
 Imbert, Segundo 258
 Infante, Alejandro 271
 Irving, Washington 105
 Isabel la Católica 75, 103, 128
 Isis 42

J

Jackson (general) 156
 Jacques I (véase: Jean Jacques Desalines)
 Jalmiento, Francisco Javier 76
 Janvier (comandante) 208
 Jean Jacques, Jeannot 220-222
 Jean Jacques, Paul 235, 237
 Jerez, Juan de 75
 Jeune, Salomón 285
 Jimenes, José T. 30
 Jimenes, Juan Isidro 24
 Jimenes, Manuel 219, 221-222, 224
 Jiménez, Andrés 183
 Jiménez, Elías 230
 Jiménez, Juan 174
 Jiménez, Julieta 30
 Jiménez, Manuel 195, 236, 287-288
 Joubert (capitán) 175, 270
 Juan (cirujano) 81
 Juchault de Lamoriciere, Christophe León Louis 14
 Julia Rodríguez, María Teresa 7, 13
 Julia, Julio 34
 Julia (los) 272
 Juste, Louis 282
 Justine, Placide 139

K

Karlsefué, Thorfinn 40
 Kepler, Johannes 94
 Kerverseau (general) 169-171, 173
 Kindelán, Sebastián 187-188

L

Lacroix, Phamphile 208, 268
 Lafilton (coronel) 184
 Lafleur, Joseph 227
 Lafond, Juste 200
 Lafontaine, Sinencio 18
 Lagrange (general) 177
 Lajara (los) 180
 Lalondrie (general) 175
 Larivière, Q. 189, 191
 Laroque, Dalés 209
 Lebrón, Plácido 252
 Lebrun, Ph. 189-190
 Leclerc, Charles 268-269
 Leclerc, Christian 40
 Leclerc de la Boylaye
 Leger (general) 226
 León, José R. de 18
 León (los de) 266
 León XIII 9, 32-33
 Leroux, Anne 148, 248, 264
 Levasseur, Nicolás 145-146, 283-284
 Leyba, Rafael María 22
 Li Yen 40
 Lira, Diego de 179, 191
 Llenas Baralt, Juan José 7, 13
 Llenas Domínguez, Alejandro Antonio 25
 Llenas Domínguez, Enrique Alejandro 25
 Llenas Domínguez, Francisco 31, 33



- Llenas Domínguez, Luis José 26, 29
 Llenas Domínguez, María del Carmen 25
 Llenas Domínguez, María Dolores 25
 Llenas Domínguez, María José 24
 Llenas y Julia, Alejandro 7-22, 24, 26-33, 47-49, 61, 67-74, 85-87, 91, 99, 135, 151, 154-155, 160, 193, 235, 245-246, 262-263, 270, 279, 285
 López, José María 204, 216, 233, 241, 286-287
 López, Juan 133
 López, J. V. 188
 López del Campillo, Juan 239
 López Villanueva, Antonio 213, 215, 253
 Lora, Jacinto de 25
 Lora, Onofre de 26, 31
 Lora, Santiago de 211
 Lormot, Adam 148, 248, 264
 Louis, Jacques 209, 211
 Louverture, Paul 170-171
 Louverture, Toussaint 169-171, 179, 267-268
 Lozano, Manuel Francisco 215
 Lugo, Américo 151
 Luis XIV 147-148, 157
 Luna, Vicente de 180
 Luna, Zoilo de 255
 Luperón, Gregorio 19, 243
 Luxán, Juan 108
 Lyon (caballero du) 166
 Lyon (comandante) 150, 163-164
 Lyonnet (señor) 250, 268
- M
- Mackenzie, Charles 252, 271
 Madiou, Thomas 270
 Magay (general) 188
 Maggiolo, Juan Bautista 201
 Magloire (general) 174
 Magny (brigadier) 174, 176
 Mairení 83
 Maissonneuve, Enrique 8
 Malaber 120
 Malagón, Leopoldo 22
 Maldonado, Blas 223-224
 Maldonado, Melchor 98-99
 Mallol, Domingo 196
 Mallol (los) 272
 Mancebo, Juan 172
 Mancebo, V. 188
 Maniocatex 113-115, 120
 Marchand (capitán) 161
 Margarite, Mosén Pedro 103, 108-109
 Marque (cacique) 119
 Marsson, Aré 39
 Martín, Andrés 126
 Martínez, Aniceto 224, 226-227
 Martínez, Emiliano 26
 Martínez, Isidro 223
 Martínez, Pedro 242
 Martínez, Ramón 204
 Martínez Hernández, Agustín 59, 61
 Martínez Valdez, Antonio 188
 Mártires, Fray Antonio de los 129
 Mateo, Juan 48, 117, 262
 Mauvielle (obispo) 171, 267-268
 Mayobanex 58, 120-121
 Mazó, Pedro 224
 Medina, Marcos de 210
 Mejía, Bartolo 195, 241
 Mejía, Manuel 236, 286, 288
 Mejía, Rodrigo de 247
 Mejía de Trillo, Rodrigo 88, 133
 Mella, Ildefonso 26, 30
 Mella, Matías Ramón 26, 220-221, 253



- Mena, Pedro 195, 196
 Mena, Pedro Ramón de 281, 283
 Mena y Portes, Pedro Tomás de 256
 Mencía 135
 Méndez, Diego 127
 Méndez (los) 266
 Meneses y Bracamonte, Bernardino de (Conde de Peñalva) 154
 Mercado, Manuel de Jesús 27
 Mercedes, Vicente 181
 Meriño, Fernando Arturo de 55, 257
 Mertiller (general) 216
 Mézquita, San 239
 Michel, Louis 220-221
 Miches, Eugenio 230
 Mieses, Lorenzo 204
 Miguel Ángel Buonarrotti 95
 Minaya, Nicolás 236, 287-288
 Minaya (viuda) 263
 Miniél, Antonio 149, 158, 161, 265
 Missiessy (contralmirante) 177
 Moise (general) 170-171, 267
 Mojica 181
 Mojica, Adriano de 119
 Monción, Benito 239-240
 Monción, Mariano 239
 Monje Dicuil 38
 Montbars 148
 Montes, Toribio 179-180
 Montholon 88
 Montolío, Joaquín 17
 Mora, Manuel 200
 Moreau de Saint Mery, Médéric Louis Élie 88-90, 105, 136, 160, 267
 Morel, Pedro 266
 Morel de Santa Cruz, Fernando 189, 271
 Morel de Santa Cruz, Gregorio 251
 Morilla, Francisco 172
 Morisset, E. 196, 209-212, 273
 Moscoso, Juan Vicente 188
 Muñoz, Andrés 172, 267
- N
- Narcisse (coronel) 215
 Natchez 77
 Navarrete 246
 Newton, Isaac 95
 Nicholson 53
 Niese, J. C. 26
 Niño, Pero Alonso 75
 Nouel, A. A. 33
 Nouesit, Juan (Lafy) 246, 255
 N.P.L. (seudónimo de Alejandro Llenas y Julia) 91
 Núñez, José 175
 Núñez, Juan 175, 270
 Núñez, Manuel de J. 242
 Núñez, María Francisca 30
 Núñez Blanco, Juan 189, 271
 Núñez de Cáceres, José 187-191, 251, 271
- O
- Ober, Frederick A. 101
 Ogando, Timoteo 255
 Ogerón de-la-Bouère, Bertrand 147
 Ojeda, Alonso de 108, 111-113
 Olonais, François 148
 Orbe, José del 180
 Ortea, Francisco 21
 Ortea, Juan Isidro 16
 Ovalles, Cristóbal 142
 Ovando, Nicolás de 127-129, 131, 133, 247, 263



P

- Pageot (general) 267
 Pané, Fray Ramón 117, 262
 Papalier (general) 177
 Pardo, José P. 26
 Parmentier, Em. 222
 Paty 150, 164-165
 Pelegrín, Francisco 59
 Pelegrín, Manuel 59
 Pelletier, Pedro Eugenio 213, 216
 Penn, William 151
 Peña, Jerónimo de 287-288
 Peña, Lucas de 236, 286-288
 Peña y Reinoso, Manuel de Jesús
 9, 18, 21-22, 24
 Peralta, José 189, 271
 Peralta, Lino 208
 Peralta, Manuel 181
 Percio, Manuel 271
 Perdomo, José Ignacio 231
 Pereyra, I. 22
 Pérez, Bernardino 210, 212, 223,
 226
 Pérez, Domingo 171
 Pérez, José Joaquín 47
 Pérez, Rodrigo 124
 Pérez Guerra, Domingo 171, 267,
 269
 Pérez Mateos, Fernán 75
 Pérez Román, José Ramón 31-32
 Petión, Alexandre 174, 176-177,
 270
 Pichardo, Domingo Daniel 19,
 195, 283
 Pichardo, Miguel Andrés 19
 Pichardo, Santiago 274
 Pichardo Betancourt, José Dolores
 26
 Pierre, Charles 253
 Pierre, Toussaint (duque de
 Jacmel) 229-230
 Pierrot, Louis 199, 201, 203-204,
 212, 215, 274
 Pillees, Jean 200
 Pimentel, Francisco 217
 Pimentel, Pedro Antonio 239-240
 Piña, Elías 208
 Pinart, Alphonse 52-54
 Pinzón, Francisco M. 76
 Pinzón, Martín Alonso 76, 82
 Pinzón, Vicente Yáñez 76, 80
 Pío IX 8, 14
 Pirandello, Luigi 14
 Pirandello, Stéfano 14
 Pitágoras 94
 Poil, Víctor 208-209
 Poincy, Philippe Lonvilliers de
 145
 Poirier, Monsieur 42
 Polanco, Diego 183, 188, 270
 Polanco, Gaspar 234, 240, 255, 275
 Polanco, Juan Antonio 240
 Polanco, N. 175
 Polo, Marco 79
 Poloney hijo, Juan 24
 Ponce de León, Juan 132
 Ponce de León, Manuel 20
 Porras, Francisco de 128
 Portier (coronel) 185
 Portilla, Teodoro I 31
 Portillo y Torres, Fernando 172
 Portoalegre y Carrión, Manuel de
 250
 Poux, Pierre 177
 Powell (capitán) 140-141
 Pozo, Octavio del 33
 Prevost (general) 189-190, 252,
 271-272
 Prophete, (general) 272
 Prophile 282
 Providencia (la) 95, 128
 Prudhomme, Pedro 17
 Pryce Cumby, William 185-186



Puello, Gabino 207
 Puello, José Joaquín 211-212
 Puyans, B. R. 30

R

Rafael, Rafael Sanzio, llamado 95
 Rambla, Gonzalo de la 120
 Ramírez, Anselmo 203
 Ramírez, Ciriaco 182-184
 Ramírez, José T. 209
 Ramírez, Ulises 180
 Ramírez de Fuenleal, Sebastián 137
 Raposo, Serapio 269-270
 Raymond (coronel) 151
 Real, Pascual 151
 Rebecca (general) 229
 Regla Mota, Manuel de 200, 225
 Rémousin (capitán) 161
 Raimundo, Francisco 270
 Remy (franciscano) 136
 Remussart (mulato francés) 176, 182
 Reybeaud (cónsul francés) 219
 Reyes Católicos (los) 75, 117, 119, 123
 Reyes de España (los) 112, 114
 Reyes, Ángel 196, 203
 Reyes, Francisco 171, 255, 267
 Reyes, Francisco Emilio 26
 Reyes, Manuel 180
 Reynoso, Serapio 174-175
 Ricardo, José Cayetano 217
 Ricardo, Pbro. Juan 269
 Riché, Jean-Baptiste 189-190, 201
 Riquelme y Valdivieso, Pedro 122
 Roca, Esteban 208, 242
 Rochambeau, Jean-Baptiste Donatien de Vimeur, conde de 269
 Rodríguez, Antonio 175
 Rodríguez, Cayetano Armando 61-62

Rodríguez, Cristóbal 123
 Rodríguez, Manuel (El Chivo) 242
 Rodríguez, Petronila 8, 13
 Rodríguez, Santiago 239
 Rodríguez Demorizi, Emilio 11, 99
 Rodríguez Pilarte, Luis 251
 Rodríguez Rojas, Tomasina 13
 Rodrigo (cacique) 136
 Rojas (capitán) 178
 Rojas, Carlos 172, 267
 Rojas, José de 175
 Roldán, Bartolomé 75
 Roldán, Francisco 103, 119-122, 125, 131-132
 Roldán Jiménez, Francisco 115, 123
 Romain, P. 175
 Román, Manuel 195
 Rosa, Esteban 183
 Roume de Saint Laurent, Philippe-Rose 169-170
 Rousseau, Juan Jacobo 95
 Rozón, Cayetano 171
 Rubio y Peñaranda, Francisco 250, 266
 Ruiz, J. 188
 Ruiz, Sancho 75

S

S., J. 151
 Sainte Fleur (general) 189
 Salcedo, Diego de 128
 Salcedo, Federico 287-288
 Salcedo, Francisco Antonio (Tito) 196-197, 203, 215-216
 Salcedo, José Antonio (Pepillo) 240, 275
 Salcedo, José María 189, 271
 San Mateo 262
 San Miguel (un tal) 137
 Sánchez, Francisco 22



Sánchez, Gregorio 196
 Sánchez, Valentín 208-209
 Sánchez de Carvajal, Alonso 108, 121-122
 Sánchez de Segovia, Rodrigo 75
 Sánchez Ramírez, Juan 175, 180-181, 183, 185-186
 Sánchez Valverde, Antonio 159-161, 246-250
 Sandoval, Bernabé 210
 Sanneville (general) 230
 Santamaría, Lorenzo 200
 Santana, Pedro 200, 211, 218, 222-225, 230, 254, 274
 Sarmiento, Ricardo 179
 Savary (mulato francés) 176
 Schulse, E. 26
 Sem 49
 Selve, E. de la 47
 Sena, Lorenzo de 230
 Shakespeare, William 95
 Silva José J. 187
 Simon, Jacques 252-253
 Simon, J. 189-190
 Simon, V. 282
 Simón-Samp, Tirésias 32
 Solano (padre) 272
 Sosa, Antonio 223-224
 Sosa, Francisco 230-231
 Sosa, Santiago 287-288
 Souffront, Alexandre 199-201, 211
 Soulastre, Dorvo 268
 Soulouque, Faustino 217-220, 222-226, 229, 237-238, 285-286
 Spallanzani, Lázaro 94
 Suberví (coronel) 224
 Suero, Juan 275
 Suero, Justo 224

T

Tabera, Fernando 208
 Tapia, Bernardino 75, 81
 Tapia, Paíno 195
 Tasso, Torcuato 95
 Taushire, Benjamín P. 282
 Tavares Julia, Manuel A. 34
 Tejada, Juan Bautista 217
 Tejera, Apolinar 99
 Tejera, Emiliano 32, 55
 Télemaque, Samedi 209-212
 Terlonge (general) 225-226
 Tex Bondt, Cornelius Jean den 26-27
 Theophrasto 38
 Thorfinn 39-40
 Toledo, Federico de
 Tolentino, Andrés 243
 Toré, Carlos 147
 Torfin 39
 Torres, Antonio 100
 Torres, Antonio de 112
 Torres, Luis de 76
 Torres, Marcos 270
 Torres y Sandoval, Marcos 180, 184
 Torricelli, Evangelista 94
 Toussaint (general) 191, 210
 Trasiera, Juan de 124
 Trichet (general)
 Trinidad, Marcos
 Tryggvason, Olaf 39
 Turey (dios supremo de los indígenas) 74

U

Umbría, Juan de 76
 Unam, Tecun 42
 Uslen, M. T. 225



V

- Valdés, Simón 28
 Valdez, A. M. 188, 190
 Valdivieso, Pedro de 119
 Valencia, Alonso de 113-114
 Valencia, E. 190
 Valenzuela, Andrés 135
 Valera y Jiménez, Arz. Pedro 190
 Valerio, Eloy 19, 21
 Valerio, Eugenio 19, 24, 26
 Valerio, Fernando 204, 233-235, 286, 288
 Vallejo, Alonso de 125-126
 Valverde, José Desiderio 24, 195-196, 203, 216, 233, 235-237, 287-288
 Valverde, Pedro 16-17
 Van de Graft (Lorencillo) 150, 159, 162, 165-166
 Van Delmoff 147
 Vásquez, Felipe 196
 Vásquez (general) 273
 Vásquez, Pbro. Juan 177, 270
 Vassimon, (coronel) 185
 Vega, Nicolás 26
 Velázquez, Diego 128, 132
 Velázquez, Juan 125
 Velosa, Gonzalo de 128
 Venables, Robert 151-152
 Verax (seudónimo del Dr. Alejandro Llenas) 19
 Vernon (vicealmirante) 151
 Viet (comandante) 174
 Vila, J. A. 20
 Villain, J. 25
 Villamán, Martín de 132
 Villanueva, Antonio 203
 Viñals (los) 272
 Vincent, Casimi 220-221r
 Vincent, (coronel) 220
 Vines, José 26
 Voltaire, François Marie Arouet, llamado 95
 Voltaire, (general) 189

W

- Wict, E. 225
 Willis 145-146
 Woss y Gil, Alejandro 276

Y

- Yesteland 159

Z

- Z., Alonso 75
 Zafra, Carlos Alberto 30
 Zedo, Fermín 100
 Zorrilla, Pedro de 266





Índice

El Dr. Alejandro Llenas, un dominicano excepcional	
I	7
II	9
III	12
Cronología	13

I

HISTORIA COLONIAL

Origen y antropología de los indios	
del Nuevo Mundo	37
Idioma de los indios	47
Antigüedades indianas	51
El país de los ciguayos	57
El Haití de los caciques	
I	65
II	68
III	71
Primera visita de Colón	75
Colonia de “La Natividad”	81
La fortaleza de “La Navidad”, primer establecimiento europeo en el Nuevo Mundo. ¿Dónde estaba situada?	
I	85
II	88
III	89



El Descubrimiento de América en su relación	
con el progreso humano	91
Segunda visita de Colón	97
La Isabela	
I	101
II	103
Exploración del Cibao por Colón	107
Primer levantamiento de los indios contra los españoles ...	111
Gobierno de Bartolomé Colón	115
Rebelión de Roldán	119
Prisión de Colón	123
Gobierno de Ovando	127
Degüello de Jaragua	131
El cacique Enrique	135
Toma de Santo Domingo por Drake	139
Los filibusteros. Su establecimiento	143
Los bucaneros	147
Invasión de Penn y Venables	151
Documento para la historia	151
Despoblaciones del Guarico	
I	157
II. Combate de Sabana Real	
(Primera despoblación del Guarico)	160
III. Segunda despoblación del Guarico.	
Toma de Port-de-Paix	162
IV. Segunda población del Guarico	165
Ocupación de Santo Domingo por Toussaint Louverture	
(1800-1801)	169
Expedición de Dessalines sobre Santo Domingo (1805) .	173
Expulsión de los franceses	
I. Batalla de Palo Hincado (1808)	179
II. Sitio de Santo Domingo (1808-1809)	182
Invasión de Boyer y anexión a Haití (1821-1822)	
I	187
II	190



II HISTORIA PATRIA

El movimiento de independencia en Santiago	195
Combate de Azua	199
Combate del 30 de Marzo de 1844	203
Campana de 1845	207
I	207
II	209
III	211
IV	212
Batalla de Beler (1845)	215
Pérdida de Las Matas y de Azua	217
Batalla de Santomé	225
Combate del Cambronal	229
Combate de Talanquera	233
Batallas de Sabana Larga y Jácuba	235
Efemérides de la Restauración dominicana	
I	239
II	241
Apuntes históricos y estadísticos acerca de Puerto Plata	
I	245
II	247
III	248
IV	249
V	251
VI	253
VII	254
VIII	256
IX	257
X	258
Apuntes históricos y estadísticos acerca de Santiago de los Caballeros	
I	261
II	263
III	263
IV	265
V	266
VI	267



VII	269
VIII	269
IX	271
X	273
XI	274
XII	275
XIII	276
XIV	276

APÉNDICE

I. Capitulación de Puerto Plata	281
II. Cámara de Diputados (Francia)	283
III. Actos oficiales	284
IV. Alocución	285
V. Parte de guerra	286
Índice onomástico	289



Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir,* por E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño,* por E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (Poeta-Restaurador-Historiador-Mártir),* por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones,* por Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas de R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.



- Vol. X *Índice general del “Boletín” del 1938 al 1944*, C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América*. Escrita en holandés por Alexander Olivier Oexmelin. Traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez. Introducción y bosquejo biográfico del traductor por R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo*. Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia*. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802. Edición de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos* (Tomo I: 1896-1908), por José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos* (Tomo II: 1909-1916), por José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos* (Tomo III: 1917-1922), por José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.



- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*, por Juan Vicente Flores. Edición de D. Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Obras selectas*, por Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*, por Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre 1899-1916*, por Rafael Darío Herrera (Comp.). Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y desarrollo en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la Bahía de Samaná*, por Manuel Vicente Hernández González. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando Arturo de Meriño*, por José Luis Sáez, S. J. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos* (Colección Juvenil, Vol. I). Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521)*, por Miguel D. Mena. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo*, Vol. I: 1492-1501, por fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886*. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886*. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII* (Vol. LXXX de la Academia Dominicana de la Historia), por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias al Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007-12-06
- Vol. XXXVI *Actas de los dos primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo I (Vol. LXXXII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.



Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna de la República Dominicana* (1879-1894), tomo II (Vol. LXXXIII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXIX *Una carta a Maritain* (traducción al castellano del P. Jesús Hernández.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.

Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba, por Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. Santo Domingo, D. N., 2007.

Colección Juvenil

Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007

Vol. II *Heroínas nacionales*, por Roberto Cassá. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, 2007.

Vol. III. *Vida y obra de Ercilia Pepín*, de Alejandro Paulino Ramos. Segunda edición por Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editora Universitaria, Santo Domingo, 1987.





Colofón

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2007 en los talleres gráficos de Editora Búho, C. por A. La impresión consta de un mil (1,000) ejemplares en tapa rústica y papel cáscara de huevo. Está compuesto en caracteres New Bakersville tamaño 11.









Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ISBN 978-9945-020-27-4